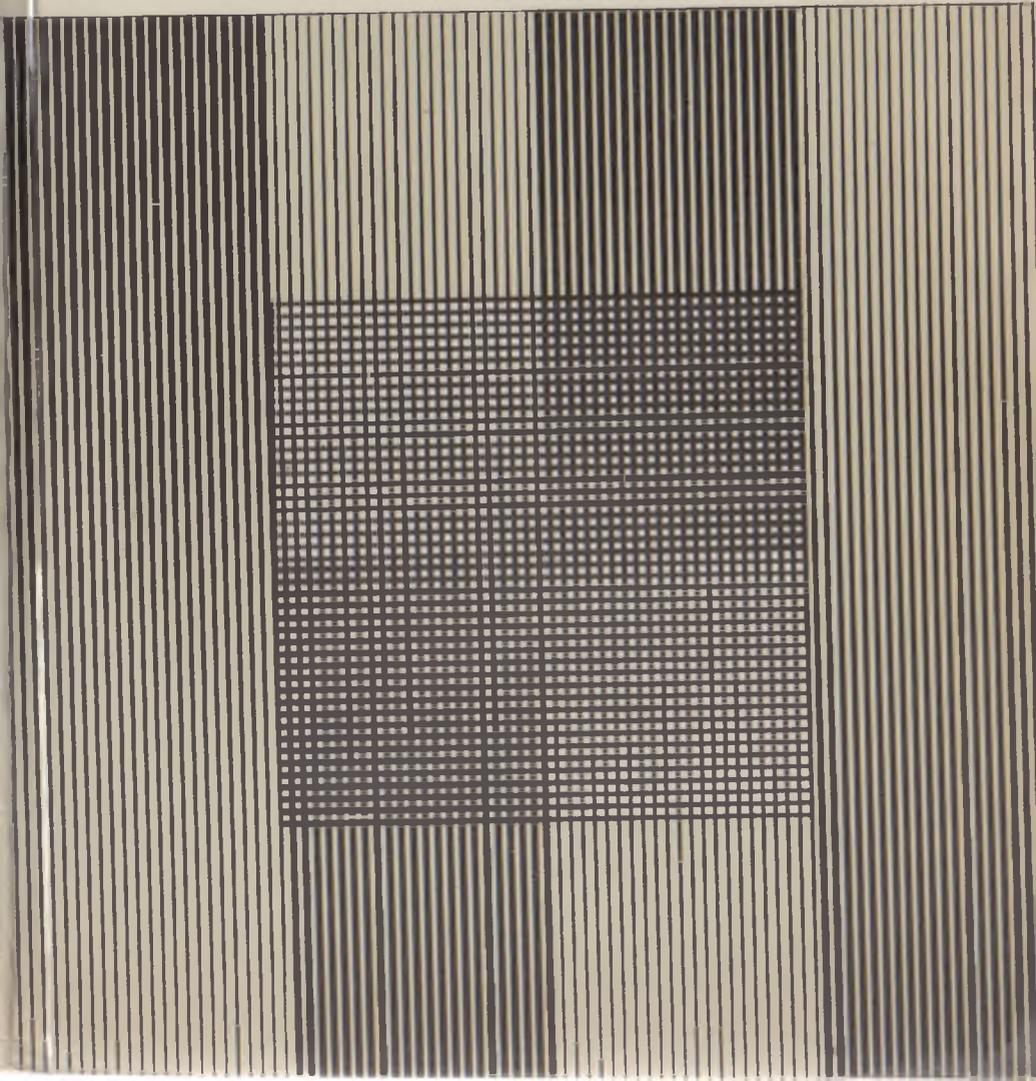


# DEMÓSTENES

Werner Jaeger

$\frac{c}{f}$   
e





## DEMÓSTENES

Werner Jaeger afirma que “no es posible entender —sin Demóstenes— la funesta lucha intelectual y política de Grecia en el siglo IV a.c.”. La figura de Demóstenes, Jaeger lo demuestra, ha resentido el efecto deformante de dos malinterpretaciones decisivas: una, la filológica, que rescata el solo brillo de su oratoria; la otra, histórica, que lo sitúa en la contracorriente que opone al curso implacable de los hechos un esfuerzo incomprensivo y estéril. Los dos puntos de vista yerran, y no sólo por su parcialidad: al parcelar, mutilan y deforman. El autor afirma, en cambio, con una visión más precisa y sabia: Demóstenes tiene que ser considerado en su entera complejidad, las Filípicas deben leerse contra el fondo histórico, político e incluso filosófico que fueron su campo de posibilidad. Como hecho de la cultura griega, como generador de esa cultura (en su etapa de “agonía”), como político, Demóstenes ha de ser revalorado. No otra cosa hace Jaeger en esta obra. Por vez primera publicado en nuestro idioma —en la versión de Eduardo Nicol— en 1945, reeditado ahora, el *Demóstenes* de Jaeger completa la monumental visión histórico-filosófica contenida en *Paideia*, también impresa con nuestro sello editorial.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

WERNER JAEGER

# DEMÓSTENES

*La agonía de Grecia*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
MÉXICO

Primera edición en inglés, 1938  
Primera edición en español, 1945  
Primera reimpresión, 1976

FCE, Biblioteca. Programa de catalogación en la publicación.

---

Jaeger, Werner Wilhelm, 1888-1961.

Demóstenes. La agonía de Grecia. México, Fondo de  
Cultura Económica [1945, 1976]  
309 p. (Sección de obras de filosofía)

Título original: Demosthenes. The origins and growth  
of his policy.

I. Demóstenes, 384-322 a. C.

PA3952.E8J3

885.1

FCE 76-9

---

Traducción de  
EDUARDO NICOL

D. R. © FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
Av. de la Universidad, 975; México 12. D. F.  
Impreso en México

## PREFACIO A ESTA EDICION

Es PARA MÍ una gran satisfacción ver traducido al español mi *Demóstenes*, que se publicó en inglés en 1938, como consta en el prefacio de esa edición, que aparece también en la presente. Poco es lo que debo añadir a lo dicho en él, pero me complace llamar la atención del lector sobre mi otra obra, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, de la que han aparecido dos nuevos volúmenes desde que se publicó *Demóstenes*. La obra entera ha sido publicada en español por el Fondo de Cultura Económica. El último capítulo del volumen III de *Paideia*, que trata de Demóstenes y de su lucha por la libertad de Grecia, se basa en los resultados del presente libro. Por otro lado, los volúmenes II y III de *Paideia* ofrecen un cuadro mucho más amplio del fondo dentro del cual se desarrollan las luchas que sostuvo Demóstenes durante toda su vida, y que puede ser útil para quienes quieran saber más de lo que se dice en los primeros capítulos de *Demóstenes*.

De los tres apéndices que no pudieron incluirse en *Demóstenes* (véase el Prefacio a la edición inglesa), uno se publicó por separado con el título *The Date of Isocrates' Areopagiticus and the Athenian Opposition*, en la serie *Harvard Studies in Classical Philology*, volumen especial (Cambridge, Harvard University Press, 1941), pp. 409-450. Esta publicación constituye un suplemento importante a mis observaciones sobre el *Areopagiticus* de Isócrates que aparecen en la página 68 y en las notas números 10 y 12 de las páginas 266 de este libro. En el

volumen III de *Paideia* también hay un capítulo sobre este tema. Quienes no tengan acceso a los *Harvard Studies* pueden remitirse a él.

Por último, me complace expresar mi sincera gratitud al traductor de este libro, profesor Eduardo Nicol, de la Universidad Nacional de México, por el excelente trabajo que ha realizado en este volumen. A su inteligencia y comprensión de las cosas, así como al interés que puso en la empresa la editorial Fondo de Cultura Económica debo que este libro pueda hoy leerse en los países de habla española.

WERNER JAEGER

Noviembre de 1945  
Harvard University  
Cambridge, Massachusetts

## PREFACIO A LA PRIMERA EDICION

ESTE LIBRO reúne una serie de conferencias que di en Berkeley, como profesor de la cátedra Sather de Literatura Clásica, en la Universidad de California. Me complace, ahora que están listas para publicación, expresar mi profunda gratitud por el honor que se me hizo al encargarme de esa cátedra en 1934. Esta invitación sirvió para presentarme al Nuevo Mundo, el cual, subsiguientemente, ha venido a ser mi segundo hogar y la escena de mi permanente actividad.

Después de un período de fluencia, en el siglo XIX, los estudios sobre Demóstenes fueron más descuidados que cualquier otro campo de la literatura clásica. El veredicto pronunciado por la moderna historiografía sobre Demóstenes, como hombre de estado, produjo, además, un efecto paralizador sobre la investigación filológica. Pero, sin embargo, no es posible entender —sin Demóstenes— la funesta lucha intelectual y política de Grecia en el siglo IV a. c. Este libro no ofrece una biografía o una reconstrucción de los sucesos históricos. Se propone una reinterpretación de los discursos de Demóstenes, en tanto que documentos auténticos de su pensamiento y su acción políticos. Paradójicamente, el pensamiento político práctico de los griegos ha sido menos investigado que su teoría política. El presente libro puede ayudar a obtener, de los propios discursos de Demóstenes, el criterio para su comprensión política.

Durante algunos años había planeado publicar un estudio más analítico sobre este tema. Las conferencias indicadas me instigaron a moldear mis pensamientos en

una forma más accesible. Debo gratitud, además, a la University of California Press por permitirme añadir extensas notas que no solamente contienen el necesario material de referencia, sino que también tratan de cierto número de cuestiones especiales. Por ser muchas de ellas digresivas, todas las notas han sido puestas al final del volumen e impresas en un tipo mayor que el empleado usualmente para este propósito. Originalmente, había pensado incluir también cuatro apéndices. Sólo uno de ellos, sobre el *Plataicus* de Isócrates, ha sido conservado. De los demás, sobre el *Areopagiticus* de Isócrates, sobre la *Primera Filípica* y sobre el *Discurso Décimotercero* de Demóstencs, he tenido que prescindir por causa de su extensión. Serán publicados aparte. El texto de las conferencias fué entregado al traductor a principios de 1934, y a la Universidad de California a fines del propio año. Desde entonces, tan sólo han sido añadidas las notas, las cuales fueron entregadas a la imprenta el verano de 1936. No pude referirme, por tanto, con extensión, a los libros recientemente publicados de Piero Treves, Paul Cloché y Gustave Glotz, sobre los cuales recayó mi atención, o pude yo obtenerlos, después de terminar mi manuscrito.

Finalmente, deseo dar las gracias a mi traductor, el señor Edward S. Robinson, del Kenyon College, Gambier, Ohio, U. S. A., por el extraordinario cuidado y la comprensión con que ha cumplido su labor. Estoy también muy reconocido a mi amigo y colega el profesor George M. Calhoun, de la Universidad de California, por su generosa ayuda al corregir las pruebas.

WERNER JAEGER

Chicago, Illinois,  
septiembre, 1937

## CAPITULO PRIMERO

# LA RECUPERACION POLITICA DE ATENAS

### INTRODUCCIÓN

EL HOMBRE de quien se ocupan estas páginas no puede contarse ya entre aquellas figuras de la antigüedad cuya alta reputación en el mundo docto permanece indiscutida. Hasta pudiera parecer que debo alguna excusa por haberlo elegido como tema. Quienquiera que espere el aplauso unánime de sus lectores, hará bien en no tomar por héroe a un político, especialmente a un político sin laureles de victoria. La Historia está siempre dispuesta a reconocer la grandeza de un poeta o de un filósofo, sin reparar en lo mal que ellos puedan haber encajado en su tiempo; pero, habitualmente, juzga del estadista práctico por su éxito, no por sus intenciones. La labor de la historia es comprender los hechos consumados con que se enfrenta, y esta comprensión puede, con demasiada facilidad, tomar la forma de una justificación de esos hechos y dedicar sólo un encogimiento de hombros al bando que pierde.

Pero Demóstenes —podríamos objetar— no fué un mero hijastro de *Tyche*, que incitara nuestra profunda simpatía tan sólo por su inmerecido destino. Con todo, el clasicismo tradicional, que lo veneró como al último y desdichado paladín de la libertad griega, ha cedido el paso a un nuevo tipo de pensamiento histórico, que surgió con el siglo XIX, y cuyo efecto ha sido moderador. Hemos aprendido ahora que, en tiempos de Demóstenes, una subyacente ley del desenvolvimiento alejaba a los

griegos del antiguo y limitado estado-ciudad y los conducía hacia el imperio universal de Alejandro y la cultura universal del Helenismo. Vista en esta nueva y vasta perspectiva, la figura de Demóstenes se reduce a un pequeño obstáculo en el curso de un proceso histórico irresistible. Parece hoy puramente accidental que la tradición preservara tantos de sus admirados discursos, mientras permitió que desaparecieran las obras históricas sistemáticas del mismo período, dando así a la posteridad una imagen de esta época permanentemente deformada, con las verdaderas proporciones completamente alteradas. Pero esta calamidad misma fué convertida en virtud. Lo que Herodoto y Tucídides hicieron con el siglo v, el historiador moderno ha tenido que hacerlo con el iv. ¿Y acaso no ha mostrado verdadero discernimiento histórico al desenmascarar a la elocuencia de Demóstenes y presentarla como vana verbosidad, a pesar de su bimilenario renombre; y al convertirse en abogado de las reales fuerzas históricas que superaron la resistencia de Demóstenes a la marcha de los acontecimientos?

Con bastante aproximación, ésta ha sido la *communis opinio* de los historiadores en el siglo xix. Era natural, por supuesto, que Johann Gustav Droysen, el descubridor del Helenismo alejandrino, se hubiera interesado poco por Demóstenes, pues su entusiasmo por Alejandro, como héroe y promotor de la nueva era, hace que todo lo demás se tiña de insignificancia. La situación es distinta cuando llegamos a las grandes obras históricas del período positivista, hacia fines del siglo, especialmente a la *Griechische Geschichte* de Karl Julius Bloch.<sup>1</sup> Bloch puede ser considerado como el representante más idóneo de este grupo, no sólo porque su obra, como es bien sabido, destaca por su atención a los hechos, sino también porque su descripción del desenvolvimiento griego está dominada por la misma predisposición teó-

rica que, más o menos conscientemente, ha determinado todo el pensamiento histórico en nuestros días. Todos nosotros nos hemos educado en esta manera de ver las cosas. El hecho de que la vida política griega adoptara la forma de un grupo de estados-ciudades autónomos fué, para el unitarismo nacional del siglo XIX, un escándalo histórico. Había una fuerte presunción de que, al final, este "particularismo" había de desembocar de un modo u otro en una unidad nacional más amplia, como en el caso de los pequeños estados de Alemania e Italia en el siglo XIX. El papel unificador que recayó ahí en las potencias militares de Prusia y Savoya, parecía haber sido desempeñado en la Hélade por el reino de Macedonia. La historia entera de Grecia era audazmente representada, sobre esta falsa analogía, como un proceso necesario de desenvolvimiento que conducía naturalmente hacia un fin único: la unificación de la nación griega bajo la dirección macedónica. Lo que Demóstenes y los más de sus contemporáneos habían considerado la muerte de la libertad política griega, era considerado ahora, de repente, como el cumplimiento de todas las promesas con que el destino había bendecido la cuna del pueblo griego. De hecho, esto equivalía a juzgar de la historia griega con una medida enteramente extraña; y Demóstenes fué víctima de esta falsa interpretación. Pero ya comienza a hacerse valer una nueva apreciación de todos los hechos y personajes históricos. En general los investigadores positivistas tienen un sentido mejor desarrollado para los factores políticos, militares y económicos, que para la personalidad humana, y esto era lo que estaba operando. Si no ¿cómo pudo haber sido que, justo en el tiempo en que el crédito de Demóstenes bajaba, subían el de Isócrates y el de Esquines? Esta situación, aun la sensibilidad más rudimentaria la reputaría falsa. Acaso ya no sea tan difícil reconocer la ahis-

toricidad del criterio que Beloch y otros de la misma escuela aplicaron a los acontecimientos del período de Demóstenes. Pero cuando alguien se empeña en lograr una visión general como esa, y la consigue al fin, encuentra dificultades infinitas en escapar a su hechizo cuando se llega a los detalles; pues la distorsión se extiende a las minucias mismas del juicio histórico. Si el criterio de medida es artificial, los hallazgos tienen que ser parecidamente artificiales; especialmente si, como en Beloch, se envuelve en ellos un cierto tono emocional. Por este camino, el historiador se convierte en algo no muy superior al escritor tendencioso, y persigue a su presa por todas las hendiduras y escondrijos con la obstinación y la pertinacia inherentes al investigador.

Naturalmente, hubo todavía defensores de Demóstenes, aun después de esa reversión de la opinión histórica. La obra de Arnold Schaefer, cuyo primer volumen apareció en 1856, fué preparada con el mayor cuidado filológico, y todavía es de fundamental importancia para todos los problemas especiales. Quedó virtualmente inafectada por los nuevos puntos de vista de Droysen; y su título mismo: *Demosthenes und seine Zeit*, indicó que se tomaba en ella a Demóstenes como punto de orientación para la historia de todo el siglo iv. En esta obra, Schaefer intentó trazar un detallado cuadro histórico, saturado de esa adoración del héroe que el clasicismo ha rendido al gran orador de la libertad, de suerte que el ideal quedara bien fortalecido contra los últimos atropellos. Pero, desgraciadamente, ese amable sabio alemán era hijo de un país todavía no consciente, políticamente, y no enfocaba bien la dinámica de la vida política. Consecuentemente, cuando llegó al punto crítico de juzgar la política de Demóstenes, su celo enorme resultó ineficaz; y, a decir verdad, su moralizante ortodoxia resulta muchas veces un tanto pesada. La versión

de George Grote es enteramente otra cosa. Pero Grote fué un banquero y un miembro del Parlamento; él ve la lucha de la democracia ateniense contra el imperio macedonio demasiado desde el punto de vista natural en un hombre de sus firmes principios liberales, y por esto no rinde plena justicia al partido de la oposición, ni aún al propio Demóstenes.<sup>2</sup> Pues, como trataremos de probar, el desarrollo político de Demóstenes fué demasiado complejo, y su centro de gravedad demasiado peculiarmente situado, para que pueda ser marcado con ningún rótulo de partido.

Si bien tengo la impresión de que llegó el momento de revalorar a Demóstenes, esto no significa que debamos regresar a Schaefer y a Grote. La simple reacción no está bien nunca, y esto no sería otra cosa que reacción. Nunca más podrá considerarse a Demóstenes como el punto focal de todo un siglo, durante el cual el péndulo osciló violentamente desde el porfiado regionalismo de una gente arraigada de antaño, hasta un universalismo que arrasaba todas las barreras nacionales. Pero el hecho de que la historia decidiese en contra de Demóstenes no disminuye nuestro interés por el espíritu que le hizo a él resistir a las fuerzas de su tiempo. ¿Qué hombre de entendimiento lo estimaría a él menos porque no fuera un Alejandro? De este modo, la historia de Demóstenes se convierte en algo más que la biografía de cualquier mero hombre de partido. Pues ella encarna subsidiariamente un destino de significación universal: la caída de la *polis* o estado-ciudad, la cual había sido la forma típica del estado griego a lo largo de su período clásico. Habíase hecho ya inevitable que la vieja y altamente desarrollada unidad de la vida griega, manifiesta en la *polis*, se disolviera en el cosmopolitismo del gran imperio. El fruto estaba en sazón y pronto a desprenderse. Este proceso puede parecerle del todo "orgánico" al

historiador moderno; pero, para quienes lo sufrieron en su vida cotidiana —para quienes el espíritu de la historia griega estaba vivo aún— constituyó un acto de inaudita violencia contra la condición moral y espiritual de la civilización griega. De esta tremenda crisis, la lucha de Demóstenes constituye un aspecto; el intento platónico de renovar el estado, es otro. El no reparar en la importancia del empeño de Platón, como factor en la historia, por la simple razón que su estado ideal no podía ser realizado, no resulta menos falso que negar la grandeza histórica de la lucha a muerte de Demóstenes por mantener la *polis* verdadera, simplemente porque el buen juicio nos muestra que no tenía remedio.

En nuestro esfuerzo para aproximarnos de nuevo a Demóstenes, no debemos esperar comprenderlo en términos de política moderna. Demóstenes es tan sólo un hombre; pero su historia necesita el contexto de toda la historia emocional e intelectual del estado griego, desde el fin de la guerra del Peloponeso en adelante. Por lo que se refiere a la comprensión del siglo iv, tal vez en ningún otro respecto hemos adelantado tanto, hasta hoy, desde que Droysen descubrió el helenismo posterior, como en aprender a ver cuán indisolublemente conectado se encuentra el desarrollo del espíritu griego del período de Platón con esos procesos externos de la historia política, de los cuales hicimos antes lo posible por mantenerlo inmaculadamente despegado.<sup>3</sup>

Empezaré esbozando esta historia interna desde el tiempo en que Demóstenes aparece por primera vez, y luego seguiré su desarrollo a través de sus discursos. Sin duda, es cierto que el pensamiento y la voluntad de un político están sujetos en cada momento a las realidades de la situación externa con que se enfrenta; y quienquiera que lo juzgue en su función, deberá no descuidar

aquellos acontecimientos reales en que él toma parte activa. De ahí que no podamos limitarnos al cuadro que nos presentan los discursos de Demóstenes. Nuestra estimación de ellos debe ser corregida a la luz de los hechos, hasta donde sea permitido averiguarlos. Desdichadamente, lo que podemos saber está angostamente limitado, pues aquello que deja una huella en nuestra tradición es siempre la personalidad intelectual, la cual imprime en los acontecimientos la forma de su propio pensamiento y su experiencia —ya sea la personalidad de quien los describe, como Tucídides, ya la de quien participa en ellos, como Demóstenes—. Nunca podemos reconstruir el curso efectivo de los acontecimientos. Por mucho que intentemos liberarnos, veremos siempre al siglo v con los ojos de Tucídides, y al iv con los de Demóstenes. Procedamos, pues, a *releer los discursos de Demóstenes*, pero esta vez viendo lo que *realmente* contienen, es decir, como *fuentes para nuestra comprensión del proceso interno por el cual se desarrolla el pensamiento político de su autor*. No es bastante seleccionar unos pocos hechos superficiales, prescindiendo de los demás, al modo demasiado frecuente de los historiadores. Ni es bastante limitar nuestro estudio al arte retórico de Demóstenes, como Friedrich Blass ha hecho en su excelente historia de la oratoria ática.<sup>4</sup> Cualquiera de estos dos últimos métodos que siguiéramos, se nos escurriría entre los dedos la verdadera substancia intelectual de los discursos, lo que les da su vida interna y determina su forma. Pues, en definitiva, ni el análisis histórico ni el filológico nos darán el verdadero Demóstenes. Una tal “división del trabajo” me parece que difícilmente adelanta nuestro conocimiento. Tratemos, entonces, de una vez, de entender a Demóstenes mismo.

## LA SITUACIÓN Y EL HOMBRE

La gran lucha por la supremacía entre la confederación espartana y la ateniense había terminado. Según Tucídides, el desarrollo entero del equilibrio de poder político, espiritual y económico en la Hélade, había estado siempre tendiendo hacia esto, desde el sorprendente resurgir de Atenas durante las guerras persas. Es por razón de esta interna necesidad directriz que Tucídides considera a la historia griega como una unidad, desde la batalla de Salamina (480) y la fundación de la primera Confederación ateniense, hasta el tiempo de la capitulación de Atenas en 404 —unidad que el historiador debe incluir de un solo golpe en su campo de visión, si se propone entenderla como tal—.<sup>5</sup> Cuando llegamos al siglo iv, es tentador seguir mecánicamente el ejemplo de Tucídides, como hizo su sucesor Jenofonte, dejando que a la hegemonía de los atenienses suceda la espartana, desde la caída de Atenas hasta la batalla de Leuctra en 371, cuando a su vez es derribada por el nuevo poder ascendente de Tebas para no levantarse jamás; añadiendo después un breve período de supremacía tebana bajo Epaminondas, el cual termina en 362 con la batalla de Mantinea, en la que el jefe cae en medio de su victoria, dejando que su ciudad, huérfana y sin caudillo, decaiga hasta su primitiva posición.

Pero aun aparte del hecho de que cada uno de estos períodos fué más corto que el anterior, y que después de Mantinea ningún estado asumió definitivamente la directiva en la Hélade, el predominio de Esparta no fué realmente comparable al de la hegemonía ateniense que lo había precedido. Una vez derribada su rival, Esparta mantuvo, sin duda, por varias décadas, un dominio indisputado en Grecia, mediante el uso moderado de su poder. Pero el dominio de Esparta, aunque fué tal como

Atenas nunca lo alcanzara, ni aun durante su más vigorosa expansión territorial y marítima en los primeros años de Pericles, fué desde el principio puramente militar, sin ningún fundamento cultural o económico. Entonces era imposible sostener, como en tiempos del auge ateniense, que por obra del vigor irrecsistible y la fuerza transformadora de un solo estado, se hubiese producido un nuevo desarrollo y una redistribución de todos los poderes vitales de la nación. Esparta tomó en sus manos simplemente el poder que se les deslizaba a los atenienses, y lo mantuvo por un tanto, confiando en sus peculiares métodos: autoridad y disciplina militar. Pero al asumir de este modo las funciones de una gran potencia, fué sacada violentamente de su antiguo cauce, y su fuerza interior empezó a desintegrarse rápidamente. Tebas estaba todavía menos preparada para el papel directivo que súbitamente le cayó en suerte con el éxito de su levantamiento contra la arbitraria dominación espartana.

Siendo así, el principio de la división en hegemonías se desbarata al aplicarlo a la historia del siglo iv. Cuando más, sirve tan sólo para deslindar ciertas subdivisiones evidentes del período. Hasta que no consideramos a éstas a la luz de los abrumadores acontecimientos del tiempo de Demóstenes, no alcanza verdadera unidad la línea entera del desarrollo a partir del colapso del imperio ateniense. Unidad, aunque sólo sea en un sentido negativo, pues este es el período de los intentos por articular de nuevo la estructura del poder político en Grecia, los cuales culminan en la cabal destrucción de lo que, por tanto tiempo, había sido de tal manera su base, que casi pareció identificarse con la civilización griega misma: el estado-ciudad independiente. Esos intentos fueron hechos primero por un estado, luego por otro, en rápida sucesión; pues ninguno de esos estados poseía los

requisitos naturales para establecerse como potencia principal. Y así como ni Esparta ni Tebas pudieron mantener por mucho tiempo su posición, tampoco Atenas pudo quedarse permanentemente en la condición de débil dependencia a que la paz de 404, con sus anodantes términos, la había reducido. Menos de una década después, la encontramos de nuevo desarrollando una política activa y superando con éxito su aislamiento. A partir de entonces, toma parte activa en la competencia general para el predominio en los asuntos griegos. La curva de sus esfuerzos para reconquistar su antigua posición tiene altas y bajas. De esta curva, la política de Demóstenes constituye una parte, que es a fin de cuentas decisiva. Y mientras transcurre en lo externo este desarrollo político, el espíritu ateniense se aferra al problema interno de las relaciones del hombre con el estado y al problema mismo del propio estado, que ha sido profundamente perturbado por la caída de Atenas. Estos esfuerzos internos y externos por la regeneración del estado ateniense, los cuales ocupan el primer tercio del siglo iv, determinan la atmósfera en la que Demóstenes nació. Y es por medio de ellos que debemos comprender sus designios, su lucha y sus ideales.

El orador ateniense a quien Tucídides presenta<sup>6</sup> exponiendo extensamente en las críticas negociaciones de Esparta, antes de estallar la guerra del Peloponeso, los motivos fundamentales de la política ateniense durante los últimos cincuenta años, indica que el principio básico de toda la conducta de Atenas ha sido el deseo de seguridad.<sup>7</sup> Explica que es muy humano que Atenas haya perseguido este ideal en toda la medida de su fuerza; y ve con claridad y sin ilusiones que ningún estado que actúe de este modo puede esperar simpatía alguna de las demás partes afectadas. Pero indica que el odio general hacia Atenas, levantado por su imperialismo, no debe

ser atribuído a mal carácter peculiar de su pueblo, y que si se produjera un reajuste de poder, el mismo odio se levantaría contra los nuevos dominadores —contra los mismos espartanos.<sup>8</sup>

Esta profecía es —y considero bien fundada esta conclusión— un resumen de las observaciones del propio Tucídides después de la guerra del Peloponeso. La simpatía general por Esparta, cuya propaganda de guerra había tenido por lema la liberación de Grecia de la tiranía ateniense, habíase cambiado en antagonismo en pocos meses, cuando el despotismo de Esparta bajo Lisandro substituyó al de Atenas.<sup>9</sup> Poco tiempo antes, los jefes espartanos contuvieron a duras penas a sus aliados tebanos y corintios para que no arrasaran Atenas entera, y no solamente sus muros.<sup>10</sup> Pero luego, cuando los espartanos procedieron a entrometerse en la política doméstica del pueblo conquistado, tratando a su país como a una simple colonia espartana, los tebanos y los corintios intervinieron en favor de Atenas.<sup>11</sup> Esta intervención fué al principio, sin duda, sólo un síntoma aislado; pero queda en la misma línea que la subsiguiente alianza de Tebas y Atenas, y que su abierto ataque contra Esparta en 395, en el momento en que el ejército de ésta combatía en Asia Menor bajo Agesilao, y en que Grecia pudo fácilmente caer presa de la rebelión de esos malvenidos aliados.

En la Historia de Grecia de Jenofonte, el enviado tebano a Atenas para tratar de la alianza ofrece en su discurso una caracterización muy interesante del estado interno de los asuntos bajo la dominación espartana. Este discurso debe considerarse como un deliberado parangón del otro que encontramos en Tucídides, puesto que registra el cumplimiento exacto de las profecías hechas en él.<sup>12</sup> Dicho discurso arde en odio apasionado contra los espartanos, quienes, a pesar de haber ganado

su victoria con ayuda extranjera, estaban cosechando los frutos para sí, oprimiendo a sus aliados en vez de cumplir sus promesas. En vez de traer libertades a la Hélade, habían traído una doble esclavitud, estableciendo un sistema de inspección militar en todas las ciudades. Y, además, todavía no se divisaba signo alguno de aquellas ventajas económicas por cuya causa los antiguos adversarios de Atenas —especialmente los corintios— habían ido a la guerra.

De este modo surgió una nueva solidaridad con Atenas. Que ésta se recuperó de la catástrofe relativamente pronto, estaría indicado por el modo como el emisario tebano<sup>13</sup> persigue la ayuda ateniense, aunque haya sólo pocos datos más que conozcamos con precisión sobre ese gradual retorno de su poder. “Todos comprendemos —dice el emisario— que vosotros, los atenienses, deseáis recobrar la preeminencia. ¿De qué modo mejor podéis lograrlo que apoyando a quienes Esparta ha tratado injustamente? No os alarméis por el hecho de que la dominación espartana se extiende sobre tantos; confiad más bien en esto, recordando que vosotros mismos tuvisteis parecidamente más enemigos cuando gobernábais sobre el mayor número.” Entoncecs, se fija un plan elaborado, en el que se cuenta como segura la deserción de los más importantes aliados de Esparta y con el apoyo del rey de Persia, y se confía grandemente, para la próxima lucha, en la debilidad numérica de la población espartana. Del oscuro trasfondo de la pleonexia espartana, surge ya el espectro del futuro: la visión de una nueva hegemonía ática que, a diferencia de la anterior, ya no será una talasocracia, sino que incluirá a los aliados continentales de Esparta.

Me he tomado el trabajo de describir el estado de los asuntos al principiar la Guerra de Corinto (pues Corinto y Argos, lo mismo que muchas ciudades de la

Grecia central, se unieron a la conspiración contra Esparta) con el fin de mostrar las excelentes perspectivas que se ofrecían a Atenas en materia de política exterior después de haber perdido la gran guerra. El objetivo, en verdad, no fué logrado; pues aunque la coalición cayó sobre Esparta mientras su ejército estaba peleando en Asia Menor, no solamente consiguió rechazar ese ataque por retarguardia, con prontos y decisivos éxitos militares en tierra, sino que aventajo diplomáticamente a sus adversarios al tratar con los poderosos persas, quienes los habían apoyado. Se evitó, sin embargo, una regresión completa; pues entre tanto, el ateniense Conon, después de su victoria sobre la escuadra espartana en Cnido, había reconstruído, como almirante de la flota de los persas, y con dinero de éstos, las amplias murallas de Atenas. Y así, después de la paz de Antálcidas, con que terminó la guerra en 387, Atenas ya no estaba tan indefensa contra Esparta. Por supuesto, la revisión efectiva de su situación legal fué abandonada, pues el tratado de paz proclamó solemnemente el principio de autonomía y previno así, de una manera eficaz, cualquier combinación de estados en una liga mayor contra Esparta. Esta fórmula de autonomía, sagazmente ajustada a la mentalidad política media de los estados menores, dió a la supremacía de Esparta un estado legal definido, pues con eso se convirtió en el reconocido garante de la política de atomización, de la que dependía su ulterior predominio en la Hélade.

Desde el derrocamiento del dominio ateniense, Esparta se había enfrentado con el problema de encontrar una fórmula que permitiese combinar su propio despotismo efectivo con la independencia formal de los demás estados. Y debemos admitir que entonces resolvió bien este problema. Ya al estallar la guerra del Peloponeso se había erigido en defensora de la libertad, papel al

que ahora permanecía aparentemente fiel;<sup>14</sup> y aunque este papel puso inevitablemente las cosas un tanto difíciles para ella en el momento en que su autocracia fué consumada, supo convertir esta dificultad en ventaja por medio de su éxito en reducir la libertad de los demás estados a una nueva debilidad inoperante. En esta paralizadora situación, sancionada por el derecho internacional, reside el más arduo de los problemas que Atenas encontró en cualquiera de los intentos constructivos que hubo de hacer con vistas a una confederación marítima.

Asimismo, en su vida interna, Atenas debió de fortalecerse firmemente durante los diecisiete años que transcurren desde el fin de la Guerra del Peloponeso hasta la paz de Antálcidas. Por supuesto, cualquiera que la comparase a ella con Esparta, en cuestiones exteriores solamente, debió de tener una impresión enteramente distinta del poder relativo de ambos estados. Esto dice Tucídides en un pasaje que, en mi opinión, vendría escasamente a propósito si no hubiera sido escrito después de terminada la guerra, y no muchos años antes, como generalmente se afirma.<sup>15</sup> De la zozobra económica que debe de haber prevalecido al principio, existen muchos síntomas aislados; pero no tenemos una representación adecuada de la situación en conjunto, y lo propio es cierto del largo proceso de recuperación.<sup>16</sup> La tradición nos da una idea mucho más honda de la zozobra espiritual y moral de esas décadas. Aun a los vencedores les tocó su parte en esto; particularmente en los círculos conservadores espartanos, el cambio interno desde la vieja simplicidad y disciplina a la nueva opulencia y a la brutalidad sin escrúpulos de hombres como Lisandro, fué considerado un grave peligro. Pero sólo el vencido tuvo que resistir toda la hondura de sufrimiento en que aparecía envuelta cada clase de problemas. En Atenas había caído el imperio de Pericles, del cual Tucídides

ha dejado memoria imperecedera en su oración fúnebre; y todo se centró en tratar de arreglárselas con esa desalentadora experiencia. Cuanto más firmemente creyera Tucídides que, bajo la dirección de un estadista como Pericles, Atenas estaba predestinada a la victoria, tanto más apurado debe de haberse sentido, en tanto que estudioso de la política, con el problema de la disolución interna, la cual —él estaba convencido de ello— había sido la causa del colapso.<sup>17</sup> El vió que, aun para un pueblo de salud entera y buena resistencia, la prueba de sufrimiento de los largos años de guerra, con sus sacrificios y privaciones, era más de lo que la naturaleza humana podía soportar, por heroica que fuera su voluntad. La situación fué bien captada por este maestro en la descripción de todas las realidades, ya sean exteriores o interiores, cuando caracterizó el efecto desintegrante causado en los diversos estados por las luchas por el caudillaje de los partidos, su constante intercambio de brutalidades, el progresivo embotamiento de su conciencia y la degradación en ellos de todos los ideales tradicionales, como la implacable dolencia del organismo social.<sup>18</sup>

Tucídides considera aquí a la voluntad de poder de la antigua Atenas como manifestación de toda su fuerza natural, y la justifica retrospectivamente por el curso del desenvolvimiento histórico, el cual, en su opinión, había asignado inevitablemente este papel al estado ateniense. Pero el período de la postguerra es también testigo del desarrollo de una abundante literatura que trata del problema del estado en relación con la ética. Esta literatura comienza en el círculo de Sócrates, e irradia la misma intensa pasión política que podemos descubrir en su proceso y su sentencia, así como en su martirio, voluntariamente aceptado por él en aras de esa forma de estado moralmente mejor, por la que siempre había

luchado. El Sócrates de Platón profetiza en su “apología” frente al jurado que entre sus discípulos habrá algunos que proseguirán su obra después de su muerte; que a los atenienses no habrá que dejarlos en paz, y que en adelante no podrán ya eludir sus interrogaciones. Y, ciertamente, Sócrates cobra nueva vida en los diálogos de Platón, en los cuales reaparece frente a sus ya arrepentidos paisanos con las mismas exigencias y amonestaciones, como un verdadero ciudadano que se afana por el conocimiento de una nueva e invencible norma moral para la vida humana, y está dispuesto a morir por ella. El joven Platón lo sitúa en el centro mismo del estado, el cual se agita en su lucha por reconquistar su desvanecida autoridad interior. Hasta llega, en el *Protagoras* y en el *Gorgias*, a oponerlo a los sofistas como el único verdadero maestro de virtud política, desacreditando la educación retórica puramente formal y la sagacidad política de aquéllos. Pero la osadía de Platón lo lleva todavía más lejos cuando, con verdadera fuerza revolucionaria, trae ante el tribunal de sus propias concepciones a las figuras ideales de la antigua Atenas —no a los demagogos del período de decadencia, sino a hombres como Temístocles y Pericles—, contrastando su política de poder exterior y de prosperidad económica con un ideal de educación en que él ha destilado la esencia misma de una sociedad organizada. Y así Sócrates, quien se mantuvo apartado de la actividad política a lo largo de toda su vida, se convierte para Platón no sólo en el único verdadero maestro, sino en el único verdadero político de su tiempo. Pues si alguien desea realmente servir al estado, no deberá empezar construyendo nuevos muelles y barcos y arsenales, sino que deberá, en el sentido de Sócrates, mejorar a los ciudadanos.<sup>19</sup>

Detrás de los extrañamente paradójicos pero incitan-

tes diálogos de Platón, cuyos participantes no son unos meros platicadores ociosos, sino los más conocidos personajes de la vida pública, se esconden ciertos desarrollos internos preñados de tremendo sentido con respecto a las relaciones del hombre con el estado. Hubo en ese tiempo un nuevo hecho importante, tal vez más fundamental para la existencia misma del estado que la reconquista del poder exterior y de la autoridad: el auge del individuo independiente. Hacerle frente a esto, vino a ser el problema central del estado. La forma democrática de gobierno en Atenas había contribuido a acelerar este proceso de individualización; pues aunque igualamiento e individualización no son en modo alguno lo mismo, ninguna otra forma de vida pública había ofrecido hasta entonces tan amplio campo a las opiniones y ambiciones individuales. Pero tan pronto como empezaron los hombres a disfrutar de las ventajas de esta emancipación, la guerra mostró los peligros que había detrás de esa inocua fachada; y el conflicto de todos contra todos, que se encarnizaba entre unos estados y otros, se trasladó hasta el corazón mismo del propio estado. La rebelión del partido aristocrático de oposición había demostrado que este problema no podía resolverse simplemente apretando las riendas de la autoridad externa. Aun entre los sofistas, quienes por el lado teórico habían contribuido no poco al hundimiento del antiguo respeto por la ley, era considerado entonces el problema de la autoridad como el punto focal de la situación —de lo cual nos informamos por un interesante fragmento de literatura sobre la reforma política, escrito poco después de la guerra por un autor desconocido.<sup>20</sup> Los argumentos de este autor son, sin embargo, puramente utilitarios, y restablecer la autoridad sobre esta base era imposible.

Un simple acontecimiento como el asesinato judicial

de Sócrates —el más recto de los hombres, como Platón lo llama— proyecta una luz deslumbradora sobre la desesperada situación de los asuntos; y la significación entera de la nueva voluntad de ciudadanía, que se revela con fuerza creciente en los escritos de Platón hasta la *República*, se nos aclara si tenemos en cuenta que Platón marcha en ellos, con toda su fuerza, a contra corriente.<sup>21</sup> Su lucha no es tanto por la regeneración moral del actual estado, a lo que considera remedio tardío, cuanto contra la evasión de la vida pública por el individuo, a cambio de una vida privada cultivada, la cual se había generalizado entre las clases intelectuales. Esto —el ideal del meteco— por lo menos conducía a una vida intachable, y no era, por tanto, nada inapropiado a Platón; pero carecía del sentido del deber social, aunque uno tuviera cuidado de pagar sus deudas e impuestos con prontitud.<sup>22</sup> Platón no hubiera admitido que el hombre y el estado fueran extraños entre sí, o que el hombre de verdadero espíritu fuera más bien el meteco que no el ciudadano cabal. Y a la vista misma del hecho de que la verdadera fuerza espiritual la desprecian no menos las masas que la delgada capa superior constituída por hombres del cuño de Calicles, desilusionados y sin respeto por nada que no fuera el derecho del más fuerte, Platón presentó deliberadamente el cuadro de estado regido sobre base aristocrática por un grupo selecto de gobernantes socráticos, quienes, primordialmente, deberían ser hombres de buen consejo. El propio Platón dice que estos pensamientos le vinieron, y fueron abogados por él, en la década que siguió a la muerte de Sócrates.<sup>23</sup> Su *República*, que los inmortaliza, fué decididamente escrita después.

Bien sabido es que Platón intentó llevar a cabo su reforma con la poderosa ayuda del tirano Dionisio I de Siracusa y de su sucesor. No debemos nunca olvidar

esto si nos proponemos comprender cuán importante fué, como factor en el gobierno efectivo de la época, el movimiento intelectual que había empezado con Sócrates. Sea cual fuere nuestra opinión sobre las proposiciones concretas de la *República*, las ideas de los contemporáneos de Platón no pudieron por menos de ser afectadas por una obra como el *Gorgias*, la cual abría un abismo entre la concepción del estado según la cual la fuerza hace el derecho, y el fervor educativo de los paladines de un nuevo ideal de comunidad.<sup>24</sup> Hasta el tirano Dionisio apoyó esta tendencia al escribir un drama en el que se refirió abiertamente a la tiranía como a la madre de la Injusticia<sup>25</sup> —aunque mientras así decía, expulsaba vigorosamente el nuevo evangelio del dominio de toda política efectiva—. Como verdadero maquiavélico, aprovechó las lecciones de la guerra, sacando de ellas conclusiones a las que otros estados como Atenas y Esparta —y él tenía sus razones para creerlo— no serían capaces de enfrentarse abiertamente, debido a sus grandes tradiciones intelectuales y morales. En verdad, esos estados tendrían que padecer siempre de una contradicción interna, como se puso de manifiesto en la Guerra del Peloponeso.<sup>26</sup> El conflicto entre poder y derecho nunca les pareció tan fundamental a los griegos como cuando reflexionaron sobre la naturaleza del estado; pero desde el fin del siglo v en adelante, este conflicto se adentró en la vida política griega como un problema insoluble, haciéndola tanto más precaria. Tal vez las exigencias estrictamente morales de Sócrates contribuyeron más, de hecho, a este estado de cosas, que el desacreditado relativismo de los sofistas. En todo caso, por haber tenido una cierta idea de que así era, fué por lo que unos ciudadanos patriotas, pero de cortos alcances, como Anito y sus compañeros, provocaron la ejecución de Sócrates bajo el cargo de corromper a la ju-

ventud. La profunda crítica de Platón, que penetró hasta los cimientos mismos del estado, fué ciertamente una fuerza espiritual en la Atenas del período de la postguerra, aunque el efecto inmediato que tuviera sobre el mundo en torno a él parezca más bien imponderable.

Pero en la Atenas intelectual hubo otra personalidad enteramente distinta, cuya influencia es mucho más fácil de entender: el orador Isócrates, de quien empezó a hablarse por primera vez en esos años, y quien se elevó lentamente hasta ponerse en el centro de un círculo amplio e influyente y a la cabeza de una floreciente escuela. No le faltó celebridad literaria, ni longevidad, ni la riqueza adecuada a su profesión. Sólo una cosa se interpuso en el camino de su perfecta felicidad: una ambición un tanto infortunada, que le hizo sentir a lo largo de toda su vida la injusticia de que Platón le hubiera hecho sombra. Si alguna justificación había para que de esta suerte se comparara a sí mismo con Platón, reside nada más en el hecho de que el público gusta de prodigar desproporcionadamente el aplauso a quienes tienen el don de reflejar sus mismas opiniones, dándoles una forma apropiada y fácil de entender. Isócrates quería dar en política aquellas mismas enseñanzas que habían sido mantenidas por la primera generación de sofistas. Cuando examinamos su plan de estudios a la luz de la crítica platónica, parece meramente una educación para el sentido común en política —una mezcla de periodismo, panfletismo y oratoria de circunstancias, con un curso de política intercalado en ella—, algo enteramente incapaz de prender en la multitud el fuego de la acción. La forma académica más bien altisonante de la elocuencia literaria de Isócrates, aspiraba a ser más elegante que la perorata pública común. Sin embargo, él comparte con el hombre práctico y con el filisteo una

instintiva repugnancia por todo lo que en la auténtica profundidad intelectual de Platón les parecía de altos vuelos e inútil para la vida cotidiana.

Por encima de todo, el curso de educación política de Isócrates se proponía ser útil. Pero también se proponía elevarse por encima del nivel de las reuniones públicas y de la mera rutina legal de los tribunales, mediante un poco de fermento de reflexión política; y hasta hacía concesiones a la nueva época aceptando unas pocas nociones morales. Al lado de las ideas que entonces circulaban corrientemente, podemos encontrar en Isócrates un socratismo acentuado, el cual impregna, a través del filtro de su mente, las ideas de círculos más amplios, llegando hasta los políticos.<sup>27</sup> Pero en su pensamiento político hay un segundo elemento, más importante todavía, que viene de otra dirección. Los sofistas tuvieron la afición de hablar de unidad política; en el *Olympicus* de Gorgias, por ejemplo, esta tendencia llegó a originar la propuesta de que todos los griegos se unieran en una guerra común de desquite contra Persia, para que así los estados de Grecia dejaran de apalearse los unos a los otros y volvieran sus fuerzas, dignas de mejor causa, hacia el exterior.<sup>28</sup> Isócrates adoptó esta ideología en su *Panegyricus*, que fué escrito en su mayor parte en los años siguientes a la paz de Antálcidas. Por supuesto, si Isócrates pensó que había alguna posibilidad de que sus ideas se llevaran a efecto al proponer que Esparta —la única potencia dominante en la Hélade por aquellos tiempos— se uniera a la derribada Atenas en un proyecto como éste, su esperanza era, naturalmente, del todo utópica. Pero el hecho mismo de que ya fuera posible entonces hablar de una dualidad Esparta-Atenas en la Hélade —dualidad que hubiera sido completamente imposible en la primera década después de la caída de Atenas— nos indica el revivir de la afirmación

propia en Atenas. Podemos ahora ver cuán efectiva fué su tremenda fuerza espiritual en el impulso de recuperación política y qué bien sirvió para justificarla. Una vez más la ambición política levantó aquí su cabeza. Este discurso de Isócrates critica la política de fuerza que ha impedido una nueva expansión de la vitalidad ateniense después de la guerra. Exige para Atenas una participación en la hegemonía de Grecia, particularmente la hegemonía marítima, y funda las pretensiones de Atenas a la supremacía en los más remotos tiempos. Emplea, en verdad, un lenguaje enteramente nuevo, de igual a igual, y esto, aun cuando no tenga detrás un poder real, llama, sin embargo, nuestra atención, así como debió de producir un eco en toda Grecia.<sup>29</sup>

Los acontecimientos que ponen nuevamente en marcha la estancada política de los estados griegos fueron: la ocupación de Tebas por fuerzas espartanas —quienes, para realizar esta hazaña, aprovecharon su marcha hacia el norte a través de la Beocia— y el éxito de Tebas al sacudir el yugo —lo cual estimuló a Atenas para reafirmarse, después de ciertas vacilaciones preliminares y retrasos—. Fué en el año de 378 cuando las esperanzas de los patriotas atenienses se vieron cumplidas. Un puñado de hombres, ampliamente diversos en linaje y virtudes intelectuales, se unieron para conducir al estado hasta el tan largamente esperado momento de la decisión. Trasíbulo y Céfalo de Colito eran viejos políticos y tradicionales amigos de Tebas, pero posiblemente no tenían ideas propias importantes. Su capital importancia consistía en ser representantes de la vieja democracia, que hubo de ser restaurada después de la guerra. Junto con ellos, había recién llegados, tales como el general Cabrias, genio de la improvisación e inventor de la guerra de trincheras, el cual acababa justo de pertrecharse con los últimos adelantos de la ciencia militar durante

la insurrección egipcia; y como Ifícrates, hombre de gran valor personal e inspirado inventor de la táctica peltástica, que había revestido tan gran importancia desde la guerra de Corinto. Estaba, además, la dominante figura de Timoteo, hijo de Conon, cuya senda había sido allanada por la fama y la riqueza de su padre, pero quien era por sí mismo un personaje fuera de lo ordinario, intelectualmente superior y con una grandeza que rebasaba las filas de partido. Doblemente dotado, como estratega y como diplomático —rara combinación— Atenas le debió a él, más que a cualquier otro, la organización de la llamada Segunda Confederación. A estos debe añadirse Calistrato, quien había de ser después el peligroso rival de Timoteo, y hombre que se unió a la partida como estadista de excepcional talento para la oratoria y brillantez en las negociaciones; tal vez sin un sello personal muy marcado, pero admirablemente apropiado para el delicado negocio de la política de alianzas.

No fué por razón de ningún sentimiento democrático por lo que prestaron su apoyo al estado ateniense los más importantes de estos hombres. En tiempos normales, hubieran más bien vivido aparte que no en medio de sus conciudadanos.<sup>30</sup> Cabrias, en su vida privada, era un hombre de mundo; Ifícrates, un ardiente soldado profesional, gran artífice en el arte de la guerra; Timoteo, un príncipe residente en sus remotas haciendas, era más feliz en compañía de los reyes. Si hombres de tan distinta condición se unían en un programa común, tan desacorde con sus carreras individualistas, no era evidentemente el simple fastidio lo que los impulsaba a ejercer su poderío de este modo, sino la inspiración de un elevado ideal. Tal vez no sintieran amor por el demos; pero sí amaron mucho al genio de la antigua Atenas y descaron ayudar a que alcanzara nuevo esplendor.<sup>31</sup> Este era, ciertamente, un momento histórico. Su

ímpetu podemos verlo con igual claridad en las negociaciones de Atenas con los demás estados, que en el espíritu de los nuevos tratados concluídos al fundarse la Segunda Confederación. Por supuesto que hubo, además, buena parte de experiencia política y de astucia en el modo como Atenas evitó cualquier coacción que olierá a predominio sobre sus aliados; pero, indudablemente, estuvo influenciada en gran medida por todo lo que se había estado diciendo, desde el fin de la Guerra del Peloponeso, sobre la pleonexía como raíz de todos los males políticos. Desgraciadamente, este sentir hubo de hacerse luego cada vez más débil, a medida que la Segunda Confederación fué teniendo dificultades financieras. Pero, por lo menos durante los primeros años, se tuvo una completa confianza en Atenas, y esto no puede explicarse simplemente por odio universal hacia Esparta. Los nuevos hombres y el nuevo espíritu habían ganado para Atenas los corazones de la Hélade, y gracias a ellos se consideraba ya la recuperación de su posición primitiva como una cuestión de justicia histórica. No es menester que examinemos aquí el curso de las operaciones militares mismas, aunque sería interesante ver cómo reflejaron el carácter en cierto modo excesivamente obstinado de sus jefes. La Paz de Esparta de 371 trajo a Atenas una indiscutida supremacía marítima. Calistrato, quien —casi el único después de siete años de guerra— tenía en sus manos todavía las riendas de la política, pensó que, a pesar de la fuerte oposición del partido intransigente, había llegado el momento de reposar un tanto y cosechar los frutos de la victoria, antes de que la fuerza de Atenas se agotase.<sup>32</sup>

En el tratado de paz, Atenas consiguió separarse de sus confederados tebanos, imprimiendo de este modo a su política una orientación enteramente nueva. Inmediatamente después, el predominio espartano en tierra

firme terminó con la victoria tebana de Leuctra. Pero mi objetivo primario no es describir los acontecimientos históricos que tuvieron lugar a continuación. Mi propósito ha sido más bien mostrar el ambiente intelectual y emocional de la juventud de Demóstenes. A medida que remontaba la adolescencia, grabáronse indeleblemente en su alma impresiones tremendas, las cuales contribuirían a determinar su vida entera. El resurgimiento de su patria, desde la resignada debilidad y el desesperanzado aislamiento, hasta una posición de renovado prestigio en la que podía una vez más proseguir su política activa e independientemente, llenaría de gozosa esperanza a sus mejores hombres, los cuales debieron de sentir que la causa de su estado era la suya propia. Y a la generación que entonces estaba justo llegando a madurez abrumada por tanta gravedad filosófica, la memoria del gran pasado de Atenas —que ahora radiaba con nuevo esplendor y derivaba nuevas fuerzas de la experiencia del presente— le levantó la fe en un futuro en el que la vida merecería ciertamente ser vivida.

CAPITULO SEGUNDO  
LA JUVENTUD DE DEMOSTENES  
Y SU CARRERA LEGAL

DEMÓSTENES es la primera persona en el mundo de cuya juventud poseemos una información verdaderamente detallada. Esto es así, en parte porque vivió en una edad en la que el espíritu humano —o más bien el espíritu griego— había justamente empezado a tomar interés por el desarrollo de la carrera de los hombres importantes y estaba conscientemente recolectando datos a propósito. Pero más importante aún es la circunstancia, venturosa para nosotros, de que, tan pronto como Demóstenes estuvo en edad, tuvo que ir ante el tribunal para demandar a sus tutores por malversación de su patrimonio, e hizo a la edad de veinte años una serie de discursos que nos han sido transmitidos junto con los discursos forenses y políticos de sus años posteriores. En esas ocasiones tuvo que describir en detalle las tristes complicaciones en que se vieron envueltos sus bienes y sus asuntos de familia. Tenemos, pues, en Demóstenes, el ejemplo excepcional de un tipo poco frecuente aun en tiempos posteriores de la antigüedad, y por ello de inestimable valor para nosotros. Pues ahí está un hombre del mundo antiguo a quien podemos conocer no meramente como a un modelo de virtudes andante, héroe de alguna más bien ficticia biografía escolar apañada un siglo o más después de su muerte, sino como a una persona real en un ambiente real, que sostuvo toda su vida una lucha contra sus humanas flaquezas.

Tal vez no importa que no hayamos podido lograr una penetración tan honda en la juventud de otros grandes hombres, pues no hay duda que si nos familiarizamos demasiado con el aspecto cotidiano de una persona importante y con los detalles fortuitos de su vida privada, nos es mucho más difícil juzgar su verdadero genio y sus hazañas. Sólo a distancia puede ser verdaderamente conocido. No despierta nuestra curiosidad escuchar al viejo Sófocles suspirar con alivio porque al fin la senectud lo liberó del pesado yugo de Eros.<sup>1</sup> Y ¿qué ganaríamos viendo de cerca todas las desventuras que dejaron su trágica señal en el rostro de Eurípides? Sin embargo, cuando nos vemos forzados, quieras que no, a examinar los asuntos personales de Demóstenes, esta intimidación no puede por menos de presentarnos al hombre entero bajo una luz muy diferente. Empezamos ahora a entenderlo de nuevo, o por lo menos a reinterpretarlo, con la ayuda de lo que hoy nos está enseñando la psicología. Conocemos tan poco de los antiguos, que raramente podemos acceder a ellos por esta vía; y aun de Demóstenes no sabemos realmente bastante. Pero los discursos forenses del período anterior a su entrada en la política nos dan una imagen de la sociedad ateniense contemporánea que es de gran importancia histórica como trasfondo de otras cuestiones más personales. Esa imagen no ha sido utilizada plenamente.

El padre de Demóstenes murió cuando él tenía siete años y su hermanita cinco.<sup>2</sup> Había sido propietario de varias industrias, y su riqueza era considerable. En su testamento, nombró albaceas a sus dos sobrinos Afobo y Demofón y a su viejo amigo Tcrípides, confiándoles al mismo tiempo la tutela de sus dos hijos. Como era frecuente en Atenas, habíase casado con una escita mitad griega de Crimea, llamada Cleóbula, de quien tuvo

los dos hijos. Años después, los opositores del joven Demóstenes se refieren a él como a un escita, y Esquines hasta lo llama bárbaro de habla griega.<sup>3</sup> El viejo Demóstenes había dispuesto también en su testamento el futuro cuidado de su esposa y su hija; pues según la costumbre griega, no sólo los padres podían disponer el matrimonio de la mujer, sino también el marido, si éste le designaba uno nuevo en caso de morir. Otras provisiones, según las cuales se dejara a la mujer en libertad de elegir por sí misma —como en el testamento de Aristóteles— fueron probablemente raras, por lo menos entre las clases propietarias, en las cuales las segundas nupcias de la viuda iban regularmente vinculadas a la sucesión en los negocios.<sup>4</sup> Los tutores de Demóstenes, sin embargo, no casaron ni a su madre ni a su hermana.

Cuando el joven Demóstenes llegó a los dieciocho años, sus tutores le dieron solamente treinta minas de plata, además de la casa y de catorce esclavos, con lo cual toda su herencia montaba a unas setenta minas. En oposición a esto, Demóstenes presenta en su primer discurso *Contra Afobo* un balance según el cual las propiedades todas de su padre montaban a catorce talentos, enorme capital para aquella época.<sup>5</sup> Siendo así, se comprende bien que los tutores de Demóstenes, como él mismo declara, hubieran registrado en la lista de contribuciones una estimación de sus bienes que lo asimilaba, siendo todavía un menor, a la misma clase de contribuyentes a que pertenecían Timoteo, el hijo de Conon, y las gentes más ricas de Atenas.<sup>6</sup> El testamento mismo había desaparecido. Es presumible que el avalúo reconstruido por Demóstenes estuviera fundado, hasta donde fuera posible, en libros de cuentas y en documentos. Las cuentas corrientes en varios bancos, por ejemplo, pudieron averiguarse después fácilmente, y fueron pre-

sentadas junto con las declaraciones de las casas correspondientes. Pero, al cabo de doce años, debe de haber sido muy difícil fijar el valor del capital, la casa y los bienes materiales en general, sobre la base única de los libros, como se dará cuenta cualquiera que haya visto alguna vez un balance comercial. Ahí quedaba amplio margen para la conjetura, a pesar de que las transacciones comerciales en Atenas se hicieran entonces, como sabemos, en gran parte por escrito; y, naturalmente, el avalúo que Demóstenes presentó al tribunal era, hasta cierto punto, puramente ideal. Además, probablemente fué necesario pedir algo más de lo que podía legítimamente esperar que se le diera, pues bien sabido es que, aun hoy, los pleitos de este tipo se convierten en una cuestión de regateo, una vez que llegan ante los tribunales. Por eso no podemos evitar una sonrisa cuando, dos mil años después, los modernos filólogos e historiadores hurgan en el balance de Demóstenes como estrictos interventores, y calculan hasta el grueso de un cabello cuántos talentos pidió de más.<sup>7</sup> Como quiera que sea, la relativamente alta estimación del capital líquido era tal vez justificada por las favorables condiciones que una fábrica de armas debe de haber encontrado en el mercado por el tiempo de la muerte del viejo Demóstenes, cuando la guerra de la segunda Confederación contra Esparta estaba en su apogeo.

La vista de la causa nos ofrece una buena descripción de los círculos adinerados de Atenas por los años del sesenta y setenta del siglo iv. Platón escribía en este tiempo la *República* y el *Teeteto* —donde encontramos esa inolvidable descripción del filósofo como alguien extraño a este mundo, desconocedor del camino que lleva a la plaza del mercado o a la audiencia—. El libro octavo de la *República* caracteriza lo que la democracia ateniense pensaba de los asuntos corrientes en términos que son

enteramente aplicables a aquellos hombres "indulgentes y en modo alguno pedantes"<sup>8</sup> a quienes Demóstenes nos presenta en sus discursos forenses. Encontramos ahí, primero que todo, a sus tres tutores, quienes habían embolsado no sólo las cantidades destinadas a recompensar sus gestiones, sino todo el dinero que había, y quienes maladministraron las fábricas hasta que casi nada quedó de ellas.<sup>9</sup> Demóstenes se vió obligado a presentar una demanda separada contra cada uno de ellos.

Afobo, a quien atacó primero, habíase casado poco antes, en 367, con la esposa divorciada de Timócrates, quien llegó a ser arconta tres años después. Hermana además de Onétor, hombre muy rico de la buena sociedad ateniense, Afobo se había casado con ella evidentemente para nivelar sus finanzas. Demóstenes estima la fortuna de Onétor en más de treinta talentos, y la de Timócrates en más de diez.<sup>10</sup> Dos años después de casarse, Afobo obtuvo un segundo divorcio. Entretanto, Demóstenes había litigado contra él, y ganado el pleito;<sup>11</sup> pero cuando, confiando en la fuerza legal de la sentencia, se apropió un terreno perteneciente a Afobo, fué expulsado de él inmediatamente por Onétor —el hermano de la esposa divorciada de Afobo— quien se incautó del terreno sosteniendo que Afobo no le había devuelto la dote de su esposa después de divorciarse. En consecuencia, Demóstenes se vió obligado a presentar otra querrela contra Onétor.<sup>12</sup> Lo acusó de pérfida connivencia con Afobo, y trató de probar que el divorcio no había sido más que un engaño para permitir a Afobo quedarse con los bienes de su mujer. Afobo, en efecto, siguió siendo amigo de Onétor; en el proceso contra los tutores, Onétor fué su más ardiente defensor, y la esposa de Afobo, a pesar de ser joven y rica, no volvió a casarse. Demóstenes llega realmente a requerir al médico de la familia para que atestigüe que Afobo, después de su

divorcio, había permanecido junto a la cama de ella cuando estaba enferma. Además, Demóstenes mantiene que la incautación de la tierra por Onétor es un fraude. Onétor no tenía derecho a reclamar la devolución de la dote, pues Afobo no la había recibido, sino que convino en ocasión de su boda en que el primer marido retuviera la dote, pagando un adecuado tipo de interés, de suerte que si él fuera también llamado a rendir cuentas no perdiera su posesión por compartirla con su esposa. Pues cuando Afobo se casó, las negociaciones sobre estos fondos malversados de la tutela habían sido llevadas hacia tiempo ante el arconta, y Afobo debió suponer que, en cuanto alcanzara la mayoría de edad, Demóstenes iniciaría una acción legal en contra suya.

Estos disgustos y enervantes disputas duraron varios años. Demóstenes había, sin duda, presentado una queja en forma contra sus tutores en cuanto tuvo la edad; pero ésta fué también para él la de empezar su período de servicio militar como efebo, y la ley ática prohibía litigar durante esos años. Hasta que tuvo veinte no pudo sostener su caso ante el tribunal. Probablemente, el asunto había proyectado durante largo tiempo una sombra en su vida familiar.<sup>13</sup> La madre había llevado una vida más bien desalentada mientras sus dos hijos crecían. El muchacho era delicado, y ella pensó que era mejor mantenerlo alejado de los gimnasios, donde la juventud ática pasaba los días golpeándose con las amistades. Consecuentemente, lo encontramos a él en casa, engolfado en sus libros y con una excesiva y prematura seriedad. Pero cuando vemos cómo toma su vida en sus propias manos y lucha por sus derechos a una edad en que la mayoría de los muchachos están dedicados a los inocuos placeres de la juventud, podemos ya percibir la porfiada tenacidad con que este joven sosegado puede llevar adelante sus inflexibles resoluciones. Con todo y

su juvenil modestia, hay en la manera como se comporta durante el juicio una sorprendente firmeza; y más de una vez irrumpe ahí una fuerza de pasión madura y sometida, del todo insólita en un hombre de sus años.

Estos discursos, en los que maneja su propio caso, son verdaderamente el comienzo de su carrera. En su construcción toda, y a pesar de la juventud de su autor, revelan ya al adiestrado jurista y orador que ha elegido su medio deliberadamente. Es difícil pensar que Demóstenes haya dominado esta forma de escrito con vistas a la ocasión presente nada más; pues detrás de ella se esconde un largo y difícil proceso de estudios que requiere años de preparación y al que tan sólo una honda predilección pudo inclinarlo.

Por supuesto, lo que Demóstenes estudió no fué de ningún modo lo que llamaríamos una rama definida del conocimiento. En la Atenas del siglo iv el derecho no había alcanzado el desarrollo de una ciencia, en cuyo estudio teórico pudiera uno sumergirse durante años. La ciencia jurídica no empezó realmente sino hasta el tiempo de Teofrasto, discípulo de Aristóteles, quien puso los cimientos para un estudio sistemático de las cuestiones legales en su obra, hoy perdida, *Sobre la Ley*.<sup>14</sup> Y fueron los romanos, principalmente, quienes llevaron la jurisprudencia a su perfección; no teóricamente, sin duda, pero hasta donde era menester para el dominio práctico de las ramas del derecho vigentes entonces. Desde nuestro remoto punto de vista, parece casi paradójico que un pueblo del más alto genio teórico como el griego no hubiese acometido este aspecto de la vida con espíritu científico. Pero lo que el griego llama *θεωρία* es originalmente algo más profundo y de mayor alcance que lo indicado por nuestro más bien enjuto término *teoría*. Es una atenta contemplación del mundo en conjunto, en toda su interconexión, hasta el fundamento último de

su existencia. De esta gran conexión emergen gradualmente las ciencias especiales, cada una de las cuales adopta por provincia una sola subdivisión, como, por ejemplo, la meteorología empírica o la geografía. Así, en el siglo v, cuando el pensamiento causal tiende cada vez más a desalojar a la interpretación mitológica, nace una ciencia médica derivada del arte práctico de curar, de la misma manera como las primeras matemáticas habían surgido poco antes. Todas estas ramas del conocimiento se originan independientemente, y no se agrupan en un sistema de conocimiento que las abarque a todas, y con un método conceptual único, sino hasta la escuela de Platón.<sup>15</sup> A medida que avanza el siglo iv, podemos ver claramente los efectos de esto en los cursos sistemáticos de enseñanza de ciencias especiales como la medicina y las matemáticas. Lo mismo ocurre en el campo del derecho. Ya en los siglos vii y vi vemos a los griegos meditar profundamente sobre la naturaleza de la justicia y la significación de un recto ordenamiento de la vida humana. Luego vienen, uno tras otro, diversos ejemplos de legislación en las ciudades, y a medida que la elaboración de leyes adelanta en su desarrollo, se convierte necesariamente, y cada vez más, en un estudio especial. Y así oímos decir en la comedia que los sofistas sometían ya a sus discípulos en Atenas a ejercicios prácticos sobre la interpretación de los textos legales, además de exponer sus propios puntos de vista generales sobre el derecho y el estado; y que los jóvenes tienen ahora que familiarizarse con la venerable jerga de Solón, en vez de con las glosas de Homero. El sofista Protágoras llega a considerar al conocimiento del derecho vigente como la parte más importante de la educación del adulto griego.<sup>16</sup>

Al mismo tiempo, el arte formal de la oratoria se eleva bruscamente a preeminencia en las ciudades, y

exige una rigurosa preparación por parte del orador, lo mismo en los tribunales que en la Asamblea. A los griegos de este período difícilmente les hubiera parecido que existiera gran diferencia entre los unos y la otra; pues los tribunales vinieron a ser cada vez más el lugar donde se resolvían las disputas políticas, y a su vez la vida política misma suponía el conocimiento de la ley. El nuevo arte se reconoce a menudo por sus aspectos puramente externos, especialmente por la cuidadosa elección del lenguaje. Las palabras, las frases y los adornos metafóricos están calculados con vistas a satisfacer los requerimientos más exigentes. Sin embargo, lo que nosotros habitualmente consideramos como la esencia misma de la nueva prosa literaria, a saber, su función como medio para la voz y el lenguaje en sentido limitado, no era en modo alguno el factor decisivo.<sup>17</sup> Lo que ocurre es, más bien, que se ha producido un cambio en la estructura mental y espiritual de los hombres de este tiempo; y este cambio ha llevado a una completa ruptura con la llana simplicidad del modo de hablar de sus antepasados. El refinamiento sin precedente en el arte de la persuasión que esto origina, no alcanza su más alto grado cuando se emplea para embaucar al auditorio con estudiados y llamativos efectos sonoros, sino cuando, aparentemente, emplea tan sólo los medios más naturales. La nueva retórica promueve una conciencia psicológica que los mismos poetas antiguos nunca alcanzaron a conocer. El argumento lógico se convierte entonces en instrumento de las más finas diferenciaciones. Acoplada con un arte de narrar tan altamente desarrollado que puede hacer que los acontecimientos se presenten justo al modo como le conviene al orador, la técnica de la prueba se ofrece entonces en el foro con todos sus matices, desde la sólida evidencia de hechos bien confirmados (aunque estos, desdichadamente, rara vez pe-

san gran cosa ante el jurado), hasta las plausibilidades más delgadas que puedan idear una sutileza sofística y un poder de sugestión altamente confiado. Esta *lógica* de la prueba no es sino la servidora de un nuevo y consciente arte *psicológico* de influir en el oyente, y domina todos los resortes de las emociones humanas con magistral virtuosismo.

Las muestras más antiguas que poseemos del nuevo estilo oratorio son simples declamaciones escolares, piezas de lucimiento deportivo, destinadas a exhibir los alcances en el arte de elaborar temas del mundo de los mitos. Pronto, sin embargo, se pasó de éstas a un tipo enteramente nuevo de literatura: el discurso forense publicado en forma de libro. Aunque este fenómeno puede parecernos extraño, especialmente si consideramos el gran número de obras de éstas que se produjeron, con todo debió de tratarse de la respuesta a una demanda efectiva. Antifón y Lisias, los más importantes entre los primeros escritores de *plaidoyers*, no tomaron ellos mismos la palabra desde la tribuna de los oradores. Fueron maestros de oratoria, y consideraron las publicaciones como un medio de difundir ejemplos de su arte. Diferían de los sofistas, sin embargo, por dedicarse a la profesión de logógrafo, lo cual quiere decir que escribían discursos para que otros los pronunciaran ante el tribunal, cobrando honorarios por el servicio —pues no existiendo abogados en Atenas, cada cual tenía que manejar su propio caso personalmente, por inexperto que fuera—. Entonces, la nueva retórica y la ciencia jurídica, de la que hablamos antes, se fundieron en una profesión enteramente nueva, en la que se combinaban las funciones del escritor, del profesor de elocución y del abogado. Pero el logógrafo no podía, claro está, actuar en calidad de abogado sino extraoficialmente, pues contrariamente a los presentes usos, no existían entonces reglas

que rigiesen la admisión en el foro, y cualquiera podía ofrecer sus servicios como escritor de informes. Para adquirir una buena clientela, bastaba con hacerse un nombre.<sup>18</sup>

Ningún auténtico ateniense podía sentirse satisfecho por mucho tiempo con esta profesión, pues ella le obligaba a permanecer encerrado en su despacho. Lisias estaba en una posición diferente, pues era un meteco y no un ciudadano por nacimiento; y lo propio se aplica a Iseo de Calcis, profesor de Demóstenes, quien practicó la logografía en Atenas. Pero un ateniense de buena familia y con talento no hubiera siquiera tomado en cuenta semejante ocupación, a no ser que pudiera conducir a algo más altamente respetado. Para Demóstenes, era una etapa en el camino hacia la política; para Isócrates, un paso hacia la profesión docente. Y, ciertamente, cuando Isócrates llegó a ser maestro de su propia escuela de retórica y política, no gustaba de recordar que había empezado su carrera en un despachito de esquina, escribiendo informes forenses. A pesar de ello, como advierte Aristóteles socarronamente, manojos enteros de sus primeras obras estaban aún tirados, como fondos muertos, en los estantes de las librerías.<sup>19</sup> Demóstenes, en cambio, no alude a su primera ocupación con tan constante menosprecio.

En el tiempo en que Demóstenes llegó a mayor, la buena preparación en retórica se daba por descontada, y era del todo imprudente presentarse sin ella ante el tribunal. Así pues, Demóstenes recurrió al logógrafo Isco, quien era particularmente versado en casos de sucesión, y se hizo discípulo suyo.<sup>20</sup> Hay una tradición dudosa que lo conecta con la escuela de Isócrates; pero aunque Isócrates alardea de sus más destacados discípulos, nunca menciona a Demóstenes. No sólo sus puntos de vista política eran opuestos, sino además estaba mu-

cho más de acuerdo con el carácter de Demóstenes el asistir a la escuela de un especialista, concentrándose sin desvíos en un propósito definido, y prepararse allí con tenaz energía para la próxima contienda, que no dedicarse con Isócrates a vanas declamaciones retóricas escolares. Para equiparse técnicamente, más allá de lo que obtuviera de las artes del viejo marrullero Iseo, pudo recurrir a manuales inéditos de los maestros más conocidos, copias de los cuales pasaban entonces de mano en mano entre los estudiantes. La murmuración local se las compuso para referir sobre esto toda suerte de detalles, probablemente faltos de base.<sup>21</sup> Pero este mismo autodidactismo me produce la impresión de algo característico de Demóstenes. Con instinto certero, supo cómo encontrar en cada cosa algo de lo cual pudiera aprender. Aunque no estuviera tentado de gastar su buen dinero por el privilegio de asistir a las más bien largas clases de Isócrates, los discursos publicados del retórico estaban fácilmente a su alcance, y podía aprender de ellos lo mismo a admirar que a imitar el gran arte nuevo de construir rotundas cláusulas, en el que Isócrates no tenía par. Pero, por lo mismo que el arte de Isócrates se desenvolvía casi exclusivamente dentro de los confines de este estilo, era fundamentalmente inadecuado para los agarrones ante el jurado. En sus discursos, las frases se suceden una a otra con dignidad solemne, como en una procesión; cada una de ellas, una obra de arte completa que pudiera ser gozada en sí misma. El gran teórico pasaba días enteros moldeando cada una de ellas. Para Isócrates, la frase ideal era un fin en sí, absoluto y terminante; y no había tema que le pareciera nunca suficientemente elevado como vehículo de ese arte de componer armoniosamente las ideas comunes de su tiempo —arte en el que el oído griego ha percibido siempre uno de los logros supremos del sentido helénico

de la forma—. La actitud de Demóstenes para con esta nueva creación es bien interesante: aprecia el ideal de un arte puro que se niega a vincularse a lo real, y, como orador activo, lo aprovecha gustoso como una prolongación de los instrumentos a su alcance; pero rehusa someterse incondicionalmente a esta nueva manera artística que emana de las cumbres de la teoría. En general, el estilo de los discursos de Demóstenes, así forenses como políticos, se caracteriza por hacerse eco de toda la gama temperamental y de modos de expresión que se encuentran en la vida real, en una consciente reacción contra la inmutable monotonía de la académica retórica de tribuna de Isócrates. Pero en ciertos pasajes particularmente intencionados, emplea la cláusula isocratiana con calculada efectividad. En este respecto, sus primeros discursos muestran que todavía no se ha liberado enteramente de su modelo.<sup>22</sup> Sin embargo, aunque pronto domina el uso reflexivo de este medio, es capaz, si desea adoptar cierta actitud especial, de estilizar discursos enteros a la manera de Isócrates.

Es todavía una notable paradoja el hecho de que ciertos defectos físicos hubieran desventajado el innato talento para la oratoria que poseía el más grande de los oradores griegos. El fanático empeño y la acerada firmeza con que los superó, concuerdan bien con lo que sabemos de la autoeducación de Demóstenes. Pronunciación, educación de la voz, arte de decir, en una palabra, todo el equipo técnico sin el cual el orador no existe, y que logran sin ningún esfuerzo aquellos a quienes la naturaleza ha favorecido, tuvo él que adquirirlo sólo a costa de las mayores dificultades. Afortunadamente para él, había ya en ese tiempo maestros profesionales en estas artes.<sup>23</sup> Pero el hecho mismo de su existencia muestra que el arte de decir —el aspecto esencialmente oratorio del discurso— tendía a ser diferenciado de la composi-

ción y del estilo. Y cuanta más atención recibían éstas, como ramas especiales del arte literario, mayor fué haciéndose el número de los retóricos que, como Isócrates, carecían de competencia en el discurso público, o que, como Demóstenes, tenían que luchar con desventajas naturales para alcanzarla. Así y todo, es extraordinario que, hasta el fin de su vida, Demóstenes, el más altamente reputado de todos los oradores, tuviera razones para envidiar a cualquier improvisador fluido y se turbara fácilmente ante un ataque imprevisto. Esta limitación le ocasionó una de las situaciones más penosas y mortificantes de toda su carrera de orador cuando, en la cima de su fama, y como miembro de la embajada ante Filipo de Macedonia, se cortó en una réplica, y tuvo que interrumpir el discurso en presencia de su odiado rival Esquines.<sup>24</sup> En Demóstenes, de quien sus enemigos se mofaban por buscabullas, la pasión explosiva y la tesonera voluntad luchaban contra una disposición atribiliaria hasta la torpeza. Y podemos fácilmente comprender por qué sostuvo que el arte de decir era el factor principal en toda oratoria, si recordamos que la aptitud para ello le fué negada al principio.<sup>25</sup> Sin embargo, se requiere algo más que un mero hombre de letras con un arte de hablar adquirido, para levantar una muchedumbre tímida e indecisa en un momento de verdadero peligro. Allí podemos reconocer en Demóstenes al orador nato, que extrae su fuerza de profundidades interiores muchos más hondas que cualquier técnica del decir o del ademán. Pero aun cuando llevaba en su alma este innato espíritu de elocuencia, estaba entonces muy lejos todavía de poder subir a la tribuna pública; y tal vez no fuera por accidente que, después de haber empezado su breve carrera con el afortunado manejo de su propio caso, se sumergió en la profesión de redactor de discursos, hasta que dió el gran paso hacia la política, a la que su natura-

leza lo impulsaba a pesar de tantos obstáculos como tuvo que superar.

Debemos echar ahora una ojeada a los informes forenses que Demóstenes escribió para otros como logógrafo, de suerte que podamos completar el cuadro de su estrato social y de su medio ambiente, los cuales han sido ya puestos de manifiesto por los discursos contra sus tutores, y observar más de cerca los peculiares problemas envueltos en esta profesión. Como hemos dicho, no era considerada como una ocupación particularmente elegante. Podemos observarlo no sólo en la repudiación de Isócrates de su labor primera como logógrafo, sino también en los escarnios que hacen de Demóstenes los oradores Esquines y Dinarco, porque aceptara dinero por discursos escritos para otros.<sup>26</sup> Así y todo, y aun cuando Demóstenes no necesitara, años después, ganarse la vida de este modo, siguió evidentemente dedicado con ardor a su profesión, pues hasta dió lecciones de retórica a un grupo privado,<sup>27</sup> al modo como los abogados romanos lo hacían todavía en tiempo de Tácito. Como quiera que la ley ática no permitía que aparecieran personalmente como asesores sino los parientes y amigos, los casos en que Demóstenes mismo actuó como abogado fueron extremadamente raros. El único de éstos que conocemos con precisión ocurrió en un período posterior. Y aunque existen ciertos indicios de que Demóstenes pudiera haber actuado de abogado en el discurso *Contra Leptines*, no existe prueba de ello. Sin embargo, bajo el reinado de Alejandro, un pariente del orador, llamado Demon, litigó contra Zenotemis y pidió a Demóstenes que lo representara en el tribunal. Demóstenes, según dice Demon a los jueces, le explicó que quiso hacer esta *única* excepción, pero que, desde que entrara al servicio del estado, había adoptado como principio, por razones fáciles de entender, el no aparecer ante el tribunal en

procesos privados.<sup>28</sup> Por supuesto, no todos los políticos eran tan escrupulosos, especialmente en ese tiempo, como muestra claramente el caso de Hipérides. Pero Demóstenes sabía todo lo que significa una reputación para el hombre de estado. Con todo, no dudó en *escribir* discursos forenses para otros, y lo hizo hasta ya muy adelantada su carrera política, pues esto era considerado enteramente como asunto privado. El nombre de quien preparaba el discurso no se mencionaba nunca ni la persona figuraba en ello para nada. De este modo, la autoridad del redactor no podía de ninguna manera influenciar a los jueces.

Si tenemos en cuenta que el logógrafo no tenía el estímulo de la participación personal y de la aparición en público que lo incitaran, podremos ver claramente cuán distinto era de nuestros abogados. En una profesión tan anónima, si es que podemos ciertamente llamarla profesión, difícilmente podía desarrollarse un ethos profesional, pues la personalidad del escritor no tenía ocasión de manifestarse. El logógrafo no se encargaba de la causa del cliente como representante de éste; por el contrario, tenía que desvanecerse enteramente y convertirse meramente en el estilo\* de la persona por cuya boca hablaba. Esto requería una técnica especial, como la que Lisias había ya desarrollado hasta el virtuosismo, a saber, la de la *ethopeia*, o arte de delinear el carácter de una persona en el texto que se le daba para que lo pronunciase. Pues, como todos los buenos griegos, los jueces no se contentaban con requerir que tales discursos trataran del caso en abstracto; también querían ver más del caso mismo, ver en él al hombre entero, si no tal como era, por lo menos tal como pretendía ser. Podemos fácilmente imaginarnos cuán incitante debió resultar esta

\* Punzón con el cual escribían los antiguos sobre tablas enceradas.

labor para un pueblo de gran sentido artístico como el ateniense, y en una época en que la poesía dramática había dado lo mismo al poeta que al público la capacidad en grado sumo de ponerse en el lugar del otro. Hacia fines del siglo v y principios del iv, cuando la vigorosa producción dramática empezaba a decaer, la publicación de discursos forenses proporcionó un tipo totalmente nuevo de literatura dramática ligera, la cual permanecía apegada a la vida con el mayor realismo. Estos discursos no se publicaban solamente porque fueran un anuncio valioso para sus autores; eran solicitados, además, auténticamente, como materia de conversación. Es curioso que esto haya sido tan pasado por alto en nuestro propio tiempo, en que las columnas de nuestros periódicos van llenas todos los días de interminables informaciones de procesos, y en que las salas del jurado corren parejas con el teatro en su poder de atracción del público.

Por tanto, para comprender a esta profesión debemos tener en cuenta que el motivo del amor al prójimo, o de ayudar a quien se encontrara en apuros, no tenía nada que ver con ella. Había simplemente el hecho de que, bajo el sistema ateniense de administración de justicia, cada cual tenía que representarse a sí mismo ante el tribunal; y otro hecho era que existían personas que podían ganarse la vida poniendo al servicio de los demás, para este propósito, su mayor preparación. El autor no tenía que identificarse exactamente con la persona que le encargaba el discurso; no necesitaba sino dedicarse a una especie de juego que consistía en transformarse en los más variados tipos del *genus humanum*, hablando primero como un personaje distinguido de la alta sociedad, luego como un honrado hombre del campo, luego como un quejoso veterano inválido, más tarde como un pacífico ciudadano a quien ciertos jóvenes rufianes bo-

rrachos hubieran dejado medio muerto a palos. La galearía de los tipos era inagotable, y quienquiera que la examine, aun superficialmente, abandonará toda ambición de acercarse a ella con las medidas de la moral, o de exigir que no se permitiera a esos artifices escribir discursos para cualquier cliente, sino sólo para aquellos que tuvieran buenas perspectivas de ser juzgados puros y sin tacha cuando aparecieran desnudos ante Eaco en el futuro tribunal de los infiernos. Esta notable forma de arte, tan objetiva que desposeía al autor de toda su personalidad, puede parecernos extraña; pero bajo las condiciones que la originaron, la única cosa posible era hacer de necesidad virtud y proveer al cliente de un discurso tal que le hiciese sentirse como si nunca, en toda su vida, hubiera estado tan cerca de lo mejor de su yo. Los miembros del jurado atenienses eran suficientemente listos para no dejarse embaucar por cualquier fácil maniobra; además, les gustaba que los divirtieran. Así pues, ningún buen logógrafo tenía por qué sentirse como si hubiera firmado un pacto con el diablo cuando escribía una obra maestra de virtud e inocencia destinada a un bribón que se viera en circunstancias apuradas.

Como quiera que la mayoría de los discursos forenses de Demóstenes es presumible que se perdieran —pues nos quedan relativamente pocos—, podemos concluir que fueron considerados efímeros y, por ende, indignos en gran parte de ser conservados. Aparte los cinco discursos de su propio pleito con los tutores, quedan tan sólo unos muy pocos del primer período, cuando era todavía un simple logógrafo. Los casos a que se refieren no fueron muy importantes, y la fama de su autor, evidentemente, estaba todavía en su infancia. Pero han llegado hasta nosotros unos cuantos discursos del tiempo de su primera actividad política, los cuales muestran que entretanto había ya llegado a ser muy solicitado. Le pe-

dían su ayuda no sólo para procesos públicos, sino también para litigios privados en los que se debatían cantidades importantes. Concluiré este bosquejo destacando uno de estos casos, porque proyecta mucha luz sobre esos tiempos. Me refiero al discurso *En defensa de Formio* y al primer discurso *Contra Estéfano*, que se relaciona con él íntimamente.

Formio era el sucesor en los negocios del gran banquero ateniense Pasion, a quien conocemos por una serie de procesos. Pasion había gozado de la confianza de varios ricos atenienses, incluyendo al general Timoteo. Además, el padre de Demóstenes había guardado algunos de sus fondos en el banco de Pasion, según sabemos por el litigio contra los tutores; y es probable que la relación de Demóstenes con Formio viniera de este viejo trato de negocios. Formio había sido primeramente un esclavo de Pasion, y entró por manumisión en los negocios de su amo; fué luego ascendiendo hasta que llegó a gerente del banco por derecho propio, lo cual no era raro que ocurriera en Atenas. Finalmente, cuando la salud de Pasion empezó a decaer, arrendó el banco a Formio, junto con una fábrica de escudos que había estado manejando aparte. Pero la confianza de Pasion en Formio fué todavía más allá. Lo nombró en su testamento tutor de su joven hijo Pasicles, quien era todavía menor de edad, y le dió la mano de su esposa, proveyendo para ella en forma parecida a como el viejo Demóstenes proveyera para Cleóbula.

Apolodoro, el hijo mayor —un personaje algo problemático— heredó para empezar la mitad nada más del dinero disponible; pero también recibía, por supuesto, la mitad de la renta que Formio pagaba por el banco y la fábrica de escudos hasta que el contrato venciera. Cuando esto ocurrió, Apolodoro dividió banco y fábrica con su hermano, tomando para sí la fábrica y quedando

Pasicles dueño del banco. Después de la muerte de su madre, dividieron igualmente sus bienes. Entonces Apolodoro acusó a Formio de haber retenido fuertes sumas como segundo marido de su madre. Pero convinieron los dos en un arreglo por el cual Formio pagó a Apolodoro una indemnización de 5,000 dracmas, y Apolodoro se declaró resarcido de una vez y para todas. Sin embargo, Apolodoro litigaba tan frecuentemente para cobrar las sumas más importantes que se debían a su difunto padre, que se le convirtió en hábito, y dieciocho años más tarde se presentó otra vez ante Formio con nuevas reclamaciones, declarando que su madre había destruido los libros de cuentas de su padre cuando estaba bajo la influencia de Formio.

Formio, en su réplica, levanta objeciones técnicas a todas las nuevas reclamaciones de Apolodoro, en vista de la definitiva renuncia de éste, y demuestra que cuando la propiedad fué distribuida, los libros debieron evidentemente estar todavía a la disposición. No se menciona la posibilidad de que otro libro hubiera podido permanecer secreto. Además, y siendo así que Apolodoro presentaba también objeciones al matrimonio de su madre —una ateniense libre— con Formio —un esclavo de su padre—, el discurso *En Defensa de Formio* muestra con numerosos ejemplos que menciona por el nombre que, en Atenas lo mismo que en otros lugares, un banquero podía frecuentemente mantener su negocio intacto después de su muerte entregando su mujer al hombre que hubiera escogido como sucesor, aunque éste no hubiera sido de siempre un ciudadano libre.<sup>20</sup> Es importante notar cuántos extranjeros se abrían camino por su habilidad en los negocios y no sólo alcanzaban la ciudadanía, sino que lograban ser recibidos en los círculos sociales principales. Formio se escuda hábilmente cuando Apolodoro lo ataca por ser de raza bárbara.

Tiene la prudencia de eludir el alegar en persona, tal vez porque no puede hablar el ático sin un cierto acento. Por ello, pide a algunos amigos que hablen en su nombre.<sup>30</sup> Pero indica que Apolodoro se hirió con su propia flecha, por cuanto su padre, el gran financiero Pasion, había subido desde la nada y obtuvo la ciudadanía en la misma forma en que la obtuvo el propio Formio.<sup>31</sup> El discurso se cierra con un retrato poco halagüeño de Apolodoro: tal vez éste haya gozado de la ciudadanía una generación antes que Formio (quien la había adquirido sólo recientemente), pero la ha empleado principalmente para derrochar su dinero y querellarse contra todos los atenienses prominentes.

De la certidumbre de éste último alegato poseemos otras pruebas, además de la lista que enumera el autor del discurso de Formio.<sup>32</sup> Entre los discursos atribuidos a Demóstenes, no menos de siete fueron escritos para Apolodoro, y cada uno de ellos para una distinta acción legal. Es cierto que los críticos mostraron hace mucho que, de estos siete, sólo uno es realmente obra de Demóstenes. Evidentemente, debemos a éste la conservación de los otros seis.<sup>33</sup> Es presumible que fueran hallados, junto con el auténtico, entre los papeles privados de Apolodoro, los cuales parece que fueron registrados después de la muerte de Demóstenes porque se sabía que éste había trabajado alguna vez para Apolodoro. El corpus de Demóstenes tenemos que pensar que contiene: primero, aquellos discursos que publicó en vida; segundo, aquéllos que se encontraron inéditos entre sus papeles; y tercero, aquéllos —algunos de origen dudoso— que los editores descubrieron en los archivos privados de Atenas. Se recordó particularmente que Demóstenes había trabajado alguna vez para Apolodoro; pues sus adversarios censuraron fuertemente que, después de su afortunada defensa de Formio, hubiera prestado sus servicios a su

antagonista Apolodoro en un caso conectado con el mismo proceso.

Poco después de declararse concluso el caso de Apolodoro, éste se querelló contra Estéfano, testigo de la defensa de Formio, y encargó a Demóstenes la redacción de su informe. Sin duda es frecuente que quien ha perdido un pleito legal piense que el abogado de la parte contraria es más hábil que el suyo propio, y se dirija a él a la primera oportunidad. No parece que haya habido ninguna ley ateniense que prohibiera hacer esto, aun dentro del mismo proceso. Comprenderemos que así fuera si tenemos bien en cuenta la diferencia esencial entre el redactor de discursos ateniense y el abogado de nuestros días. Probablemente estos casos fueran frecuentes en el ejercicio de los logógrafos. Pero, aun en estas circunstancias, ciertas personas se mostraron evidentemente irritadas por tal conducta; como quiera que sea, los enemigos de Demóstenes tuvieron noticia de ello, y Esquines lo aprovechó en cuanto se presentó la ocasión.<sup>34</sup> Averiguar las razones de Demóstenes es más bien ocioso. Tiene cierta plausibilidad la conjetura de que, habiendo pensado por mucho tiempo en que se pasaran a los fondos de guerra las sumas que regularmente se distribuían como cuotas de entrada para el teatro, Demóstenes tuvo que congraciarse más o menos con Apolodoro, quien estaba proponiendo entonces que se suprimiera este reparto.<sup>35</sup> Pero, cualesquiera que fueran las circunstancias, no deja de herir nuestra sensibilidad el hecho de que el mismo autor que trazara ese retrato de Apolodoro al final de su discurso *En defensa de Formio*, caricaturizara ahora a Formio, con no menor causticidad, al final de su discurso *Contra Estéfano*.<sup>36</sup>

Está claro, entonces, que el logógrafo no era realmente más que un instrumento viviente en las manos de la persona para quien escribía. Aun cuando Demóstenes

trabajara para ambas partes una vez nada más, la manera como los retratos de los dos antagonistas se oponen el uno al otro en este ejemplo extremo, muestra qué arte más enteramente irresponsable practicaba el redactor de discursos, y a qué poco lo comprometía. No es probable que la opinión de Demóstenes sufriera semejante cambio, puramente por causa de una visita profesional de Apolodoro. ¿Es posible que él, deliberadamente, considerara a ambos retratos como puros medios para un fin —caricaturas que tendrían que ser toleradas en el tribunal en caso de lucha— porque, simplemente, éste era el procedimiento normal, y quienquiera que se saliese de las reglas del juego podría estar seguro de terminar con las manos en la cabeza? ¿O consideró tal vez imparcialmente exactos a ambos retratos, a pesar de sus exageraciones caricaturescas, haciendo chanza íntimamente, como tantos otros grandes retratistas, de una y otra de sus víctimas, y sin turbar la gravedad de su porte exterior? Palpita a lo largo de sus primeros escritos oratorios bastante sangre de artista verdadero para que tal capricho no parezca increíble, con todo y que pudiera descubrirse en el retrato del rico avaro Formio —al que Demóstenes pinta en su discurso *Contra Estéfano* con un gusto especial— un rastro de resentimiento por haber recibido unos honorarios mezquinos, después de haber ganado para él ese gran pleito. Cualquiera de los que tenían que rondar todos los días por la sociedad ateniense, y estaban por ello en situación de ver entre bastidores —como el consejero legal de tales apurados hombres de negocios y ricos ostentosos— debió con el tiempo llegar a ver la moralidad y la respetabilidad de la clase media como en un espejo convexo; y a duras penas evitaría el exponerse a un peligroso escepticismo —doblemente peligroso para un hombre con la fuerza de pasión y de voluntad de Demóstenes. El no podía encontrar satis-

facción permanente en esta esfera, a la que había sido llevado puramente por sus grandes dotes oratorias. Pero el crecimiento mismo de su fama como escritor de discursos, hubo de ayudarle en el camino a la política, en la que se ofrecía ante él un objetivo más digno de sus fuerzas.

## CAPITULO TERCERO

### LA MARCHA HACIA LA POLITICA

COMO LOS estadistas romanos, Demóstenes no empezó su carrera política apareciendo ante el Consejo o la Asamblea, sino tomando parte en importantes juicios de estado. Esa era una época de profunda depresión en la política ateniense, y de aturdimiento en general. Es difícil percatarse de esto al pronto, después de haber trazado la recuperación de Atenas en el período de la postguerra y su elevación a la jefatura de la segunda Confederación, y de haber contemplado cómo llegó a la cumbre de la paz de Esparta en 371, con la cual trató Calístrato de cosechar los frutos de la guerra mientras estaban en sazón. Pero para comprender de qué modo se inició Demóstenes en la política, debemos seguir ahora la curva descendente del desenvolvimiento de la Confederación, pues los tres procesos con los cuales hizo su aparición, estuvieron relacionados exclusivamente con la liquidación de un sistema de gobierno desahuciado, el cual había llevado las cosas a tal punto que la Confederación estaba disuelta por completo, y Atenas se veía aislada nuevamente.

Ya durante los años anteriores a la declaración de paz de Esparta, hubo indicios de una creciente frialdad entre Atenas y Tebas, los dos aliados principales. Sintomático de esto fué el discurso que Isócrates escribió para los platenses, quienes habían sido oprimidos por Tebas. Es presumible que este discurso fuera escrito por inspiración oficial.<sup>1</sup> De todos modos, Isócrates era

entonces muy estimado como representante del grupo más imparcial de la intelectualidad ateniense; y expresó sin reservas de ninguna clase su impresión de que los tebanos estaban explotando a Atenas, y de que ésta debía cooperar con ellos sólo hasta donde conviniera a sus propios intereses y los de la Confederación, que al cabo era de la Confederación de la que dependía Tebas. Naturalmente, también había en Atenas un partido protebano, y parece en verdad haber sido el más fuerte numéricamente, si hemos de juzgar por la composición de la delegación ateniense a la conferencia de la paz de Esparta. En esta delegación, en la cual estaban representadas, como de costumbre, todas las corrientes del pensamiento político de Atenas, los amigos de Tebas tuvieron decididamente vara alta. Pero Calístrato, cuya política de equilibrio de poder, enteramente desprovista de sentimentalismo, es presentada tan admirablemente en la versión que da Jenofonte de su gran discurso en la conferencia, llevó a cabo su plan muy hábilmente, y obtuvo éxito en la maniobra que dejó a sus aliados los tebanos en una posición de completo aislamiento.<sup>2</sup> La política no entiende de gratitudes; y en ese momento nadie se detuvo a recordar que, sin Tebas, la ascensión de Atenas hubiera sido imposible.

Vióse entonces que los atenienses habían calculado bien exacta y prudentemente la fuerza de la nueva Confederación, cuando, en sus inicios, garantizaron sistemáticamente la autonomía de los aliados en todas sus formas. Cuando fueron a interpretar este principio, es evidente que contaron con reconquistar eventualmente su antigua posición bajo la paz de Antálcidas, aun en el caso de que la nueva alineación consiguiera mantenerse. De este modo, podían enfrentarse a los espartanos con un hecho consumado. Además, y completamente en contra de las intenciones originales de Esparta,

su interpretación no excluía la posibilidad de que un apreciable número de ciudades autónomas se asociaran por su propia voluntad. Pero, de todos modos, sí excluía la unión coercitiva de un grupo de ciudades vecinas en un estado único, al modo como las ciudades de Beocia habían sido unidas por Tebas, aunque esto pareciera enteramente justificado por consideraciones económicas y tribales. Calístrato había prestado a los espartanos el servicio de conducir a Tebas a este callejón sin salida, y dejarla ahí aislada, a cambio de su reconocimiento de la Confederación ateniense. Como quiera que Esparta no podía habérselas con todos sus enemigos a un tiempo, el precio no fué muy alto para ella. Los tebanos, imposibilitados de reforzar su pretensión de firmar el tratado de paz como representantes de todos los estados de Beocia, tuvieron que retirarse de la conferencia bajo protesta. Calístrato, en cambio, regresó a Atenas triunfalmente. Había puesto, al parecer, una sordina a la arrogancia tebana, sin atraer sobre Atenas la odiosidad de traicionar a su aliada. Ahora podía dejarse que Tebas y Esparta se debilitaran mutuamente, mientras Atenas consolidaba en paz su recién conquistada posición.

Pero en política nada es seguro. La situación desesperada de Tebas sólo sirvió para multiplicar sus fuerzas; y bajo la brillante dirección de Epaminondas —un hombre casi desconocido hasta entonces, que había causado impresión por vez primera con su elocuencia, decididamente nada beocia, en la conferencia de la paz de Esparta—<sup>3</sup> los tebanos procedieron desde luego a barrer con el “invencible” ejército espartano en Leuctra. Paso a paso, Esparta había descendido desde la cumbre de su poder, el cual, después de la primera rebelión de sus aliados en la Guerra Corintia, pareció que quedaba restablecido con la paz de Antálcidas. Pero, al ocupar a

Tebas, Esparta excedió sus propias fuerzas, y fué decayendo continuamente desde la liberación de Tebas y la fundación de la segunda Confederación ateniense. No tuvo Esparta un poder físico, espiritual o económico que corriera parejas con sus hazañas militares. El antiguo sistema espartano había tenido como base una población relativamente pequeña, según atestigua un hombre tan versado en asuntos espartanos como Jenofonte;<sup>4</sup> y después de la destrucción de su ejército en Leuctra, no tuvo ya reservas a qué acudir. Nunca más se recuperó de este golpe, y hubiera sido destruída enteramente si Atenas se hubiera unido a Tebas subsiguientemente, para asestar a su antigua enemiga, mientras estaba indefensa, un último golpe aniquilador. Pero Atenas tuvo entonces la impresión de que Tebas había pasado a ocupar el lugar de Esparta. Hasta ahora, Tebas había sido su aliada; pero como ésta se mostraba cada vez más insatisfecha, se desprendía lógicamente de la política del equilibrio de poder que Atenas entrara en una alianza militar abierta con Esparta. Calístrato sacó esta conclusión con perfecta sangre fría, y sin que importara cuán duro pudiera ello parecerle a los políticos atenienses más sensibles.

Vamos a representarnos la nueva situación de la política ateniense. El curso de los acontecimientos estaba entonces determinado por la creciente ola de ambición de Tebas y la nueva política agresiva adoptada bajo la dirección de Epaminondas. Por una parte, esta política tenía como designio debilitar más a Esparta, el enemigo tradicional; por la otra, era un intento sistemático de ensanchar la esfera tebana de influencia en la Grecia central y del norte. Durante el influjo de Tebas, el centro de gravedad político se había trasladado finalmente desde el mar Egeo y el Peloponeso, los dos campos de fuerza tradicionales, hacia el norte,

el cual no estaba preparado para ello ni cultural ni políticamente. Cuando llegamos al tiempo de Demóstenes, encontramos que este traslado se considera como cosa hecha. Ello puede verse con la mayor claridad en las repetidas invasiones tebanas de la península meridional de Grecia, en donde, hasta entonces, ni siquiera el ejército persa había puesto el pie. Además, y por encima del inmediato problema militar de mantener intimidada a Esparta —lo cual llegó a provocar intervenciones armadas de las fuerzas atenienses en defensa de Esparta—, había tres factores constantes con los que la política peloponesa de Tebas tuvo que contar en los años siguientes. Uno era el movimiento democrático en aquellos estados del Peloponeso que habían sido hasta entonces gobernados aristocráticamente bajo la influencia espartana. Enlazado con éste, hubo otro movimiento, al que Tebas apoyaba, en las tierras altas de Arcadia —región anteriormente disgregada en un número de pequeñas comunidades, pero que ahora aspiraba a la independencia y la unificación—. El tercer factor era el irredentismo de los mesenios —vigorosamente fomentado por Tebas—, a quienes Esparta había oprimido durante siglos. La política, en el siglo iv, había aprendido bien el truco de utilizar como lema a los viejos ideales. Años después, por ejemplo, nos encontramos a Isócrates aconsejando al rey Filipo el empleo de la palabra *libertad*<sup>5</sup> en sus tratos con los pueblos asiáticos, pues el efecto pernicioso que ella tuvo entre los griegos demostró que éste era el mejor ardid para destruir imperios poderosos. Esta lección la habían ya enseñado los propios espartanos en la Guerra del Peloponeso,<sup>6</sup> y ahora Epaminondas se la enseñó provechosamente a ellos, mostrando que cuando uno empieza a deshacer la labor de la historia, no hay límites de tiempo que la detengan, así haga décadas o

siglos que se produjeron los “hechos consumados” que uno invoca. En la política de los tiempos de Demóstenes, se nos ofrecerá otra vez la nueva situación peloponesa de esta década: una Esparta débil, una Mesenia independiente y una Arcadia unificada, con su ficticia capital Megalópolis, recientemente fundada. Cada uno de estos resultados fué peculiarmente obra de Epaminondas, y todos lo sobrevivieron. Con su muerte en la batalla de Mantinea de 362, ganada por Tebas al invadir por última vez el Peloponneso, el movimiento tebano de expansión exterior se paralizó. La batalla dejó en un estado caótico lo mismo al norte que al sur; en éste, la influencia tebana empezó desde entonces a disminuir gradualmente. Evidentemente, había sido más fácil perturbar el orden inestable de ese mundo político que substituirlo con uno nuevo.

A lo largo de los nueve años gloriosos que Tebas pasó desde Leuctra a Mantinea, Atenas mantuvo por un tiempo, bajo la firme y determinada dirección del elocuente Calístrato, el estado de equilibrio que había alcanzado en la conferencia de la paz de Esparta. Luego que se desvaneció el entusiasmo que había dominado en los primeros años de la Confederación, Calístrato intentó sistemáticamente reforzarla por todos lados, y hasta consiguió aumentar considerablemente el número de sus miembros, poco después de Leuctra. Formalmente, la conducta de Atenas tuvo la mayor consistencia lógica. Nunca, anteriormente, hubo diplomacia que se desplegara con tal arte consciente. Esto se había convertido entonces en un juego excitante, con reglas fijas, que exigía el más alto virtuosismo. El desarrollo de la teoría y forma de la diplomacia merece, ciertamente, una exposición más precisa, pues no se le ha prestado toda la atención que requiere. Aunque la historia de Grecia en el siglo iv puede azorarnos al princi-

pio por su complejidad, se hace cada vez más interesante cuando la examinamos de cerca —como una partida de ajedrez, frente a la cual estamos ahora en situación de analizar la corrección de cada jugada, no sólo pensándola de nuevo, sino también por conocer cómo terminó la partida—. Pero la elasticidad mental de los jefes de una nación no implica una correspondiente vitalidad en la nación misma, y cuando su pericia es estimulada precisamente por la falta de esa vitalidad nacional, ello resulta, cuando más, un sustituto insuficiente.

Esto se aplica a la Confederación ática después de Leuctra. Su posterior desarrollo, después de la derrota de Esparta, fué sólo una apariencia de salud. En efecto, cuando ya no hubo por qué temer a Esparta, perdió su fuerza el motivo que mantuviera agrupados a los miembros sueltos de esta unión. Los otros confederados no compartían el interés de Atenas en volver el filo de la liga contra Tebas, en vez de Esparta, pues la mayoría de ellos eran ciudades insulares o costeras, que no tenían motivo de fricción con el poder territorial, puramente agrario, de Tebas. Pero, cuanto menos coincidía su interés con el de Atenas, tanto más fueron tomando los manejos de ésta la apariencia de una política sin dirección realmente definida. El primer signo de que la posición de los jefes atenienses se iba haciendo precaria en el interior, fué el llamado juicio Orópico de 366, en el que el partido beocio de Atenas acusó a Calistrato y a Cabrias de haber perdido la importante ciudad fronteriza de Oropo por su actitud con Tebas. De hecho, no es probable que hubieran podido retener a Oropo por mucho tiempo, después de que la isla vecina de Eubea se pasara de la Confederación a Tebas; por lo que, probablemente, los jefes no tuvieron culpa. La brillante defensa de Calistrato fué el primer

discurso que oyó el joven Demóstenes a los diez y siete años. Era una gran ocasión, y Demóstenes se escondió detrás de su pedagogo para poder así filtrarse secretamente en la audiencia.<sup>7</sup> El resultado del discurso fué la exculpación y completa victoria del eminente estadista, a quien Demóstenes admiró toda su vida, y cuyo ejemplo ejerció evidentemente una decidida influencia sobre él.<sup>8</sup> La última hazaña de Calistrato fué ganar para el bando ateniense el recién unificado estado arcadio, al que Tebas creara en el Peloponneso en oposición a Esparta. En la embajada a Arcadia el poder oratorio de Calistrato contendió con el de su gran rival tebano Epaminondas, y ganó la partida. Pero es difícil decir lo que habría sucedido si Epaminondas hubiera vivido por más tiempo y hubiese añadido la supremacía marítima a la continental. Ya una vez había advertido Epaminondas que el Propileo de la Acrópolis ateniense debía ser trasladado a la Cadmea de Tebas;<sup>9</sup> y su primer paso para convertir este dicho en hecho había sido reunir una gran flota e iniciar negociaciones con Quíos, Rodas y Bizancio, aliados de Atenas, que quedaron particularmente impresionados con su sensacional viaje de sondeo a Bizancio. El abandono de Atenas por estas importantes ciudades comerciales selló, pocos años después, el destino de la Confederación, según es bien sabido; y Epaminondas parece que percibió astutamente los puntos por los cuales era más vulnerable. Después de su muerte, hubo un alivio en la presión que había mantenido en el gobierno a su adversario ateniense Calistrato; y este hombre notable, cuyo talento político necesitaba ahora Atenas más que nunca, cayó del poder y fué desterrado. En verdad, él siempre creyó que algún día volvería, e intentó repetidas veces servir políticamente a Atenas desde el extranjero. Pero eligió un mal momento para su retorno,

y cuando, después de varios años, se aventuró a intentarlo, fué condenado a beber la cicuta.

En los últimos años del gobierno de Calístrato no faltaron empresas desafortunadas que pudieran ocasionar su caída. Desgraciadamente, es casi nada lo que sabemos del poderoso grupo que la provocó, apoderándose luego del mando. Un nombre que aparece con frecuencia en primer término es el de Aristofón, hombre de edad madura y político respetado, cuya prominencia databa ya de la primera década posterior a la Guerra del Peloponeso. En nuestra tradición aparece como un inflexible partidario de la cooperación con Tebas. Esto sólo hubiera ya bastado para llevarlo a la oposición de Calístrato; pero la gente nueva extendió su hostilidad a todos los aspectos del régimen de Calístrato. Creyeron que en todas las cosas era menester un tono de mayor rigidez. Apretaron más los resortes de la administración, procesaron a generales negligentes o arbitrarios y llamaron a cuentas a sus predecesores políticos. No es cosa fácil informar acerca de ellos haciéndoles justicia; a juzgar por sus éxitos, debemos concluir que gobernaron a Atenas de arriba abajo. Pero es en vano que busquemos en sus empresas una línea firme de conducta; en vez de esto, los vemos precipitarse temerariamente y cometer errores imperdonables. La postura altiva y presuntuosa de Atenas a la cabeza de la Confederación, se disuelve ahora en gestos amenazadores de brutal debilidad; y el capital de confianza, tan duramente ganado, se consume rápidamente.

Este es el tiempo en que Atenas está interviniendo constantemente en las disputas ajenas y haciendo antecala ante los príncipes extranjeros. Es el período de las tumultuosas expediciones mercenarias al Asia Menor, donde el imperio persa está temporalmente a punto de desintegrarse en varios estados independientes, y los vi-

rreyes del Gran Rey luchan entre ellos hasta que el nuevo caudillo Artajerjes Ocus acaba con este estado de cosas. Atenas hace entonces repetidos esfuerzos para conseguir poner el pie en los Dardanelos; pero uno tras otro, varios generales prueban la suerte, fracasan, son destituídos y condenados. Cuando, a la muerte del rey Perdicas III en 359, se apodera del timón Filipo II, hombre de energía rayana en el genio, Atenas pierde Amfipolis —donde el Estrimón desemboca en la costa macedonia—, el puerto más importante para el comercio interior. Hay un solo momento brillante, cuando el bando ateniense recupera Eubea; pero esto compensa a duras penas la pérdida de Corcira, una isla de importancia no menor para el comercio y para la estrategia naval. Un año después, en 357, los demás miembros de la Confederación se separan de ella, y Cabrias muere en la desafortunada batalla naval de Quíos. Una nueva flota, armada con las fuerzas de la desesperación, zarpa al mando de Ifícrates, Menesteo, Timoteo (los tres, hombres prominentes en los años de la naciente Confederación) y Cares (el *homme de confiance* de los que están en el poder). Pero cuando Cares ataca al enemigo contra el parecer de los otros tres, sufre una derrota y sus colegas son llamados a juicio. Después de dos años de luchas y agotamiento, Atenas ofrece la paz a sus antiguos aliados, y finalmente sella la anulación de los primitivos tratados con los que tan prometedoramente había comenzado la Confederación. Una vez más, Atenas queda aislada; sus finanzas se vienen abajo; se ha enemistado con Tebas y no puede esperar mayor apoyo de la ya impotente Esparta; sus bases navales se han perdido también; está en los peores términos con el imperio persa. Los héroes que lograron su ascendiente —Calístrato, Timoteo, Cabrias— han muerto; y el estado interno de los asuntos puede caracterizarse bien con las palabras que Isócrates pro-

nunciara años antes en su *Areopagiticus* pidiendo la reforma constitucional: "Vamos por las tiendas escarneciendo el estado de cosas y diciendo que desde que vivimos bajo la democracia no habíamos sido nunca peor gobernados." <sup>10</sup>

En este panfleto, Isócrates aconsejaba una reversión del gobierno degenerado de las masas a un estado más disciplinado, con un fuerte Areópago en su centro. A decir verdad, él nunca dijo de dónde podía sacar la burguesía de propietarios, hacia los que iba su simpatía,<sup>11</sup> el poder necesario para sostener a esa nueva autoridad. Lo cierto es que se limitó a expresar piadosos deseos de que hubiera una reacción, sin indicar jamás de qué modo debía resolverse el problema de las masas. El *Areopagiticus* es, a pesar de todo, un documento histórico de la mayor importancia para el desarrollo de la política interior ateniense durante los años decadentes de la segunda Confederación. Creo, además, que su significación aumenta decididamente si abandonamos la opinión general que considera este informe como un residuo del colapso de Atenas en la Guerra Social, y suponemos, en cambio, que fuera escrito más bien antes, en el período de paz que precedió al inicio de dicha Guerra Social. Me parece que existen razones convincentes para esta suposición.<sup>12</sup> El *Areopagiticus* presupone todavía la existencia de una respetable cantidad de poder en Atenas, de una gran flota, y de una alianza establecida con suficiente firmeza para inspirar perfecta confianza en la buena voluntad de los aliados para un caso de emergencia. Pero en el horizonte exterior se acumulan nubes amenazadoras. Las ciudades helénicas de la costa septentrional de Grecia, las cuales pertenecieron a la Confederación ateniense en los días de su apogeo, se han separado ahora de Atenas y, por tanto, ésta las ha perdido definitivamente. Esta es la situación después de

que Filipo de Macedonia accede al trono en 359-58. La pérdida de Anfípolis no es el único problema; también las ciudades calcídicas, en la península tracia, se unen a Filipo en el curso de la disputa sobre Anfípolis que sostienen Atenas y Macedonia. Las excavaciones en Olinto emprendidas por la Johns Hopkins University de Baltimore, han revelado una inscripción que pone de manifiesto los términos exactos del tratado de alianza entre Filipo y las ciudades calcídicas, el cual selló el definitivo ajustamiento de éstas respecto de Atenas. Poco después, pero todavía antes de la secesión de los demás aliados en 357, debió Isócrates de escribir y publicar su *Areopagiticus*. Este informe es, manifiestamente, una petición para que se haga marcha atrás antes que sea demasiado tarde. Lo mismo que el *Plataicus* y el *Archidamus* del propio autor, es evidentemente un folleto escrito para fomentar la política de un cierto grupo. No podemos explicarlo considerándolo como un nuevo producto de la iniciativa personal del *rhetor*. Se exige en él, más o menos abiertamente, un decidido robustecimiento de la influencia conservadora de las clases propietarias y una rápida liquidación de la presente democracia radical, la cual ha de conducir tarde o temprano a la ruina. El discurso de Isócrates *Sobre la paz*, que viene hacia el fin de la Guerra Social, está con esto en línea directa. Evidentemente, hubiera sido imposible durante el período de guerra apuñalar por la espalda a los hombres del gobierno exigiendo restricciones en el régimen democrático; pero es perfectamente claro que el discurso *Sobre la paz* es tan sólo un nuevo ataque del mismo círculo adinerado ateniense. En el *Areopagiticus*, esos hombres habían ya manifestado su pretensión de dominar la política interior: y ahora hicieron una declaración pública sobre cómo hubieran ellos usado este poder si se hubieran realizado sus ambiciones de una reforma constitucional. Pero el

momento para tal reforma no había llegado entonces, y no llegó sino hasta que la guerra estuvo perdida. Lo interesante del caso es el hecho de que la reacción de 355, que al fin llevó al poder a la oposición, fuera preparada con tanta anticipación. La oposición tuvo que arreglárselas por ahora sin reforma constitucional alguna; otros asuntos más urgentes la esperaban. Que todo esto tenía un alcance muy delimitado, podemos verlo si examinamos el discurso de Isócrates *Sobre la paz* y el opúsculo *Sobre las rentas* que nos ha llegado bajo el nombre de Jenofonte.

En el discurso *Sobre la paz*, escrito en la última fase de la Guerra Social y antes de que se declarase la paz, Isócrates recomienda un cambio completo de sistema en materia de política exterior, con el abandono de toda idea de hegemonía y el retorno al principio de autonomía que representó un papel tan grande en la paz de Antálcidas. Apremia a Atenas para que reduzca su territorio hasta los más estrechos confines, como medio de garantizar la seguridad exterior, y la exhorta a que restaure la paz interior, promueva la economía y restablezca su buen nombre entre los demás estados. Los discursos de Isócrates, repartidos como están a lo largo de varias décadas, son el barómetro del poder de Atenas. Poco antes, pudo representársela todavía a la cabeza de las ciudades marítimas, merecedora no sólo de hacer la ley a sus aliados, sino hasta de dominar al mundo entero;<sup>13</sup> y en una ocasión anterior, en el *Panegyricus*, la había contemplado, junto a Esparta, al frente de toda la Hélade e iniciando contra Persia una guerra nacional que habría de traer la unidad a los griegos. Pero eso era solamente un sueño que no tenía detrás ninguna idea verdaderamente constructiva; y su actual proposición no era mejor, pues ¿qué podía ganarse volviendo al principio formal de autonomía, como en la paz de Antálcidas, si

no había detrás de él una potencia fuerte como entonces Esparta que garantizara el mantenimiento del nuevo orden? La propucsta de Isócrates es, en verdad, un simple reconocimiento de la completa falta de sistema y de principio en el mundo de los estados griegos —la primera sugestión hecha en voz alta de que ese mundo debiera realmente desintegrarse—. Ciertamente, lo único positivo en este programa de renunciamiento son las demandas de reconstrucción económica y provisión moral, lo cual quiere decir que los problemas inmediatos del futuro están más allá del reino de la política práctica.

Encontramos un lenguaje igualmente ponderado en el opúsculo *Sobre las rentas*, atribuído tradicionalmente a Jenofonte, el cual no pudo haber sido escrito mucho después que el otro, y presupone las condiciones que se dieron con posterioridad a la Guerra Social.<sup>14</sup> Este folleto pide, asimismo, que Atenas, la antigua reina de los mares, se reduzca a la categoría de una pacífica república comercial, sin ambiciones políticas, y renuncie a todas sus aspiraciones de poder. La crítica del imperialismo y su *πλεονεξία* había surgido por vez primera después de la Guerra del Peloponeso. Ahora revive automáticamente, y se emplea aquí para dar una especie de apoyo moral al programa de relegar todas las ambiciones a los asuntos económicos. El autor presta particular atención a este problema al principio de su ensayo, y vuelve a tratar de él, aún más detenidamente, hacia el final. Es por naturaleza demasiado conciliador para lanzar acusaciones violentas contra los que representan la política diametralmente opuesta, prevaleciente hasta entonces; Atenas ya no puede soportar las disputas de esta clase. Empieza más bien con una defensa de la misma política a que se opone, pues está dispuesto a concederle lo que sea suyo. Los jefes atenienses, afirma, han sabido, tan bien como el que más, qué diferencia hay entre lo que está

bien y lo que está mal, pero se han visto forzados, por razón de la pobreza de Atenas, a adoptar una política imperialista que condujo a la ruina de la Confederación. Se propone demostrar, sin embargo, que Atenas puede existir sin esta política.<sup>15</sup> Y éste, ciertamente, parece ser el único camino abierto a ella todavía: ahora que ha perdido todas sus posesiones exteriores y que no tiene ningún confederado que le pague tributos en dinero.

La mayor parte del folleto la ocupan proposiciones concretas para levantar de nuevo al estado, así económica como hacendariamente. En contraste con Isócrates, escuchamos aquí la voz de un economista político verdaderamente experimentado, el cual se enfrenta a la nueva situación desde un punto de vista más alto. El cuadro que nos ofrece de la crisis interna de la postguerra es lúgubre. La población de la ciudad ha disminuído; los negocios y el comercio están paralizados; no hay en el puerto naves extranjeras; la tesorería del estado necesita nuevas fuentes de ingreso. Antaño, los principales contribuyentes eran los ricos no-residentes, quienes, con sus vastas fortunas, solían llegar en gran número de Lidia, de Frigia, de Siria y de otros países para gozar, como dice el autor, de los placeres de la ciudad, o para realizar sus negocios. Ahora, en cambio, esos hombres han abandonado la ciudad en tropel, pues durante la guerra fueron obligados al servicio militar, mientras que, por otra parte, también su carencia de derechos políticos hizo que la residencia en Atenas ofreciera para ellos más desventajas que ventajas.<sup>16</sup> El autor confía en que un trato mejor para estas gentes llevará consigo un renacimiento de la inmigración y de la construcción, así como un aumento en la recaudación de impuestos, sin gasto alguno para el estado. Hasta recomienda el establecimiento de una oficina especial para la ayuda a los metecos, parecida a la que existe para los huérfanos; y en vista de que hay

todavía en Atenas tantos solares desocupados, sugiere que a los extranjeros que descen construir se les conceda el derecho de adquirir el terreno y se les den todas las facilidades posibles, a condición, naturalmente, de que sean considerados dignos de ello previo cuidadoso examen. Pide también que se construyan nuevas casas de hospedaje, y manzanas de casas de despachos en el puerto, para los extranjeros que van a Atenas puramente por negocios y como transeúntes, así como análogas instalaciones en el puerto, lo mismo que en la ciudad, para los comerciantes al por menor.

Aparte de estas proposiciones para el incremento del comercio exterior y para estimular la afluencia de metecos, el folleto da una relación particularmente detallada de los depósitos metalíferos del Atica, con detalles muy precisos relativos a la historia de las minas de plata de Laurión, y a las posibilidades que ofrecen de ser explotadas, así pública como privadamente, sobre una base razonable.<sup>17</sup> La yuxtaposición de estas dos proposiciones, una para mejorar el trato a los extranjeros y otra para intensificar la producción de plata, parece a primera vista fortuita y más bien insólita. Pero ambas surgen de la alteración de la política hacendaria ateniense, producida inevitablemente por la ruptura de la Confederación. La idea de autarquía no andaba muy lejos de la doctrina económica de este período, y parece que Atenas fué conducida a ella por su nueva situación. Pero su población no podía vivir con los solos productos agrícolas del suelo ático, que es pobre, y tenía que importar en gran escala, sin que hubiera una exportación equivalente. Así, al no poder Atenas mantenerse ya a sí misma con el dinero de sus aliados o con el botín de guerra, tenía que equilibrar su desfavorable balanza comercial por medio de una explotación más vigorosa de los recursos no-agrarios de la tierra y, sobre todo, echando mano del

dinero que los extranjeros pudieran traerle. Todo esto es enteramente lógico y muestra con qué claridad entendió el autor la novedad fundamental de la difícil situación de la postguerra. Se percata de que esto tiene que afectar la política de Atenas para con los residentes de origen extranjero, y se da cuenta también de que esta política, aunque apoyada en la legislación de varios patrióticos estadistas desde el fin de la Guerra del Peloponeso,<sup>18</sup> está inevitablemente en pugna con necesidades fundamentales, de donde resulta un círculo vicioso. La única salida que le queda ahora a Atenas es convertirse en una ciudad con la mayor población extranjera posible; de otro modo, llegará a morirse de hambre gradualmente.

Este folleto es una arremetida contra los jefes que estuvieron hasta entonces aferrados al timón del estado, persistiendo tenazmente en él aun después de la declaración de paz. Demóstenes se pondrá, asimismo, del lado de la oposición en sus tres primeros discursos pronunciados en procesos públicos, los cuales pertenecen a este mismo período. También, según ellos, la única salida es la liquidación del irremediable sistema gubernamental —sistema cuyos representantes, después de permitir que las cosas llegaran a este estado espantoso, están empleando ahora métodos aún más desesperados para salir del paso—. También esos tres discursos van dirigidos directamente contra la política hacendaria del gobierno, la cual es, por el momento, el verdadero centro del ataque. Tampoco aquí habla todavía Demóstenes en nombre propio; por lo menos los dos discursos contra Androcio y contra Timócrates fueron escritos para otros. La novedad consiste en que Demóstenes escribe ahora discursos para procesos de un manifiesto carácter político. Sólo se requiere un paso más para que se presente en persona en la tribuna de los oradores. En la antigüedad se supo-

nía que este paso lo dió con el tercero de estos discursos, el dirigido *Contra Leptines*; pero esto no es seguro en modo alguno, aunque no pueda demostrarse lo contrario. Como quiera que sea, el hecho de que los tres discursos lleven un propósito común, muestra que Demóstenes está ahí dedicando sus energías a una ofensiva por la que se interesa sinceramente, y la cual entraña un objetivo más fundamental. Las tres personas contra quienes se lanza esta ofensiva pertenecen todas ellas al círculo de Aristofón: al acometer contra ellas, el invisible director del ataque espera asestar un golpe eficaz contra el sistema entero. Tenemos aquí un ejemplo del modo como la oposición conducía su campaña en casos de este tipo.

La cuestión de los antecedentes de partido de los primeros discursos políticos de Demóstenes ha sido escasamente suscitada por las escuelas anteriores. Sin embargo, es de una importancia decisiva para comprender la evolución de Demóstenes como estadista, especialmente cuando llega el caso de juzgar su posición política en el discurso *Sobre las Simmorías*, su primer discurso de estado, el cual pertenece a este mismo período.<sup>19</sup> En resumidas cuentas, lo que se debate aquí, lo mismo que allí, es la política hacendaria, o sea las medidas de importancia que el estado toma en conexión con ella. Es revelador el hecho de que los círculos más adinerados estuvieran particularmente interesados en esto: ya conocemos la manera radical como habían criticado el carácter degenerado de la democracia y especialmente de su política de hacienda. Es improbable que el ataque de Demóstenes, el cual se produce en la misma época y tiene análoga significación, proviniera de ningún otro grupo sino ése, a cuya clase social pertenecía él, además, por derecho de nacimiento. Como sea que la tradición nos deja aquí a oscuras, debemos naturalmente formar nuestras propias conjeturas pero la probabilidad de estas con-

jeturas aumenta a medida que descubrimos que todos los discursos de Demóstenes tienden, en ese tiempo, a apuntar hacia una y la misma dirección.

Conocemos al jefe de la oposición: era el eminente hacendista Eubulo, quien ejerció una decisiva influencia en la conducción del estado ateniense durante varios años después de la caída de Aristofón y sus amigos, y se convirtió después en adversario de Demóstenes. Este antagonismo —que ha llegado a ser clásico—, en el cual encarnan dos irreconciliables principios de pensamiento político, ha impedido por largo tiempo que la posteridad sacara de los bien conocidos hechos de los primeros discursos de Demóstenes la inevitable conclusión de que éste inició su carrera, si no como un partidario próximo de Eubulo, por lo menos luchando contra los mismos adversarios que éste.

A un entusiasta de la visión estrictamente moralista, como Arnold Schaefer, le parecía inconcebible que su héroe hubiera seguido este camino. Para Schaefer, Demóstenes fué, desde el principio, el diligente y prevenido salvador de su patria que encontramos en las *Filípicas* —el inexorable luchador por los principios, dedicado a la regeneración del estado y plenamente consciente de su misión—. El Demóstenes de Schaefer se sostiene enteramente a sí mismo, ya desde su primer discurso, y sin depender de nadie más. Tiene esa misma rigidez de semblante que se acusa en los héroes de la biografía antigua. Aun el moderno historiador Beloch piensa todavía en términos de esos mismos tipos inflexibles; la diferencia es, simplemente, que el ideal classicista cedió ahora el paso a su contrario. Beloch, representante eminente de la escuela positivista de historiografía, con su sólido apego a los hechos, ve en el sagaz hombre de negocios que es Eubulo al prototipo del verdadero caudillo nacional; consiguientemente, le parece inconcebi-

ble que las líneas de Demóstenes y Eubulo hubieran podido coincidir siquiera por algún tiempo. Este Demóstenes de Beloch es un ideólogo y un fanático desde el principio, ajeno a la realidad, que tropieza con la política para su propia desdicha y la de su ciudad natal, y que está predestinado a un desastre seguro. Ambas versiones hacen violencia lo mismo a la psicología que a la historia. Aun a los historiadores y biógrafos antiguos les pareció penoso no considerar como esencialmente inalterables las tendencias políticas de Demóstenes; pues como la idea de evolución les era extraña, cualquier cambio en su conducta política se les antojaba una debilidad de carácter. Sin decidimos por ninguna de estas conclusiones, prestemos cuidadosa atención a cada indicio, por pequeño que sea, relacionado con este cambio. Y como no tenemos testimonios más directos sobre su naturaleza y las razones que hubiera detrás de ello, tenemos que seguir sus huellas en los discursos de Demóstenes. Sólo cuando hayamos puesto de manifiesto una desviación en su curso, podremos aventurarnos a buscar, tras la aparente contradicción, una más profunda unidad en su conducta de estadista, y consideraremos el hecho de que perteneciera a tal o cual partido como asunto, por lo que a esto se refiere, de importancia secundaria nada más.

Androcio era discípulo de Isócrates<sup>20</sup> y autor de algunos de los anales áticos, o *atthides*, a los que se cita después frecuentemente; por ejemplo, Aristóteles, en su *Constitución de Atenas*, utilizó esta obra como fuente principal. Su carrera política podemos seguirla desde los primeros años de la Confederación. Una inscripción atestigua que fué comandante de la guarnición ática de Arcesine en Amorgo, probablemente durante la Guerra Social.<sup>21</sup> En el discurso *Contra Timócrates* aparece de nuevo como embajador. Debe de haber sido uno de los

más importantes colaboradores de Aristofón; en todo caso, jugó un papel en la política tributaria de éste después de la guerra. La impopularidad que esto le trajo es utilizada por Demóstenes, en su discurso contra él, como palanca para quitarlo de en medio. Pero la base formal de la acusación es enteramente otra. Antes de que el Consejo dimitiera, Androcio había propuesto ante la Asamblea que se coronara como de costumbre a los miembros del Consejo, en reconocimiento por sus servicios administrativos. Por razones evidentes, esto no se hacía ordinariamente sino después de terminarse el período durante el cual los miembros del Consejo ocupaban sus cargos. De acuerdo con los procedimientos normales, una proposición presentada a la Asamblea no estaba en regla sino cuando era sancionada por una previa decisión del Consejo; pero como el Consejo difícilmente podía proponer una recompensa para sí mismo, Androcio tuvo que presentar la propuesta sin su respaldo. Esto parecía una pura cuestión de forma, pero era en realidad algo más. En efecto: había una ley especial por la cual la coronación del Consejo se hacía depender de la construcción de un número estipulado de barcos nuevos. Los barcos no se hicieron, aunque no por culpa del Consejo, pues el tesorero de las construcciones navales había desaparecido con los fondos. Pero la ley no investigaba las razones por las cuales no se había construído ningún buque; sólo se interesaba por el hecho. No era una ley moral, sino una ley política, y si el Consejo había tenido la desgracia de no poder construir las naves, la ley no tenía intención alguna de honrarlo por ese infortunio.<sup>22</sup>

El discurso de Demóstenes lo expone de modo enteramente convincente. Pero la denuncia entera contra Androcio, sobre la base de la ilegalidad de su propuesta, es tan sólo el prelude de un gran ataque político contra su honorabilidad y su conducta en el cargo.<sup>23</sup> Y aquí se

hace patente por vez primera la razón de que no actuara como demandante ninguna personalidad destacada, sino más bien dos hombres de origen llano: Euctemón, un funcionario subordinado, y Diodoro, un simple ciudadano. Ambos lo habían pasado mal a manos de Androcio —justa o injustamente, esto no hay manera de decirlo—, y ahora querían desquitarse. Euctemón habló primero. El discurso de Demóstenes escrito para Diodoro, es el segundo en la vista del juicio. Diodoro admite desde el principio que sus motivos son de venganza privada —sentimiento que a los griegos les parecería perfectamente comprensible, si bien no del todo elegante—. De hecho, esta es una manera hábil de atraer la atención sobre los muñecos que actúan en primer plano, mientras que los políticos que mueven los hilos se mantienen en la sombra. Que los demandantes no son sino muñecos, se descubre claramente por el hecho de que desempeñan la misma misión en el proceso contra Timócrates, en el cual también Demóstenes es el autor del discurso, y también Androcio es el verdadero objetivo del ataque.<sup>24</sup> Se elige como demandantes a esas dos figuras populares, no por falta de valor en los hombres que están detrás de ellos, sino porque poseen los requisitos para suscitar los sentimientos favorables de la mayoría del jurado, que pertenece a las clases más humildes. La única manera de hacer impopular al καλὸς καγαθὸς Androcio<sup>25</sup> es atacarlo desde abajo, apelando a los instintos de la masa. Los más antiguos intérpretes de Demóstenes con frecuencia no pusieron en este detalle toda la atención; en verdad, a veces se olvidaron enteramente de que estos discursos no los escribió para pronunciarlos él mismo. Considerados como confesión de sus convicciones personales, tienen tan sólo un valor muy indirecto. Y aun en los casos en que pronuncia un discurso en su propio nombre, o cuando lo publica, debemos preguntarnos

siempre si los motivos que declara son realmente los suyos, o bien los ha elegido con vistas a la multitud. Uno no debe hablar a las masas como hablaría a un público de más elevada cultura. Ciento cincuenta años de experiencia han hecho que los oradores políticos de la democrática Atenas se percataran de esto; tanto más cuanto que, por lo general, ellos mismos no pertenecían a las masas, y tenían que aprender desde los fundamentos el arte de hablarlas. Platón describe este fenómeno con mordaz ironía en la *República*, donde explica que la esencia de toda retórica política consiste en aprender, por medio de una larga observación, qué tonos de voz hay que emplear para que la reacción de "la gran bestia" resulte amistosa o enojada.<sup>26</sup> En este respecto, un discurso forense pronunciado ante centenares de jurados no difiere de un discurso pronunciado ante la Asamblea, sobre todo si se trata expresamente de un discurso de agitación.<sup>27</sup>

Androcio debió de hacerse muy impopular en varios círculos por causa de sus métodos de recaudación de impuestos. El dinero escaseaba, y al principio el gobierno no supo si fundir los objetos de oro de los templos de los dioses, o bien intentar con mayor severidad el cobro de las contribuciones de quienes todavía debían dinero al estado. Se decidió por el segundo plan, y Androcio se declaró dispuesto a cargar con la malquerencia de la gente. Naturalmente, esta medida pesó con mayor dureza sobre las clases propietarias, a las que pertenecían Demóstenes y sus amigos políticos, los cuales difícilmente podían confiar en la simpatía de las masas.

Así, pues, el honrado Diodoro empieza a contar, con su robusto acento de sinceridad, una serie de anécdotas sobre la manera como se estaban cobrando los impuestos, las cuales bastarían para poner los pelos de punta hasta a los miembros del jurado. Naturalmente, concede<sup>28</sup>

que debe cobrárseles el dinero a quienes todavía le deben al estado: "Pues tiene que ser. Pero ¿cómo? Al modo como la ley indica: para bien de los demás. Esto es lo que concuerda con los intereses del pueblo; pues vosotros, atenienses, ganaréis menos cobrando de este modo tales sumas de dinero, de lo que vais a perder introduciendo tales usos en el estado. Pues si consideraréis tan sólo por qué preferiría uno vivir en una democracia que en una oligarquía, encontraréis que el argumento más evidente es que en una democracia todo es más cómodo."

Y luego Diodoro describe de qué modo Androcio, este oligarca de nacimiento que desprecia al pueblo, ha movilizado a sus alguaciles y penetrado a la fuerza en los domicilios privados, en donde, aun bajo el reinado del terror de los treinta tiranos, uno estaba a salvo, con tal de no meterse en actividades públicas.<sup>29</sup> "Pero ¿qué pensáis, atenienses, cuando un hombre pobre o aun un rico que ha tenido grandes gastos y puede por alguna razón haberse quedado corto de dinero, tiene que trepar por el terrado hasta la casa del vecino, o esconderse debajo de la cama para evitar que lo detengan y lo metan en la cárcel, o se ve en alguna otra situación degradante, más propia de esclavos que de hombres libres, y todo ello delante de su mujer, con la cual se ha desposado como hombre libre y como ciudadano —cuando el hombre responsable de todo esto es Androcio, cuyas acciones y modos de vida le niegan el derecho de defender su propia causa, menos aún la de la ciudad?"

El proceso de Timócrates muestra qué poco tienen en común con la propia actitud de Demóstenes ese entusiasmo del demandante por el espíritu de tolerancia y su filosofía de las facilidades de la democracia. Timócrates era amigo político de Androcio, a quien había ayudado; y por ello los discursos contra uno y otro están íntimamente relacionados. Pero la moderación y la leni-

dad ensalzadas primeramente, son atacadas en el otro discurso y presentadas como manifestaciones del espíritu de camarilla —todo porque se había beneficiado de ellas el otro, es decir, el propio Androcio—. <sup>30</sup> No están mejor representados los sentimientos personales de Demóstenes en la crítica del Consejo por su fracaso en la construcción de barcos, que encontramos en el discurso *Contra Androcio*, ni siquiera en el pasaje de gran efecto dedicado a la importancia de la flota. Naturalmente, nadie duda de que Demóstenes era un patriota ardiente y de corazón, y de que estaba de sobra convencido de la necesidad de poseer una flota. Podríamos darlo por supuesto, aunque no tuviéramos el discurso *Sobre la corona de los Trierarcas*, uno de sus primeros, el cual ilumina este mismo aspecto de sus opiniones políticas. Pero no es necesario suponer que el verdadero motivo de que pidiera con apremio una gran flota, fuera exactamente el mismo con el cual espera impresionar a los jurados, recordándoles sin ambages los tiempos del bloqueo, cuando Atenas estaba temporalmente sin barcos y sus ciudadanos no tenían cosa mejor para comer que el forraje del ganado, y aun tenían que pagar buenos precios por él. <sup>31</sup> ¡Nadie que recordase aquellas indigestas comidas aprobaría la coronación de un Consejo que no había construído nuevos barcos! El tono es aquí sumamente característico del personaje a quien hace hablar Demóstenes; pero el autor no puede mantenerlo todo el tiempo. Especialmente en aquellos pasajes en que la argumentación está fuertemente trabada, puede verse al adiestrado jurista atisbando a través de la máscara del orador. Y en la peroración, el lenguaje se eleva a una apasionada intensidad de orgullo patriótico, calculada no tanto para que se ajuste a Diodoro, cuanto para que contraste agudamente con el carácter de Androcio, el cual nunca sufrió por exceso de fervor cívico.

El discurso *Contra Timócrates* proyecta subsiguientemente una luz viva sobre este despiadado recaudador de impuestos del estado, que por unas cuantas dracmas azuzaba a los contribuyentes atrasados, a pesar de que entre él y dos de sus amigos políticos se habían embolsado no menos de nueve talentos y medio de los fondos públicos. Esos tres habían ido, a bordo de un buque de guerra ateniense, como embajadores ante el rey Mausolo de Caria, probablemente en tiempos de la Guerra Social.<sup>32</sup> Durante el viaje fué capturada una embarcación mercante egipcia; y como Egipto estaba entonces rebelada contra el rey de Persia y no gozaba ya, por tanto, de su protección, los embajadores se apropiaron del botín. Esos extranjeros presentaron una demanda ante el tribunal ateniense, pero su reclamación fué rechazada, y mientras tanto, Androcio y sus amigos se quedaron con el dinero. Cuando Aristofón, de acuerdo con las rigurosas medidas fiscales del gobierno, dictó una disposición nombrando una comisión investigadora encargada de obligar al pago a los que todavía eran deudores al estado, Euctemón propuso, con el fin de apretar más su querrela contra Androcio, que los trierarcas devolvieran el dinero del botín más los intereses; y por si los trierarcas no estaban en condiciones de pagar, hizo responsable de la deuda a Androcio y sus compañeros de embajada.<sup>33</sup> Pero, aunque éstos reconocieron voluntariamente que el dinero estaba en su poder, su contrapropuesta no fué aceptada, y se les multó con la respetable suma de catorce talentos en total. Ahora, como esto era más de lo que podían pagar, acudieron al siguiente ardid para no ir a la cárcel por deudas. Se aproximaba la fiesta de las Panateneas menores. Pero la caja de la fiesta, como otras tantas, estaba vacía; pues bien, un amigo del partido propuso se nombrara al día siguiente mismo una comisión legislativa, encargada de

obtener fondos. Timócrates, también amigo del partido, había sido el ayudante de Androcio durante el período de su cargo como tesorero de Atenas. Tan pronto se constituyó la nueva comisión, Timócrates propuso<sup>34</sup> un plan para allegar fondos, que resultaba apropiado a este período de constante depresión, pues aunque no trajo dinero en efectivo, por lo menos abrió créditos. Los deudores al estado se evitarían un año de cárcel si presentaban una fianza. De este modo, el estado podía hacer gastos destinados a las fiestas, cargando las facturas en la cuenta de las deudas pendientes que esa gente tenía por concepto de contribuciones. Androcio y sus asociados trataron así de escabullirse de la malla en que ellos mismos se habían enredado. La ley fué aprobada por la comisión especial el día mismo de la fiesta, y Androcio y sus amigos estaban libres de momento. Pero Euctemón y Diodoro, los instrumentos de la oposición,<sup>35</sup> inmediatamente protestaron contra la ley, declarando que violaba ordenanzas anteriores; y los deudores se vieron al fin obligados a arbitrar algún procedimiento de pago.

Desde el punto de vista del filólogo es interesante el hecho de que el discurso *Contra Timócrates* contenga veinticuatro párrafos tomados literalmente del discurso *Contra Androcio*, a saber, los referentes a la invectiva contra la recaudación de impuestos por Androcio. Esta parte, por lo tanto, es simplemente un pasaje de repuesto, como los que se usan en las campañas electorales. Repeticiones como ésta son frecuentes en Demóstenes. Para nosotros, además, esta ojeada sobre sus procedimientos de trabajo es de una importancia esencial, pues confirma nuestra sospecha de que estos discursos forman parte de un programa sistemático de agitación.<sup>36</sup>

El discurso *Contra Leptines*, escrito por estas mismas fechas, pertenece también a esa campaña.<sup>37</sup> Leptines

había presentado un proyecto de ley suprimiendo el antiguo privilegio de exención de impuestos, que se concedía habitualmente a ciudadanos particularmente meritorios. Esta medida era igualmente uno de los varios planes arbitrados para proveer a la tesorería del estado de nuevas fuentes de ingresos. Ahora bien: si una ley era recusada durante el año siguiente a su aprobación, por contravenir alguna otra ley existente, se hacía responsable al que la hubiera presentado. Una denuncia de esta clase había sido ya, en realidad, presentada contra Leptines. Pero algunos de los demandantes habían retirado sus objeciones voluntariamente, o bien se dejaron convencer por Leptines. Otro, un hombre llamado Batipo, murió, y cuando su hijo Apsefión tomó en sus manos la causa de su padre, ya se había pasado el año. Entonces, según la costumbre ateniense, fué sometida a juicio la ley misma, y se nombró a una comisión de cinco para que la defendiera.<sup>38</sup> Esta comisión estaba compuesta por los miembros más conocidos y respetados del grupo gobernante, entre ellos el propio Aristofón, lo cual indica que se tomó en serio el ataque contra la ley. Es evidente que la lección del caso Androcio no se echó en saco roto. Como sea que la defensa de privilegios especiales, como los que restringía la ley de Leptines, nunca era popular, tenemos que sentirnos tanto más interesados en saber si Demóstenes puso realmente su empeño en esta causa, y si, por tanto, se propuso pronunciar él mismo este discurso, como refiere la tradición. Se afirma que manejó este caso en persona porque quería casarse con la hija del general Cabrias, quien figuraba entre los hombres que más recientemente habían sido honrados con la exención de impuestos; y que, por esta razón, Demóstenes tomó la palabra en nombre de Ctesipo, hijo de Cabrias, que era menor de edad.<sup>39</sup> Si esta información es tan veraz como precisa, el discurso tiene entonces

una gran significación porque nos ofrece un auto-retrato de su autor.

El hombre que habla ahora pertenece a los círculos superiores de Atenas y no perdona ocasión de darlo a entender, aunque sin expresarlo directamente. No tiene conexión alguna con Apsefión, el hombre que protesta contra la ley; simplemente quiere cuidar de los intereses del "chico de Cabrias". Naturalmente, todos los demás que habían sido afectados por la ley hubieran podido, con igual derecho, respaldar el discurso del reclamante. Pero tal vez el caso de Cabrias era especialmente apropiado para impresionar al pueblo. Todo patriota acariciaba en su corazón la gloriosa memoria de ese comandante de la flota, caído por Atenas en una batalla naval sólo pocos años antes. Y el pueblo se interesaba, sin duda, más vitalmente por él y su familia, que por los oscuros descendientes de los tiranicidas Harmodio y Aristogitón, únicas personas a quienes la ley de Leptines exceptuaba.<sup>40</sup>

Con un donaire no desprovisto de cierta displicencia, el orador se presenta a sí mismo como abogado del hijo de Cabrias. Por supuesto, no mantiene este tono todo el tiempo; pero indica delicadamente que el ideal del orador es el del caballero, papel del cual no se despega nunca. Sus argumentos abordan todos los puntos del discurso protréptico; enfoca el tema en relación con la justicia, con la utilidad, con la obligación que el estado tiene de honrar a quien honor merece y con la importancia de llevar una vida a la altura del "ethos de Atenas". Trata después en detalle de una serie de casos individuales —entre ellos los de Conon y Cabrias—, los cuales le ofrecen una oportunidad especialmente buena de avivar el amor de los atenienses por su patria y su gratitud para con sus grandes bienhechores. En todo esto no hay pasión tempestuosa, sino sólo una decorosa re-

serva. El orador se da bien cuenta de que en esto es el estado el que tiene algo que perder, y no las familias a las que Atenas debe tanto; pues el estado está en peligro de perder algo enteramente insubstituible, a saber, su buena reputación.

El estilo de la polémica contra Leptines no es menos característico. No cae nunca en la vulgaridad o la malevolencia, como es frecuente en tales ocasiones, antes se mantiene estrictamente dentro de los límites de las buenas maneras sociales. Por ejemplo, se insinúa que Leptines puede muy bien ser un hombre de gran respetabilidad, aunque sería mejor que adoptase los modos tradicionales de pensar de Atenas, en vez de pretender que ella se ajuste a sus propios hábitos mentales. En otro lugar se lee:<sup>41</sup> “Si Leptines llegara a esforzarse verdaderamente por obtener la validez de esta ley, entonces yo no podría, por mi parte, encomiarlo; pero tampoco voy a censurarlo.”

Hasta el lenguaje del discurso es escogido cuidadosamente; aunque pronunciado ante el tribunal, su tono es casi enteramente el de un persuasivo consejo, como si mostrase a los atenienses cuál es el único proceder digno de ellos. La fuerza del discurso radica no tanto en las súplicas e imprecaciones, cuanto en la tranquila superioridad que se desprende de la presencia del orador. Este cuenta con ello, probablemente, para impresionar al pueblo. Deliberadamente, desdeña la conclusión altisonante, y al final pone de manifiesto expresamente el contraste entre su propio estilo y la turbulencia, el impudor y la violencia de otros oradores:<sup>42</sup> “Me sorprendería que, si condenáis a muerte a quienes falsifican moneda, prestárais en cambio oído a quienes falsifican al estado y destruyen su crédito. . . No sé qué más pueda decirse. Pienso que no he dicho nada que vosotros no supiérais.”

El ethos que pretende expresar el autor al componer este discurso ha dejado tal vez su huella con la mayor claridad en un párrafo como el siguiente: "Todos somos seres humanos y debiéramos, por tanto, hablar y legislar de modo que no se provocara la venganza. Podemos esperar el bien, y rogar a los dioses que nos lo concedan; pero aceptémoslo todo como humano." <sup>43</sup> Encontramos aquí la misma refinada humanidad ática que revela Menandro en sus comedias. El verso de Terencio *humani nil a me alienum puto*, que brota precisamente de esta fuente, tiene su antecedente en este párrafo de Demóstenes.

¿Es ésta una imagen de Demóstenes tal como él se vió a sí mismo, o por lo menos tal como quiso que lo vieran los demás, en el momento de su entrada en la política? Ciertamente, es bien distinto del Demóstenes que ataca a Filipo con grandes discursos turbulentos. Pero ¿qué es lo que esto prueba? Habremos de ver que esta imagen concuerda más y mejor con el estilo y la actitud de los primeros discursos pronunciados por Demóstenes en procesos públicos, los cuales son aproximadamente de la misma época. Todavía no hay nada verdaderamente personal en la manera como es llevado el discurso *Contra Leptines*. A Demóstenes, el orador se le presenta aquí como un tipo, el cual difiere tanto del porfiado Diodoro de los discursos contra Androcio y Timócrates, cuanto del utilitario Leptines y sus asociados, quienes le parecen toscos y carentes de importancia, a pesar de su fundamental respetabilidad. El discurso no resultó particularmente efectivo en aquella ocasión. Si hoy, a pesar de todo, produce una fuerte impresión, ello se debe a que es completamente unitario, digno y positivo. Lo comprenderemos mejor si aceptamos la tradición según la cual Demóstenes desea en él manifestarse a sí mismo; y debemos congratularnos de

poder enriquecer nuestra imagen de la sociedad ateniense con estos rasgos valiosos. Para ser justos, tenemos que darnos cuenta de que el pesimismo que se apodera de nosotros al contemplar a la humanidad con la perspectiva que se alcanza desde el estrado del juez, está condicionado por el hecho de que nuestra ventajosa posición se inclina más de un lado que del otro.

## CAPITULO CUARTO

### LOS TRES PRIMEROS DISCURSOS SOBRE POLITICA EXTERIOR

LA MARCHA de Demóstenes hacia la política, la cual se consumó con su participación en los tres grandes procesos sobre política fiscal, estuvo determinada por algo más que el mero accidente de que, siendo un escritor de discursos forenses, hubieran solicitado su ayuda para asuntos políticos. Ello señaló, además, un punto decisivo en su vida. Que así fué, está notablemente demostrado por sus primeros discursos sobre política exterior, los cuales fueron escritos por esa época. Con ellos hizo Demóstenes su entrada en la escena política como orador y como autor de propuestas ante la Asamblea; y esta nueva actividad debe de haber tenido una íntima conexión con los procesos políticos. Su progreso, desde el escritorio hasta la tribuna del orador, lo facilitaron los contactos directos con un grupo de compañeros que tenían ideas parecidas y quienes, vinculados por la unanimidad de su crítica, debieron de verse pronto obligados a poner en práctica ciertos puntos básicos de un programa político común. Desgraciadamente, muy poco es lo que sabemos sobre los partidos atenienses, para que podamos representarnos claramente su típica estructura. No eran, ciertamente, partidos organizados como los del sistema parlamentario moderno, ni existía en la *ecclesia* una proporción fija entre mayoría y minoría, establecida sobre líneas definidas de partido. Había, sin embargo, centros y grupos simila-

res, en los cuales los elementos más activos entraban en relación unos con otros. Como la Asamblea no era un cuerpo electivo, sino que incluía a todos los ciudadanos libres, no podía haber cambios de gobierno en el sentido moderno de la expresión. Lo más que podía ocurrir era que se desarrollase cierta influencia predominante en un sentido o en otro; ésta podía, en tal caso, alcanzar un cierto grado de permanencia en la persona de los *prostatos* del demos,<sup>1</sup> quienes frecuentemente gozaban de la confianza del pueblo durante años seguidos, y podían confiar, naturalmente, en la estabilidad del cargo. La lucha contra Aristofón —el protagonista anterior—, cuyo desarrollo hemos seguido en los discursos forenses, prosigue en las sistemáticas discusiones sobre política exterior. No podemos decir exactamente cuál era entonces el estado de las diversas corrientes de ambición política, o en qué momento empezó a perder el dominio el grupo que hasta entonces había ocupado el poder. Pero, en los discursos de Demóstenes podemos observar cómo cambian gradualmente los asuntos y cómo surge la oposición. Los persistentes escándalos de hacienda, la repudiación de las medidas adoptadas por el gobierno para mejorar las condiciones, y el fracaso de su política exterior, tenían que llevar finalmente a un cambio de sistema, como pronto se hizo patente. Entre los síntomas se encuentra la aparición pública de hombres nuevos como Demóstenes e Hipérides, quienes hasta entonces habían trabajado anónimamente para la oposición. Tratemos de determinar los propósitos del nuevo movimiento, hasta donde podamos juzgar de ellos por los errores del gobierno anterior, por las críticas de Demóstenes y por el curso que siguió más tarde el nuevo jefe Eubulo. Aparentemente, los puntos principales del programa de la oposición eran la restauración de la hacienda, el renacimiento de la confianza, lo

mismo en política que en los negocios, y el mantenimiento de los diversos recursos del estado; todo esfuerzo enderezado hacia la hegemonía debía ser abandonado y substituído por una nueva política que pusiera por encima de todo el interés de Atenas solamente, que fomentara la paz en sus relaciones exteriores y fortaleciera en el interior la influencia de las conservadoras clases propietarias.

Sin duda, este programa era susceptible de ser aplicado prácticamente de muy diversos modos —como son, en general, los programas—. Pero significaba una brusca ruptura con la mala administración de los años anteriores; y de momento, esto era lo principal. El mismo Eubulo era un experto distinguido en el campo de las finanzas. Difícilmente pudo haber sido ajeno a los principios establecidos en la memoria *Sobre las rentas*; es más, recientes investigaciones han descubierto que, durante los años siguientes, él puso realmente en práctica un gran número de las medidas propuestas por el autor de esa obra.<sup>2</sup> Como quiera que sea, podemos dar por sentado que la manera de pensar de Eubulo estuvo asimismo dominada por los problemas económicos. Pronto encontramos a Demóstenes luchando junto a él, codo con codo, contra la deplorable situación financiera. Si luego se separaron, la razón está en el hecho de que desde el principio mismo las aficiones de Demóstenes radicaban más bien en el dominio de la política; pues, para él, los factores económicos estaban invariablemente subordinados a los intereses del estado en conjunto (relación ésta que corre siempre el peligro de ser invertida en épocas de prolongada crisis económica).

Cuando empezamos a examinar los primeros discursos de Demóstenes sobre política exterior, resulta extremadamente difícil precisar hasta dónde es un mero representante de la línea de pensamiento de Eubulo y

dónde empieza a lanzarse por sí solo.<sup>3</sup> Pero lo que sí vemos claramente es que en sus primeros cuatro grandes discursos abarca todo el repertorio de problemas de la política exterior ateniense. Los discursos *Sobre las Simmorías*, *Pro Megalópolis*, *Sobre la libertad de los rodios*, y *Contra Aristócrates*, no constituyen un conglomerado fortuito; en conjunto, nos ofrecen un examen magistral de las cuatro principales zonas críticas con que Atenas tenía que entenderse. El discurso *Sobre las Simmorías* plantea el problema de Asia contra Europa. Como Dionisio de Halicarnaso observara,<sup>4</sup> hubiera podido llevar más propiamente el título "Sobre una política con respecto al rey de Persia". El discurso *Pro Megalópolis* desenreda toda la complejidad de la cuestión del Peloponeso. El discurso en favor de los rodios abre la cuestión de la política que debe seguir Atenas al tratar con los antiguos miembros de la Confederación. Finalmente, el discurso *Contra Aristócrates* ataca el problema de la Grecia Septentrional, el cual iba a ser, con mucho, el más importante de todos ellos. Trataré de reconstruir el mundo de ideas en que se mueven estos cuatro discursos, para encontrar de este modo una medida que permita juzgar el pensamiento político de Demóstenes; al propio tiempo, trataré de mostrar cuál era la situación de los asuntos en esas zonas críticas.

El aislamiento y la pobreza de Atenas hicieron de la política exterior una esfera de actividad sumamente difícil. El hecho de que, a pesar de su juventud, le ofrecieran a Demóstenes la oportunidad de hablar sobre estos temas, fué una señalada muestra de confianza. Evidentemente ocurrió así porque sus amigos políticos reconocieron su particular inclinación y su aptitud para este tipo de actividad. En verdad, nadie puede leer estas cuatro alocuciones sin recibir la impresión de que quien las escribe se encuentra aquí en su elemento.

Es paradójico que solamente los sabios hayan dudado de las cualidades de estadista de Demóstenes; los estadistas que han puesto su atención en este punto quedaron llenos de profunda admiración. Me refiero particularmente a B. G. Niebuhr, a Lord Brougham y, en tiempos más recientes, a Georges Clemenceau, el "Tigre", quien empezó su propio estudio de Demóstenes después de la Guerra Mundial y escribió un libro sobre él, con el fin, según declara, de infundir a una raza de artistas y estetas el verdadero espíritu del estado.<sup>5</sup> El libro de Clemenceau contiene a no dudar toda suerte de errores históricos, ante los cuales los sabios se sonríen; pero en cambio —y esto viene más a cuento— se ve libre enteramente de la pantalla que cubre a los eruditos enclaustrados, y tiene, para el tipo de política de Demóstenes, un infalible instinto natural, que no ha sido embotado por el estudio demasiado exclusivo de los libros. Aunque el discurso de Demóstenes *Sobre las Simmorías* sea el primero de sus discursos de estado, es ya una obra maestra; y no tanto por la fecundidad de la política exterior que propugna (pues una política exterior verdaderamente productiva era entonces totalmente imposible), cuanto por la consumada pericia con que descubre en la política interior recursos para una situación internacional que no era nada fácil, y por el modo como sortea los escollos que se interponen, para llegar a salvo más allá de ellos.

Desde 359, reinaba en Persia Artajerjes III (Ocus). Este había formado el propósito de consolidar nuevamente el reino de los Aqueménidas, que se estaba desintegrando, y de sojuzgar a los rebeldes sátrapas sometiéndolos una vez más a una fuerte autoridad central. La costa del Asia Menor no había conocido la calma desde los tiempos de Ciro, Tisafernes y Farnabazo. En Egipto, los insurgentes —quienes llegaron a elegir su

propio rey— habían estado luchando con la ayuda de Atenas y la de Esparta, primero bajo Cabrias, y luego bajo Agesilao. Pero también hubo en Egipto griegos que lucharon del lado del Gran Rey; y así, encontramos que los atenienses le enviaron a Ificrates como consejero militar. Las relaciones entre Atenas y Persia fluctuaron, de acuerdo con esto, durante años. La parte sur de la costa occidental del Asia Menor había presenciado el levantamiento de Caria —el reino de Mausolo, vasallo de Persia—, la cual era una provincia externamente leal al rey persa, pero que abrigaba secretas ambiciones dinásticas. Durante la Guerra Social, Cares había luchado con sus bandas de mercenarios atenienses del lado del rebelde sátrapa Artabazo. Esto irritó de tal modo al Gran Rey, que mandó a Atenas un ultimátum amenazador, el cual dió por resultado que Cares fuera retirado, y condujo a la paz de 355. El dinasta de Caria salió de esta guerra considerablemente fortalecido y en Atenas no se dudaba de lo ambicioso de sus planes. Poco tiempo después, en el discurso sobre los rodios, Demóstenes hubo de preocuparse por la expansión de Mausolo en Rodas, en Cos y en Quíos, las cuales habían sido islas atenienses antes de la guerra. Entretanto, las relaciones con Persia seguían tirantes, aun después de la guerra, y particularmente por el hecho de que aun no había sido sofocada la rebelión de Artabazo en el interior del imperio.<sup>6</sup>

En Atenas había, no obstante, un poderoso partido que ponía todavía fuertes esperanzas en esos insurgentes y que planeaba renovar la guerra contra Persia. Este partido estaba constituido probablemente por los afiliados a Cares y Aristofón. Sus miembros consiguieron aprovecharse del extendido temor de un ataque persa, e incitaron a una guerra preventiva como única solución. Parece que sacaron partido del recuerdo de las

guerras persas y de las victorias de los diez mil griegos bajo Ciro, así como de las de todos los generales griegos que habían combatido desde entonces contra ejércitos persas en Asia Menor; y, evidentemente, declararon que sería cosa fácil conquistar a los persas, pues el imperio estaba decayendo y no era ya capaz de ofrecer resistencia. Atenas podría entonces resarcir sus finanzas con el tesoro persa y fundar un nuevo imperio, más poderoso que el antiguo que había sucumbido. Cuanto menos poder efectivo había, tanto más fácil le resultaba a esa gente dejar que la fantasía corriera libremente. De este modo, renació entonces el proyecto que en un tiempo Isócrates había recomendado en el *Panegyricus*. El mismo lo había abandonado, después de la triste experiencia de la Guerra Social.<sup>7</sup> Pero para esos soñadores, ni siquiera las ruinas de la Confederación constituían un obstáculo. Es contra ellos y otros como ellos que se dirige el folleto *Sobre las rentas*, el cual ataca tan sañudamente todo nuevo plan de hegemonía.<sup>8</sup>

De parecida manera, Demóstenes se opone a esa gente en su discurso *Sobre las Simmorías*, y al hacerlo parece estar expresando las ideas de Eubulo. La agitación para la guerra había sido particularmente intensa a partir del momento en que se extendió el rumor de que el Gran Rey estaba haciendo unos preparativos nunca vistos en el mundo desde los días de Jerjes. En Atenas, todo el mundo hablaba de los mil doscientos camellos que traían inmensas cantidades de oro persa para reclutar a los mercenarios de Artajerjes. Los militares declaraban que la guerra sería cosa fácil, y que si hubo alguna vez un momento en que la vacilación podía resultar fatal, ese momento había llegado ahora; perder tiempo sería una traición. Estos argumentos arrastraron de tal modo al populacho, que ya no atendía a nada que no fuera el desquite contra el viejo enemigo; y no les

resultó tarea fácil a los amigos de Demóstenes, quienes apreciaban la situación muy cuerdamente, convencer a sus conciudadanos de que no confiaran en un nuevo Jerjes. Demóstenes estaba suficientemente familiarizado con el modo de pensar del pueblo para darse cuenta de que sería menester algo más que la serena reflexión para neutralizar la oratoria con la cual sus adversarios impresionaban tan profundamente a las masas; y les salió al paso proponiendo un nuevo impuesto para obtener fondos destinados a la escuadra.<sup>9</sup> De este modo se salvaba de un reproche en el caso de que resultara equivocado, y al mismo tiempo daba un paso en el sentido de los preparativos. Probablemente, la nueva flota no llegaría nunca a ser empleada contra la "amenaza persa", pero sería útil cualesquiera que fueran los acontecimientos; y así se aprovechaba el prevaleciente miedo de Persia para realizar lo que, de otro modo, no hubiera podido lograr entonces la más primorosa elocuencia del mundo. Al propio tiempo, el proyecto de una nueva contribución servía como freno. Los ciudadanos más ricos tenían el deber honorario de pagar el equipo de las naves de guerra; y Demóstenes solicitó que esta contribución se extendiera sobre un mayor número de cabezas. Esta medida tomaba en cuenta las circunstancias apuradas de quienes antes eran ricos y habían sido arruinados por los largos años de guerra. En efecto, disponía que las *simonías* —asociaciones de contribuyentes, cada una de las cuales tenía a su cargo el apresto de una nave— fueran redistribuidas de tal modo que el número total de ciudadanos se elevara en cada grupo de mil doscientos a dos mil. Esta rebaja de la cuota de contribución resulta ser, cuando se examina la cosa fríamente, el verdadero meollo del discurso, el cual es, en cuanto a táctica, un *non plus ultra* de política fiscal.

Demóstenes empieza uniéndose al ruidoso clamor contra el Gran Rey.<sup>10</sup> Está de acuerdo en considerar a los persas como a los enemigos comunes de los griegos. Pero desdichadamente —observa— los griegos no son “amigos comunes”, y en tanto que éstos persistan en espiarse los unos a los otros y se nieguen a hacerse concesiones, es mejor evitar cualquier guerra abierta de agresión y esperar a que el persa lance su primer ataque y de este modo se haga culpable. Entonces tendrá Atenas al resto de los griegos de su lado; si, por el contrario, es ella la agresora, el Gran Rey empleará su dinero en ganarse a todos los enemigos que Atenas tiene en la Hélade, y en incitarlos contra ella. Por lo tanto, Atenas no debe nunca permitirle que se acerque a los demás griegos so capa de protector. En cuanto a esos que hacen denuestos verbales y que tan vehementes se muestran por hacer la guerra, Demóstenes les replica que mientras no es cosa difícil parecer valiente cuando uno está prodigando consejos, ser valiente ante el peligro y prudente en el consejo es algo difícil y también necesario. Probablemente algunos militares habían hablado de la guerra contra Persia como de un asunto de poca monta, de un simple ἀγών. Demóstenes concede que para un ἀγών basta con hombres valientes; pero una “guerra” contra el Gran Rey es asunto más complicado, para el que se requieren barcos y dinero y territorio para bases militares.<sup>11</sup> Además, es un problema económico. Al estallar la Guerra del Peloponeso, Pericles mostró que la preparación financiera de Atenas no era inferior a su preparación militar. Demóstenes, de todos modos, debe antes que nada llamar poderosamente la atención de la Asamblea y de sus consejeros sobre el hecho de que la condición presente del estado es, ciertamente, mala. Verdad es que la ciudad posee todavía ciertos bienes; pero si alguien tratase hoy de obtener dinero para la defensa

imponiendo una contribución directa, nadie pagaría.<sup>12</sup> “En este momento no puede hablarse de dinero.”

Es muy importante que observemos la manera como los propietarios adinerados de la democrática Atenas llevan adelante sus propósitos a la vista de las masas y de sus caudillos. Pues, indudablemente, Demóstenes hablaba aquí como representante político de la clase a que él mismo pertenece, y con cuya ayuda Eubulo se propone reconstruir el estado. Si examinamos el discurso *Sobre las Simmorias* punto por punto, sin ninguna idea preconcebida, encontraremos que se ajusta extremadamente a Eubulo, y que con toda probabilidad refleja su política exactamente. La única razón por la que esto no ha sido reconocido mucho antes es que Demóstenes fué considerado tradicionalmente como un tipo rígido, homogéneo y absolutamente inalterable. Pero hasta los antiguos anduvieron mejor informados. En Plutarco tenemos de ello pruebas explícitas, a pesar de que él prefería la rígida versión heroica. Plutarco refiere el desfavorable veredicto pronunciado sobre Demóstenes, como hombre y como político, por la Historia de Filipo, escrita por Teopompo, donde se dice que fué inestable de carácter e incapaz de permanecer fiel por largo tiempo a una misma política o a una misma persona.<sup>13</sup> Contra este veredicto, Plutarco afirma el suyo como sigue: cada vez que Demóstenes se empeñó en una postura política, la mantuvo hasta el fin, ofreciendo hasta su vida por ella. Así, Plutarco —lo mismo que Teopompo— hizo de esto un problema de carácter. Ambos fueron moralistas estrictos; la diferencia estriba en que, mientras Plutarco idealizaba a sus héroes por encima de toda realidad, Teopompo llevaba dentro de sí bastante malicia satírica como para divertirse señalando las fallas de los grandes hombres de la historia, aun cuando reconociera sus méritos. Por eso fué que se

tomó el trabajo de no pasar por alto el cambio de frente político de Demóstenes, del cual, como contemporáneo, estuvo bien informado. Plutarco no estuvo ya en posición de observarlo. Pero lo cierto es que podemos encontrar rastro de ese cambio en los discursos mismos de Demóstenes, aparte enteramente del testimonio expreso de la antigüedad. Nos encontramos aquí exactamente en la misma posición que con respecto a Aristóteles. La rígida unidad de la representación tradicional de Aristóteles que ha prevalecido desde la última escuela peripatética, ha sido destruída tan sólo por obra de investigaciones recientes, a pesar de que —como en el caso de Demóstenes— los indicios de un cambio interno en el filósofo en modo alguno han dejado de estar plenamente presentes en sus escritos, y de que no han faltado los testimonios antiguos que lo confirmaran expresamente. Pero el afán de uniformidad era más fuerte que los hechos.<sup>15</sup> Y la misma antigüedad, con su afición a monumentalizar a sus héroes, contribuyó notablemente a dejar en la sombra sus rasgos cada vez que no alcanzaban a encajar en el cuadro que les estaba reservado. Y esto se aplica particularmente a la tradición escolar de los últimos años de la antigüedad.

La íntima conexión entre las primeras empresas políticas de Demóstenes y el programa de Eubulo ha sido iluminada no hace mucho prescindiendo enteramente de la tradición antigua y simplemente por medio de una reinterpretación de los discursos.<sup>16</sup> Como quiera que esta nueva interpretación es de fundamental importancia, no parece superfluo que volvamos nuestra atención hacia la franca hostilidad que ha encontrado últimamente.<sup>17</sup> Se ha objetado que cuando Demóstenes recomienda en este discurso un armamento naval más amplio, su proposición está enteramente de acuerdo con su posterior política de resistencia activa; que no hay

razón para dudar de la convicción con que está hecha, y que es incompatible con el programa de paz y no-intervención representado por Eubulo. Pero es irrefutable que en el discurso *Sobre las Simmorías* Demóstenes se muestra contrario a cualquier complicación bélica con Persia. Además, su conexión con Eubulo se hace tanto más probable si recordamos (mediante la demostración del cap. III, al principio) que en los primeros discursos forenses que tuvieron carácter político, los cuales son de la misma época, Demóstenes se mantuvo del lado de la clase propietaria y se manifestó expresamente en contra de los adversarios de Eubulo. El hecho mismo de que Eubulo y él tuvieran enemigos comunes nos permite inferir que ambos presentaron aquí un frente común; y esta inferencia está confirmada por otros aspectos del discurso *Sobre las Simmorías*. Encontramos en éste el mismo alto grado de consideración para con los ricos y su capacidad de contribución;<sup>18</sup> la misma aversión por la frase belicosa (pues hasta en este respecto se expresa Demóstenes con cautela); la misma reprobación de los demagogos. Es bien sabido que, desde tiempo inmemorial, la gente rica de Atenas constituía el partido pacífico, mientras que el demos estaba siempre ansioso de guerra. Aun cuando la proposición de Demóstenes para aumentar los armamentos hubiera sido formulada sinceramente, hubiera significado un alivio en el gravamen para quienes, hasta entonces, habían sido los principales contribuyentes. Que el propósito capital de Demóstenes, en su proyecto relativo a las simmorías, era lograr una redistribución del gravamen sobre un mayor número de cabezas, está indicado, asimismo, por el hecho de que estuviera haciendo, al mismo tiempo, en su discurso *Contra Leptines* (23), una propuesta similar para repartir las *choregiae* entre un número mayor de personas, por medio de

una asociación de contribuyentes (*συντέλεια*) —lo mismo que se hacía con respecto a las *syntrierarchiae*, a las que se refiere directamente por vía de ejemplo. No puede negarse, pues, que debe haber una conexión interna entre las dos medidas. Ambas son sintomáticas de una política que tendía sistemáticamente a descargar a la clase adinerada. De hecho, el único efecto que la proposición de Demóstenes, en su discurso *Sobre las Simmorías*, produjo en el entusiasmo por la guerra, fué el de ponerle sordina; y no trajo el incremento de la escuadra, lo cual constituía su declarado designio. Siendo así, hay buenas razones para suponer que la proposición fué calculada de antemano para asustar al pueblo con sus elevadas peticiones. La misma táctica usual había sido empleada por Nicias —ese enemigo de la guerra— en sus esfuerzos para aplacar a la Asamblea ateniense en tiempo de la Guerra del Peloponeso, cuando estaba a punto de acometerse la empresa siciliana.<sup>19</sup> Que Demóstenes estaba familiarizado con este método, se ve muy bien en otro gran discurso sobre armamentos, pronunciado años después: su *Primera Filípica*. En éste, habla inequívocamente en serio; pero por esta misma razón considera necesario declarar explícitamente<sup>20</sup> que no está presentando sus demandas con el solo objeto de impedir una acción pronta y efectiva. Que esta es, por el contrario, su verdadera intención en el discurso *Sobre las Simmorías*, se hace todavía más probable por el hecho de que sus nuevas demandas de armamentos van aquí unidas a la declaración de que, por el momento, no hay manera de encontrar dinero alguno.

Propendemos a considerar a los estrategas de la Asamblea ateniense como demasiado ingenuos, y no nos damos cuenta de que, tal como estaban las cosas, ellos no podían salir del paso sin recurrir a esos métodos —y menos que nadie los jefes de las siempre impo-

pulares clases propietarias—. Esto hace que la lectura de sus discursos sea particularmente incitante. Pues todos ellos se veían obligados a practicar ese arte de reticencia diplomática que los antiguos retóricos exigen del orador político. Esto puede demostrarse en el discurso *Sobre las Simmorías*.<sup>21</sup> Los intérpretes modernos han descuidado el hecho significativo de que los antiguos teorizadores de la retórica citan justamente este discurso como modelo y ejemplo clásico de este tipo de stratagema. Y no iban descaminados.

En apariencia, la formulación de Demóstenes es correcta y cortés; pero tiene un fondo de ironía al proponer a los atenienses un acertijo<sup>22</sup> que, por paradójico que pueda parecer, responde a los hechos. “Tenemos, llegado el momento, una fuente de ingresos amplia, excelente y legítima; pero si recurrimos a ella ahora, ya no estará disponible en el futuro, y mucho menos si tiene que atender a todo en el presente. En tanto que si ahora no acudimos a ella, estará después a nuestra disposición. ¿Qué clase de cosa es esta, que ahora no existe pero luego sí? . . . Voy a decíroslo. Contemplad esta ciudad, conciudadanos atenienses. Aquí hay dinero, casi tanto como en todas las demás ciudades iuntas; pero la gente que posee ese dinero piensa de este modo: aunque todos los oradores los asusten con el cuento de que va a venir el Rey, de que ya está aquí, de que es inevitable que ocurra lo que ellos dicen —y aunque haya junto a los oradores un número igualmente grande de personas que profeticen todas ellas la misma cosa— a pesar de todo, se negarán a pagar sus impuestos; y no sólo esto, sino que ni siquiera dejarán entender que tienen dinero alguno. Pero si alguna vez llegaran a percibir que el peligro que ahora existe sólo en palabras empezaba a existir de veras, entonces ninguno de ellos sería tan necio como para no darlo todo; en verdad,

cada cual se apresuraría para llegar el primero al pago de los impuestos. Pues ¿habría nadie que prefiriese hundirse en la ruina con todos sus bienes a ceder una parte de ellos como impuestos para salvar al resto y a sí propio? Como digo, pues, hay dinero, el cual podremos conseguir cuando realmente se necesite, pero no antes. Os aconsejo, por lo tanto, que no hagáis ningún intento para apoderaros de él. Lo que váis a conseguir, si tratáis de hacerlo ahora, no será sino que se rían de vosotros. Pues yo os pregunto ¿qué pasa si alguien propone una contribución del uno por ciento? Esto produciría sesenta talentos. ¿Y si propone, entonces, el doble —el dos por ciento? Esto produciría ciento veinte talentos. ¿Y qué es esto comparado con los mil doscientos camellos que, según os cuentan, están acarreado el dinero para el Rey?"

El tono reposado de superioridad y la mordaz ironía ocasional tras los cuales se escuda aquí Demóstenes, nos dan una idea perfecta de su destreza táctica. Más tarde, en el discurso en defensa de los rodios, él mismo dice que en esa ocasión no tuvo casi otro apoyo que el de sus argumentos, pero que logró su propósito a pesar de todo.<sup>23</sup> Es indudable que la impresión de valor moral, sin la cual este estilo de elocuencia no hubiera sido viable, debió de contribuir poderosamente. Sin embargo, la finalidad de su oracular insinuación era tan manifiesta, que difícilmente se hubiera siquiera atrevido a hacerla —especialmente ante una excitada muchedumbre, siempre desconfiada de la clase propietaria— si no hubiera tenido la convicción de estar hablando en nombre de la dura realidad y de un mayor discernimiento. En este discurso encontramos a Demóstenes atacando una y otra vez al comercio de frases hechas —inclusive al comercio de frases patrióticas— dondequiera que éstas expresan simplemente una suficiencia

petulante, o encubren la carencia de un pensamiento independiente. Sus mismas primeras palabras, por ejemplo, son una invectiva contra la ciega adulación de los antepasados atenienses, a la que califica de indigna de las grandes proezas del pasado; y declara que más valdría que alguien propusiese unas medidas que realmente pudieran ayudar al estado.<sup>21</sup> De parecida manera despacha a quienes se han dedicado a propalar habladurías sobre el enemigo común y hablan de la guerra como si no fuera más que un caballeroso encuentro; y acentúa deliberadamente la actitud de sereno realismo, la cual es entonces bien poco popular, y, por lo mismo, más necesaria que nunca. Estos rasgos del carácter de Demóstenes bastan para exonerarlo de una vez por todas de la infundada acusación de ser un demagogo y autor de frases huecas. Si así no fuera, deberíamos suponer, careciendo de base para hacerlo, que en los pocos años anteriores a las grandes *Filípicas* hubo un cambio no sólo en su mentalidad política, sino aun en su naturaleza toda, de suerte que un orador político de claro pensamiento se habría convertido poco menos que en un pomposo energúmeno. Conviene notar, sin embargo, que su primer discurso muestra un indudable poder de agitación, aunque no arrastre con todo por la pura fuerza de la voluntad, sino que haga su efecto más bien demoliendo al adversario con la crítica. Pasajes como aquél en que describe a la guerra como algo que no es un simple *ἀγών*, sino que requiere barcos, dinero y territorio, y como la divertida descripción de los mil doscientos camellos que conducen el oro del Gran Rey desde el Asia hasta la costa, están llenos de una genuina exhortación al sano entendimiento humano y deben de haber bajado los humos a los más vehementes adversarios de Demóstenes.

Con todo, el lenguaje de este discurso, con el que

espera iniciar su carrera de consejero político, evita generalmente esa manera de hablar popular y drástica. El tono predominante es digno y apegado a los hechos—distinto de la brusca franqueza de los discursos forenses contra Androcio y Timócrates—. Por el contrario, su manera es tranquila, reservada e instructiva. Este ethos sitúa al discurso en el mismo plano del *Contra Leptines*, y Demóstencs indudablemente lo eligió a propósito porque encontró que convenía a su personalidad y a su posición. Hasta el estilo de estructura de la frase se acomoda a él. Es todavía muy isocratiano, y acusa una predilección por el período que mana flúidamente y avanza con firmeza hasta su término.<sup>25</sup> En ese momento, esto era tan importante para Demóstenes como la dignidad del porte que esforzaba por mantener. Pero así como el discurso *Contra Leptines* tiene partes en que prevalecen una mayor ligereza, gracia y fácil elegancia, el discurso *Sobre las Simmorías* cultiva una preñada redondez de la frase y una manera gnómica de traducir en apalabras el pensamiento; de tal modo que a los críticos antiguos les recordaba, por la forma y por el espíritu, los discursos de Tucídides.<sup>26</sup> Demóstencs tuvo que elaborar gradualmente su propia forma de discurso político; y comparada con la suprema holgura de movimiento de los discursos forenses, hay en este primer mensaje político una inequívoca coerción convencional. Demóstenes carece todavía de experiencia en las maneras de hablar al pueblo; el tono es demasiado académico; su sentido del contacto con la multitud que escucha todavía no lo penetra todo, hasta las nimiedades de estructura de la frase, como después ocurre. Pero esto hace del discurso algo más fascinante todavía, como testimonio de los esfuerzos del joven orador para encontrarse a sí mismo, social e intelectualmente. De cualquier modo, sus amigos políticos tuvieron motivos

sobrados de sentirse satisfechos de él, y ciertamente deben de haber admirado el deliberado esfuerzo que hizo por evitar el tono habitual del orador popular.

Volvámonos ahora hacia el segundo sector crítico de la política ateniense: el problema del Peloponeso. Habiendo sido Esparta derrotada en la guerra y presenciado el derrumbe de su hegemonía, sus conquistadores tebanos, y aun sus enemigos del interior del Peloponeso—quienes hasta entonces habían sido contenidos—, vieron que, en adelante, su problema principal sería mantener las ventajas recién conquistadas. Como quiera que una intervención armada era posible todavía, Tebas seguía disponiendo de los medios para establecer su autoridad en el sur en cualquier momento. Bajo Epaminondas, obligó a que se reconociera su prolongado protectorado de la Liga arcadia y del recién creado estado mesenio. En el fondo, estos fueron resultados de la determinación que tomara Tebas de aplastar a Esparta, pero no eran, en sí mismos, objetivos particularmente estimados por Epaminondas.<sup>27</sup> Así; pues, la dificultad mayor para los arcadios y los mesenios, quienes se vieron libres tan inesperadamente, era la de mantenerse tan independientes como fuera posible respecto de la benigna tiranía de Tebas, el fiador de su autonomía. Esparta no les ocasionó molestias, por cuanto desvió la atención hacia sus propios asuntos interiores y se dedicó a reorganizar sus fuerzas.<sup>28</sup> Después de su ulterior derrota en Mantinea (362), su rey Agesilao había ido a Egipto para tomar parte en el levantamiento contra los persas, y a su regreso había muerto en Cirene, en 360, como un viejo y curtido capitán de mercenarios. Su hijo y sucesor Arquidamo tenía idea de restaurar la Confederación del Peloponeso, con lo cual, después de 360, los mesenios y los arcadios se vieron en peligro una vez más.<sup>29</sup> Los espartanos, sin embargo, no se aven-

turaron a agredir abiertamente mientras duró la paz, sino que esperaron a que Tebas estuviera en guerra nuevamente para intentar arrebatarle los estados peloponesios, que estaban entonces bajo su protección.

Los mesenios previcieron esto y le ganaron por la mano a Esparta. Cuando Tebas se vió envuelta en la guerra contra Fócida, la cual mantuvo a sus fuerzas ocupadas durante diez años en la Grecia central, los mesenios hicieron un tratado defensivo con Atenas para asegurarse una protección en caso de ataque espartano. Los arcadios no tomaron tal precaución y, en consecuencia, se vieron en dificultades cuando, en 352, Tebas fué derrotada reiteradamente por los focenses bajo el mando de Onomarco.<sup>30</sup> Al quedar Arcadia de este modo indefensa, Esparta empezó a armarse contra ella. Esparta y Atenas habían continuado siendo aliadas desde que Calístrato efectuó su reconciliación; por lo que Esparta envió entonces delegados a Atenas para que sondearan su actitud respecto a una guerra entre Esparta y Arcadia. Pero, al mismo tiempo, los delegados arcadios se presentaron también en Atenas solicitando la formación de una alianza defensiva, parecida a la que Atenas había ya concluído con los mesenios. En este dilema ¿cómo debía obrar Atenas? Este es el problema que plantea Demóstenes en su discurso *Pro Megalópolis*, el cual es, en realidad, un discurso en favor de los arcadios.<sup>31</sup>

Si es cierto que la no-intervención era uno de los fundamentos del programa de partido de Eubulo, debemos concluir que Demóstenes, aunque no hubiese roto todavía con Eubulo, resolvió, sin embargo, seguir en este discurso un nuevo camino por cuenta propia. Esto explicaría por qué falló en su intento. La decisión que recomendaba pareció demasiado grave, y su argumentación demasiado rígida. La autoridad de este hombre

joven no tuvo todavía suficiente peso, con todo y que sus razones fueron escuchadas atentamente. Pero esta vez el no seguir el consejo de Demóstenes constituyó un grave error, que no pudo ya enmendarse nunca, pues también en esta ocasión, Demóstenes fué el único que viera claramente lo que convenía. Hay, sin embargo, una segunda razón para que se aprecie este discurso en alto grado. Puede ser que nos interese poco por los procesos históricos concretos que entonces se desarrollaban; pero el alcance intelectual que Demóstenes logró en ellos, es de un valor perdurable, por razón de las doctrinas políticas generales que elaboró a base del problema que tenía enfrente. Así pues, este discurso ha venido a ser para la posteridad una fuente de pensamiento político, y ha tenido una decisiva influencia en la política europea de tiempos recientes, con la aplicación en gran escala de sus ideas políticas a los problemas modernos. Sería ciertamente una falta de visión el considerar a la historia griega como asunto de poca monta. Las dimensiones espaciales y numéricas no tienen gran importancia. Lo importante es el vigor con que la vida es vivida, y la profundidad de discernimiento que los acontecimientos provocan en la mente del hombre. Y, desde este punto de vista, poco hay que sea comparable a la historia de los griegos.

Muchas cosas estaban en favor de Esparta: era una aliada de Atenas, y había recibido de ella apoyo armado desde las invasiones del Peloponeso por Epaminondas; había además cierta aversión hacia Tebas y miedo de su ulterior expansión, mientras que a Esparta la creían de tal modo debilitada que no inspiraba temores. Más aún; desde el principio del conflicto entre Tebas y Fócida, lo mismo Atenas que Esparta se habían inclinado del lado de los focenses expoliadores de templos.<sup>32</sup> Por supuesto, el Sagrado Consejo de los Amficiones de

Delfos había condenado solemnemente a los focenses; pero como todo el mundo sabía, este Sagrado Consejo, por razón de contar en él los tebanos con la mayoría segura de los votos, no era más que el órgano de su predominio en la Grecia central, y por esto apoyaba el mantenimiento de la situación misma que la nueva cooperación entre Atenas y Esparta se proponía combatir.

Con todo, no podía negarse que quienes abogaban por la intervención en favor de los arcadios podían apoyar sus razones con el espíritu y la letra de los tratados en los que Esparta, Atenas y sus aliados, habían jurado anteriormente garantizar la independencía de cada estado. Esta fué precisamente la cuestión que, de modo manifiesto, llevó a Atenas a la ruptura con Tebas cuando la conferencia de Esparta. Pero ahora era Esparta la que quería repudiar las cláusulas sobre la autonomía. Por lo demás, era fácil de ver que la única razón por la que Esparta eligió a Arcadia como objetivo era el hecho de que cualquier ataque contra Mesenia le hubiera traído un conflicto con Atenas; pues Mesenia estaba protegida justamente contra este ataque por su pacto defensivo con Atenas. Así pues, era realmente evidente que el problema mesenio y el arcadio eran de la misma índole; y aun el propio pacto defensivo con Mesenia indicaba que Atenas estaba empezando a distanciarse de Esparta. Por tanto, hubiera sido inconsecuente alentar la codicia de Esparta por Arcadia. Más aún; si los espartanos llegaban a apoderarse de Arcadia ¿seguirían todavía deteniéndose ante la idea de recuperar la Mesenia? Luego ¿no estaba Atenas obligada a declararse contra Esparta? Siendo así, era mejor naturalmente para ella tener también a los arcadios de su parte.

Al enfrentarse a este dilema, Demóstenes —como indica insistentemente en el exordio y en la peroración—

trata de adoptar una posición firme. Han hablado los amigos atenienses de Esparta y de Arcadia; ahora tomará la palabra el propio Demóstenes, pero no tan sólo como alguien que habla en dialecto ático, sino como alguien que expresa el aspecto ático de la cuestión. Se han dado buenas razones para simpatizar bien con Esparta o con Arcadia; pero nadie se ha detenido a preguntarse *¿qué es lo que requiere el interés de Atenas?* A las masas impresiona sobre todo el argumento sentimental de que no deben traicionar a sus hermanos de armas de Mantinea, sino que deben mantener fidelidad con ellos. Demóstenes opina que esto es una ética equivocada. También él haría por que Atenas se mantuviera fiel, mientras los hermanos de armas cumplieran con las obligaciones de sus tratados; pero los términos de la alianza con Esparta obligan a prestar apoyo armado sólo para la defensa contra un agresor. Atenas no tiene obligación moral alguna de apoyar las agresiones no provocadas de Esparta. Quienquiera que se incline por seguir actuando sobre la base del tratado, debe, para ser consecuente, votar por una intervención que mantenga la paz en el Peloponneso. Observemos que Demóstenes no declara impetuosamente que él antes rompería la alianza con Esparta que permitir un aumento de su poder; en vez de esto, se atiene claramente a la legalidad, lo mismo que hizo en el discurso *Sobre las Siminorias* al tratar la cuestión de la defensa o el ataque.<sup>33</sup> Concede un valor muy alto a la corrección en materia de derecho internacional. Podría compararse con la actitud de Bismarck respecto de la cuestión de Schleswig-Holstein; entonces, todos los políticos que representaban el sentimiento de Alemania eran partidarios de una franca ruptura con el Protocolo de Londres, mientras que Bismarck, el estadista, prefirió que fueran los daneses quienes violaran el tratado, para poder de

esta suerte evitar el antagonismo del resto de Europa y preservar su buena reputación. De igual modo, el respecto de Demóstenes por el valor político de la corrección formal es exactamente el reverso de la actitud del ciudadano común, el cual, en gran medida, no suele reconocer el peso muerto de los conceptos y estipulaciones puramente políticas, y propende a considerar la amistad con el pueblo de otras naciones como algo que nace del corazón.

Demóstenes ofrece aquí una muestra excelente de lo que se entendía en su tiempo por pensamiento político bien preparado. No podemos por menos de acordarnos del paralelo desarrollo intelectual de la filosofía durante este período, cuando encontramos que su argumentación empieza con el axioma siguiente: hay que partir de proposiciones universalmente admitidas para poder derivar las conclusiones adecuadas.<sup>34</sup> Ciertamente es que la importancia de un político no depende meramente de la claridad de sus principios ni de la nitidez de su pensamiento. Hasta puede ocurrir que derive conclusiones falsas de correctas *hipótesis* —como Isócrates<sup>35</sup> llamó una vez a esas proposiciones universalmente admitidas de que habla Demóstenes—. Pero cuando se trata de juzgar la política del siglo iv, me parece indispensable tener de antemano un conocimiento acabado de su estructura intelectual y de su aparato conceptual, para poder seguir su funcionamiento. Sobre esto, no encuentro nada escrito en la literatura técnica; de suerte que es difícil evitar la sospecha de que este dominio entero del pensamiento griego no ha sido tratado siempre con la comprensión que merece.

El axioma que Demóstenes elige como punto de partida, y que como tal no necesita ser demostrado, es el interés de Atenas. Ni la letra de los tratados, ni la "lealtad", ni la simpatía para los "hermanos de armas",

es tolerable que se conviertan en una norma rígida para el hombre de estado. La amistad con Esparta había empezado con la idea de contrapesar el engrandecimiento de Tebas en la nueva división tripartita de Grecia, que tan eficazmente había sido impuesta a Atenas por la fórmula de Calístrato. Pero aun esta política podía resultar perniciosa si la asociación con Esparta llegaba a convertirse en un sistema inalterable. Demóstenes piensa que ha llegado el momento de revisar los principios en que se funda la política confederada de Atenas. Para él, las alianzas y los tratados no son creaciones arbitrarias de la habilidad diplomática. Valor y fuerza moral, pueden tenerlos tan sólo mientras constituyan la objetivación de intereses reales y la inercia de hechos efectivos. Un tratado es la expresión de unas relaciones efectivas en términos de derecho internacional; cuando estas relaciones se alteran, se convierte en algo carente de valor intrínseco, en una pura formalidad que no resistirá la tensión cuando las cosas se pongan graves. No es la letra de los tratados, sino el peso muerto de los intereses, lo que produce las amistades políticas entre pueblos.<sup>36</sup> Con esta proposición, Demóstenes se contrapone a aquellos políticos que abogan por mantenerse mecánicamente apegados a la alianza con Esparta, y dudan de que pueda confiarse en los suplicantes arcadios por razón de que éstos se encuentran atados todavía por la letra de sus tratados con Tebas. El principio de Demóstenes es esencialmente incompatible con ningún sistema permanente de alianzas. Se convierte inevitablemente en el principio de la protección de los estados más débiles —en Atenas lo mismo que en Inglaterra—. No requiere interpretación moral; en todo caso, esto no preocupa a Demóstenes. Para Atenas —así como para Inglaterra—, este principio es el que se deriva lógica y necesariamente de su posición, lo mismo

como potencia marítima que frente a las potencias terrestres; es la palanca de Arquímedes con la cual puede tratar de dominar al resto del mundo. Un político inglés, Lord Brougham,<sup>37</sup> gran admirador de los dones políticos de Demóstenes, encuentra en este discurso el primer desarrollo de ese supremo principio que Inglaterra ha aplicado consecuentemente durante siglos en sus relaciones con los estados de la Europa continental, y el cual le ha permitido en gran medida levantar su gran prestigio: el principio del *equilibrio de poder*.

Esta idea no era absolutamente nueva; como hemos mostrado ya,<sup>38</sup> Calístrato la había empleado. Demóstenes no hizo más que apoderarse de ella, con clara conciencia de lo que implicaba en su decisión actual. Por una parte, los estados menores habían sido oprimidos durante largo tiempo por Esparta y por Tebas, las dos potencias terrestres; y Demóstenes esperaba sacar provecho de sus aprietos, obteniendo con ellos nuevos y leales aliados para Atenas que le permitirían surgir gradualmente de su desesperado aislamiento. Por otra parte, creía que una mayor cooperación con Esparta, aunque podía rendir ciertos beneficios momentáneos, no traería ningún aumento permanente del poder de Atenas. En realidad, no tendría como resultado sino una carrera entre Atenas y Esparta para la recuperación de su perdida hegemonía. Si se permitía que Esparta se hiciese demasiado fuerte, pronto sería necesario socorrer a Tebas,<sup>39</sup> con todo y que en medio del ciego odio de esos años, y con menoscabo de la propia conveniencia de Atenas, la opinión general era que Tebas debía ser debilitada por todos los medios posibles. Así pues, Demóstenes se colocaba del lado del partido impopular. Esto era tanto más duro para él, cuanto que la fórmula que brindaban los espartanos proponía una restauración del *status quo ante* (ἔχειν τὰ ἑαυτῶν), y para Ate-

mas esto implicaba la esperanza de recuperar la ciudad fronteriza de Oropo, que había sido perdida a manos de Tebas. Pero, para empezar, los espartanos no estaban en situación de ofrecer a Oropo, y no cabía suponer que fueran a quitar las castañas del fuego para dárselas a Atenas. A cambio de esta dudosa perspectiva, esperaban asegurarse de la neutralidad ateniense, no sólo si Esparta atacaba a los arcadios, sino también en el caso de que se apoderara nuevamente de Mesenia —pues la transparente generalidad de su formulación encubría claramente esta eventualidad—. En otras palabras, pedían que Atenas les diera de antemano una velada garantía de que, en determinadas circunstancias, estaría dispuesta a complacer a Esparta hasta el punto de romper su tratado con Mesenia. Al mostrar lo más claramente que puede que esto es lo que ocurriría si se aceptaban los ofrecimientos de Esparta, Demóstenes intenta consolar a los atenienses con relación a Oropo. Aquí se revela como alguien que ha alcanzado la cumbre en el arte de los retoques diplomáticos. Cada vez que se ve obligado a contradecir la opinión dominante —y esto le cae en suerte a casi todo auténtico político—, sabe cómo complacer los sentimientos favoritos de las masas. Así como en el discurso *Sobre las Simmorías* su lema era “Nada de guerra todavía” más bien que “Nada de guerra”; tampoco dice ahora “Dejemos a Oropo”, sino “Bajo estas condiciones, sería mejor que dejáramos a Oropo para más tarde”.

La misión de los arcadios, sin embargo, fué denegada a pesar de los esfuerzos de Demóstenes en favor suyo. El resultado fué que trataron de aliarse con el enemigo de Atenas, el rey Filipo de Macedonia,<sup>40</sup> con el cual se mantuvieron para siempre desde entonces, proporcionándole de este modo cuantas oportunidades quiso de interferir en los asuntos interiores de Grecia. Esto prueba

que el consejo de Demóstenes era bueno. No puede sostenerse seriamente que Atenas, de haber seguido este consejo, hubiese corrido el riesgo de verse arrastrada a una guerra contra Esparta; ésta estaba demasiado débil para eso. Y si fué el temor de Tebas lo que condujo al abandono de los arcadios, la cosa fué un mal cálculo. El ofrecimiento de una alianza por parte de Arcadia fué una oportunidad que se desaprovechó. Aunque Tebas era todavía muy temida por el tiempo en que Demóstenes pronunció su discurso *Pro Megalópolis*, los serios reveses que sufrió en su guerra contra los focenses, acercaron bien pronto el momento en que debería considerarse de manera diferente esa nueva orientación respecto a ella que Demóstenes había previsto.

En el discurso *Sobre la libertad de los rodios*, Demóstenes desafía nuevamente la opinión predominante. Este discurso no sólo está conectado temporalmente<sup>11</sup> con el discurso *Pro Megalópolis*, sino que recomienda igualmente una política de superación del aislamiento de Atenas que consiste en una juiciosa y prudente oferta de ayuda a los estados que soliciten aliarse. En la región sudeste del Egeo, la dinastía de Mausolo de Caria había demostrado ser también un peligroso enemigo de Atenas, por el apoyo que prestó a los aliados de ésta cuando se segregaron de ella durante la Guerra Social. Por mucho tiempo, la dinastía caria había sido uno de los vasallos del Gran Rey; pero durante el siglo IV, en que el imperio persa estaba más o menos en proceso de desintegración, esa dinastía había cobrado, bajo Mausolo, una importancia más pronunciada. Esta familia de príncipes medio helenizados, que residía en Halicarnaso, en la parte sudoeste del Asia Menor, dedicó a las construcciones una actividad tan formidable, que atestigua la excelente opinión que ellos tenían de sí mismos. Podía bien comparárselos con otras personalidades similares de

la misma década, como Evágoras, rey de Chipre y protector de Isócrates, y como Hermias, príncipe de Atarneo y amigo de Aristóteles. Todos ellos trataron de independizarse cuanto fuera posible de la autoridad central de Persia, y de extender sus esferas de influencia hacia las vecinas islas y la costa griegas. Con una marrullería verdaderamente maquiavélica, Mausolo había empezado seduciendo a Cos, Quíos y Rodas, aliadas marítimas de Atenas, para que se separaran de la Confederación, con el fin de subyugarlas de este modo con mayor facilidad, una vez que Atenas hubiera sucumbido a su aislamiento. Este es el mismo procedimiento que, poco después, iba a emplear Filippo de Macedonia contra Olinto. La isla de Rodas, estando como estaba próxima a la costa de Caria, le pareció a Mausolo un baluarte particularmente indispensable; y aunque al principio pensó que era más sutil ejercer una influencia indirecta, estableciendo tratos secretos con los oligarcas rodios, al final se quitó la careta y terminó con la democracia en Rodas, en Quíos y en Mitilene de Lesbos. Si los demócratas exiliados tenían alguna ambición de regresar a su tierra y alcanzar el poder ¿qué otra cosa les quedaba, sino buscar refugio en esa misma Atenas de la que hacía tan poco se habían separado?

En todo caso, la situación que promueve el discurso que nos ocupa es ésta: ha llegado a Atenas una diputación de los exilados demócratas de Rodas, y las pasiones de la Asamblea se inclinan alternativamente del lado de un malicioso regocijo por las desdichas de esos traidores, responsables de la mala suerte de Atenas y de la ruptura de la Confederación, o del lado del temor de una mayor expansión por parte de los bárbaros de Caria, los cuales, ahora que ya tienen en su poder a Cos y a Rodas, amenazan con arrebatar los mercados áticos en el Mediterráneo oriental y en el sudeste del Egeo. Lo mismo que

antes, los jefes atenienses más influyentes han adoptado ahora firmemente el principio de no-intervención. Ya en 354, cuando Demóstenes pronunció su discurso *Sobre las Simmorias*, las grandes preparaciones guerreras del rey persa eran consideradas una amenaza; y ahora, Eubulo teme todavía las complicaciones con el imperio persa que pudiera traer un conflicto con Caria. Una vez más, Demóstenes combate a los no-intervencionistas con inflexible tenacidad. Trata de hacer ver que a Atenas se le ofrece ahora una ocasión de librarse del estancamiento de su política exterior, y que no debe desaprovecharla. Pero, así como Demóstenes considera inequívocamente el problema arcadio y el problema rodio desde lo que virtualmente es un mismo punto de vista, de parecida manera encontramos una consecuencia interna en el hecho de que este punto de vista sea rechazado precisamente por aquellas personas cuya opinión tiene el mayor peso. Estando Atenas tan debilitada, debe de haber sido verdaderamente difícil decidir si podía intentar de nuevo —y cuándo podría— resurgir gradualmente de su forzada pasividad, y aumentar su influencia sin echarse encima la carga de un riesgo excesivo.

Al cabo de tantos siglos, tenemos que mantener nuestros juicios en suspenso, de momento; y, sin embargo, nunca empezamos realmente a comprender la historia sino hasta que, en cierto modo, nos situamos detrás de la postura que adopta el hombre cuyas acciones estamos estudiando, y hasta que podemos pesar la responsabilidad que entraña su decisión. Trataremos de hacer esto con relación al discurso de Demóstenes.

Si establecemos que Demóstenes debe ser considerado como un estadista interesado primariamente por la política exterior —lo cual estaría indicado por el hecho de que apareciese en persona a pronunciar estos dos primeros discursos—, comprenderemos por qué no

pudo por menos de ver en el requerimiento de los demócratas rodios, a quienes Mausolo había engañado, una oportunidad única de recuperar los estados isleños más importantes, y de establecer de este modo los cimientos para una restauración de la Confederación. El vínculo que llevó a Atenas a los rodios era la forma democrática de gobierno, que tenían en común con ella. En verdad, esto fué lo que hizo de Atenas, desde mucho antes, el firme apoyo de todas las ciudades democráticas. Durante más de un siglo, Atenas había constituido sus alianzas sobre esta base; y en otras muchas ciudades, la forma de gobierno había dependido en gran medida de las alianzas que contraían. Después de la Guerra del Peloponeso, por ejemplo, Esparta había establecido en todas partes dcarquías oligárquicas, con el fin de afirmar el dominio sobre el gran número de pequeños estados que tenía bajo su protección. Pero la misión tradicional de Atenas era proteger a las democracias. Por muy decididamente que tendiese la política interior de los círculos sociales a que pertenecían Demóstenes y Eubulo a restringir la influencia de las masas y de los demagogos después de la Guerra Social, como hemos visto ya, era no obstante imposible de llevar a cabo una política exterior ateniense, con alguna perspectiva de éxito, a menos que se pusiera a su servicio la ideología democrática. Esto es precisamente lo que hace el discurso *Para la libertad de los rodios*. En los discursos *Contra Leptines*, *Sobre las Simmorías* y *Pro Megalópolis*, Demóstenes se nos ha presentado como el caballero cabal, el aristócrata nato; ahora, de la noche a la mañana, lo encontramos apelando a los instintos democráticos como un "hombre del pueblo" y, con la esperanza de levantar el entusiasmo en pro de su política exterior, empleando todo su ingénito poder de agitación en el ensayo del efecto que pueda producir sobre la masa este socorrido reclamo.<sup>42</sup>

Este cambio de conducta requiere, naturalmente, una explicación. Pero no implica una verdadera ruptura interior, que se explicaría tan sólo por un repentino cambio de partido, como el que los investigadores se han creído recientemente obligados a imaginar. Tampoco la manera decidida como, en este discurso, se carga el acento en los intereses democráticos, nos obliga a regresar a la idea antes predominante, la cual hacía derivar la política de Demóstenes, *desde el principio mismo*, de una doctrina de partido ya establecida, y hacía del propio Demóstenes el héroe de una lucha de toda la vida por el ideal democrático de libertad. Esta última concepción lo moraliza de una manera enteramente antihistórica, y al propio tiempo lo disminuye. Nos impide lo mismo ver que comprender un hecho al que hemos apuntado en relación con el discurso *Sobre las Simmorías*, a saber, que Demóstenes se mantuvo originalmente en torno a un grupo de políticos que combatían enérgicamente la influencia democrática radical; y en realidad, si puede decirse que proviniese de partido alguno, es sólo en este sentido. Ciertamente es que en años posteriores, cuando se debate con el peligro de un yugo extranjero por parte de Macedonia, apela naturalmente al excelso ideal de libertad griega; pero es un error el querer ver esto ya en sus primeros discursos mismos, como se hacía antes universalmente, y como suele hacerse todavía bastante a menudo. La idea de libertad no adquiere para Demóstenes su verdadero colorido sino hasta que él empieza a combatir la "tiranía" de los conquistadores macedonios; entonces toma la significación de un gran bien nacional. En ese momento, se esfuerza en verdad constantemente por crear en las masas indiferentes un estado de ánimo tal que lleguen a sentirse dispuestas a la guerra; y para lograrlo, apela a su amor por la libertad. Aun entonces, este lema de "libertad" sirve solamente para promover

su política exterior; pero ya por esos tiempos, se ha convertido realmente en un factor esencial de su visión del mundo en torno, en el cual Grecia y Macedonia constituyen los dos polos opuestos, irreconciliables moral, espiritual e intelectualmente.

En el discurso *Sobre la libertad de los rodios*, sin embargo, la apelación a los intereses comunes de los estados democráticos está lejos todavía de este apasionado fervor nacional que encontramos en las *Filípicas*. Aquí constituye puramente el instrumento para una política fundada con toda frialdad en el interés de Atenas. La actitud de este discurso con respecto a los partidos políticos, cualesquiera que sean, se revela mejor que en ninguna otra cosa en el hecho de que Demóstenes, por medio de su calculado alegato en favor de los rodios (quienes hacía tan poco tiempo habían abandonado a Atenas, la democracia hermana, por el rey de Caria), se está contraponiendo expresamente a los demócratas atenienses intransigentes, los cuales no están sino vengativamente encantados de los infortunios de los rodios, y no quieren oír hablar de su reanexión a Atenas a ningún precio. Pero, para Demóstenes, ésta no es una cuestión de sentimiento o de principios democráticos, sino únicamente una cuestión de "política" —lo cual, por el momento, no significa para él sino una oportunidad de elaborar un plan maquiavélico con la cabeza bien despejada—. Pero, al aplicar este plan a los asuntos exteriores, se ve obligado a adoptar esta enérgica postura en contra de los demócratas atenienses, y al mismo tiempo a ganárselos con argumentos enderezados a sus tendencias partidistas, y de una manera directa y deliberada, como si fuese un orador de su propio partido quien se estuviera dirigiendo a ellos. La verdad es que la única intención de Demóstenes consiste en evitar que quienes se oponen a su política exterior, los no-intervencionistas

inflexibles, utilicen los impulsos perniciosos y faltos de visión de la multitud, lo mismo que su malicia y su espíritu vengativo, e impidan que el pueblo ateniense tome una parte activa en los asuntos exteriores. No es posible que entendamos propiamente el uso que hace aquí Demóstenes de los lemas democráticos sin antes considerar la destreza con que Eubulo y sus compañeros, siguiendo los viejos y acreditados métodos de la oposición oligárquica, hubieran empleado los mismos lemas democráticos para alcanzar la finalidad contraria, a saber, para evitar cualquier medida del tipo que Demóstenes desea. En este punto, los motivos de conducta de cada uno de los bandos son enteramente distintos de los que pudiéramos llegar a creer, juzgando por los argumentos con que apelan a las masas. Esto ha ocurrido así en los primeros discursos, y no hay razón para suponer que, en este respecto, se haya producido cambio alguno en el discurso en pro de los rodios.

A mí me parece indudable que Demóstenes no mudó aquí repentinamente de bando respecto a su actitud frente al mundo en general. Sería una noción extrañamente pueril el suponer que un auténtico hombre de estado pudiera caer bruscamente de las serenas cumbres de la comprensión política y empezar, sin discernimiento, a hacerse el eco de los latiguillos de la multitud. Además, como podemos ya juzgar por sus primeros discursos, el sorprendente y casi misterioso conocimiento que Demóstenes revela del modo como debe utilizar los medios a su alcance excluye enteramente semejante interpretación. Se percata de que si los demócratas rodios son enviados nuevamente a su tierra en barcos atenienses, con un apoyo político y tal vez militar, habrá esperanzas de derribar a los oligarcas rodios. Pues, entre tanto, el rey Mausolo de Caria ha muerto, y lo ha sucedido una mujer —su esposa Artemisia—. <sup>43</sup> Esta dama

procurará mantenerse alejada de la guerra; y el rey de Persia está demasiado ocupado con la rebelión egipcia para impedir que Atenas repudie la política de partición a que la había sometido en el último tratado de paz. La acción de Atenas será una señal para las derrocadas democracias de Mitilene y Quíos, y entonces podrá enfrentarse al rey de Persia con el hecho consumado de una nueva Confederación.

Demóstenes debió de suponer que le replicarían recordando que en el discurso *Sobre las Simmorías* había hablado de un modo muy distinto, y que entonces había prevenido contra el peligro de irritar al coloso persa. Que esto fué lo que hizo, era indudable, aun cuando los argumentos que entonces propusiera no fueran tanto los suyos propios, cuanto una exposición extraordinariamente hábil de las ideas de Eubulo. En todo caso, Demóstenes tenía que encontrar ahora la manera de enfrentarse a esa crítica, y la encuentra casi al comienzo de este discurso, donde explica que en aquella ocasión anterior había aconsejado a los atenienses que no se hicieran de nuevos enemigos, sino que detuvieran a los que constituían ya una amenaza.<sup>44</sup> Por esto, piensa que ha sido enteramente consecuente al hacer la actual proposición, pues su fórmula requiere una acción en defensa de los rodios "sin anular el tratado con Persia".<sup>45</sup> Todo esto podemos interpretarlo bien como convicción personal o como simple maniobra táctica; pero es indudable que, por el tiempo de este discurso, Eubulo y los círculos gubernamentales estaban más alarmados que el propio Demóstenes por el peligro de entrar en conflicto con Persia, mientras que Demóstenes creía que ellos no concedían a Filipo de Macedonia la importancia debida. Al decir esto, no podemos por menos de pensar en las advertencias que hiciera Isócrates sobre Filipo en su discurso *Sobre la Paz*, en el cual, muy probablemente,

se acercó más bien al punto de vista del círculo de Eubulo. Filipo —dijo él entonces— dejaría de disputar Anfípolis a los atenienses si éstos abandonaban su política imperialista.<sup>46</sup> Esta ilusión constituye un adecuado trasfondo para comprender los temores de Demóstenes, en su discurso en pro de los rodios, con respecto a las intenciones de Filipo. La idea brilla momentáneamente, para desvanecerse de nuevo.<sup>47</sup> Nadie puede dudar, sin embargo, de que ella aparece ya subrayando los argumentos sobre el problema rodio como un fundamental motivo determinante. Un papiro descubierto hace unas cuantas décadas, por el cual conocemos parte del comentario de Didimo sobre las *Filípicas*, contiene un pequeño fragmento de un discurso pronunciado por el político ateniense Filócrates, tomado de la Historia de Teopompo correspondiente a este período, y hoy perdida. El orador describe la situación desfavorable en que Atenas se encuentra en una época evidentemente algo posterior a la del discurso de Demóstenes. Los beocios y los megarios, dice, son hostiles a Atenas, una parte del Peloponeso se aferra a Esparta, y la otra a Tebas; pero el pueblo de Quíos y el de Rodas, y los aliados de ambos, son decididamente enemigos de Atenas y están negociando una amistosa *entente* con Filipo.<sup>48</sup> Con éstos, pues, ha ocurrido lo mismo que ocurrió con los arcadios, a quienes Atenas volvió la espalda: han sido abandonados a merced de sus opresores, o bien impelidos a ponerse en manos de Filipo. De este modo, el problema del norte, que amenazaba convertirse en una zona crítica de la mayor importancia política, quedaba vinculado a la política de la Confederación y al problema del Peloponeso. Este trasfondo de la cuestión, que Demóstenes toca sólo una vez en este discurso —aunque con notable fuerza— va a ser, en el próximo, llevado a primer término. No podemos distinguir con claridad qué forma habían to-

mado, por el tiempo del discurso sobre los rodios, las relaciones de Demóstenes con los partidarios de Eubulo que antes fueran sus amigos. Pero su crítica de la pasividad de los caudillos llega aquí a tener el carácter de una severa censura y de una mordaz ironía; por ello barruntamos un grado de tensión que nos permite anticipar la ruptura, si es que ésta no se ha producido ya. La hipótesis de que así fuera, permitiría comprender más fácilmente la apelación al sentimiento popular que surge tan distintamente en este discurso. No pudiendo ya contar con el apoyo de los hombres directivos de su propio medio, se ve obligado a buscarse una nueva posición. Ya no habla en su nombre y representación; ya sólo le prestan oídos sordos. En adelante, tiene que dirigirse directamente al pueblo:

*flectere si nequeo superos, Acheronta movebo.*

## CAPITULO QUINTO

### EL PROBLEMA DE LA GRECIA SEPTENTRIONAL Y LA PRIMERA FILIPICA

NO HAY introducción más cabal a los problemas de la política ateniense durante los cinco años que siguieron a la Guerra Social y al derrumbamiento de la Segunda Confederación, que los primeros discursos de estadista de Demóstenes. Estos discursos revelan la manera sistemática como ha llegado a dominar todos los campos de la política exterior ateniense y, al mismo tiempo, la rapidez de penetración con que explora los acontecimientos de su tiempo. Por supuesto que no nos ofrecen un material exhaustivo para la Historia de los estados griegos durante esos años, pues esta Historia no debe tomar a Atenas como único punto de partida. Pero, si nuestro propósito es comprender el desarrollo de Demóstenes como político, estos discursos constituyen un cuerpo de materiales simplemente incomparable (como no lo poseemos para el estudio de ningún otro estadista griego), pues nos llevan de una zona crítica de la política ateniense a otra, presentando la interconexión del conjunto con creciente claridad. Demóstenes toma primeramente posición con respecto a la política persa de Atenas, y luego trata sucesivamente de los problemas del Peloponneso y de la Confederación. El siguiente gran discurso que ha llegado hasta nosotros nos conduce al problema de la Grecia Septentrional. En el discurso sobre los rodios ha abordado ya este problema, cierto que sólo de pasada, pero con una intención y gravedad

notables.<sup>1</sup> En adelante; éste va a ser *el* problema de toda política ateniense y griega, el tema al que están dedicados todos los subsiguientes discursos políticos de Demóstenes. Por esto, el primer desarrollo de este tema en el discurso *Contra Aristócrates* tiene una importancia histórica y requiere particular atención.

En realidad, éste no es un discurso político dedicado enteramente a un programa único, como los que hemos examinado últimamente, sino un discurso forense destinado a un gran proceso político del tipo de los que hemos tenido ocasión de ver en los discursos contra Androcio y contra Timócrates. Esos primeros discursos, sin embargo, se ocupaban principalmente de política interior, mientras que, en contraste con ellos, el tema de esta denuncia política proclama el tránsito de Demóstenes hacia la política exterior, lo mismo que los discursos políticos del propio período. Esta vez, igual que las otras, Demóstenes no apareció tampoco en persona como demandante, por no atreverse, evidentemente, a arriesgar en vano su reciente reputación como político. No cabe duda de que él tenía un ideal definido de cómo debe comportarse un estadista. Sin embargo, en aquel momento era enteramente imposible seguir adelante sin recurrir a los procesos políticos, pues todo el mundo se aprovecha de esta arma. Por consiguiente, Demóstenes dejó que un *homme de confiance* representara el papel de demandante, y se conformó con escribir para él la acusación. Pero la elección de este hombre fué significativa, pues Demóstenes no escogió a ninguna de las personas poco escrupulosas, pero seguras, que el partido proporcionaba, como hizo cuando su campaña contra Androcio y su pandilla, sino a Euticles de Tría, un ciudadano muy estimable y de la mejor clase social, quien había sido uno de sus camaradas militares en la época en que ambos compartieron como trierarcas el mando en el Helesponto. Este

hombre, por tanto, reunía por su propia experiencia las condiciones necesarias para opinar sobre los intereses atenienses que se debatían. El propio Demóstenes se apresura a poner de relieve, de un modo enteramente deliberado, el contraste con el método de ataque empleado en el discurso *Contra Androcio*. Diodoro —el hombre al que entonces había hecho aparecer como demandante— había declarado al principio mismo del discurso que estaba actuando puramente por motivos de venganza personal; pero ese afán de desquite había sido simplemente un instrumento, con el cual los hombres que estaban detrás de Diodoro podían llevar a cabo su proyecto de derribar al odiado Androcio. Ahora, en cambio, el adversario es de distinto calibre; el demandante se gana la plena confianza asegurando que su acción está basada nada más en el terreno de los hechos.<sup>2</sup> Indudablemente, lo más hábil para él era manifestar esto abiertamente, con lo cual situaba a su *plaidoyer*, desde el principio, en un plano más elevado. En realidad, no había nada que ocultar. Demóstenes debatía esta vez una propuesta presentada a la Asamblea que, además de parecerle una equivocación, resultó ser ilegal, y, por lo mismo, ofrecía una serie de puntos vulnerables; y no vaciló en emplear contra ella el arma de la demanda judicial. En efecto, el discurso escrito para Euticles, a diferencia de los usuales discursos forenses privados, no representa solamente las opiniones del demandante;<sup>3</sup> debemos más bien considerarlo enteramente como una jugada política del propio Demóstenes, lo cual se confirma por el hecho de que en otros discursos puramente políticos, en los que habla por sí mismo, haya utilizado partes extensas de este discurso que contienen ataques al gobierno.<sup>4</sup> La propuesta de Aristócrates había sido ya invalidada por el Consejo, con lo cual podía haberse dado por terminada toda la cuestión.<sup>5</sup> Demóstenes, al llevar adelante a pesar

de todo su denuncia por ilegalidad, obró más por cuestión de principios que por razones personales. Creyó de su deber llevar esta importante cuestión de política exterior ante el arbitraje del tribunal público, y alimentó la esperanza de que, gracias a su exposición de los asuntos de la Grecia septentrional, obtendría un fallo sobre cuya firme base podría apoyarse en su ulterior oposición a la política oficial. Un juicio y una sentencia eran armas más efectivas para esta agitación de lo que hubiera podido ser un nuevo discurso ante la Asamblea; pues tal discurso lo hubieran simplemente pasado por alto como una cuestión más de las del orden del día. Esto fué precisamente lo que ocurrió con sus discursos en favor de Megalópolis y en favor de los rodios —sus dos más recientes intentos de actuar por cuenta propia.

El proyecto de ley de Aristócrates, al que Demóstenes atacaba, proponía un verdadero *privilegium*<sup>6</sup> para la protección de un solo hombre: "Si alguien mata a Caridemo, que se consiga su extradición desde cualquier territorio de los aliados de Atenas, y que se lo juzgue. Por otra parte, si hubiera alguien, ya fuera un estado o un individuo, que dejara al delincuente sin castigo, que se lo excluya de toda relación de tratados con Atenas." De este modo, se declaraba virtualmente proscrito al asesino. Caridemo había sido un general ateniense mercenario, y actualmente era cuñado y ministro del rey Cersobleptes de Tracia. ¿Por qué razones los círculos influyentes de Atenas deseaban honrarle con esas medidas especiales y otorgarle la protección del estado? Evidentemente, la persona de Caridemo representaba aquí un programa político. El pueblo medio civilizado de Tracia, situado en la costa norte del mar Egeo, era útil a Atenas: en guerra, como auxiliar, y en paz, porque su país no era nada despreciable como zona comercial. Las luchas incesantes de los príncipes tracios por alcanzar el trono, facilitaban a

Atenas el mantenimiento de su fuerte posición en el norte, mediante intervenciones ocasionales que requerían tan sólo un ligero empleo de sus fuerzas. Esta tradición, que provenía del apogeo de su hegemonía marítima, se prolongó aún durante el período de su decadencia, a mediados del siglo iv. Por este tiempo, y después de la muerte de Cotis —el astuto y enérgico rey de las Odrisas que había creado bastantes dificultades a Atenas—, sus hijos Cersobleptes, Berisades y Amadoco se habían dividido entre ellos la soberanía de Tracia. Sin embargo, pronto empezaron a disputar y a rivalizar unos con otros en sus esfuerzos por obtener el favor de Atenas. El griego Caridemo había, con anterioridad, abandonado el servicio de Atenas por el del rey Cotis, y hasta llegó a ser su yerno, convirtiéndose de este modo en el predestinado lazo de unión entre Atenas y sus tres cuñados reinantes. El les aconsejó que restituyeran a Atenas el Quersoneso tracio, esa angosta península que se encuentra en la costa europea del Helesponto, la cual quedó en manos del rey Cotis después de habérsela disputado a Atenas. Desde tiempos inmemoriales, las ciudades griegas del Quersoneso de Tracia habían servido como base desde la cual Atenas dominaba esa posición clave tan importante, situada a las puertas del mar de Mármara. De su posesión dependían sus abastecimientos de granos, y, por tanto, la manutención entera de su población. La pérdida temporal de la más preciada de todas sus posesiones marítimas la dejó con la zozobra de comprender que aquel punto estaba amenazado. ¿Qué ocurriría, por ejemplo, si un rey de Tracia hostil a Atenas llegara a ser bastante poderoso para someter las ciudades griegas del Quersoneso y pusiera sus manos sobre esa zona vital? Por razón de los vientos desfavorables del archipiélago, había veces en que, durante meses enteros, era imposible, o cuando menos muy difícil, mandar buques de

transporte tan lejos hacia el norte. Y entretanto, Atenas podía morir de hambre. Naturalmente, la única protección verdadera contra esta posibilidad era tener una escuadra poderosa; pero, en tanto que no se lograba esto, lo mejor parecía mantener unas relaciones de amistad tan íntimas como fuera posible con los más poderosos vecinos tracios del Quersoneso.

Los círculos de Atenas que apoyaron la propuesta de Aristócrates calcularon que podrían mantener su influencia en Tracia si lograban conservar a Caridemo del lado ateniense; para lo cual le iban a conferir esos honores extraordinarios. Al hacerlo, apostaban a la carta del rey Cersobleptes, del cual Caridemo era amigo particularmente íntimo, y cuyo reino colindaba con el Quersoneso. Además, Caridemo les había prometido confidencialmente que iba a rescatar para Atenas el puerto de Amfipolis, en la desembocadura del Estrimón, que había caído en manos del rey Filipo de Macedonia. Probablemente Caridemo había fijado él mismo los términos, de suerte que en ese momento era posible todavía, para ciertos políticos atenienses, hacerse ilusiones con la esperanza de que este punto de desaveniencia entre Atenas y Filipo pudiera resolverse favorablemente y a tan bajo precio. Así es como el problema tracio estaba vinculado muy estrechamente a la política macedonia.

Pero ¿quiénes eran exactamente los miembros de esos círculos políticos de Atenas, evidentemente tan influyentes, cuyos planes sobre Macedonia y Tracia esperaba Demóstenes echar abajo con su denuncia de la propuesta de Aristócrates? El discurso concede a los nombres de quienes apoyaban a Aristócrates el beneficio del silencio. Esta deliberada omisión ha servido de excusa a los investigadores modernos para competir entre ellos en un juego de adivinanzas. De acuerdo con las tesis paradójicas más recientes, Demóstenes está aquí actuando to-

davía al servicio de la política de Eubulo, igual que en el discurso *Sobre las Simmorías*.<sup>7</sup> La propuesta de Demóstenes, dicen ahora, conduciría a una solución pacífica del problema de la Grecia septentrional, y por ello estaría enteramente de acuerdo con los principios pacifistas de Eubulo. Pero mientras que la política que Demóstenes combate —esa política que ha originado la propuesta de ley de Aristócrates— tampoco puede ser considerada muy belicosa, el criterio de no intervención, por otra parte, el cual es sintomático en general de la política exterior de Eubulo, no puede ser traído a colación. El discurso contiene tiradas sorprendentemente largas contra la predominante influencia de ciertos personajes políticos, cuyos magníficos palacios y enormes propiedades son descritos con una energía desbordante.<sup>8</sup> Ahora bien, esto es precisamente lo que uno atribuiría a gentes del tipo del rico banquero Eubulo; pero, además, debe añadirse que este pasaje reaparece en la *Tercera Olintiaca* casi palabra por palabra. Desde tiempos antiguos, nadie ha puesto en duda que la persona a quien ataca esta *Olintiaca* es Eubulo. El caso paralelo de empleo reiterado de un cliché de este tipo, que ofrecen los discursos contra Androcio y contra Timócrates, ocurre fácilmente a la memoria. Es evidente que cuando Demóstenes se vió obligado a romper con Eubulo empleó contra él los mismos métodos que había aprendido bajo su dirección; de suerte que la prehistoria del borrascoso ataque contra la política de Eubulo, lo mismo la financiera que la exterior, que se encuentra en la *Tercera Olintiaca*, remonta al discurso *Contra Aristócrates*. La pura discusión de hechos, en los discursos en favor de Megalópolis y de los rodios, no adopta nunca un tono tan duro y agresivo. Quien sostenga que cuando Demóstenes escribió el discurso *Contra Aristócrates* estaba todavía al servicio de Eubulo tiene de antemano que

hacernos creer lo increíble, a saber, que Demóstenes forjó entonces el arma que es este pasaje polémico para usarla contra los adversarios de Eubulo, y que luego la dirigió contra el propio Eubulo en las *Olintíacas*.

Por otra parte, mantener como hace otro grupo de investigadores<sup>9</sup> que en el discurso *Contra Aristócrates* Demóstenes aparece del lado de los demócratas radicales —es decir, que ha cambiado auténticamente de partido—, es cosa que no me parece ahora más admisible que cuando estuve tratando del discurso en favor de los rodios. Ciertamente es que Demóstenes ataca enérgicamente la adulación de personajes, que se produce en esta última etapa de la democracia ateniense, y que al hacerlo se basa manifiestamente en principios democráticos. También es cierto que, aunque ha tenido las mayores alabanzas para los servicios distinguidos de hombres eminentes como Ificrates, Cabrias y Timoteo —como puede verse en su reciente discurso *Contra Leptines*—, su fallo en el discurso *Contra Aristócrates* es enteramente distinto. Pero esto en modo alguno indica un cambio en sus simpatías o una desviación en su exterior lealtad al partido. Es algo que, simplemente, se desprende como una consecuencia retórica del propósito mismo del discurso, que es combatir el plan de conceder esos honores a Caridemo.<sup>10</sup> Pues, aparte de la falta de merecimientos de este hombre —el orador los tiene, en verdad, por bien escasos—, Demóstenes trata de demostrar que, por principio, cualquier honor exagerado que se confiera a un individuo contradice el espíritu del estado democrático, y que desgraciadamente Atenas, en este sentido, se ha pasado de la cuenta últimamente. Esta sorprendente concesión a la actitud de las masas, que Demóstenes censuró en su discurso *Contra Leptines* como baja e in noble, tiene una base política definida. Como no puede derrotar al poderoso Eubulo, trata de movilizar al pueblo

contra los planes de ese caballero, utilizando el influjo de argumentos tomados de la psicología de la envidia y del temor. Demóstenes sigue aquí la misma táctica de combate que hemos descubierto en el discurso *Sobre la Libertad de los rodios*, una táctica que le obliga, para actuar contra Eubulo, a apoyarse cada vez más en el pueblo. No se trata de que, con ello, estuviera abandonado un determinado partido histórico por otro; se trata más bien de que, empezando en una situación de completo aislamiento, está llevando a cabo una campaña que puede conducir, eventualmente, a la formación de un grupo propio, de un partido demosténico, por así decirlo. Que un grupo como éste no podría por menos de incluir una buena parte de los defensores del antiguo partido radical, agrupado en torno a Aristofón, es cosa que se vió con claridad desde el principio, pues en la democrática Atenas el grupo radical constituía siempre la vanguardia de quienes reclamaban una política exterior activa. Demóstenes tenía que reanudar en un plano más elevado, si podemos decirlo así, la misma política que había naufragado en la última etapa de la Segunda Confederación. Para lograrla, necesitaba del pueblo. La *Primera Filípica* iba a revelarlo bien pronto ejerciendo su influjo en grado máximo para alcanzar este fin. Esto implicaba, sin embargo, una trágica exigencia; pues aunque lo hiciera sin ninguna ambición egoísta, sino con la mejor de las intenciones, al tratar de conseguir un ascendiente sobre las masas estaba obligado al mismo tiempo a complacer sus más bajos impulsos y a servirse de ellos sin escrúpulo para sus fines propios.

Podría pensarse que a Demóstenes —que tan enérgicamente aludió en su discurso en pro de los rodios al inminente peligro representado por el avance de Filipo— se le ocurriría la idea de fortalecer a Tracia para poner un tope entre Macedonia y los Dardanelos. El futuro

inmediato iba a demostrar que el verdadero peligro para los Dardanelos residía en el rey de Macedonia. En efecto, como era de esperarse, Filipo avanzó hacia los estrechos siete años más tarde, después de la paz de Filócrates. En conexión con su política persa, necesitaba entonces del Quersoneso, que le servía de puente para dominar el tránsito al Asia Menor. Al mismo tiempo, ese era el mejor lugar para, desde allí, mantener en jaque a Atenas. A quien, como nosotros, considera este problema retrospectivamente, le parece incomprensible que, cuando se pronunció el discurso *Contra Aristócrates*, ni el gobierno ateniense, ni siquiera el propio Demóstenes, hubieran visto que era una necesidad elemental para Atenas mantener una Tracia unida y fuerte y aliarse con ella. Los críticos modernos no han encontrado mejor manera de explicar este descuido que suponer que Atenas estaba, por aquel entonces, unida a Persia con una alianza.<sup>11</sup> Demóstenes, diez años después, hizo en efecto ciertas significativas referencias a sus esperanzas relativas a una inminente alianza entre Atenas y Persia; y algunos conjeturan que, desde el principio, había confiado en el apoyo de Persia contra Filipo. Sin embargo, en los discursos de esta época que han llegado hasta nosotros no hay trazas de nada de esto. Según esa suposición, Atenas se habría estado empeñando en obtener dicho apoyo ya desde antes de que Demóstenes empezara a tener influencia como caudillo. Por el tiempo del discurso *Contra Aristócrates*, Persia habría necesitado que la calma reinara en los estrechos, para poder dedicar todas sus energías a la consolidación interna de su imperio y a sofocar la rebelión egipcia. De este modo, bien pudiera ser que Demóstenes hubiera tomado su posición con respecto al problema tracio por deferencia a los intereses persas.

Pero, examinando la cosa más de cerca, vemos que

Demóstenes pensó, de hecho, e inmediatamente, en el peligro de los estrechos; pero lo mismo que en las décadas anteriores, no pensó que viniera de ninguna otra parte que de Tracia, cuyos confines llegaban justamente al Helesponto. Por consiguiente, quiso mantener a Cersobleptes, rey de esa región, tan débil como fuera posible, fortaleciendo al propio tiempo a Amadoco, su hermano y rival. Su política era, pues, diametralmente opuesta a la del círculo de Aristócrates. Su plan consistía en aplicar a la cuestión de Tracia la táctica flexible y vigilante del equilibrio de poder que había recomendado recientemente, en su discurso *Pro Megalópolis*, para las relaciones con Esparta y con Tebas. Este principio, que se había seguido con cierta amplitud en la política interior de Grecia, se aplicaba ahora de un modo perfectamente consciente con respecto a una potencia no griega. Así, pues, la actitud de Demóstenes en ambos discursos obedecía a un cierto sistema —y él mismo lo dice desde luego—.<sup>12</sup> Por otra parte, el territorio de Amadoco colindaba con Macedonia, y estaba particularmente amenazado por este lado. Amadoco había ya ofrecido resistencia armada a Filipo, cuando éste intentó invadirlo; mientras que Cersobleptes se había puesto de parte de Filipo. Por esto, Demóstenes vió en Amadoco el aliado natural de Atenas, no sólo contra una eventual intrusión de Cersobleptes en los estrechos, sino también contra Macedonia en particular.<sup>13</sup> Demóstenes no creyó ni por un momento que Caridemo fuera a arrebatarse Anfípolis de las manos de Filipo para devolverla a Atenas, como habían imaginado los del gobierno ateniense. Su opinión de que Filipo era el mayor enemigo de Atenas —opinión que reiteró aún en el discurso *Contra Aristócrates*— resultó en esto ser cabalmente sensata.<sup>14</sup> Pero ni el propio Demóstenes había imaginado todavía que Filipo pudiera algún día desbordar la Tracia y marchar de frente

hacia los Dardanelos. Ciertamente, no hubiera podido en aquel momento considerar que Amodoco fuera ninguna garantía adecuada contra esa posibilidad. Lo que hoy parece evidente es que el mejor camino que Atenas hubiera podido tomar consistía en promover la unificación de los diferentes reinos tracios, como baluarte contra Filipo. Pero es muy dudoso que hubiera tenido suficiente influencia para conseguirlo antes que fuera demasiado tarde. Lo que sí es patente es que la política de los círculos gubernamentales de Atenas era ilusoria y corta de alcances; pues no sólo no podía Caridemo devolverles Amfípolis, sino que, por congraciarse con él, abandonaban a su anterior protegido Amadoco, lo arrojaban en brazos de su enemigo Filipo, y le abrían a éste las puertas de Tracia. Estas fueron las consecuencias de la política del gobierno; en cuanto a Demóstenes, combatió esta política y previó estas consecuencias con toda precisión.

Después de todo, la historia de la diplomacia no acabará nunca de registrar tremendas sorpresas como la que dió al mundo Filipo de Macedonia en el otoño, tal vez, del mismo año en que esos asuntos eran debatidos en Atenas. Con su repentina entrada en Tracia, las disputas por el trono entre los principescos hermanos, que Atenas alimentaba tan cuidadosamente, quedaron bruscamente solventadas. Esta vez no pudo ser detenido. Marchó sobre los Dardanelos y, en noviembre, los atenienses perdieron el aliento al escuchar la noticia de que estaba sitiando la ciudad costera fortificada de Heraion Teicos, en la entrada de la Propóntide.<sup>16</sup> ¿Cómo es posible que hasta un observador tan perspicaz como Demóstenes se equivocara al juzgar las verdaderas intenciones de Filipo, siendo así que lo consideraba un adversario tan peligroso? Pues no cabe duda de que en el discurso *Contra Aristócrates* no hubiera hablado en modo alguno como lo

hizo de haber ocurrido esta invasión unos meses antes. No es injusto que fundemos nuestra crítica sobre el conocimiento que tenemos del ulterior desarrollo del poder de Filipo. Que en la política exterior oficial de Atenas había una falla, es cosa que, por supuesto, podía verse de antemano con perfecta claridad; además, Demóstenes la señaló correctamente. En cuanto a que sus propios cálculos fueran igualmente erróneos, quedaría tal vez explicado por el hecho de que Filipo, cuando intervino poco antes en la Guerra de Fócida en la Tesalia, sufrió dos derrotas, y aun después de haber vencido a los focenses su avance quedó paralizado en las Termópilas. La fama de Filipo era demasiado reciente todavía para que pudiera resistir el efecto de estos fracasos. En realidad ¿qué había hecho hasta entonces Macedonia? A pesar de todo, Filipo consiguió quedarse permanentemente en la Tesalia; y su rápida conquista de la Tracia arrojó una luz deslumbradora y despiadada sobre la condición enérgica y formidable de este enemigo. Tres o cuatro años más tarde, en la *Tercera Olintiaca*, Demóstenes se refiere a esta ocasión como al punto decisivo en la política contra Filipo, en el cual, bajo el impacto directo del terror, todos se levantaron por vez primera para actuar, aunque luego no persistieron en su resolución.<sup>16</sup> El momento debió de ser particularmente decisivo para el propio Demóstenes, pues desde entonces todo su pensamiento y su voluntad se centraron en la resistencia al peligro macedonio, objetivo único que arrinconó en la sombra a todos los demás. El hecho de que la realidad hubiera cumplido con creces sus profecías, y de que las medidas que él propuso hubieran resultado tan insuficientes, le dió a su voluntad, inquieta pero tenaz, el ímpetu tremendo que necesitaba para el pleno desarrollo de sus fuerzas.

¿Desde cuándo había empezado Macedonia a ser

un factor en el norte de Grecia? Hacia fines del siglo v, el rey Arquelao había conquistado la admiración de Tucídides<sup>17</sup> con el éxito que coronó sus primeros intentos de introducir la avanzada civilización de los griegos entre sus deudos de los valles del Estrimón y el Haliacmón y de la costa noroeste del Egco —pueblo de campesinos pendenciosos, apegados todavía a las antiguas formas patriarcales—. Arquelao había empezado dando a su país una organización militar y política más estricta, no sólo para protegerlo contra el constante avance de las tribus ilirias y peonias del noroeste y el noreste de Macedonia, y contra las intrusiones de tipo bandolero de los tracios por el este, sino particularmente para salvarse de la dominación de las ciudades coloniales griegas de la península de Calcidia, que estaban a las puertas de Macedonia y florecían rápidamente. Desde 432, en que Olinto se segregó de la Confederación ateniense al estallar la guerra del Peloponeso, esas ciudades se mantuvieron unidas bajo la jefatura de Olinto, y tendieron a constituir su propio núcleo de poder. Al territorio interior de Macedonia, con su cultura primitiva, se inclinaba siempre a considerarlo como un simple campo de explotación.<sup>18</sup> Naturalmente, la helenización que logró alcanzar Arquelao —ese típico déspota ilustrado de fin de siglo— fué más bien superficial. Las buenas carreteras militares que ahora cruzaban el país en varias direcciones no alteraban gran cosa la estructura social del pueblo, ampliamente desparramado como estaba en sus haciendas. Pero, en caso de guerra, sí tendrían a su disposición los requisitos técnicos más adelantados. Y el hecho de que, en el fondo, esa civilización nos les hubiera penetrado, hacía de ellos unos soldados más útiles todavía. Como ocurre siempre que un alma relativamente primitiva absorbe una cultura intelectual, el rey Arquelao era un hombre

contradictorio: falto de escrúpulos por naturaleza, era considerado por los griegos como un tirano inhumano; pero, al mismo tiempo, gracias a su celo por la cultura, había reunido en su corte a un grupo de poetas y artistas griegos, entre ellos Eurípides y Agatón, los trágicos más grandes de la época.

Después de la muerte de Arquelao, el país reversionó a su antigua anarquía y fué la escena, durante varias décadas, de usurpaciones y sangrientas disputas por el trono. No es de extrañar que en ese tiempo Macedonia necesitara constantemente el apoyo de potencias más fuertes que ella para las cuestiones de política exterior. Así, bajo el reinado de Amintas III, que duró veinte años, se vió obligada a requerir la ayuda de su mayor enemiga, Olinto, para protegerse contra los ilirios. Olinto, situada en la península calcídica, era el centro mercantil más importante del norte. Desde la Guerra del Peloponeso, con el derrumbamiento del poder marítimo de su antigua rival Atenas, Olinto se fué poniendo cada vez más atrevida y segura de sí misma. Había unido a la mayor parte de los estados griegos vecinos en un estado calcídico, con el cual ninguna otra potencia de la costa norte de Grecia podía competir de igual a igual. En 382, ese mismo Amintas de Macedonia tuvo que ponerse bajo la protección de Esparta, la cual, por ese tiempo, todavía conservaba en la Hélade un influjo supremo. La guerra que estalló entre Esparta y Olinto terminó con la caída de esta última. La Confederación olintiaca quedó, pues, un tanto debilitada. Su lugar fué ocupado, por los años de setenta, por una nueva potencia de la Grecia septentrional, la cual había estado ganando ventaja rápidamente en el territorio tradicionalmente agrario de Tesalia. Se trataba de la tiranía del poderoso Jasón de Feras, quien, confiando en el apoyo de las masas revolucionarias, redujo a la impo-

tencia a la antigua nobleza tesaliana y puso de este modo a la mayor parte del país bajo su propio dominio. Cuando, finalmente, se metió también con Macedonia, Amintas III vióse nuevamente obligado a buscar apoyo en la potencia predominante de la Grecia meridional. Pero esta potencia ya no era Esparta, sino la renaciente Atenas de la Segunda Confederación.<sup>19</sup> Atenas consiguió tener a raya a Jasón, y quedó más que satisfecha de poder reconquistar su supremacía en aguas septentrionales de Grecia.

Desde los tiempos de la Confederación ática, Atenas había estado pidiendo la ciudad de Anfípolis para sí misma, pero los reyes macedonios no habían atendido a su reclamación. Aunque la ciudad era una fundación ática, debido a la mezcla de su población se había mostrado hostil a Atenas por largo tiempo. Finalmente, se había sometido formalmente al rey Perdicas de Macedonia, y desde entonces era macedonia. Si la posesión de su puerto en las bocas del Estrimón era para Atenas de la mayor importancia, para Macedonia esta importancia era de vida o muerte. Y así, podemos comprender que hasta un usurpador macedonio como Ptolomeo (el que matara a Alejandro II, hijo de Amintas), cuyo débil poder pudo sostenerse solamente por la ayuda del general ateniense Ifícrates, no reconociera las pretensiones de Atenas por Anfípolis. Verdaderamente, el problema de Anfípolis puede decirse que fué el factor determinante de las relaciones entre Atenas y Macedonia. Su carácter debió de agudizarse cuando, después de años de confusión, la situación entera quedó fijada sobre una base más sólida al iniciarse el gobierno de Filipo II y tomar la política macedonia un rumbo firme e independiente, lo mismo dentro que fuera del país.

Al principio, Filipo había tenido que hacer unas

cuantas promesas a los atenienses, concediendo en parte lo que ellos querían, pero manteniéndolos más o menos en suspenso hasta que hubiera aclarado su posición con respecto a su propio país y a las tribus bárbaras que habían invadido a Macedonia, y que pudiera actuar entonces más decididamente. Cuando llegó este momento, se quedó con Amfipolis. A partir de entonces, Atenas está en guerra con él. Por supuesto, no había posibilidad de que Filippo atacara el Atica, pues carecía de flota; además, no tenía ningún interés en hacerlo. Se limitó a quedarse con Amfipolis y a empujar a los atenienses paso a paso fuera de la costa macedonia. Por otra parte, Atenas no era capaz de atacar a Macedonia por mar, como lo fué en tiempos de su Segunda Confederación, bajo Timoteo e Ificrates. En cuanto al bloqueo, no era un arma muy efectiva contra un país agrario que producía todos sus alimentos. La guerra, pues, consistió en poco más que ocasionales expediciones corsarias y de piratería. Naturalmente, el objetivo final de Filippo debe de haber sido la conquista de toda la línea costera. No era Atenas, sin embargo, quien se interponía ahí en su camino, sino las ciudades griegas costeras de la Calcidia. Después de que la más poderosa de ellas, Olinto, se hubo rehecho de la conquista espartana de 379, y luego de haberse derrumbado la hegemonía espartana, surgió una nueva y poderosa confederación de ciudades calcídicas bajo la dirección de Olinto. Era, por tanto, natural que renaciera la antigua oposición de Macedonia a esos molestos vecinos; pero, considerando su manifiesta hostilidad a Atenas, Filippo buscó su apoyo de momento, y hasta formó una alianza con Olinto. Las excavaciones norteamericanas, efectuadas en el lugar de esta antigua y poderosa ciudad comercial, han puesto nuevamente a

luz hace unos años los términos de este memorable tratado.<sup>20</sup>

Al estallar la llamada Guerra Santa o Anfictiónica entre Tebas y Fócida, se le presentó a Filipo la primera ocasión de tomar parte activa en los asuntos internos de Grecia, y de extender su propio dominio hacia el sur. En esta guerra, Atenas y Esparta se pusieron de lado de los focenses ladrones de templos, debido a la tradicional enemistad con Tebas, mientras que Filipo tomó partido por el bando tebano. No cabe duda de que él no tenía interés alguno en dedicar sus energías al arreglo de la situación en la Grecia central; menos aún le importaba la lucha desesperada de la Confederación beocia por someter nuevamente a los focenses renegados, mediante lo cual se reforzaría la ascendencia tebana en la Grecia central, donde no podía ya sostenerse una vez muerto Epaminondas. En realidad, si Tebas se hubiera restablecido de este modo, hubiera intentado ciertamente extender más al norte su esfera de influencia, y hubiera reanudado sus esfuerzos por intervenir en la Tesalia, aproximándose entonces peligrosamente a Macedonia. El propio Filipo estaba directamente interesado en la Tesalia; pero, mientras la guerra mantuviera a Tebas ocupada en la Grecia central, pensó que aliándose con ella y con Tesalia le sería más fácil ganarle por la mano y establecer en Tesalia una avanzada permanente. La desorganización interna del país lo convertía en suelo propicio para que de él surgieran nuevas fuerzas, las cuales podrían fácilmente convertirse en peligrosas para los estados vecinos. Esto se había visto ya con el reino de Jasón de Feras. Afortunadamente para Macedonia, todos los sucesores de Jasón fueron débiles. Así, pues, todo se presentaba como si hubiera llegado el momento propicio para que una potencia extranjera interviniese en Tesalia, presentán-

dose a guisa de pacificadora, pero apoderándose de la dirección de todos los partidos políticos, casi iguales unos a otros en debilidad, que tenía el país. Los tesalios habían entrado en la guerra contra Fócida, casi como un solo hombre, del lado de Tebas. Pero esta unanimidad no duró mucho. La vieja nobleza tesaliana pronto llamó a Filipo para que se las entendiera con los tiranos de Feras.

Filipo sabía exactamente lo que quería. La tarea que se le presentaba exigía el concurso de su vehemente energía y de su sagacidad diplomática; y a ella se dedicó con gran tesón. Encontrándose muy apurados, los tiranos de Feras trataron entonces de poner de su lado, en la lucha de Tesalia, a una fuerza militar que pudiera contrarrestar a Filipo, y ésta era la de los focenses, que andaban enardecidos por su victoria en la Grecia central. De este modo, la verdadera escena del drama focense se trasladó a Tesalia en el segundo acto, y Filipo tomó en él la parte del protagonista, substituyendo a los agotados tebanos. Aunque perdió las primeras batallas en 354, frente al arrojado y experto caudillo focense, el mercenario Onomarco, consiguió al año siguiente aniquilar las bandas de merodeadores focenses en el golfo de Pagasas, y derribar a los tiranos de Feras. Como consecuencia, la Tesalia entera se le sometió por su propio acuerdo. Se le aclamó como libertador y se le nombró comandante en jefe de la Confederación tesalia. Hubiera avanzado en seguida hacia la Grecia central, poniendo allí fin a la guerra de un solo golpe, si los atenienses y los espartanos no se hubieran apresurado a mandar tropas de refuerzo a las Termópilas, cerrándole así esa vía hacia la Hélade. Esto obligó a Filipo a detener su avance. Se sintió satisfecho con lo que había ya logrado, y ciertamente no era poco. Pero no permaneció inactivo un solo instante. En vista de

que Atenas había tomado parte activa en bloquear su marcha a las Termópilas,<sup>21</sup> sin que él pudiera hacer nada por impedirlo, aseguró la Tesalia y paró aquel golpe echándose sobre Tracia, irrumpiendo hacia los estrechos y obligando a Cersobleptes a unirse a él y a despedir a su ministro pro-ateniense Caridemo.

La repentina marcha de Filipo hacia el Helesponto trastornó no sólo los cálculos en que estaba basada la política oficial ateniense, sino además los que Demóstenes —el implacable crítico de aquella política— había expuesto en su discurso *Contra Aristócrates*. En su *Primera Olintíaca*, escrita tan sólo unos años después, Demóstenes evoca nuevamente toda la carrera borrascosa del rey Filipo, con su fuerza dramática irresistible.<sup>22</sup> Aunque Demóstenes pronto lo había señalado como el más peligroso enemigo de Atenas, con todo debió de existir un momento determinado en que descubriera la imposibilidad de detener ese avance del adversario que tan magistralmente describe con palabras de intensa congoja: “¿Hay alguien entre vosotros, atenienses, que se haya detenido a considerar el camino recorrido por Filipo, desde su debilidad inicial hasta su grandeza presente? Primero tomó Anfípolis, después de ésta Pidna, luego Potidea, más tarde Metone; finalmente invadió la Tesalia, y después de asegurarse para sus fines de Feras, Pagasos y Magnesia, se encaminó hacia Tracia; allí destronó algunos reyes y puso en su lugar a otros; luego cayó enfermo. . .”

Aquí tenemos que interrumpir este relato fascinante que conserva toda su viveza, para no anticipar los acontecimientos, pues ésta era la situación en el punto a que hemos llegado. Filipo había iniciado el sitio de Heraion Teicos, pero su enfermedad lo obligó a detenerse y concedió al mundo un momento de respiro antes de reanudarse el drama. En este momento, la

fuerza irresistible con que se estaba desarrollando el poderío de Filipo debe de haber despertado en Demóstenes la plena conciencia de la situación. El avance de Filipo hacia la Tesalia meridional había aterrorizado de tal modo al gobierno ateniense, que mandó un cuerpo de tropas a las Termópilas a pesar de la pasividad de su política exterior. Pero este terror colmó la medida cuando los macedonios cayeron como un rayo sobre el Helesponto. El temor por la seguridad de los estrechos, que Demóstenes había manifestado en el discurso *Contra Aristócrates*, se volvió repentinamente hacia Filipo, en lugar de los vecinos tracios, y cuando llegó la noticia de la grave enfermedad de Filipo, debió de parecerles a los atenienses un acto salvador de la Providencia, pues les concedía la tregua que necesitaban para tomar medidas contra cualquier otra sorpresa de este género.

Pagaríamos con gusto cualquier cosa por conocer detalles de la actitud de Demóstenes frente a los inquietantes acontecimientos de este tiempo, los cuales deben de haber producido en él la más honda impresión. ¿Existe algún documento de entonces que dé noticia de ello? De acuerdo con la tradición antigua, la *Primera Filípica* fué pronunciada en 352-1; si así fuese, éste sería justamente el documento. El *rhetor* Dionisio de Halicarnaso, a quien debemos esta fecha, obtiene de buenas fuentes muchos de sus datos cronológicos. Sin embargo, esas fuentes no le proporcionan las fechas de los discursos, sino sólo la época de los acontecimientos que según él los provocaron. Desgraciadamente, se pasó de la mano al relacionar los discursos con las situaciones históricas mejor determinadas. Ya no es posible averiguar con exactitud qué fué lo que promovió cada uno de los discursos. Así pues, los esfuerzos de Dionisio por fecharlos, los cuales constituyen la única base de nuestra cronología, a menudo nos dejan en

medio de las dudas. En particular, su opinión con respecto a la *Primera Filípica* ha sido casi universalmente rechazada por las investigaciones más recientes. Se suele ahora situar este discurso mucho después, en el año 349-8, época en que Filipo cayó sobre Olinto. La razón para adoptar esta última fecha es la referencia a un repentino ataque de Filipo contra Olinto, ataque que usualmente se identifica con el célebre sitio de 349.<sup>23</sup> Sin embargo, dejemos abierta por ahora esta cuestión de la cronología, para que así podamos prestar una atención más detenida al discurso mismo. En todo caso, este es el primero de los discursos que nos han llegado que trata directamente de las relaciones entre Atenas y Filipo posteriores a ese decisivo cambio que sufrieron los asuntos.

En este discurso, Demóstencs llama la atención sobre la necesidad de una enérgica preparación de guerra contra Filipo, cuyo poderío se está propagando como el fuego. La cuestión macedonia ha sido ya debatida con bastante frecuencia en la Asamblea, y Demóstenes se ha conformado durante largo tiempo con ceder la tribuna a los oradores habituales. Aun hoy, podría haber atendido a lo que tuvieran que decir, y aplazar su propuesta hasta que hubieran hablado. Pero, como sea que han hablado tantas veces anteriormente sin producir resultado alguno, es él quien sube ahora a la tribuna como primer orador.<sup>24</sup> Esta iniciativa es característica del discurso entero. El tono lo da ya el proemio mismo: el auditorio empieza a aguzar el oído. Un nuevo elemento, que no se encuentra en los discursos anteriores, es la deliberada intención de prescindir de reticencias. El hecho de que, a pesar de todo, Demóstencs crea necesario disculparse por lo que va a decir, todavía realza el efecto. Es consciente del riesgo que ello entraña (estas son palabras de un orador cuya fama como

consejero político es reciente todavía), pero da este paso con fría determinación. Después de esto, penetra en la médula del asunto. Pero al principio nada se nos dice sobre ningún hecho concreto, pues los atenienses conocen estos hechos demasiado bien; Demóstenes se ocupa de ellos más a fondo tan sólo cuando el discurso está ya adelantado.

Empieza<sup>25</sup> tratando del estado de ánimo de sus oyentes. "Ante todo, atenienses, no debéis desalentaros por la actual situación, por mala que pueda parecer. Pues aquello que es peor en el tiempo ya pasado, es lo que mejor se ofrece para el tiempo venidero. ¿Y qué es esto, entonces? El hecho de que vuestra situación es mala *porque* vosotros, atenienses, no habéis hecho nada de lo que era debido. Pues si os encontrarais así habiendo hecho todo lo que era necesario, no habría ciertamente esperanza de alivio."

Así habla un espíritu viril, consciente de la responsabilidad del momento. No encontramos aquí la fría ironía y la condescendencia burlona del discurso *Sobre las Simmorías*, con su brillante modo de maniobrar con motivos encubiertos, ni el tono instructivo del discurso *Pro Megalópolis*, el cual se propone que las masas alcancen a comprender la lógica inherente al modo de pensar del político profesional. Cualquiera que recuerde los discursos de los estadistas que aparecen en la historia de Tucídides, y el modo estricto y positivo como se adentran desde luego en su tema y lo debaten de un cabo a otro, se asombrará de ver la cantidad de espacio que Demóstenes dedica aquí a cuestiones de ética.<sup>26</sup> Pero estas consideraciones éticas no flotan por encima del material de hechos, al modo de abstractas apelaciones al deber o al sentimiento; menos aún trata Demóstenes de embellecer la frase o de disimular la amarga realidad, para que sus peticiones parezcan más acepta-

bles a sus oyentes. Espera más de ellos: les hace el honor de tratarlos como intelectualmente adultos, diciéndoles toda la verdad. No hay pedagogía más eficaz para un pueblo compuesto enteramente de individuos que piensan por sí mismos y que, en un sentido o en otro, forman sus propios juicios. Pero, para Demóstenes, la verdad no consiste solamente en comunicar los hechos desnudos, lo cual ya sería bastante deprimente; todavía va más lejos, y muestra que estos hechos son la consecuencia necesaria de la pasividad y la ligereza que infectan la política ateniense. No culpa del fracaso ni al azar ni al adverso destino; su razón la busca solamente en la conducta misma de los atenienses. Aunque la causa no la encuentra en una inevitable necesidad del desarrollo histórico, sino en una falla de la fibra moral, ve que la fuente de los errores anteriores es al mismo tiempo la fuente de la única esperanza que queda. Plantea el problema de la voluntad, y exige que todas las energías se concentren en esa tarea que hasta entonces ha sido tratada tan a la ligera, y que, en realidad, no ha sido todavía verdaderamente reconocida.<sup>27</sup>

Este es el punto de vista desde el cual enseña a los atenienses a considerar la nueva supremacía de Filipo en Grecia, la cual los está anonadando simplemente porque se les presenta como tan abrumadora. No es ésta la primera vez que Atenas ha estado en tales dificultades, pues al perder la Guerra del Peloponeso se encontró aislada frente a la enorme superioridad de Esparta y sus aliados; pero entonces logró dominar la situación poniendo a contribución todas sus energías.<sup>28</sup> El poderío mismo de Filipo no es sino el resultado de aplicar su fuerza entera incansablemente, de no abandonar la vigilancia y atisbar inmediatamente cualquier punto débil que presentan las defensas del enemigo,

pegando en el lugar de la mínima resistencia, con el fin de mejorar su propia posición. De este modo ha conseguido dominar todas las ciudades atenienses de la costa norte de Grecia y ha obligado a Pidna, Potidea y Metone a rendirle vasallaje, lo mismo que a esos pueblos que le están proporcionando tropas (Demóstenes piensa aquí probablemente no sólo en los tesalios, sino además en los tracios, a quienes Filipo ha dominado recientemente); pero ¿a quién más hubieran podido unirse? Todo el mundo estaba dormido, y Filipo era el único que estaba listo y disponible. El no estar presente es siempre un error. Así es como Filipo ha conquistado a sus vasallos. No todos lo han seguido por puro entusiasmo; se le someten simplemente porque es su único amparo.<sup>29</sup> De ello, sin embargo, son culpables solamente las dilaciones y la ligereza de Atenas. Tenemos que hacer lo que Filipo ha hecho.<sup>30</sup> Todos los que puedan ser útiles al estado deben dejar de emboscarse; unos, deben dar dinero; quienes hayan llegado a la edad, deben ingresar en el ejército; en una palabra, cada cual tiene que arrimar el hombro. Pronto llegará el momento en que no podamos ya contar con que sea el prójimo quien lo haga todo por nosotros, sin que hagamos nosotros nada por nuestra parte. Ya las cosas han llegado a un punto en que nosotros, los atenienses, no podemos optar libremente entre permanecer en paz o emprender el ataque. Nuestra indolencia incita al enemigo a mostrarse cada vez más audaz, y mientras nosotros estamos aquí sentados titubeando, él nos está rodeando por todos lados. Tal vez estamos aguardando alguna fuerza impulsora que nos obligue a poner manos a la obra. Pero ¿qué otro incentivo puede haber más fuerte que el sentido de la vergüenza de nuestra situación presente? Todo el mundo va de un lado para otro inquiriendo las últimas noticias. “¿Ha muerto Filipo?” “No,

pero está enfermo." Pero, ¿y esto qué importa, atenienses? Pues aunque algo le ocurriera realmente, si vosotros permanecéis tan faltos de interés vais a crear en el acto un nuevo Filipo.<sup>31</sup> Pues lo que lo ha engrandecido no es su fuerza, sino vuestra indiferencia. Si realmente muriera, pero el destino tuviera que seguir cuidando de vosotros mejor de lo que hacéis vosotros mismos, ello difícilmente os ayudaría a recobrar Amfípolis, lejos como estáis de allí. Sólo cuando estéis dispuestos podréis atacar a voluntad y donde la ocasión requiera.

Claramente se ve que no ha sido ningún acontecimiento externo determinado, sino esta misma comprensión de la situación entera, lo que ha determinado a Demóstenes a presentar las proposiciones prácticas a continuación de la parte ética del principio del discurso. Pide una duplicación de los armamentos, pero no —como él mismo dice— con vistas a ninguna expedición auxiliar determinada, lo cual no cambiaría ahora nada de lo que ha ocurrido ya, sino con el objeto de estar permanentemente preparados. Todo el plan de campaña debe ser alterado. Sugiere que haya dos ejércitos atenienses, de los cuales uno tiene que estar disponible en todo momento, para ser embarcado inmediatamente en el caso de que Filipo repitiera uno de sus ataques por sorpresa. Este ejército tiene que estar compuesto de ciudadanos, no de mercenarios. (La pugna de Demóstenes por emplear a los ciudadanos mismos en el servicio de guerra aparece a lo largo de todos sus discursos contra Filipo.) Este primer ejército, al que hay que proveer con cincuenta barcos, tiene por misión atacar al enemigo en su propio territorio, tan pronto como se aventure en una expedición que lo obligue a dejar indefensa a Macedonia, como fueron, por ejemplo, la de las Ternópilas y la del Hclesponto.<sup>32</sup> El segundo ejército tiene

que permanecer en campaña permanentemente y, donde quiera que sea posible, hostigar al enemigo y mantenerlo en jaque. Su dimensión debe ser limitada, con el fin de prevenir cualquier dificultad sobre la paga. A esta fuerza secundaria, lo mismo que a la primera, hay que asignarle ciudadanos atenienses, pero en ella los mercenarios tienen que estar en mayoría. Se le confiará la misión de llevar a cabo una especie de guerra de asalto y pillaje, de acuerdo con la costumbre establecida de antaño por los caudillos mercenarios de la Segunda Confederación.<sup>33</sup> El propio Demóstenes invoca este precedente, aunque no sin criticar severamente el abuso de este género de lucha cuyo descrédito produce a menudo más daño a los aliados que a los enemigos. Para el pago de estas tropas volantes, el estado debe garantizar una cuota mínima; para todo lo demás, la guerra misma debe suplirlos. Desgraciadamente, esta parte del discurso en que Demóstenes indica las fuentes de donde hay que obtener los fondos de estado adicionales para el sostenimiento de este cuerpo, fué omitida en la versión destinada a publicarse. Sabemos de ella solamente por el encabezado habitual Πόρου ἀπόδειξις<sup>34</sup> —“Exposición de un procedimiento para obtener dinero”—. Es patente que, en este punto, el discurso original sufrió ciertas reducciones para fines editoriales en la época de su publicación, debidas probablemente a que esta parte ya no le satisfacía a Demóstenes, y a que, entretanto, había quedado superada por otras medidas más eficaces. En las *Olintiacas* presenciamos la lucha de Demóstenes por conseguir que se destine a fines de guerra el dinero del teatro que, según la ley ateniense, se repartía entre el pueblo. Pero en la *Primera Filípica* no pudo ciertamente arriesgarse a presentar proposiciones tan drásticas, las cuales muy fácilmente hubieran podido entrañar peligros para él. Debió, pues, de espur-

gar sus propuestas originales en el momento en que la guerra hizo inevitables otras medidas más radicales.

¿Qué otros testimonios poseemos de esta tardía edición,<sup>35</sup> y de la situación que la originó? Entre las inesperadas acometidas de Filipo que Demóstenes menciona, están no sólo los ataques a las Termópilas y al Helesponto, sino además el de Olinto, del que debemos ocuparnos en el capítulo siguiente. Por este motivo, los investigadores modernos han situado el discurso en la época en que Filipo invadió el territorio olintíaco para sitiar a la ciudad. Pero en ese momento las propuestas de Demóstenes hubieran sido inoportunas. Hubieran debido adoptar una forma mucho más definida. Demóstenes no hubiera podido solicitar entonces la creación de un cuerpo de reserva que estuviera en Atenas listo para el caso de un contratiempo como ése, sino que hubiera tenido que proponer el envío directo de una expedición de auxilio a Olinto, como hizo desde luego en sus posteriores *Olintíacas*. Pero el discurso tampoco pudo haber sido pronunciado *después* de la caída de Olinto, pues entonces Demóstenes hubiera tenido que emplear un tono enteramente distinto. Después de haber pronunciado las *Olintíacas* no hubiera podido decir: "Hasta ahora sólo han hablado los demás; ahora, finalmente, vengo yo a hacer mi proposición." La tradición cronológica de Dionisio de Halicarnaso es enteramente correcta al numerar nuestro discurso como la *Primera Filípica*.<sup>36</sup> Recientemente, los investigadores dieron con una salida suponiendo que esa expedición contra Olinto no fué el famoso ataque de Filipo del año 349, sino su ataque a Estagira —uno de los miembros de la Confederación Olintíaca—, el cual tuvo lugar uno o dos años antes, en la época de su invasión de la Tesalia. Pero a mí me parece que Demóstenes hubiera tomado un poco las cosas por los cabellos si se

hubiera referido a esto como a una expedición contra Olinto. Las medidas que propone la *Primera Filípica* sólo hubieran sido apropiadas para después de la terrible sorpresa que produjo el repentino ataque de Macedonia al Helesponto. En la *Primera Olintíaca* el mismo Demóstenes nos dice que Filipo cayó entonces enfermo en el sitio de Heraion Teicos; y esto es, como sabemos, algo que ocurrió por el tiempo de la *Primera Filípica*, pues en ella Demóstenes regaña a los atenienses porque están sin hacer nada y confían solamente en la enfermedad de Filipo. Por lo demás, la propuesta que Demóstenes les hace de armarse para prevenir cualquier otra sorpresa, encaja admirablemente con esta época, en la cual Filipo se encontraba impedido de intentar nada nuevo. La referencia a Olinto, por tanto, debió de haber sido añadida en la revisión posterior del discurso, después de que, en el período intermedio, Filipo eclipsó con su nueva embestida todas sus azañas anteriores. Quedan todavía otras huellas de esta revisión, la cual, sin embargo, no parece que llegara muy a fondo. Demóstenes no debió de tener éxito con su propuesta, pues la reitera después en las *Olintíacas*, siguiendo generalmente y con notable fidelidad la versión original que aparece en la *Primera Filípica*.

Así pues, si nuestro cálculo es correcto, tenemos en la *Primera Filípica* una prueba directa del prodigioso efecto que ejerció en la visión política de Demóstenes el avance de Filipo hacia el Helesponto, lo mismo que su marcha hacia las Termópilas. El discurso demuestra que Demóstenes vió en seguida cuán equivocado estaba poco antes, en su discurso *Contra Timócrates*, al apreciar la importancia de los diferentes factores; prueba también que enderezó inmediatamente todos sus esfuerzos a luchar contra Filipo. La *Primera Filípica* es un intento por tomar enérgicamente la iniciativa con res-

pecto a la política macedonia; es la continuación directa de las dos actuaciones separadas de Demóstenes, cuando la cuestión de Megalópolis y cuando la de los rodios e, igual que en esas dos, no consigue tampoco que se cumpla su propósito. Sólo después del ataque de Filipo contra Olinto empieza realmente a ser comprendida la política de Demóstenes. Este se halla decidido a sacar a viva fuerza de su pasividad a la política exterior ateniense, y a conseguir que las cosas empiecen a marchar antes de que ocurra algo peor.<sup>87</sup>

“Vosotros, atenienses, estáis mejor provistos que nadie de trirremes, de hoplitas, de caballería, de recursos; pero hasta el mismo día de hoy no los habéis jamás empleado como era debido. Y al conducir la guerra contra Filipo, os comportáis como los bárbaros cuando luchan a puñetazos: pues un bárbaro, cuando le pegan, se aprieta el lugar donde recibe el golpe; si le pegan en otro lado, ahí lleva sus manos. Pero vigilar al adversario y esquivar el golpe, es cosa que ni sabe ni puede hacer. Así vosotros: si oís decir que Filipo está en el Quersoneso, votáis que allí se mande una expedición; si está en las Termópilas, que sea allí donde se mande; si está en cualquier otro lugar, corréis igualmente de un lado para otro detrás de él, y permitis que sea él quien os dicte la manera de conducir la guerra.”

Es justamente esta capacidad para mirar al frente y proceder al ataque lo que Demóstenes pide de los atenienses. Todavía no cree que la fuerza de su pueblo no sea ya capaz de hacerlo. Los ve cómo debaten y toman resoluciones, pero nadie *actúa*. ¡Si por lo menos hubiera en las empresas bélicas y en el servicio militar, aproximadamente el mismo orden y la misma regularidad que hay todos los años en los preparativos para las representaciones teatrales de las Dionisias; si sus proposiciones para la guerra pudieran ser reforzadas

legalmente del mismo modo como aquellas por las que el estado sufraga los gastos de esas representaciones o de la procesión panatenaica —entonces todo estaría salvado!<sup>38</sup> ¡Qué cruel escarnio! Pero ¿habrá quien lo comprenda? Por el contrario ¿no pensará cada cual que las cosas marchan como es debido, si pertenece a un estado cuya gente vive solamente pensando en las ganancias materiales, o bien es esclava de los excesivos placcres que le piden sus nervios refinados en demasía por caprichos estéticos y deportes filosóficos? ¡Qué sorprendente conocimiento propio revela esta apelación a la pura voluntad! “Tal vez antes fué posible obrar como estáis obrando. Pero ahora las cosas se acercan a una crisis.”<sup>39</sup>

Lo que le da al discurso este nuevo vigor es el sentido de la inminente decisión, el cual inspira la fantasía del orador con imágenes de una magnificencia turbadora y subyugante, como jamás ninguna otra clocuencia ha llegado a producir. El estilo que llamamos demosténico en el estricto sentido, el estilo verdaderamente *apasionado*, que nace del alma y no es pura cuestión de palabras, aquí aparece repentinamente cabal y maduro. Lo que en los primeros discursos de estado había sido elaborado tortuosa y penosamente, surge ahora de las ardientes profundidades del alma de Demóstenes como una fuerza elemental, aunque gobernada por una irresistible firmeza de voluntad. No hay nada que se compare a esta conjugación de pasión vehemente y fría razón. Este es un espíritu que no admite la táctica de dejar hacer. Se caracteriza, hasta un grado verdaderamente superior, por su comprensión intelectual. Esa especie de frenesí visionario que tiene, lo enfrena y reprime precisamente en los momentos de expresión más elevados, cuando las limitaciones del puro “pensamiento político” quedan rebasadas y la pasión sazo-

nada de este hombre se trasmuta en una nueva, inaudita forma de arte. Cómo pudo ser que en Demóstenes se fundiera el verdadero dominio del artista sobre la forma con la justeza del conocimiento, la fuerza de la voluntad moral y la profética conciencia de un destino amenazador, es cosa que permanecerá como un eterno secreto del alma gricga.

## CAPITULO SEXTO

### LA LUCHA POR OLINTO

HAY CIERTOS períodos de la historia que podemos conocer bastante bien por lo que se refiere a los acontecimientos externos y que, sin embargo, permanecen cerrados ante nosotros, pues no podemos ya penetrar en los motivos internos de los hombres que entonces actuaron. Con Demóstenes nos encontramos frecuentemente en la situación inversa. Todavía hoy, sus discursos nos muestran de qué modo se le presentaban a él los problemas políticos de su tiempo, y esto nos aproxima a ellos directamente. Pero nuestro conocimiento de los acontecimientos externos ofrece tantas lagunas, que con frecuencia no sabemos nada sobre aquellos hechos antecedentes que nos hubieran proporcionado una buena medida para juzgar sus discursos. Así pues, sólo tenemos de la marcha de las cosas una visión fragmentaria, o sea, en gran medida, la que se refleja en el desarrollo del pensamiento político del propio Demóstenes. Esto es extraordinariamente molesto para quienes se interesan principalmente por llegar a los hechos. Pero los propios discursos son documentos históricos de capital importancia, y nos mostraríamos ingratos con los favores de la fortuna que nos los ha proporcionado, si decidiésemos andar en busca de hechos nada más, desechando, como hace la mayoría de los libros de Historia, la riqueza de materiales sobre la vida y las ideas políticas de entonces que estos discursos nos ofrecen. Todo esto tiene aplicación al

caso de las tres *Olintiácas* de Demóstenes, que fueron pronunciadas en el intervalo entre el grito de alarma de la *Primera Filípica* y la abyecta resignación que obligó a Atenas a pedir la paz a Filipo en 346.

Considerando que la *Primera Filípica* hubiera sido pronunciada en el momento de respiro que concedió a los atenienses la enfermedad de Filipo, después de empezar éste su ataque al Helesponto,<sup>1</sup> los tres discursos de Demóstenes en favor de Olinto debieron de proseguir su política sobre la Grecia septentrional a partir del momento en que Filipo abandonara su lecho de enfermo y diera nuevamente curso a su vehemente afán de proezas. Después de que Filipo se apoderó de Amfípolis, Pidna, Potidea, Metone y Pagasa<sup>e</sup> —todas ellas ciudades de la zona costera del Egeo— su intención era clara para todos: estaba empeñado en convertir a Macedonia, de un estado agrícola interior de tercer orden, en una gran potencia que hasta llegara al mar. Esto no podía por menos de aumentar la alarma de Olinto, el único estado griego comercial de importancia que había en el norte limitando con territorio macedonio. Desde que comenzaron las actividades de Filipo, Olinto había dependido de él para que la apoyase contra las pretensiones atenienses en el norte de Grecia, sin sospechar siquiera la amenaza que su vecino macedonio representaba para su propia libertad. En la primera fase de esta nueva agrupación norteña, Olinto llegó a contraer una alianza con Filipo contra Atenas;<sup>2</sup> pero bien pronto se arrepintió de este acto precipitado, al que se había decidido puramente por la mezquina envidia comercial y por el tradicional temor de un fortalecimiento de la posición marítima de Atenas. La rápida expansión de Filipo había obligado a Atenas a ponerse a la defensiva,<sup>3</sup> y Olinto, por su parte, se vio bien pronto aislada y sin protección frente a su inscrutable aliado.

Por lo que dice Demóstenes en su discurso *Contra Aristócrates*, se ve claramente que a pesar de que ambos aliados se habían prometido el uno al otro no pactar una paz por separado, Olinto la había ya pactado con Atenas, y no hubiera querido otra cosa que establecer en el acto una alianza con ella.<sup>4</sup> Ahora que esta paz por separado se había convertido ya en un hecho, se veía venir un ataque de Filipo contra la Confederación Olintíaca, y la razón probable por la que Olinto no se apresurara más a contraer su alianza con Atenas, fué que no tenía ningún deseo de precipitar este ataque. En el año 349-8, Filipo invadió el territorio olintíaco e inició el sitio de las ciudades.<sup>5</sup>

Este era el momento apropiado para que Demóstenes reiterase sus esfuerzos, después del deprimente fracaso de la *Primera Filípica*. Lo que entonces esperó impedir con sus protestas, ahora había ocurrido. Como entonces había predicho, el nuevo ataque macedonio por sorpresa encontró a Atenas indefensa todavía y sin preparación, siendo así que la rapidez en la acción era el requisito principal del éxito. Los argumentos anteriores de Demóstenes habían sido refutados trayendo a colación el aislamiento de Atenas, y declarando que era inútil hablar en serio de cualquier política como la suya, a menos que se consiguiera de antemano complicar a Olinto en una guerra con Filipo.<sup>6</sup> Esta condición se produjo entonces automáticamente. Hasta los miembros del partido pacifista de Atenas propusieron una acción inmediata para ayudar a Olinto. Atenas había encontrado ya un aliado,<sup>7</sup> tan digno de confianza como graves eran sus apuros; ningún esfuerzo debía ser ahorrado para mantenerlo en el bando propio. Así fué como se le presentó a Atenas una oportunidad única de imprimir actividad al curso de la guerra con Filipo, la cual se iba arrastrando indiferentemente. No

cabe duda de que no representó ninguna gran victoria para Demóstenes, en su lucha contra el gobierno anterior, el hecho de que los hombres que estaban en el poder dieran la vuelta y tomaran la postura que él había estado recomendando con tesón.<sup>8</sup> Se dieron cuenta de que ésta era una manera de reforzar su propia posición; y si alguien se hubiese atrevido a echarles en cara la verdad notoria de que Demóstenes lo había predicho todo y les había aconsejado que actuaran mientras tenían la ocasión a mano, ellos se hubieran obstinado en replicar que dicha ocasión apenas acababa de presentarse. Por inexacto que esto hubiera sido, la principal preocupación de Demóstenes era por la situación actual, no por su propia persona. Era todavía joven, pues no había cumplido los treinta y cinco; y a pesar de todas sus críticas, no se sentía todavía con derecho a ser caudillo, aunque sí le satisfizo que, de un modo u otro, se hubiera desechado la norma de pasividad. Prescindiendo de lo que pudiera ocurrir, el tácito reconocimiento de sus adversarios significaba un gran aumento en su autoridad moral. Pero, naturalmente, esta vez tuvo que dejar que hicieran ellos las proposiciones decisivas.

Probablemente no podrá nunca determinarse si la *Primera Olintíaca*, y las que siguieron, llegaron a ser pronunciadas ante la Asamblea más o menos en la forma en que ahora están, o bien fueron pensadas como simples folletos desde el principio. Pues, aunque no tenemos un conocimiento suficientemente detallado de la historia de este período y de sus fases para establecer las fechas de los tres discursos, las oportunidades que cada uno de ellos presupone pudieron muy bien haber sido reales, lo mismo en un caso que en otro. De hecho, esa fijación de las fechas fué intentada sin éxito ya en la antigüedad; Dionisio de Halicarnaso conectaba estos discursos con cada una de las diferentes expedi-

ciones que los atenienses enviaron a los asediados olinthiacos.<sup>9</sup> Pero esto no añade gran cosa a nuestra comprensión de los discursos; pues la verdadera ocasión está bien definida, y la significación que tiene en el desarrollo de la política de Demóstenes después de la *Primera Filípica* aparece con inmediata claridad.

De los discursos contra Filipo, así como de los anteriores dedicados a la política exterior, lo que llama antes que nada nuestra atención es la firmeza de su línea de conducta. Los acontecimientos encuentran a Demóstenes completamente preparado. Mentalmente, él ha previsto ya la situación, con todas sus consecuencias políticas. De este modo, está en condiciones de ofrecer en el acto el consejo que mejor conviene, dadas las circunstancias. Para un estado marítimo como Atenas, Filipo era un adversario difícil de atacar, pues su poder radicaba en el interior de Macedonia. Era imposible atacarlo a fondo. Se le podía hostigar, se le podía cansar, podía intentarse cortarlo del mar, siempre que la ocasión se presentara. Y mediante acciones bélicas constantes, podía demostrarse a los aliados más o menos voluntarios de Filipo que no se encontraban enteramente a su merced, pues los atenienses iban a estar todo el tiempo acechando de cerca con sus barcos, dispuestos a atisbar cualquier situación desfavorable para él y cualquier punto vulnerable que quedara momentáneamente al descubierto. La propuesta que Demóstenes había presentado en la *Primera Filípica* era, de hecho, la única verdaderamente apropiada para una campaña de este tipo, cuya necesidad era evidente para todos los que se daban cuenta de las posibilidades que se ofrecían a Atenas, de una parte, y a Filipo, de la otra. Se necesitaban dos distintos planes de operaciones, para poder contraatacar a Filipo simultáneamente en su propio territorio y en cualquier otro punto en que pudiera

desencadenar una embestida repentina. Así, en el momento mismo en que los caudillos atenienses proponían que se mandase a Olinto una expedición de auxilio, Demóstenes presentó a debate nuevamente su anterior proposición. Esta constituía un esquema para conducir la guerra con la mayor actividad posible, y como no condicionaba en modo alguno las efectivas decisiones militares del mando, era suficientemente clásica para convenir a cualquier situación. De este modo le fué posible a Demóstenes reanudar simplemente su programa, aun cuando la situación de la guerra hubiese cambiado tan decisivamente.<sup>10</sup>

Pero la *Primera Olintíaca* hace algo más que repetir las recomendaciones prácticas de la *Primera Filípica*. Como ésta, constituye preponderantemente una obra de penetración política dedicada al pueblo ateniense; y esta penetración descubre que lo que el momento exige es acción, acción pura, rápida, determinante. Demóstenes abrevia su proposición política, contenida en la parte media del discurso, que es la más efectiva por su misma brevedad. Con mucho, la mayor parte de su espacio la dedica a preparar al auditorio para que tome su decisión, y para que aprecie con justeza la significación del momento. También en este punto Demóstenes insiste en el tema de su anterior discurso fundamental. Aunque lo varía con destreza, la constancia de las ideas básicas puede observarse a cada paso. En la *Primera Filípica* pudo argumentar diciendo que era necesario cambiar la manera de conducir la guerra, y que los atenienses tendrían que ajustarse a este cambio, aun cuando no pareciese por el momento que hubiera una razón inmediata para incrementar los preparativos; ahora, en la *Primera Olintíaca*, pone consiguientemente todo el énfasis en una tesis única: *aquí está la oportunidad*, que nos brinda de nuevo la ocasión de inter-

venir decisivamente en los acontecimientos que todos estamos presenciando.<sup>11</sup> Si nuestra situación está empeorando constantemente, ello se debe a nuestra manera de dejar pasar las cosas. Y si es cierto que no conseguiremos desprendernos de esta pasividad sino hasta que nos añinen a actuar unas circunstancias particulares favorables, entonces el momento de la decisión ha llegado irrevocablemente. El saberlo debe darnos la voluntad de decidir... Todo estadista que, en un momento así, desea guiar a un pueblo como el ateniense —un pueblo que piensa con independencia, pero que funda sus juicios en los más variados motivos personales— se enfrenta siempre con una tarea primaria: la de inbuir a esos seres humanos de la fuerza de su propio discernimiento superior, y de provocar una unidad de propósito tal, que transforme a una congregación de individuos indecisos y sin designio propio, en una unidad compacta. Demóstenes sabe por experiencia propia que esto no puede lograrse simplemente con plantear delante de ellos un problema de aritmética diplomática, para entender el cual ni su inteligencia ni sus conocimientos son adecuados. Tiene que intentar llegar al fondo mismo de sus almas; por esto, maneja a los atenienses al modo como el trágico griego maneja a sus personajes, haciéndoles emprender su destino con la más amplia conciencia a que pueda ser incitada la letargia de su filisteo existencia cotidiana, pero obligándoles a que se percaten, por encima de todo, de que el momento del destino ha llegado ya.

Esto es lo que promueve las referencias, casi sorprendentes por su extensión, que Demóstenes dedica a los dioses y al papel que representan en la situación actual. Nada sería más inexacto que considerar estas observaciones como una simple concesión a las creencias populares, las cuales, en realidad, carecen de im-

portancia para él en tanto que político. Este tema religioso lo hemos encontrado ya en la *Primera Filípica*; pero ahora está más ampliamente desarrollado y, además, peculiarmente entrelazado con la idea del *Kairos* —la oportunidad propicia— que tan importante papel representa en la política de la época.<sup>12</sup> En general, el *Kairos* significaba para los griegos lo mismo que actualmente el concepto de oportunidad. Pensando en esta noción, se escribieron libros enteros de política en forma casuística, dando reglas de conducta para cada situación imaginable.<sup>13</sup> Pero, considerando la cosa más a fondo, veían en la oportunidad una forma particularmente aparente de concesión providencial, o sea de *Tyche*. Y así como la *Tyche* era el poder más grande según el pensamiento religioso contemporáneo, y llegó finalmente, en el período helenístico, a destronar a todas las deidades del Olimpo, de igual modo el *Kairos* se convirtió en un dios y fué representado como tal por los artistas. Para Demóstenes, “los dioses” y *Tyche* son casi sinónimos. También el *Kairos* es una realidad religiosa. Preminentemente, es la manifestación del influjo de un poder más alto. El viejo problema de la racionalidad del destino humano, de su justicia o injusticia, se agudiza ahora nuevamente. Para Demóstenes, esto se relaciona no tanto con lo que al hombre le acontece —puesto que el hombre mismo es muchas veces responsable de ello—, cuanto con las ocasiones que el Destino le ha brindado. En el problema de la *Tyche*, según lo ve Demóstenes, hay implicado algo más que el considerar retrospectivamente si debe culparse al destino por los propios infortunios, o bien a las propias acciones. Bajo esta forma, el problema era ya antiguo. Podemos rastrearlo sin interrupción en los discursos políticos que van de Solón a Tucídides.<sup>14</sup> Para Demóstenes, el problema es más complicado: no sólo las cosas

que el hombre *hace*, sino aun las que *deja por hacer*, tienen sus consecuencias. Apreciat cuál es el momento adecuado, tiene la máxima importancia; pues ahí la divinidad le ofrece su mano al hombre, y todo depende de que él sepa agarrarla.

Esta es una fe bien activa y dispuesta, absolutamente distinta del fatalismo y la pasividad a que la creencia más común en la *Tyche* parece condenar a la humanidad. Lo que Demóstenes hace realmente es sacar de nuevo a relucir la vieja idea de que el hombre participa en la responsabilidad de su propio destino, idea que ha quedado grabada en el pueblo ateniense desde los tiempos de Solón. De este modo le da una dinámica efectividad moral, y prosigue con ella la lucha contra la debilidad de su época, atacándola en sus raíces religiosas. El griego quiere ser *justo* en su manera de pensar, pase lo que pase. Entonces, exclama Demóstenes ¿es justo que culpemos a los poderes de lo alto porque la suerte nos haya abandonado últimamente cada vez más? El hombre que piense justamente no puede negarse a agradecerle a *Tyche* las oportunidades abundantes que nos ha brindado, y que en nuestra indiferencia no hemos sabido aprovechar. Es evidente que, en nuestro descuido, nos hemos olvidado de la gratitud, pues el hombre juzga siempre de los acontecimientos anteriores por el modo como resultaron.<sup>15</sup> Demóstenes contrasta esta actitud señaladamente con la actividad de Filipo, quien no se da nunca por satisfecho con sus logros ni se concede un momento de reposo, pasando de una empresa a otra. Demóstenes prevé que el rey invadirá el territorio ateniense, a no ser que se adopten medidas rigurosas para detenerlo. La paz de que gozan todavía actualmente es engañosa. Es como si un hombre invirtiera su dinero sin garantía y a un tipo de interés muy elevado, y viviera

después lujosamente por un tiempo, hasta que toda su fortuna se hubiera agotado.<sup>16</sup>

Hasta hoy, esta actitud general de Demóstenes hacia la vida y el destino no ha sido nunca debidamente apreciada. Lo cual es un error, pues el griego no desvincularía de ninguna manera lo que nosotros llamamos política, de la ética y la religión. Los más grandes estadistas griegos la consideran siempre como algo que abarca el conjunto entero de la vida y el destino humanos. 'Tan sólo los espíritus menores ven en ella un simple oficio, en el cual puede uno andar más o menos equivocado. Cuando vemos a Demóstenes desarrollar su idea del equilibrio de poder, en el discurso *Pro Megalópolis*, puede parecer, por lo que allí se dice, como si la misión del estadista se hubiese transformado en una simple técnica, aunque esta fuese de un refinamiento magistral. Pero este aspecto racional presenta solamente un lado de la cosa. Esto se ve en los discursos contra Filipo, en los cuales el elemento irracional que condiciona la actividad política, y hasta el proceso histórico mismo, está expresado con marcado sentimiento religioso bajo la forma de la *Tyche* y del *Kairos*. Por supuesto, no fué accidental que esto ocurriera precisamente en esa ocasión. Pues entonces el problema era de ser o no ser; en todo caso, Demóstenes estuvo convencido de ello desde el principio. Pero, cuanto más claramente percibía la lógica interna con que se desarrollaban los acontecimientos, tanto más necesitaba de un fuerte baluarte contra el desaliento a que esta comprensión conducía inevitablemente. Como un verdadero griego, no halló este baluarte en una fe ciega, subjetiva y mística en la acción —una fe que se cerrara de ojos ante cada dificultad real—; lo encontró más bien al descubrir lo importante que era conjurar la buena disposición y la preparación de los hombres con

las mercedes que el Destino había concedido al disponer una ocasión propicia para actuar.

No es menester preguntarse si nosotros podemos todavía encontrar en estos pensamientos de Demóstenes una explicación satisfactoria de los procesos históricos que a él se le presentaron en estos términos. Bastará que indiquemos brevemente que, para los mismos historiadores griegos, la *Tyche* representaba un papel igualmente importante; y en las *Cartas* de Platón, en donde éste anota los sucesos de su propia vida, la *Tyche* aparece también como un poder activo. Si bien los griegos no tuvieron una filosofía de la historia en el sentido actual, podemos decir que esta misma idea de la *Tyche* ocupó su lugar en el mundo pre-cristiano.<sup>17</sup> Para Demóstenes, en todo caso, es un factor importante en la voluntad y en la acción políticas, y por ello merece toda nuestra atención. Así, por ejemplo, la *Primera Olintiaca* aparece, cuando la examinamos más de cerca, basada enteramente sobre el tema del *Kairos*. La primera parte del discurso desarrolla esta idea ampliamente,<sup>18</sup> y utiliza la oportunidad que la propia *Tyche* ha ofrecido como pretexto para criticar duramente la inactividad y el descuido de los atenienses. Las proposiciones prácticas de Demóstenes quedan luego despachadas en pocas palabras, como hemos visto. En la tercera parte, elaborada como la primera con mucho más detalle, aparece en contraposición a lo anterior el pasaje sobre la *akairía*, o adversidad, que la ocasión entraña para Filipo:<sup>19</sup> probablemente Filipo no hubiera emprendido nunca esta guerra contra Olinto si hubiera creído que la gente se negaría a someterse a sus amenazas, y que sería realmente necesario hacer la guerra en serio. Además, sus aliados tesalios han resultado poco dignos de confianza, de acuerdo con su carácter tradicionalmente propicio a la infidelidad. Demóstenes menciona como síntoma de su descontento el hecho de

que hayan votado por que se le pida a Filipo la devolución de Pagasas, y de que le hayan impedido fortificar Magnesia. Y hasta han llegado informes recientemente de que no se muestran dispuestos a cederle el uso de sus puertos y sus mercados. Las vecinas tribus bárbaras de ilirios, peonios y demás, son gentes amantes de la libertad y no lo dejarían para mañana si pudieran sacudirse hoy este yugo a que no están acostumbrados. Filipo es la personificación misma de la *Hybris*. Su inesperada buena suerte se le ha subido a la cabeza, y pronto va a descubrir que es más difícil conservarla que ganarla. Todo esto es tan favorable para los atenienses como desfavorable para él. La oportunidad es de ellos. ¿Cómo la emplearía Filipo si estuviera en su lugar? Llevaría inmediatamente la guerra a las fronteras del territorio enemigo. Los atenienses deben decidir ahora si prefieren hacer esto ellos mismos o esperar a que Filipo haga la guerra sobre suelo ático; pues si llegara a tomar Olinto, nada podría impedirle invadir el Atica.<sup>20</sup>

La actitud de Demóstenes en los discursos contra Filipo, no es la de un político que se sienta ante la mesa y habla con sus iguales; tampoco es la de un parlamentario. Es la actitud de un hombre que se ha dado cuenta de que es indispensable para él conquistar la confianza del pueblo. Sus primeros intentos para lograrlo pueden verse en el discurso en favor de los rodios.<sup>21</sup> En los discursos contra Filipo se convierte definitivamente en el *educador* del pueblo.<sup>22</sup> No le queda otro camino. Ve que las masas viven al día sin responsabilidades ni cuidados, y que los oradores hablan siempre con la idea de complacerlas a ellas. Esto es muy humano. No puede decirse realmente que los oradores corrompan al populacho; ellos *son*, simplemente, lo que el populacho quiere que sean. Quien quiera reprimir su perniciosa influencia, no debe contentarse con combatir sus opiniones,

sino que debe cambiar el alma del pueblo mismo, elevándolo a un concepto más alto de su deber y de su misión, por difícil y hasta imposible que ello pueda parecer. Una vez logrado esto, los oradores tendrán que idear una manera nueva de hablar, o de lo contrario el pueblo dejará de escucharlos. Así habla Demóstenes, o quienquiera que fuese el autor, al final del discurso *Sobre el Nuevo Orden*.<sup>23</sup> Como este discurso es, en gran parte, un remedo de pasajes brillantes tomados de otros discursos de Demóstenes, fué generalmente considerado apócrifo durante el siglo XIX. Hace poco se produjo una reacción contra este veredicto, y ahora las opiniones conceden virtualmente la victoria a una nueva interpretación. No puedo aquí entrar muy a fondo en esta cuestión, la cual es tal vez más difícil de lo que piensan la mayor parte de quienes se sienten completamente confiados al proclamar la autenticidad del discurso.<sup>24</sup> En cualquier caso, el pasaje final de este discurso indica de una manera completamente fidedigna la posición de Demóstenes frente al gran problema de revolucionar totalmente la opinión pública. De hecho, el verdadero propósito de las *Filípicas* en los años siguientes es también el mismo; y si esta unidad de intención no ha sido presentada todavía como prueba de autenticidad, ello se debe enteramente al hecho de que este aspecto educativo de las *Filípicas*, como algo distinto de sus detalles políticos (los cuales han sido generalmente el tema que se ha sometido a un análisis detenido), ya no se percibe claramente, de suerte que la verdadera esencia de estos discursos ha sido pasada por alto.

Al comienzo de la *Segunda Olintíaca* podemos ver de nuevo cómo Demóstenes lleva a cabo conscientemente su misión de educar al público ateniense. Es evidente que los jefes políticos han tratado de mostrar la urgencia de sus proposiciones describiendo el poderío de Filipo

en toda su paradójica magnitud. Demóstenes reputa este tipo de enseñanza completamente falso. Esto es lo que podíamos esperar de él, después de la *Primera Filipica*. En la *Primera Olintiaca* ha denunciado como inapropiadas las medidas prácticas que adoptó el gobierno; y ahora, en la segunda, se opone al gobierno por su engañosa manera de apelar al pueblo, la cual le parece más propia para desalentarlo que para incitarlo a actuar enérgicamente.<sup>25</sup> En los discursos de los caudillos encuentra que falta el luminoso incentivo ético, tan manifiestamente preeminente en su *Primer Filipica* y en su *Primera Olintiaca*, en las que ha buscado por encima de todo despertar la voluntad de los atenienses, presentando la situación como si pareciera casi que es tan sólo la indecisión de ellos lo que ha engrandecido a Filipo.<sup>26</sup> En la *Segunda Olintiaca* nos ofrece el aspecto positivo de este cuadro, mostrando la parte que ha representado el propio Filipo en su encumbramiento. Pero, naturalmente, no esperamos encontrar aquí una apreciación objetiva de las grandes cualidades de Filipo, como la que nos hubiera dado tal vez un historiador contemporáneo como Teopompo.<sup>27</sup> Demóstenes aplica también aquí una norma ética. Trata de demostrar que Filipo, cuando no le debe su poder a la política acomodaticia de Atenas, es porque lo ha obtenido por la traición y el engaño. Esta es su interna debilidad, y por ahí debe ser destruído inevitablemente. Sobre esta base es imposible construir un edificio sólido; por lo menos uno que sea permanente.<sup>28</sup> Por tanto, propone Demóstenes que se envíen sin retardo embajadores a Tesalia, para que ejerzan sobre ella una presión diplomática; y asegura que tanto más fuerte será esta presión, cuanto más se refuerce mediante la actividad en el teatro de la guerra.<sup>29</sup> Presume que el poder de Macedonia, heredado por Filipo, no sería peligroso sin las alianzas que lo apoyan, y trata de probarlo con la historia Pero

cuenta, además, con la sospecha de que el pueblo macedonio no comparte del todo el incansable afán de acción de su rey, puesto que no obtiene iguales beneficios de sus empresas militares.<sup>30</sup> El bosquejo que Demóstenes ofrece del cortejo de Filipo no es muy halagador, y en esto coincide con el historiador Teopompo, quien, a pesar de que considera a Filipo como el hombre más grande que jamás ha producido Europa, deja al desnudo el carácter del rey y de sus compañeros de una manera moralmente despiadada. Pertenecen predominantemente al tipo militar, arbitrario y ambicioso; ninguno de ellos toleraría una rivalidad, ni reconocería los méritos de otro; ahí no hay lugar para la gente recta y racional, que no aguanta la cotidiana rutina de borracheras, obscenidades y el desenfreno general, ni hay para ellos respeto alguno. El rey está rodeado de aduladores, de ladrones y de una chusma desvergonzada (Teopompo los llama bestias fieras); y todo lo que los llamados artistas atenienses han producido bajo el patrocinio de Filipo, lleva el sello de las baratijas de muestrario. Demóstenes cree que todo esto se ha perdido de vista temporalmente, por causa del éxito de Filipo. Pero aunque estas cuestiones parecen más bien triviales, constituyen, sin embargo, síntomas de su carácter. Una guerra en las fronteras de su propio país, pronto revelaría —piensa Demóstenes— todas estas flaquezas.<sup>31</sup>

Esta crítica moral del cnemigo debemos considerarla, repito, ni más ni menos como lo que pretende ser: un intento de liberar la voluntad del pueblo de la paralizadora impresión de que Filipo es invencible; esto se logra no sólo haciendo que el pueblo se dé cuenta de sus propios pecados de omisión, sino, además, revelándole las humanas flaquezas de su enemigo. Que Demóstenes en modo alguno ve a Filipo puramente como lo pinta, sino que tiene también el ojo aguzado para el elemento

extraordinario que haya en el carácter del rey, es cosa manifiesta a juzgar por las numerosas declaraciones de admiración. Con todo, debe de haber estado convencido de lo que aquí sostiene, a saber, que la estructura moral de cualquier poder político es un factor esencial que determina su permanencia.<sup>32</sup> Por tanto, este es un punto al que no puede por menos de dar toda la importancia. La única cuestión es si, después de todo, esta estructura moral se revela efectivamente en los síntomas que Demóstenes aduce, o bien tiene todavía otras raíces más sanas que los atenienses no pueden haber desentrañado. Es dudoso que la idea de lo decente (*πρέπον*), que era carne y uña con la moralidad burguesa del hombre moderno de una gran ciudad, como era Demóstenes —y aun del hombre de una ciudad pequeña, como Teopompo—, fuera una medida de comparación adecuada para una casta de hombres de un nivel de cultura desigual, los cuales conservaban, todavía indómita, la aspereza de una fuerza natural más primitiva. En todo caso, con la convicción que Demóstenes tenía, los éxitos de Filipo debieron de parecerle más misteriosos todavía. Por esto aduce, como el mayor reparo que puede presentarse contra sus propios argumentos, ese innegable e incalculable factor que nosotros llamamos el genio de Filipo, pero al que los griegos del siglo iv llaman la *Tyche* de Filipo. Es difícil decir qué entiende exactamente Demóstenes con esta palabra, cuando la aplica a este personaje histórico. La concepción griega va más allá de nuestro concepto psicológico de genio, en el sentido de que sugiere cierta conexión con lo sobrehumano, con lo demoníaco.<sup>33</sup> “Cualquiera de vosotros, atenienses, que viendo la buena fortuna de Filipo lo considere un terrible adversario, razona como un hombre prudente; pues tratándose de las cosas humanas, la *Tyche* es un gran peso en la balanza, mejor dicho, es todo el peso.

Pero, con todo y eso, si me dicrais a elegir, preferiría la *Tyche* de nuestra ciudad a la de Filipo, a condición de que hiciérais siquiera unas pocas de las cosas que debéis. Pues estoy cierto de que podéis confiar mejor que él en obtener el favor de los dioses." Demóstenes toca en este punto las raíces más profundas de la confianza en la buena fortuna de Atenas. Al elemento irracional, demoníaco y aterrador que hay en Filipo, él contrapone la irracionalidad de su fe, de una fe que es tanto más fuerte, cuanto que aún la existencia inmemorial de Atenas, y la gloria de su historia pasada, al ser moral primario de cada ciudadano individual. Esta fe que ha dormido, casi enterrada, en el fondo del alma del pueblo, Demóstenes la aviva nuevamente. Y de este modo lleva a cabo la misión que en el principio él describía como la propia de un verdadero caudillo nacional, o sea rompiendo el hechizo del poder del enemigo; al terminar, y empleando los más duros acentos de su amargo reproche, lanza una nueva invectiva contra la inacción de los atenienses, y les prescribe a todos que hagan los mayores sacrificios, inclusive que vayan a la guerra.

Las *Olintíacas* deben de haberse sucedido la una a la otra rápidamente. Demóstenes atizaba el fuego mientras estuviera ardiendo. En el primer discurso había recomendado que, en vez de una simple fuerza de auxilio, se pusiera en campaña una doble expedición, para que así pudiera atacarse a Filipo a la vez en su propio territorio y en Olinto. En el segundo había propuesto que se alejara a los tesalios de su alianza con Filipo. Y ahora creyó que los atenienses estaban ya agitados hasta tal punto de fervor, que podía aventurarse a emprender contra los fundamentos de su política anterior el ataque más serio que se hubiera producido desde la Guerra Social. De Olinto habían llegado noticias favorables; y aunque pronto se vió que eran prematuras, le dieron ocasión de

tomar la palabra contra aquellos visionarios que ahora estaban hablando descabelladamente de vengarse de Filipo, cuando la única cosa que Atenas tenía que hacer era acoplar todas sus energías para auxiliar a Olinto. En efecto, siendo Tebas hostil a Atenas, y no estando ya los focenses en condiciones de proseguir la guerra, ¿quién más podía impedir que Filipo desviara la guerra hacia la Grecia central, en el caso de que Olinto, el último baluarte del norte, sucumbiera? La voluntad de ayudar a Olinto estaba ahí.<sup>34</sup> El único problema era cómo hacerla efectiva. Todo el mundo pensaba que era inútil mandar, como de costumbre, pequeñas expediciones de auxilio. Algo extraordinario tenía que producirse; se necesitaba recabar nuevas fuentes de ingresos. La medida que Demóstenes proponía era extremadamente atrevida y revolucionaria; pero no cabe duda de que el terreno había sido largamente preparado para ello. Había que pasar una ley muy impopular, que afectaba a todo el mundo, y más que a nadie a los ciudadanos más humildes. Interfería con una sagrada prerrogativa del pueblo que databa del tiempo de Pericles, y que a todos parecía casi un símbolo de la democracia misma. Se trataba del derecho de los *teóricos*, o sea los dineros que cada ciudadano recibía de la tesorería del estado para que pudiera asistir a las representaciones teatrales en las grandes festividades del estado.<sup>35</sup> Claro está que no fué simplemente el deseo de mantener a la multitud agradablemente divertida lo que llevó a Pericles a arbitrar este procedimiento. El estado aprovechaba de este modo el espíritu educativo que animaba a los grandes poetas de la tragedia ática; y como que la entrada al teatro resultaba así gratuita para todo ateniense, se había convertido en una auténtica escuela educativa para el pueblo entero. Pero, aparte del hecho de que por este tiempo el espíritu del drama ático había cambiado profunda-

mente, era una enorme extravagancia, en una época de necesidad, gastar los recursos mismos de la tesorería del estado de una manera tan improductiva.

Demóstenes había aludido a los *teóricos* en la *Primera Olintiaca*, para mostrar que, aun en el caso de que el pueblo no estuviera dispuesto a pagar nuevos impuestos, quedaba bastante dinero todavía para conducir la guerra de acuerdo con su plan. Pero tuvo buen cuidado de no proponer directamente la abolición de este privilegio.<sup>36</sup> En aquel momento, un proyecto como éste hubiera no sólo enojado y mal dispuesto a las masas, sino que, además, hubiera entorpecido la unidad de mando, que se necesitaba más que nada. En efecto, éste era el otro aspecto de la cuestión: cualquier ataque dirigido a los *teóricos* alcanzaba simultáneamente a Eubulo, el actual jefe del gobierno, el cual debía su inmenso prestigio como hacendista principalmente a su gestión de cuatro años como administrador de la tesorería *teórica*.<sup>37</sup> Eubulo había prestado un servicio indudable al establecer al gobierno ático sobre una base firme, después de la Guerra Social. Pero Demóstenes había estado combatiendo sus medias medidas en política exterior. Ya era un pequeño paso hacia adelante el hecho de que Eubulo se hubiera animado finalmente, e intentara de veras hacer algo; pero pronto le pareció a Demóstenes que no era sino un estorbo, pues ninguna de las medidas del gobierno satisfacía remotamente su ardor. Lo que él pedía es que todas las energías se pusieran en la máxima tensión. Pensaba que el pueblo estaba ahora dispuesto a hacer sacrificios, con tal de que lo abordaran del modo conveniente y le hiciesen ver claramente la gravedad de la situación. Evidentemente, la proposición dual que formuló en la *Primera Olintiaca* había sido rechazada; se consideró preferible mandar ayuda en pequeñas expediciones, o sea con cuentagotas. La causa debe de

haber sido siempre cuestión de gastos. Así es que Demóstenes agarró finalmente al toro por los cuernos, pidiendo que se destinara a la guerra el dinero del teatro. De este modo, la lucha contra la jefatura de Eubulo se hizo abierta y declarada.<sup>38</sup>

Pero esto ¿no significa que estaba dirigiendo su ataque precisamente contra el punto de la máxima resistencia? ¿No era éste un asunto en el que Eubulo podía estar seguro de tener al pueblo de su lado? Según los cálculos ordinarios, esto parecía evidente. Pero Demóstenes estaba tan confiado en su capacidad de impresionar al pueblo con su propia autoridad educadora, que esperaba arrancarles la victoria a los dos omnipotentes enemigos de su política, la comodidad y el egoísmo. Lo encontramos, pues, tratando de mostrar al pueblo que el reparto del dinero para el teatro es solamente el anzuelo destinado a que el demos ateniense haga la voluntad de una pequeña minoría plutocrática. Asegura que no es por ganas de hacerse lo más odioso posible por lo que habla de este modo, sino porque desea sinceramente realizar algo que valga la pena, y por esto antepone el bien público a su popularidad personal, igual que hubieran hecho los verdaderos estadistas de antaño; pues éstos nunca se dejaron guiar por el humor cambiante y los antojos del pueblo, sino sólo por lo que ellos consideraban lo mejor.<sup>39</sup> Y entonces Demóstenes traza el contraste entre el gran período de Atenas, cuando el estado era todavía fuerte y opulento y sus jefes vivían simple y modestamente en casas no ostentosas, y el tiempo presente, en que el estado se encuentra debilitado y desvalido, mientras los hombres que lo rigen viven en palacios más espléndidos y magníficos que los propios edificios públicos. Estos burgueses se han enriquecido a expensas del estado, pues lo más que han hecho para el bienestar de Atenas es mejorar las calles, reparar las

tuberías de las fuentes y blanquear los parapetos de las murallas.<sup>40</sup> La razón de esto es que antaño el pueblo mismo tomaba parte activa en la guerra y combatía personalmente; esto lo convertía en dueño y señor del estado y de todo lo que le perteneciese. En cambio, ahora, los jefes políticos han repartido los bienes del estado según sus conveniencias, mientras que el pueblo ha perdido su vigor; despojado a un tiempo de su dinero y de sus aliados, se ha convertido en un simple lacayo y pedigüño, contento cuando alguien le da dinero para el teatro y siempre dispuesto a agradecer aquello que realmente es suyo por derecho. Lo volvieron sumiso y manejable a fuerza de acorralarlo en la ciudad; a su pensar ya no se toleran más altos vuelos; se le mantiene ocupado con asuntos de poca monta y de este modo se le educa deliberadamente en el sentido de la mezquindad.<sup>41</sup> El discurso culmina al reiterar la petición de que vaya a la guerra el pueblo mismo, de que éste sea digno de Atenas y use de todos los medios a su alcance para salvaguardar sus intereses en el extranjero. Todo el que quiera obtener dinero del estado debe también hacer algo por el estado. Tiene que ganárselo en la guerra, en vez de malgastarlo como un haragán. En conclusión, Demóstenes insta a sus oyentes a no abandonar la posición que sus antepasados conquistaron con privaciones y peligros, a no quedarse sentados esperando que los demás hagan algo en lugar de ellos, y a que, por encima de todo, se sostengan por sí mismos.<sup>42</sup>

No era la primera vez que se escuchaban en Atenas tales censuras contra Eubulo. En el discurso *Contra Aristócrates*, Demóstenes había puesto en boca de Euticles, el demandante, esta misma crítica del sistema imperante; la *Tercera Olintíaca* no hace más que reiterarla.<sup>43</sup> Pero en este momento, al ser proferida con todo el fuego del apasionado temperamento de Demóstenes, y en rela-

ción con su petición de que fuera suprimido el dinero para el teatro —circunstancia que realizaba peligrosamente su apelación—, esta crítica debió de producir un efecto completamente distinto. Esta impresión se acentuará todavía más en nuestro ánimo si recordamos el lenguaje de Demóstenes en su discurso *Sobre las Simmorias*, el primero de carácter político que pronunció; pues entonces habló en nombre de esos mismos políticos adinerados del partido pacifista a quienes está combatiendo ahora, y su ataque es tanto más efectivo cuanto que, habiendo pertenecido a su círculo anteriormente, conoce su mentalidad. Como hemos indicado ya, no fué por haber adoptado la postura democrática por lo que Demóstenes se alejó cada día más de esas gentes.<sup>41</sup> El no era ningún mezquino partidista doctrinario. Pero la experiencia le había enseñado que las clases acomodadas de la democrática Atenas se inclinaban, por vieja costumbre, a mantener la paz a cualquier precio, pues todos los sacrificios materiales de la guerra caían sobre ellas; mientras que, desde que las guerras empezaron a hacerlas ejércitos de mercenarios, las masas arriesgaban poco en caso de derrota, pero participaban siempre del botín de la victoria. Después de perdida la Guerra Social, los propietarios atenienses hicieron de esto su lema: “Basta de guerras, basta de conquistas nuevas y de esfuerzos de expansión; volvamos a la vida de una ciudad puramente comercial, sobre la firme base de tiempos de paz.” Este programa tuvo en Eubulo su fiel exponente. Pero los abusos políticos de Filipo a costa de Atenas demostraron que cuando un estado como ella necesita que las cosas se apacigüen, no le conviene retirarse de las filas de las naciones activas y ocupar un puesto en la reserva; esto hubicra significado la pérdida de cuanto le quedaba de poder. Atenas se enfrentaba, pues, a este problema: ¿quería desvanecerse enteramente, a pesar de su pasado

político, o se aventuraría a una última jugada? La segunda alternativa no podía medirse, por supuesto, con el principio del menor gasto de energía, que caracterizaba a la política de Eubulo. En esta disyuntiva, Demóstenes tenía que tomar una postura definida, y para él no podía haber otro camino que apelar al pueblo como el más alto tribunal. Aunque con ello pudiera incidentalmente avivar ciertos instintos democráticos, su verdadero propósito era mucho más profundo: confiaba en que al invocar a los poderes supremos del pueblo, capacitaría a éste para arrancar la decisión final de las manos del gobierno, cosa que jamás haría por su propio acuerdo. Si había que hacer verdaderos sacrificios, el pueblo tendría que hacerlos. Pero, con relación al problema de si el pueblo poseía aún la fuerza moral que un día lo elevara tan alto, o si estaba efectivamente dispuesto a retirarse con pensión, por así decirlo, y a aceptar el lugar que los ricos y los intelectuales le habían designado en su afán de lograr un momento de respiro,<sup>46</sup> Demóstenes y sus adversarios políticos diferían diametralmente. Ciertamente es que el estado no aspiraba ya al gran renombre de que había disfrutado antes; y la memoria de los antepasados atenienses, que tanto se complacían en invocar los oradores, había perdido a la fuerza su eco, pues ahora podía servir tan sólo de triste recordatorio de cosas perdidas sin remisión. Pero, justamente en este momento, Demóstenes se atrevió a invocar este recuerdo una vez más, interponiéndose abiertamente en el camino de quienes pretendían reducir a Atenas a una pacífica burocracia.

Una vez tomada esta decisión, tuvo que cortar naturalmente sus conexiones con las educadas clases propietarias, para quienes el futuro de Atenas era un problema de frío razonamiento, y no una cuestión de voluntad o de carácter. De este modo se convirtió Demóstenes en un hombre del pueblo, pero no, sin embargo, en abogado

de los apetitos de las masas, como el demagogo descrito por Platón, sino en el exigente maestro y caudillo del pueblo que se nos aparece en las *Olintiácas*. Pues, aunque al elegir entre su repertorio de trucos retóricos no desdeñó el empleo de ningún método sensacionalista para imbuir a las masas un cierto sentido de su propio valer, su propósito no era tanto el halagarlas cuanto abrir el camino para luego poner delante de ellas unas exigencias tan inexorables, que nadie más se había arriesgado a presentarlas desde tiempos demasiado lejanos.

Si algún camino quedaba que pudiera salvar la situación, éste era indudablemente el indicado por Demóstenes. El destino quiso, sin embargo, que no tuviera éxito. La propuesta de ingresar en las arcas de la guerra el dinero para el teatro no encontró mejor acogida que la de conducir la guerra en dos frentes simultáneamente;<sup>46</sup> y aunque se resolvió que los propios ciudadanos fueran a la guerra, no había dinero bastante para hacer realmente efectiva tal resolución. Todo permaneció precisamente en el estado al que Demóstenes había inculcado una y otra vez con tanta vehemencia. Resoluciones no faltaban, pero nada se llevaba a cabo. La oposición del círculo de Eubulo contra ese importuno que se erguía por sí solo, era demasiado grande y se hacía cada vez más fuerte. Desgraciadamente, no tenemos una imagen clara del partido contrario. Debió de odiar y temer a Demóstenes por largo tiempo. De las armas que se emplearon contra él podemos tener alguna idea por el proceso contra Midias, un amigo de Eubulo, que tuvo lugar por este tiempo. Midias era uno de los más acaudalados atenienses, un hombre arrogante, que nunca se dejaba ver en la calle sino rodeado de una caterva de sirvientes. Demóstenes lo describe como un insolente, casi brutal, y tan opulento, que las leyes no producen ningún efecto disuasivo en su conducta.

La enemistad de Demóstenes con él tenía un origen personal, y se remontaba a la época del proceso contra los tutores, en el que Midias se había visto envuelto a pesar de que fuera perfectamente ajeno a él.<sup>47</sup> Desde entonces, Demóstenes se vió obligado a defenderse durante años de una inacabable serie de insultos de la peor especie, debidos evidentemente a algún estado patológico del ofensor. Esta guerra mezquina llegó al colmo por el tiempo en que Demóstenes, habiéndose ofrecido a equipar el coro de su *phyle* para las Dionisias, estaba de lo más empeñado en obtener el primer premio con su coro. Midias, entretanto, seguía haciendo lo posible por desacreditarlo públicamente e injuriarlo de todas las maneras imaginables.<sup>48</sup> Una noche forzó la entrada del taller del orfebre encargado de preparar la túnica de Demóstenes para la fiesta y las coronas de oro para el coro, y lo destruyó todo. Sobornó al director del coro para que descuidara su preparación, hasta que esto fué descubierto y el hombre despedido. Sobornó a los jueces que iban a conceder los premios y el día del festival colmó de ignominia a todo el coro en el teatro. Le arrancó a Demóstenes la túnica sagrada y le abofeteó en presencia del público, que indignado echó al culpable fuera de la escena. Este incidente se convirtió en un tremendo escándalo. Al día siguiente, el pueblo aprobó un voto preliminar de censura contra Midias, por su conducta indecorosa durante el festival del dios, y Demóstenes lo demandó. Pero Midias tenía mucha influencia y consiguió mediante intrigas que se aplazara el proceso durante años.<sup>49</sup>

Demóstenes se queja en el proyecto inacabado de su discurso de que los casos judiciales contra los hombres ricos envejecen antes de que lleguen a ser vistos. Insiste vivamente en que hace su acusación tan sólo en defensa propia, y no por ninguna razón política. Esta

declaración era necesaria, pues entre los amigos de Midias que iban a presentarse para defenderlo, estaba el propio Eubulo. Cuando se aprobó, años atrás, el voto preliminar de censura, resultado del incidente promovido en las Dionisias, Eubulo no movió un solo dedo; pero ahora estaba enemistado con Demóstenes y, por tanto, dispuesto a interceder por Midias. Tampoco sería Eubulo el único político que se pusiera de su parte. Demóstenes se quedó solo nuevamente, como se había quedado solo hasta entonces en sus luchas políticas.<sup>50</sup> Pero dice que no tiene temor alguno, pues siempre ha aconsejado al pueblo aquello que le parecía mejor, y jamás ha recibido por ello ninguna recompensa, antes ha consumido casi toda su fortuna en beneficio del estado. Después de esto, si alguien quiere llamarlo *rhetor*, él aceptará gustosamente el título, por cuanto es cierto que ejerció esta profesión.<sup>51</sup> Es evidente que este caso no tuvo primitivamente ningún carácter político;<sup>52</sup> lo adquirió a los ojos de los adversarios de Demóstenes, por razón de lo que había ocurrido mientras tanto. Tuvieron la impresión de que debían tratar de promover su caída, o de mantener por lo menos un sólido frente contra él. La querrela contra Midias estaba interiormente en estrecha relación con el pleito que Estéfano —también por instigación del círculo de Eubulo— estaba llevando simultáneamente contra Apolodoro, con el propósito de inutilizarlo, y todo porque se había coaligado con Demóstenes en su esfuerzo por suprimir los obstáculos legales que impedían dedicar a los fondos de guerra el dinero para el teatro. Las referencias cronológicas que contiene el discurso *Contra Midias* nos hacen creer que fué escrito por el tiempo de la Guerra Olintíaca.<sup>53</sup> De hecho, Demóstenes no llegó a pronunciarlo, posiblemente porque conviniera en un arreglo. En ello influyeron muy probablemente

motivos políticos, aunque esto es cuestión de conjeturas.

En el año 348, la caída de Olinto y la bárbara venganza de Filipo, que causó la destrucción de todas las ciudades de la Confederación Olintíaca, pusieron fin repentinamente a todas las esperanzas que su entrada en la guerra había alentado en Atenas. Las actitudes que los dos bandos políticos tomaron en este momento fueron significativas. Eubulo y sus amigos empezaron entonces a temblar por sus puestos, y propusieron mandar embajadas a todos los griegos, llamándoles a la guerra contra Filipo; pero, como es natural, sus esfuerzos fracasaron.<sup>64</sup> Demóstenes estaba totalmente convencido de la necesidad de hacer la paz, en el caso de que Atenas pudiera componérselas para hacerla honrosamente. Esto era enteramente lógico y consecuente. Es inconcebible que nadie pueda considerar seriamente a los adversarios de Demóstenes mejores políticos que él, pues ni esta vez, ni las anteriores, supieron apreciar la situación. Demóstenes vió siempre más allá que ellos. Había vigilado la pendiente por la cual este drama marchaba hacia su desenlace, y no se hacía ilusiones sobre la posibilidad de proseguir la lucha. Si permitió que lo eligieran como el décimo y más joven de los miembros de la delegación de paz que se mandó a Filipo, es probable que lo hiciera, a pesar de no fiarse de los *hommes de confiance* de Eubulo, movido más bien por la esperanza de que, si acaso el enemigo mostraba alguna disposición a hacer concesiones a los atenienses, él podría sacar ventaja de ello. Filipo estaba ansioso de afianzar la paz con una alianza; tal vez fuera posible todavía obtener el cumplimiento de ciertas demandas a las que, vencida y todo, Atenas tenía la impresión de no poder renunciar por pundonor, como era la restitución de Anfípolis. Pero en este pun-

to Filipo se mostró inquebrantablemente firme; por otra parte, dejó a los negociadores tan fascinados con su sagacidad, la seguridad en sí mismo y su encanto personal, que cuando rindieron su informe en Atenas no tenían palabras bastantes para ensalzar la manera como los había recibido, y Demóstenes tuvo que llamarles la atención para que volvieran al tema que se debatía realmente. Y, sin embargo, todos ellos habían cumplido bien con su misión: habían pronunciado largos y cuidadosos discursos ante el rey, y éste, para sorpresa de ellos, había contestado con natural elocuencia y gran presencia de ánimo.

Solamente uno de ellos —así nos lo cuenta como testigo presencial su enemigo Esquines— había perdido el hilo del discurso poco después de haberlo iniciado, y se había mostrado confundido; este fué el propio Demóstenes, el último en tomar la palabra.<sup>65</sup> ¿Es posible que quienes habían hablado antes que él hubieran anticipado todos sus argumentos esenciales y que él, el gran orador, se sintiera en el momento incapaz de improvisar, lo cual fué siempre su punto débil? Su elocuente rival Esquines, el cual había conocido también, durante su anterior carrera de actor, la angustia de perderse en el papel aprendido ya de memoria, ofrece esta explicación del fracaso de Demóstenes y a continuación describe su propio éxito con los más vivos colores, indicando que el rey llegó a mencionarlo varias veces por su nombre en el curso de su réplica. Los admiradores de Demóstenes se han dedicado a probar que esta información es inexacta; pero esto, en todo caso, está fuera del alcance de nuestras averiguaciones. La personalidad de Filipo impresionó a Demóstenes tan fuertemente que le quitara el aliento? ¿O tal vez fué él, esta vez lo mismo que otras, el único en percatarse inmediatamente de toda esa

teatral exhibición? ¿No pudo ser que el sentido de su tremenda responsabilidad histórica y de las perspectivas abrumadoramente reducidas que se ofrecían a la causa ateniense, hubieran pesado mucho más que la vana satisfacción de deslumbrar a su temible enemigo con la elocuencia ática, de la cual Filippo había oído hablar tanto desde lejos, y a la cual estaba en verdad enteramente dispuesto a otorgar su bondadoso aplauso, con tal de que los atenienses se mostraran tan sólo dispuestos a aceptar sus condiciones inexorables y a someterse a él incondicionalmente?

Demóstencs se negó a dar su asentimiento a la paz que finalmente dictó Filippo, aunque se daba cuenta claramente de cuán necesitada de paz estaba Atenas. El tratado la ataba de manos con una alianza impuesta. Concedía Anfípolis a Filippo. Y en tanto que ofrecía condiciones de paz a todos los demás aliados de Atenas, no las ofrecía a los focenses, que todavía estaban luchando desesperadamente contra Tebas, con lo cual los dejaba manifiestamente a merced de Filippo, y le concedía a él indirectamente atribuciones plenas para intervenir en los asuntos de la Grecia central —privilegio que, como cualquiera hubiese podido prever, no podía conducir sino a la propagación de un dominio militar y de una influencia moral hasta los bordes mismos del Atica—. Demóstencs no había provocado esta guerra, ni siquiera había hecho que Atenas entrara en ella; simplemente, se había encontrado con ella frente a frente.<sup>50</sup> Se había esforzado por conducirla con mayor firmeza, y si el resultado fué desfavorable, él no tenía responsabilidad en ello. Por supuesto, no es probable que viera ninguna otra salida que aceptar las condiciones del enemigo; pero es bien comprensible que considerara incumbencia ajena el presentar una proposición que él, como un verdadero

patriota, había tenido que combatir hasta el último momento. En todo caso, dejó que quienes ratificasen la paz con Filipo fuera Eubulo y los de su camarilla, a quienes él consideraba esencialmente responsables del deplorable curso de los acontecimientos.

## CAPITULO SEPTIMO

### ¿GUERRA O PAZ?

EL TRATADO de paz que hizo Atenas con Filipo dió a todos un momento de respiro, que bien necesitaban. Pero no significó que ninguno de los interesados reincidiese en sus ociosas quimeras; al contrario, les hizo ver a todos claramente la gravedad extrema del problema del porvenir de Grecia. A pesar de las tendencias apolíticas de la época, todavía no acababa de resolverse definitivamente el problema del estado y de la forma que debería tomar en el futuro. Pero es evidente que había una creciente perplejidad con respecto a los habituales supuestos y métodos políticos. Toda persona reflexiva estaba en Atenas hondamente preocupada por el bien del estado; pero nadie confiaba ya en los viejos médicos, por más indispensables que hubieran sido cuando, después del derrumbamiento del siglo v, hubo que reconstruir un nuevo cosmos en los estados-ciudades de Grecia. Pero ahora se había derrumbado también éste, y entonces aquellas personas que se mantenían aparte de la política profesional y se sentían obligadas a considerar las cosas más a fondo que los hombres del día, en cuyas manos dejaban los enredos de las lides políticas, creyeron que debían alzar su voz de nuevo. Fué como representante de estos hombres que el viejo Isócrates, a sus noventa años, dirigió una carta abierta a Filipo, reforzada por toda la dignidad de sus años y la celebridad de su nombre —el cual era indudable que hallaría eco hasta en los más remotos confines del mundo griego—, y en

la que le suplicaba al rey que se mostrara como un amigo en la adversidad.

En una situación parecida, después de la Guerra Social, Isócrates había tratado, en su folleto *Sobre la Paz*, de convencer a los atenienses de que el bienestar de su debilitado estado no consistía en proseguir la política imperialista de la ya desmembrada Confederación, sino más bien en abandonar todo intento de dominar por la fuerza a otros estados. Entonces había prometido que, como resultado de esta política negativa, los demás griegos estarían tan encantados de ver que se establecían sobre una base firme y de una manera ética las relaciones entre sus diversos estados, que iban a conferirle gustosamente a Atenas una especie de hegemonía *honoris causa*.<sup>1</sup> Pero los años transcurridos desde entonces debieron de sacarle a Isócrates de su error. En efecto, la pasividad de Atenas en política exterior había simplemente conducido a la mayoría de los estados griegos—hasta a los del remoto Peloponeso— a aliarse con el nuevo aspirante, que era Macedonia, y a buscar en ella su provecho. Atenas estaba más aislada que nunca. Ni siquiera los más grandes ideólogos podían ocultar el hecho de que, con Filipo, había surgido una estrella de una magnitud desusada, que rebasaba con mucho los cálculos de quienes habían convenido con Isócrates en que las relaciones con los estados griegos podían mejorarse aplicando simplemente a la política exterior las normas de decencia y moralidad comunes en la clase media.<sup>2</sup> El propio Isócrates declaró francamente, en su nuevo alegato destinado al rey Filipo, que los actos de los estados están determinados solamente por sus intereses.<sup>3</sup> Este principio lo hemos encontrado ya antes, expuesto como axioma general, en el discurso de Demóstenes *Pro Megalópolis*. Se trataba ahí de formular fríamente la *suprema lex* del particularismo griego y la

política que esto traía consigo. En el *Panegyricus*, Isócrates había tratado de substituirlo con un principio más elevado: el de la unidad griega (ὁμόνοια). Por esto, cuando procede ahora a advocar por el principio mismo que había conducido a la completa desunión de los estados griegos, lo que dice suena como la confesión de un hombre finalmente resignado. Pero, a decir verdad, él creía que estos dos principios, tan opuestos el uno al otro originalmente, habían sido aproximados de tal modo por el curso de los acontecimientos, que quedaba cierta esperanza de reconciliarlos. Le parecía que la formación de un pacto entre los pendencieros estados de la Hélade estaba por fin de acuerdo con sus más profundos intereses. En efecto, todos los estados supremos —Atenas, Esparta, Tebas, Argos— estaban tan debilitados que necesitaban más que nada de la paz, y ninguno de ellos podía obtener sobre los otros un predominio decisivo.<sup>4</sup>

En el *Panegyricus*, Isócrates había recomendado un entendimiento entre Esparta y Atenas, para que los griegos pudieran unirse en una expedición común contra el imperio persa. No era posible ya pensar en nada de esto. Pero la política en la que ahora cifraba tan grandes esperanzas ofrecía una solución sorprendentemente sencilla al inquietante problema que pesaba en el ánimo de todos —el problema de cuál debía ser en definitiva la relación de Grecia con la nueva potencia del norte—. Ningún hombre sensato podía por menos de temer que la guerra se reanudara, después de un breve intervalo; pero Isócrates estaba resuelto a impedirlo a toda costa. Para evitar que Filippo siguiera amenazando desde fuera al mundo griego, era necesario involucrarlo decisivamente en el destino de la Hélade, pues de eludirlo no había modo. Claro está que, a los ojos de cualquiera de los estados griegos de este período, el problema era compa-

nable a la cuadratura del círculo. Pero el ideólogo había aprendido hacía mucho tiempo a situarse fuera de los cerrados muros de la realidad política, contra los cuales habían chocado en vano las aspiraciones de tantos corazones griegos. Fué en el mundo del espíritu, no en el de la política, donde el pensamiento panhelénico había echado raíces primeramente; y nadie encarnaba más efectivamente que Isócrates esa unidad cultural panhelénica, que se remontaba por encima de todas las envidias y las luchas egoístas de los estados urbanos. Desde que se frustraran sus esperanzas de que Grecia pudiera consolidarse políticamente bajo la pacífica dirección dual de Atenas y Esparta, Isócrates había andado buscando alguna otra potencia que pudiera unir a la Hélade en una Federación de estados. Dionisio de Siracusa fué tal vez el primero a quien Isócrates mandara una carta ofreciéndole ese papel.<sup>5</sup> No era difícil, pues, volver nuevamente al viejo plan e invitar a Filipo de Macedonia a que lo pusiera en práctica.

La idea de unificar a las diversas tribus afines que entonces se disputaban el predominio de la Hélade, desviándolas hacia una expedición conjunta contra Persia, fué desde el principio una concepción decididamente romántica. Y si realmente tenemos que dar por sentado que el propósito de la carta de Isócrates a Dionisio— perdida hoy en gran parte— era inducirle a que emprendiera esta misión (¡nada menos que Dionisio, quien gobernaba en las avanzadas occidentales de Grecia y estaba defendiendo resueltamente a Sicilia contra la presión cada vez mayor de la invasión cartaginesa!), esto quiere decir que el proyecto debió de perder, a los ojos de los griegos de la madre patria, todo lo que pudiera quedarle de la base real que originalmente hubiera tenido para ellos.<sup>6</sup> A pesar de todo, al ser resucitado ahora este viejo sueño en conexión con Filipo, adquirió así de pronto una nueva

adecuación con la realidad, que debió de asustar al propio Isócrates. Pues si Filipo estaba resuelto y hasta destinado, como así parecía entonces, a ponerse a la cabeza de los estados griegos ¿no era acaso su herencia natural el tomar partido en el antiquísimo y tradicional antagonismo entre los pueblos de ambos lados del Egeo? Esto parecía tanto más inevitable cuanto que su imperio llegaría pronto a establecer contacto con el de Persia en los Dardanelos, en cuyo caso se convertiría en una amenaza directa contra él. Ciertamente es que Atenas montaba todavía la guardia en los estrechos, pues conservó intacto, según los términos del tratado, este último e importantísimo baluarte de su prestigio naval. Pero para Isócrates esto no era ningún obstáculo. Desde mucho antes había reconocido que era imposible ofrecer resistencia a Macedonia, y estaba tratando solamente de encontrar la manera menos humillante de expresar la inevitable sumisión de todos los griegos a la voluntad de Filipo. De un modo análogo al anterior, encontró la solución en un plan de hegemonía macedónica sobre Grecia. Pues parecía como si la aparición de Filipo en este papel fuese la manera más eficaz de mitigar el hecho de que se estuviera convirtiendo en un factor tan dominante en la historia griega; además, ello había de acallar todos los prejuicios griegos en contra del carácter cultural y étnicamente extraño de los macedonios.<sup>7</sup> Isócrates trató de que aceptaran esto, lo mismo Filipo que los griegos, echando mano del símbolo mítico de Heracles, el primero que llevó triunfalmente la civilización griega al Asia. Como sucesor de Heracles, Filipo, vástago de los Heraclidas, conduciría a Grecia a la victoria contra los bárbaros de Oriente.

El privilegio del visionario que no tiene que actuar responsablemente en ningún gobierno efectivo, es dejar que sus ideas brinquen por encima de uno o varios de

los planos de la realidad, que con frecuencia constituyen obstáculos insuperables para el estadista en ejercicio. Isócrates tuvo una intuición certera del futuro, y esto no hay que despreciarlo en modo alguno. La difusión de su programa por todo el mundo griego debió de tener importancia en la preparación del terreno para la "Liga Corintia"<sup>8</sup> de Filipo y para la expedición asiática de Alejandro, aunque no fuera un estímulo inmediato. Pero concediendo la innegable importancia que tuvo la concepción de Isócrates como indicadora del camino que siguieron los acontecimientos históricos reales, ¿tenemos algún derecho a considerarlo no meramente como el heraldo de la conciencia nacional, sino también como un verdadero político? En realidad, ésta es la manera como se pinta a sí mismo en su epístola a Filipo.<sup>9</sup> Ahí se contraponen a quienes alborotan desde la tribuna de los oradores, promoviendo la desconfianza del pueblo y calumniando al rey, como si los enormes esfuerzos de Filipo por extender su poderío fueran dirigidos contra Grecia, y no se hicieran más bien en beneficio de ella.<sup>10</sup> Estas personas, le dice Isócrates al rey, han tenido ya el descaro de afirmar que, tan pronto como Filipo haya puesto en orden los asuntos de los focenses, intervendrá en el Peloponeso, respaldado por su alianza con los mesenios, y que luego de haber afirmado su pie en el sur de Grecia, se adueñará fácilmente del resto del país y, sobre todo, de Atenas. Es evidente que esta sospecha ha estado ganando terreno rápidamente desde que se firmó la paz; e Isócrates insiste vivamente en instar a Filipo a que la desvanezca presentándose a sí mismo como el benefactor de todos los griegos por igual, no favoreciendo a unos y tratando mal a otros. Isócrates, en efecto, ya no considera a Filipo un enemigo, ni siquiera un antagonista, sino el hombre que permanece por encima de los antagonismos de todas las potencias individuales,

el guardián del futuro nuevo orden, designado por la propia *Tyche*.<sup>11</sup>

No es difícil darse cuenta de la importancia que la ideología del *Filipo* de Isócrates pudo tener para que el rey de Macedonia se captara la opinión pública griega. Ella le permitió emplear en beneficio propio la creciente tendencia panhelénica. Con la ayuda del papel que Isócrates le había designado, tuvo la astucia de permitir que su fría política de expansión del poderío macedonio tomara a los ojos de los griegos la apariencia de una obra de liberación de la Hélade. Lo que más necesitaba en aquel momento no era la fuerza, sino una propaganda perspicaz; y nadie se prestó más eficazmente para este propósito que el viejo Isócrates, venerable y desinteresado, quien le ofreció sus servicios por propia iniciativa.

Pero dejemos a un lado, por ahora, el difícil problema de la conciencia nacional y delineemos brevemente el curso ulterior de los acontecimientos. Tan pronto como se hubo declarado la paz, empezó a sentirse en Atenas una gran preocupación por la suerte de los focenses, pues *Filipo* había estipulado que se les excluyera del tratado. Estaban ahora absolutamente abandonados a su merced. A pesar de todas las seguridades que él ofreció, y con las cuales los negociadores atenienses habían intentado tranquilizar el ánimo del pueblo, la subyugación de los focenses no podía ya evitarse, como tampoco podía nadie dudar de que le proporcionaría a *Filipo* su tan esperada oportunidad de poner a la Grecia central bajo su dominio. Pronto llegó la noticia de que había penetrado en la Fócida por la vía de las Termópilas, y de que el caudillo focense, el mercenario *Faleco*, había capitulado sin combatir, bajo condición de que le permitieran irse. *Filipo* representó entonces la comedia de convocar solemnemente el Sagrado Consejo de los Amficiones de Delfos, para que juzgaran a los focenses por haberse apo-

derado de los tesoros del templo délfico y haberlos empleado para la guerra, en la época en que Tebas puso a Fócida en tan graves apuros. Los focenses fueron despoídos entonces de sus votos en la Amfictionía, y estos votos fueron traspasados a Filipo, quien adquirió de esta suerte una influencia decisiva en aquel venerable congreso de los estados griegos, pues entre él y sus aliados tenían la mayoría de los votos. Esto le dió la fuerza necesaria para que se aprobase un acuerdo disponiendo que se destruyeran las veintidós ciudades fortificadas de la Fócida, que se desarmara al pueblo y que éste fuera de nuevo repartido en comunidades aisladas. Los focenses fueron requeridos a pagar anualmente la cantidad de sesenta talentos, hasta que la deuda total al santuario délfico quedara amortizada. Los espartanos y los corintios fueron echados de la Amfictionía por haber ayudado a los focenses, mientras que los tebanos, locrios y tesalios, aliados de Filipo, vieron colmadas sus ambiciones capitales. Atenas conservó su puesto en el Sagrado Consejo y pudo desde ahí ser testigo de estas resoluciones, tan profundamente humillantes para ella, sin que le fuera posible hacer nada por evitarlas.

En las negociaciones, Atenas estuvo representada por Esquines, colaborador de confianza de Eubulo, quien había tomado ya una parte principal en la delegación de paz y estaba actualmente cobrando una prominencia creciente en la liquidación del tratado. Era, por tanto, inevitable que se convirtiera en el principal antagonista de Demóstenes. Esquines es el reverso de Demóstenes, y por esto inseparable de él. En años recientes se le ha situado muy por encima de Demóstenes como estadista; pero este es un error de juicio que se refuta solo. No le faltaban a Esquines ni el encanto ni la persuasión del orador nato. Después de haber empezado como actor, entró en la carrera política; actuando como dependiente

de Eubulo, se ganó su estimación —lo cual ilustra al mismo tiempo la respetabilidad de sus opiniones y su talento para los negocios—; finalmente, encontró en el estrado de los oradores su verdadero campo de actividades. Sin embargo, aquéllos de sus discursos que han llegado hasta nosotros quedan muy por debajo de los de Demóstenes en cuanto a fuerza elemental y a elaboración artística.<sup>12</sup> Igual que su conducta política, revelan una falta de carácter a la que no compensan sus evidentes méritos. Aunque podemos percibir la gracia persuasiva que lo deja en buen lugar como negociador, vemos también que detrás de esto no hay nada firme e inflexible. Tiene el humor y la armonía de carácter de que el atrabiliario Demóstenes carece por completo. Mientras que los pensamientos de Demóstenes parecen expulsados desde dentro con la presión más intensa, los de Esquines se despliegan con una facilidad desenvuelta. Para los hombres y las cosas, tiene una perspicacia ingénita, y como siempre es frío y desapasionado, les da su debida proporción, mientras que el odio fanático de Demóstenes es tal que, cuando llega a describir a un adversario como Esquines, lo deja realmente hecho un espantajo.<sup>13</sup> Lo considera un traidor premeditado, vendido a Filipo y por ello obligado a presentar del modo más favorable todas las empresas de Filipo contra Atenas; y no cabe duda de que Demóstenes cree firmemente en la veracidad de esta caricatura. El desdén de Esquines es más sutil, y, por consiguiente, más eficaz. Y a pesar de todo, el conocimiento que Demóstenes tiene de la naturaleza de Filipo y de la situación ateniense penetra más hondamente que la de su rival, cuyo intelecto no se ve asediado por sentimientos apasionados, pero en cambio se le escapa lo más importante al llegar al punto crítico, porque simplemente es demasiado desapasionado en sus cálculos. Por supuesto, Esquines no es enteramente incapaz

de más altos vuelos; pero no tiene la facultad de aferrarse tenazmente a lo que considera justo; en verdad siempre se las arregla para adaptarse a los hechos tan pronto como sobreviene una reacción. Al lado de Demóstenes, parece incoloro; pues Demóstenes es verdaderamente el hombre del destino, mientras que a Esquines la naturaleza no lo eligió para tan noble misión.

Filipo tenía ahora el problema de obligar a los atenienses a que reconocieran las resoluciones adoptadas en Delfos contra Fócida, por lo que mandó embajadores a Atenas, en donde prevalecía una fuerte oposición. Sin embargo, con el ejército macedonio solamente a pocos días de marcha de la frontera ática y listo para el combate, Atenas se encontraba totalmente indefensa, y aun el propio Demóstenes aconsejó la sumisión. El discurso *Sobre la Paz* es el documento más importante referente a la posición política de Demóstenes en esta época difícil. En él, trae a colación todas las cosas que Esquines y sus amigos aseguraron que Filippo tendría la bondad de llevar a cabo, a saber, la restauración de las ciudades beocias amigas Tespias y Platea, que Tebas destruyera; el perdón de los focenses; la restitución de Oropo por Tebas; la devolución de Eubea a cambio de Amfípolis; hasta el mismo *dioikismos* de los odiados tebanos.<sup>14</sup> Alude a los discursos que ha pronunciado ya contra estas fantásticas ideas; pues no cree en nada de todo esto, ni se ha guardado ninguna de sus dudas para sí, antes ha predicho que todo ocurriría como ha ocurrido en efecto. Todavía va más atrás, y recuerda a sus oyentes que casi lo despedazaron cuando fué el único que previno a los atenienses contra la costosa y desdichada expedición a Eubea, con la que se habían propuesto ayudar al tirano Plutarco de Eretria; pero Plutarco mostró su gratitud haciéndoles traición. Desde tiempo inmemorial, el acertar en las predicciones ha sido considerado como una

clara indicación de habilidad por parte de los consejeros políticos. Demóstenes necesita ahora estas credenciales para hacer frente a los que abogan por una repudiación absoluta de los decretos del Consejo Amfictiónico, y no pueden entender por qué él, menos que nadie, no ha de estar ahora de acuerdo con ellos.<sup>15</sup>

En verdad estas gentes no tenían idea de con quién se las habían si consideraban que Demóstenes no era más que un vulgar atolondrado, como ellos mismos.<sup>16</sup> Tampoco lo han entendido mejor aquellos críticos filólogos, antiguos y modernos, que han promovido dudas respecto a la autenticidad de este discurso, o que por lo menos se han mostrado reacios a creer que el propio Demóstenes lo hubiera publicado, simplemente porque no les pareció que concordara con él. Tal interpretación realmente no le honra. Lo convierte en un delirante, y no tiene para nada en cuenta al político que piensa consecuentemente. Demóstenes difiere profundamente de quienes aplaudieron tan a menudo sus primeros discursos, sin entender en lo más mínimo ni su seriedad ni su sentido de la realidad; y la diferencia estriba, no en sus sentimientos, sino en sus juicios. Así como en las *Olin-tíacas* atacó al gobierno por descuidar los peligros inherentes a la situación y por desaprovechar la ocasión que ésta ofrecía, así descubre ahora la insensatez de resistir cuando el momento no es favorable. Por supuesto, podría descargar en otros la responsabilidad de lo que ha ocurrido; pero declara que la mezquina gloria de denunciar sus errores no significa nada para él, ahora que realmente ya es demasiado tarde. Sólo desea decirles a quienes en otros tiempos prestaron cierta atención a sus palabras, por qué se está poniendo ahora aparentemente del lado de sus antagonistas. Por consiguiente, el tono de su discurso es bien distinto de la impetuosa acometividad de sus grandes discursos públicos de tres años

antes. Es algo muy semejante a la manera sosegadamente instructiva y superior de los discursos *Sobre las Simmorías* y *Pro Megalópolis*. Y es ahora cuando podemos comprender que este orador —lo mismo que Pericles antes que él—<sup>17</sup> considera que la misión del verdadero estadista es la de levantar los ánimos del pueblo y de espolearlos cuando están lánguidos e indecisos, pero también la de tirar de las riendas fuertemente cuando andan desbocados.

Demóstenes no confiaba en que la paz fuera a durar. Sus palabras muestran sin lugar a dudas que consideraba inevitable el conflicto final y decisivo con Filipo. Todavía era —como siempre— una de esas personas escépticas que veía en Filipo el enemigo mayor de Atenas. Y aunque Isócrates había desacreditado esta actitud en su discurso, los brutales acontecimientos de Fócida y Delfos hubieron de mostrar poco después que Demóstenes estaba en lo cierto. Pero Atenas se encontró entonces en una situación embarazosa, de la que sólo gradualmente podía ir saliendo. La política es el arte de lo posible; y puesto que las opiniones sobre lo que es posible y lo que es imposible difieren a menudo en los puntos críticos, al político le es tanto más necesario el transferir lo aparentemente imposible al dominio de la posibilidad. Demóstenes advertía que, pasara lo que pasara, la ocasión no era oportuna para que Atenas se metiera en una guerra en la que estarían contra ella todos los estados griegos que firmaron las resoluciones délficas.<sup>18</sup> Por el momento, no tenía por qué hacer nada que pudiera comprometer la paz. El tratado de paz le proporcionaba la base necesaria para superar su situación presente. Ofender deliberadamente a los aliados de Filipo, y en el punto preciso en que todos ellos se habían puesto de acuerdo, hubiera sido violar la más elemental regla de política. Lo necesario, más bien, era partir del hecho

de que, originalmente, cada uno de ellos se había visto obligado a aliarse con Filipo por intereses muy diversos. La alianza, por tanto, les había impuesto a todos sacrificios muy superiores a los que requería su propia conveniencia. Así, el único modo de captarlos era apelar a sus intereses particulares, y esto sólo era posible hacerlo mediante una política de largo alcance, que fomentara sistemáticamente el aislamiento de Filipo.

Como anticipo precisamente de una política como ésta, el discurso de Demóstenes *Sobre la Paz* ofrece un programa de su actividad política durante los años siguientes. En el discurso *Pro Megalópolis* había puesto ya de manifiesto la conveniencia de atraer hacia la causa ateniense a los estados peloponésicos, que estaban de punta con Esparta, es decir, Arcadia, Mesenia y podemos añadir Argos; pues cada uno de ellos tenía una importancia práctica mayor que Esparta, reducida como estaba a la impotencia. Ahora vuelve de nuevo a esta política, como se verá en la *Segunda Filípica*. Esto es la consecuencia lógica de la pauta delineada en el discurso *Sobre la Paz*. Ya en el discurso *Pro Megalópolis*, el motivo principal para adoptar esta política peloponesa fué, como he mostrado, la idea de un futuro cambio radical de orientación con respecto a Tebas.<sup>19</sup> En aquel momento, ésta era todavía una idea demasiado atrevida para expresarla sin ambages; pero tal vez una alianza con Arcadia hubiera producido más o menos necesariamente este resultado. Cuando Demóstenes dice más tarde que siempre le ha parecido absurda la alianza entre Atenas y Fócida, ello representa indudablemente algo más que el reflejo de un estado ulterior de su política. No es de extrañar, entonces, que en el discurso *Sobre la Paz*, en el que insinúa por vez primera su proyectada reorientación del sistema ateniense de alianzas, encontremos la sugerencia —todavía rara en aquel momento— de que

Atenas resuelva sus dificultades con Tebas sin tardanza. En este punto, Demóstenes está combatiendo abiertamente el tradicional patriotismo ateniense; pues las mismas clases sociales en las que encontró apoyo para su lucha contra la amenaza macedonia, son en el fondo encarnizadamente opuestas a Tebas. Y particularmente, las ha exasperado en extremo el hecho de que Tebas reafirmara su posesión de Oropo. Demóstenes tiene entonces el denuedo de aconsejar abiertamente que se abandone a Oropo en manos de Tebas,<sup>20</sup> así como Quíos, Rodas y Cos han sido cedidas al rey de Caria. Ello significa que los atenienses deben renunciar a toda intención de seguir manteniendo estas reivindicaciones.<sup>21</sup> Lo que Demóstenes está haciendo es trazar la línea recta que separe a Filipo de sus aliados más importantes. En realidad, si los atenienses han hecho estos sacrificios con el fin de mejorar su propia situación en el futuro, sería una necedad —como dice Demóstenes al terminar su discurso— emprender una guerra contra Grecia entera en este momento “por causa de la sombra de Delfos”.

Como vemos, en este discurso en favor de la paz, Demóstenes ha tomado implícitamente la decisión de hacer la guerra en el futuro; lo que ahora tenía que hacer era, simplemente, volver a empezar de nuevo en circunstancias mucho más desfavorables que las del comienzo de su carrera política. Sólo una cosa estaba en su favor: no tenía que ocuparse ya de varios problemas de igual importancia; lo acaparaba todo un solo objetivo: la lucha contra Filipo. En él encontró Demóstenes por vez primera un adversario que estimuló sus energías hasta el máximo y lo llevó a la cumbre de sus hazañas. Pero desgraciadamente, su campaña contra este adversario tuvo que conducirla en dos frentes, en el doméstico lo mismo que en el exterior. Inició la nueva era con toda la triste herencia de las luchas que se habían desarrollado en la

política interior durante los últimos cinco años anteriores a la declaración de paz; y desde el comienzo se vió claro que estas luchas no llegaron sino hasta entonces a su fase decisiva. Eubulo y Esquines no podían considerar la paz como una preparación para el próximo conflicto, como hacía Demóstenes. Para ellos era algo definitivo. Podía preverse que se verían obligados repetidamente a defender las medidas que Filipo tomara contra Atenas, presentándolas como anodinas, y al mismo tiempo repudiando como criminal propaganda de guerra el diagnóstico contrario. Después de haber fraguado las resoluciones amfictiónicas, que fueron tan humillantes para Atenas, Filipo había celebrado en Delfos las ceremonias religiosas en presencia de los delegados de todos los estados, y en el banquete de ceremonial se cantaron los peanes. En esa ocasión, Esquines se unió al coro de todos los demás, probablemente porque consideró impropio ser el único que mantuviera el silencio, mientras todos los demás estaban entonando gracias y loores al dios. A Demóstenes esto le pareció simbólico de la conducta entera de Esquines, y más simbólica aún la excusa que dió él, cuando dijo que no pensó que nadie fuera a notar su voz en particular.<sup>22</sup> Demóstenes debió de emprender su lucha contra él con ímpetu tremendo, a partir del momento en que se concluyó el tratado de paz. En el discurso *Sobre la Paz*, se abstuvo de hacer ataques personales, como exigía la costumbre; pero, poco después de que Esquines regresó de su embajada, Demóstenes lo demandó acusándolo de traición y de cohecho.

Este proceso fué aplazado durante tres años, gracias a las intrigas de los adversarios de Demóstenes. Entre tanto, éste siguió haciendo su propia política. Si hubiese habido en Atenas un gobierno responsable, hubiera tenido ya que decidir sobre qué política exterior había

que seguir. Pero en la democracia antigua ésta no era la manera como se hacían las cosas; la Asamblea consideraba meramente cada situación a medida que se presentaba, y seguía a quien parecía dar el mejor consejo. De este modo, la política ateniense se quedaba reducida a un peloteo entre tendencias opuestas. Era imposible, pues, que Demóstenes se entregara libremente a un plan de acción único; lo más que podía hacer era aprovechar todas las oportunidades de evitar los nuevos peligros con que amenazaba inminentemente la prosecución de la política de Filipo en la Grecia interior. Así es como Demóstenes fué enviado en calidad de embajador a Mesenia y a Argos, por el tiempo en que estos estados, que eran aliados de Filipo, iban quedando tan profundamente sujetos a él, por causa de la hostilidad que sentían hacia Esparta, que con ello el peligro de una intervención macedonia en el Peloponeso aumentaba sin cesar. Pero la misión de Demóstenes estaba condenada al fracaso, simplemente porque Atenas se empeñaba todavía en mantener su amistad con Esparta. Los enemigos de Esparta se habían quejado siempre de esto enérgicamente, declarando que era precisamente esta conducta de Atenas lo que los llevaba a unirse a Filipo. En todo caso, los atenienses estaban pagando entonces la culpa de no haber escuchado a Demóstenes cuando los arcadios y los mesenios estaban todavía dispuestos a solicitar su apoyo. En la *Segunda Filípica*, escrita dos años después de la paz, Demóstenes da un relato detallado de los discursos que dirigió a los mesenios y a los argivos, en los cuales trató de promover la desconfianza hacia Filipo.<sup>23</sup> Es cierto que lo aplaudieron mucho, a él y a los demás embajadores, cuando les previno contra Filipo y les recordó lo que había ocurrido en Olinto y en Tesalia; pero, a pesar de ello, se mantuvieron apegados a Filipo, igual que aquellos atenienses optimistas que

deliberadamente se cerraban de ojos ante el hecho de que hubiera ya rodcado a Atenas por todos lados.<sup>24</sup>

Este discurso ilumina también las luchas interiores que precedieron a la declaración de paz, y el papel que representó en ellas Demóstenes. Recuerda en él su regreso de la segunda embajada de Filipo, cuando predijo todos los acontecimientos subsiguientes e imploró de los atenienses que no abandonasen a las Termópilas y a los focenses.<sup>25</sup> Sugiere que estaría bien ahora llamar a cuentas a aquellas personas que indujeron a los atenienses a concluir la paz. En aquel entonces, esos hombres llamaron a Demóstenes bebedor de agua e hipochondriaco malhumorado, y le prometieron al pueblo la plena realización de todos sus deseos; ahora, sin embargo, son ellos los que están convictos.<sup>26</sup> “No digo esto con ánimo de injuriar. . . ni por ganas de hablar inútilmente. Pero creo que lo que Filipo está llevando a cabo va a producirnos daños mayores que los que hasta ahora hemos sufrido. Pues estoy viendo de qué modo la cosa se agrava, y aunque deseo equivocarme, me temo que el mal esté ya demasiado próximo.”

Desgraciadamente, ya no es posible conocer exactamente cuáles eran las circunstancias concretas en que fué pronunciado este discurso. No cabe duda de que Demóstenes lo revisó para su publicación, y así es como fué suprimido el pasaje en que formulaba su propuesta. Este pasaje consistía en la lectura de la respuesta que había que darle a cierta potencia extranjera.<sup>27</sup> Demóstenes advierte que los atenienses presentes en la Asamblea no están solos, y que deberán esperar, por tanto, que se celebre una segunda reunión antes de discutir cómo deben actuar.<sup>28</sup> Es fácil suponer que los no atenienses que están presentes son los representantes de la potencia extranjera a la que debe darse la respuesta; pero no sabemos de cuál se trata, y el problema ha originado hipótesis

muy contradictorias. Lo que sí está claro es que este discurso no va dedicado nada más a hablar malévolamente y en términos generales contra la política desarrollada por Filipo desde la paz (como creen bastantes críticos adversos); hay una situación determinada que está obligando a los atenienses a tomar medidas, y esta situación puede relacionarse de algún modo con la amenaza de una intervención de Filipo en el Peloponeso.<sup>29</sup> Demóstenes encuentra difícil formular la respuesta ateniense; evidentemente, ésta es la razón por la que, después de haber leído la respuesta que recomienda, exclama diciendo que aquellos políticos que han descaminado al pueblo con sus falsas explicaciones, haciéndose con ello culpables de las actuales dificultades, debieran ser llamados a cuentas.<sup>30</sup> En conclusión, señala a un solo hombre como culpable de todo: el discurso concluye con una poderosa invectiva contra Esquines. Aunque no hay ateniense que ignore lo ocurrido, Demóstenes está empeñado en que todos y cada uno de ellos recuerden quién fué el que los persuadió para que abandonaran la Fócida y las Termópilas; pues ahora que Filipo se ha adueñado de ellas, ha obtenido el dominio de la ruta que conduce al Atica y al Peloponeso.<sup>31</sup> En aquel tiempo, le hubiera resultado tan difícil cruzar el paso y llegar al Atica por tierra como llegar a ella por mar. El discurso termina con una alusión al inminente proceso de Esquines. Ya que los adversarios de Demóstenes han retrasado durante tanto tiempo el ajuste de cuentas, él escoge esta manera de preparar a la olvidadiza opinión pública para la batalla final ante el jurado, y de ejercer igualmente la presión suficiente para impedir otro aplazamiento.<sup>32</sup>

Este discurso nos permite otear las luchas de Demóstenes en el campo de la política interior, donde los asuntos están llegando finalmente al grado de madurez. El desgarramiento espiritual de Grecia es puesto en acu-

sado relieve por una nueva carta de Isócrates a Filipo que ha llegado hasta nosotros. En el preciso momento en que Demóstenes está haciendo desesperados esfuerzos para despertar al pueblo y hacer que abra los ojos ante la política de Filipo, Isócrates pide al rey que siga teniendo paciencia con Atenas, y habla desdeñosamente de ciertas personas que, incapaces de hacer ningún bien a su ciudad, sólo pueden sembrar la semilla de la desconfianza con respecto a las magnánimas intenciones de Filipo.<sup>33</sup> Le suplica que no se enoje, sino que se capte a Atenas haciéndole algunas concesiones. Y, en efecto, Filipo sugirió realmente que se revisara el tratado de paz —por lo menos formalmente— en el año 343, y unió a su ofrecimiento una enérgica protesta contra los agitadores. Era, sin embargo, decididamente adverso a las intransigentes exigencias de los partidarios de Demóstenes. Estos habían pedido nada menos que la devolución de las posesiones de Atenas.<sup>34</sup> Claro es que ya sabían que Filipo estaría muy lejos de acceder a esto. Pero si él creía que podía acallar a un adversario como Demóstenes concediéndole un pequeño éxito personal a expensas de las reclamaciones de Atenas, se estaba engañando a sí mismo. El proceso contra Esquines, cuyos discursos de ambas partes han sido conservados, agitó las más violentas pasiones. No hay documentos que evidencien más atrozmente la ferocidad de la justicia en la democrática Atenas del siglo IV que estos dos discursos que llevan el mismo título: *Sobre la falsa embajada*. El procedimiento judicial es un mero instrumento demagógico de ataque en una lucha política enteramente falta de caballerosidad; una lucha en la que se piensa que el fin justifica todos los medios imaginables. Aquí no se emplean paliativos para nada. Pero denotaría una falta imperdonable de juicio histórico el cargar la responsabilidad moral de este aspecto de la vida pública sobre los individuos que son

llevados de él y que lo emplean en beneficio propio. Ahí, en los tribunales, ante las excitadas masas de jurados, se entabla la verdadera batalla personal; una batalla entre los representantes de los principios que luchan por obtener la decisión; batalla de un tipo sistemáticamente prohibido en la Asamblea. Inmediatamente después del regreso de la embajada, Demóstenes había empezado su ataque contra Esquines, empleando el mismo método que el partido contrario había empleado recientemente con tanto éxito contra él, al impedir un cambio en la ley de los *teóricos*: envió a una persona llamada Timarco a presentar la demanda judicial. Pero al elegir a este intermediario, o más bien al fiarse tal vez de quienes pusieron el hombre a su disposición, cometió un grave error, pues Esquines contraatacó mañosamente provocando un tremendo escándalo moral al iniciar un proceso contra Timarco, al que acusó de depravación moral, con lo cual lo inutilizó completamente como acusador político. La vez siguiente, Demóstenes tuvo que actuar él mismo como demandante, a pesar de la evidente averción que sentía por ese tipo de procedimiento. El resultado no deja de ser interesante: Esquines fué abuelto. Pero la exigua mayoría que obtuvo mostró que Demóstenes estaba ganando terreno firmemente; y la autoridad de Esquines debió de tambalearse seriamente, luego que se puso nuevamente al descubierto el recuerdo de todos los acontecimientos demasiado humanos que condujeron a la paz. Poco antes, su colaborador Filócrates, con cuyo nombre se bautizó a la paz, había sido denunciado por Hipérides y había huído del país. El tribunal lo condenó a muerte. Sería una simpleza que dedicáramos hoy en día nuestro tiempo a tratar de decidir una vez más si estos hombres fueron culpables o inocentes, confiándonos a nosotros mismos el examen de los argumentos en pro y en contra. Demóstenes empeña estas batallas des-

piadadamente, bariendo con toda oposición a la idea de la guerra y poniendo en juego todos los recursos de una pasión desbordante con tal andanada de epítetos, que a cualquiera que se interpone en el camino de la enfurecida avalancha le aplica el nombre de traidor y se lo quita de en medio. Es inconcebible que Demóstenes hubiera podido adoptar a sangre fría estos epítetos contra sus adversarios. Forjó sus armas al calor de la poderosa obsesión que lo inspiraba; y si bien la pasión del conflicto lo lleva a emplear expresiones violentas y hasta aterradoras, está a pesar de todo muy por encima de sus contemporáneos por lo que toca al desinterés de sus motivos y a la fuerza de su devoción al fin único de salvar a su país.

Al juzgar la política de Demóstenes nos sale siempre al paso el problema crítico de si pudo o no haberse engañado. ¿Era realmente cierto, como él les predicó a los atenienses en la *Segunda Filipica*, que Filipo no podía por menos de ser hostil a Atenas, pues Atenas era el único adversario de peligro que tenía en Grecia? <sup>35</sup> ¿No estaba exagerando la importancia que Atenas pudiera tener para Filipo como factor político? ¿No es posible que la voluntad de paz manifestada por Filipo fuera del todo sincera? ¿No eran Demóstenes y los del partido antimacedonio de Atenas quienes procedían a actuar agresivamente cuantas veces se presentaba una oportunidad? En todo caso, esto era lo que creían sus adversarios, y tan sólo esto podría justificar la actitud de lealtad que mostraban con el conquistador, quien reforzaba persistente e insidiosamente la influencia moral que ejercía sobre los jefes atenienses mediante los vínculos de la amistad personal, pues a quienes no podía comprar con dinero los corrompía empleando su amabilidad y sus cualidades intelectuales. Esa gente no se daba cuenta de que las relaciones de Atenas con Filipo eran de

todo punto distintas de las del resto de los estados griegos, los cuales lo pasaban más o menos bien a pesar de haber sido aliados y vasallos suyos durante largo tiempo. Y claro, cuando a los adversarios de Demóstenes no les quedaba otra cosa que replicar, "Pues ¿qué podemos hacer?", es manifiesto que era el sentimiento de lo totalmente irremediable la razón fundamental de que se conformaran con esa dependencia a que la paz los había condenado aparentemente para siempre. A ellos les parecía que esta dependencia era más tolerable en forma de alianza entre iguales, que no en la de una sumisión coercitiva.

Demóstenes cree que esta capitulación es tan precipitada como ineptas fueron la inactividad y negligencia anteriores. Pues, en su opinión, defender lo propio es, para un estado, primariamente una cuestión de voluntad; y en la conducta de Filipo percibe una prueba de que no considera a Atenas igual que a los demás. Filipo atribuye acertadamente un valor más alto a su subordinación que a la de todos los demás aliados suyos, y se consideraría satisfecho con que ella se aviniera permanentemente a su nueva posición. En efecto ¿por qué está tratando tan denodadamente de mantener bajo su firme dominio a los vecinos de Atenas, si no es por razones de seguridad contra ella? Abrumadas bajo este dominio están ya la Grecia central y la meridional, pero sus manejos desde la paz son una prueba irrefutable de que ha resuelto extender su dominio sobre Grecia entera. Se han reanudado sus preparativos financieros y militares: ha aumentado la pequeña flota macedonia, las fortificaciones en las Termópilas han sido reforzadas y ha mandado tropas al Peloponeso, para estar seguro de la preponderancia de los estados aliados con él. Desde 343 ha puesto sus manos en la isla de Eubea, la cual domina, por su posición cercana a las costas del Atica,

las rutas del comercio ateniense; y ha estado tratando de captarse una tras otra las ciudades eubeas, provocando dificultades internas y enviando tropas para apoyar a los agentes pro-macedonios. Luego invade el Epiro, donde desposee al rey e instala en su lugar a su propio cuñado Alejandro. Desde allí, avanza hacia el sur a través de Acarnania y llega hasta el golfo de Ambracia, estableciendo así contacto con el Peloponeso por el oeste, sin atravesar el Atica. Pronto habrá de invadir la Tracia nuevamente, para someter a este país que limita con los Dardanelos atenienses. Está ya en buenos términos —tal vez hasta aliado secretamente— con el tirano Hermias de Atarneo, del lado asiático del Helesponto.<sup>30</sup> Parece inevitable que invada pronto el Quersoneso, donde la vieja enemistad entre Atenas y la ciudad de Cardia le dará en cualquier momento pretexto para intervenir. Sin embargo, el Quersoneso es la última posición marítima estratégica que Atenas no ha dejado escapar.

Cualquier política exterior positiva que llevara a cabo Atenas en aquel momento tenía que cumplir con dos tareas: en primer lugar, había que persuadir a aquellos griegos que todavía no estuvieran aliados con Filipo de que se aliaran con Atenas, con el fin de refrenar el avance del enemigo hacia el Adriático, por el oeste, y hacia Eubea, por el este; en segundo lugar, Atenas tenía que tomarle a Filipo la delantera en el Helesponto, protegiendo al Quersoneso hasta donde fuera posible. El momento parecía extremadamente favorable para tratar con los estados directamente amenazados por los más recientes ataques de Filipo. Por esto, Demóstenes fué a Corinto, Acaya y a varios otros estados al frente de una embajada; el terreno quedó, pues, preparado para las alianzas que se concertaron más tarde. En Eubea se había iniciado poco antes un movimiento contra la invasión macedonia, el cual empezó en Calcis, la ciudad

principal de la isla, cuyo caudillo político Calias se mantuvo desde entonces en estrecho contacto con Demóstenes. Por este tiempo, Demóstenes había conseguido también obtener una alianza con Megara. Atenas envió al Quersoneso, como refuerzo, un nuevo grupo de colonos, a quien iba a proteger militarmente un escuadrón al mando de Diopetes. Los recién llegados tuvieron una disputa con la ciudad de Cardia a propósito del terreno destinado a su colonia; y mientras Filipo estaba combatiendo en Tracia, Diopetes se echó repentinamente sobre territorio macedonio, en la costa de la Prepóntide, usando al Quersoneso como base. Cuando Filipo, como era de esperarse, envió una nota amenazadora a Atenas, la situación allí se puso tensa y estaba a punto de estallar. El partido macedonio exigió la destitución inmediata de Diopetes. Conservamos el discurso de Demóstenes sobre este incidente. En su discurso sobre la situación en el Quersoneso se opone enérgicamente a la destitución, apoyándose en que la disolución del cuerpo que está en el Helesponto dejaría a Atenas sin tropas con las que ayudar a Bizancio o proteger al Quersoneso, en el caso de que Filipo se aventurara a atacarlos después de haber subyugado a la Tracia. La conveniencia militar, pues, pasa ya absolutamente por encima de los escrúpulos diplomáticos. Poco después, Demóstenes pronuncia la más fuerte de sus *Filípicas*, la *Tercera*, obra de un alcance mucho más amplio que la ocasión que la motiva, y que despliega ante nosotros, en un vasto panorama, la significación entera de este momento histórico.<sup>37</sup>

Esta vez, la tarea más difícil de Demóstenes es lograr que el pueblo se dé cuenta claramente de que ya no es llamado a tomar una decisión final de gravedad casi insoportable, de que ya no tiene por qué esperar un ataque determinado o una declaración de guerra, sino

que la guerra está ya en plena marcha. Si las víctimas de Filipo no pueden ver esto por sí solas, él no se tomará nunca la molestia de anunciárselo.<sup>38</sup> Demóstenes pasa revista a las usurpaciones de Filipo, desde el tiempo de la paz hasta su reciente intrusión en el Quebracho, su ocupación de Eubca, su conquista de la Tracia y su intervención en el Peloponeso. En este sentido, y estrictamente hablando, no ha dejado de haber guerra desde el brutal avance de Filipo contra los focenses. inmediatamente después de la declaración de paz. Ahora, sin embargo, el problema ya no es el de encontrar simplemente la manera de ayudar al Quersoneso o a Bizancio, que se encuentran actualmente amenazados por Filipo. El problema es más bien afrontar el hecho de que toda Grecia se encuentra en grave peligro.<sup>39</sup>

El percatarse de esto implica tomar medidas para la defensa propia, aunque con ello deban descuidarse intereses ajenos. El poderío de Filipo se ha ido extendiendo año tras año, mientras los griegos no hacían nada para impedirlo. Durante las hegemonías ática, espartana y tebana, los estados emplearon todos los medios a su alcance para evitar que algunos de ellos extendieran su poder a costa de los otros; pero ahora que ha llegado el momento de ofrecer resistencia a Filipo, su voluntad parece paralizada. Cuando Demóstenes presenta su lista de las transgresiones de Filipo, incluye en ella los delitos cometidos por éste contra toda Grecia, y no sólo los cometidos contra Atenas; y la acusación que hace Demóstenes de indecorosa negligencia va dirigida a todos los griegos por igual, por su indecisión y por no haber percibido la comunidad de su causa. Consideran lo que está ocurriendo como si se tratara de una enfermedad, a la que debe permitirse seguir su curso, o de algún fenómeno natural, como una granizada, en la que se hacen rogativas para que caiga en la casa del vecino

y no sobre la propia. Muestra de qué modo el dinero de Filipo ha minado en cada ciudad todo poder de resistencia moral; revela la campaña subterránea contra los pocos hombres probos que se han mantenido apartados de la corrupción; e invoca la memoria de la antigua independencia e incorruptibilidad de los tiempos en que todos los griegos combatieron contra Persia en una guerra común de liberación. Ahora, como antes, los atenienses deben tomar la delantera; éste es el deber que su lugar en la historia deposita sobre sus hombros: deben poner en pie a la nación entera para un esfuerzo final que rompa sus ataduras y revele su verdadera condición en un arranque de abnegación y heroísmo. Los insta, por tanto, a que manden embajadas a todas partes para convocar a los griegos, para reunirlos, ilustrarlos y exhortarlos; pero lo que precisa por encima de todo es que ellos mismos tomen las medidas necesarias y cumplan de este modo con su deber.<sup>40</sup>

En esta exhortación al mundo griego entero, Demóstenes llegó a una etapa decisiva de su pensamiento político. En sus primeros discursos, había sido puramente el político práctico, el frío y calculador representante de los intereses de su estado. Estaba todavía enteramente enraizado en las tradiciones gubernamentales de Atenas, sin traspasar jamás los límites de su clásica política del equilibrio de poder para el interior de Grecia.<sup>41</sup> Pero al aparecer desde más allá de la frontera griega este nuevo enemigo poderoso, se vió obligado a adoptar un plan de acción distinto. Para la nueva situación, las viejas fórmulas de la política interior griega resultaron inadecuadas. Fué en este crítico momento cuando Isócrates se presentó de nuevo con su ideal del panhelenismo, como he mostrado al principio de este capítulo. Mirando muy por encima de las realidades presentes del mundo griego, que estaba irre-

parablemente despedazado, él tuvo la visión de una nación unida bajo la guía del rey macedonio. Esta idea no ha dejado de hacer mella en algunos historiadores con ideas modernas; ciertamente, la historia del siglo XIX se ha preocupado tanto por la unificación nacional de los pueblos que han sufrido durante siglos por causa de su irremediable disgregación, que no tiene nada de sorprendente que muchos investigadores hayan considerado a Isócrates el heraldo de un futuro mejor y el porta-estandarte de la idea de nacionalismo, mientras que Demóstenes parecía más bien representar típicamente el egoísmo del estado pequeño —mezquino y atrasado.

Sin embargo, y dejando enteramente a un lado las dudas teóricas sobre si el movimiento nacionalista de los tiempos modernos —que trata de reunir en un mismo estado a todos los individuos de un mismo pueblo— puede compararse propiamente a la idea griega del panhelenismo,<sup>42</sup> los investigadores han pasado por alto el hecho de que, después de la infortunada paz de Filócrates, toda la política de Demóstenes no fué sino una lucha sin paralelo por la unificación nacional. En este período, prescindió deliberadamente de todos los impedimentos propios del político que se preocupa exclusivamente por los intereses atenienses, y se dedicó a una labor más excelsa que la que proyectara jamás —o hubiera podido proyectar siquiera— ningún estadista griego antes que él.<sup>43</sup> A este respecto, bien se le puede comparar con Isócrates; pero queda todavía un importante punto de contraste. La diferencia consiste simplemente en que Demóstenes no consideró a esta “unificación” como una sumisión, más o menos conformada, a la voluntad del conquistador; por el contrario, exigía un levantamiento unánime de los griegos contra el enemigo macedonio. Su panhelenismo era el resultado de

una voluntad dispuesta a afirmar la personalidad nacional, deliberadamente opuesta a la entrega nacional enunciada por Isócrates —pues esto es lo que significaba en realidad el programa de Isócrates, por más que fuera representado románticamente como el plan de una guerra contra Persia bajo la dirección macedonia—. El adversario más fuerte al que Demóstenes se enfrentaba en su lucha por la lealtad de Grecia, era el derrotismo encubierto bajo el manto emocional de un patriotismo más elevado; de este modo, arrebatándole audazmente sus mismas armas espirituales, lo hirió precisamente en la médula. Como iba a demostrar el éxito de su llamamiento, él estaba en lo cierto al apreciar las efectivas posibilidades políticas que ofrecía un levantamiento verdaderamente nacional, ahora que se percibía la presión directa del enemigo. Desde los días de las Guerras Persas, la Hélade no había estado nunca seriamente amenazada desde fuera. Sus ciudades, pues, abandonadas a sí mismas, habían disfrutado de la holgura suficiente para asolarse unas a otras. En todo caso, esto es lo que debía parecer en aquel momento la historia griega anterior. Con esas fricciones mutuas no podía prosperar ningún sentimiento nacional. El único terreno en que podía prosperar era el de un peligro común y de una común oposición a un poderoso enemigo exterior. El enemigo y el peligro se habían presentado ya; y si los griegos tenían todavía un destello del sentido de independencia de sus antepasados, el destino que ahora se les echaba encima tenía que unirlos necesariamente. La *Tercera Filípica* es una potente proclamación de este tipo de panhelenismo;<sup>44</sup> y esto es enteramente obra de Demóstenes.

No es accidental que fuera en este arranque primario de la conciencia nacional, en la hora del supremo peligro, cuando la oratoria griega alcanzó su más alto

nivel. En la sinfonía de la *Tercera Filípica*, los temas de las otras *Filípicas* se entrelazan orgánicamente y se subordinan al nuevo tema principal. El nuevo y sorprendente poder de su elocuencia se alimenta de dos manantiales que en él convergen: el apasionado sentimiento natural de consanguinidad, cuya existencia misma estaba en peligro; y el ethos de un derecho moral tan incommovible, que jamás hubo exigencia política alguna que estuviera tan firmemente apoyada. Fueron estas dos ideas las que dieron tanta fuerza a la posición de Demóstenes. Para un político que representa meramente ciertos intereses especiales, la palabra no es más que un medio para la fría exposición de los hechos; pero en boca del campeón de la libertad, se convierte en el instrumento singular e irresistible que da forma al despertar del sentimiento de solidaridad panhelénica. En toda la historia no hay situación comparable a ésta, hasta el tiempo de las guerras napoleónicas, cuando todas las naciones de Europa luchaban por su independencia. La misión que Demóstenes emprendía, exigía una capacidad de realización absolutamente gigantesca; pues el pueblo griego no había estado haciendo de la preparación un fin en sí mismo, como hizo el enemigo durante años, y tuvo además dificultades en adaptarse espiritualmente a la nueva situación. En la *Primera Filípica*, el esfuerzo principal de Demóstenes iba encaminado a romper esta resistencia espiritual, y todo dependía del éxito que tuviese. La exposición de los medios técnicos y de las posibilidades de formar el rearme pertenecía a una fase diferente de la preparación; su lugar no estaba en un manifiesto en que se apelaba exclusivamente a la voluntad nacional. Podemos sostener, por tanto, como han hecho otros, que el poder de Demóstenes como político culmina en este discurso. Como sus primeros discursos contra Filipo, este es principalmente una obra

moral y espiritual. En el alma de Demóstenes, *ethos* y *pathos* constituyen ahora una alianza poderosa, que señala el inicio de una nueva era de expresión artística y espiritual en la historia del espíritu griego, era que culmina, simbólicamente hablando, con el estilo del altar de Pérgamo. La expresión poderosa y altamente apasionada que allí encontramos lleva el sello de esta lucha violenta. Sus imágenes profundas aparecen por vez primera en las esculturas de Escopas y, simultáneamente, en las *Filípicas* de Demóstenes. En la *Tercera Filípica*, el alma de la nación griega, que empieza finalmente a encontrarse a sí misma en la voluntad común, aunque no haya adoptado hasta entonces ninguna forma política, se refleja en palabras —no en frases patrióticas de un orador de festejos, infladas con las glorias de un gran pasado, sino en la imperiosa llamada del destino, que conduce al pueblo nuevamente lejos del choque sin designio de los intereses, y hacia una comunidad de acción y de sufrimiento.

## CAPITULO OCTAVO

### EL FIN

LA INVOCACIÓN a toda Grecia que hace Demóstenes en la *Tercera Filípica* prelude el resultado final. La fuerza tremenda de voluntad que en ella brilla es algo mágico, irresistible. Todavía hoy conmueve al lector en la quietud de su estudio y le enardece la sangre. Nos damos cuenta de que cuando esas palabras fueron discurso vivo, debieron de empujar a las masas con su fascinación y de hacer que el intelectual frío y el escéptico sintiesen el poder de su eficacia, a la cual tal vez la inteligencia podía resistirse, pero a la que hubiera sido tan vano oponerse como luchar contra el rayo y la tormenta. La verdadera fuerza de las palabras del orador no reside en su temperamento, sino en la *idea* que lo inspira. El huracán que invoca esta *idea tiene* que pasar; y este sacrosanto *tiene* excluye cualquier pensamiento político que se reduzca a las acostumbradas rutinas de la seguridad y del expediente. A pesar de que debemos suponer que las fuerzas de la oposición estaban entonces tan presentes como antes, y hasta que eran calladamente efectivas, el hecho extraordinario es que tuvieron todas ellas que escurrirse entre bastidores. Ni en la misma democracia ateniense existía ya una tal libertad de palabra que animase a la oposición contra Demóstenes. Los políticos puramente profesionales tuvieron que desvanecerse, en tanto que él, que tantas veces se había mostrado superior a ellos en su propio terreno, manifestaba ahora una grandeza de una dimensión muchísimo más

elevada, que lo convertía en el único capacitado para conducir al pueblo en este momento de su historia y para tomar decisiones en su nombre. Ninguno de los que se han sentido obligados a criticarlo después de saber lo que ocurrió, se hubiera atrevido a criticarlo entonces; nadie hubiera podido persistir en esta crítica sin alejarse enteramente de la comunidad del estado ateniense y de todo contacto con esa poderosa voluntad que, en la hora del destino, lo unía nuevamente.

Pero tampoco en otros lugares, además de Atenas, pudo el escepticismo neutral afianzar su planta. Pues, cual una verdadera tormenta, el movimiento que inició Demóstenes arrasó el país circundante, empezando por las vecindades inmediatas de Megara y la isla de Eubea, cuyas ciudades de Oreó y Eretria estaban bajo el dominio de Filipo. Primero se contrajo una alianza entre Atenas y Calcis; luego, en el verano y otoño de 341, fueron derribados los tiranos eubeos que habían estado gobernando con el apoyo de Filipo.<sup>1</sup> La *Tercera Filipica* había manifestado la queja de que el resto de Grecia dejara de cooperar. En la versión aumentada de este discurso, que ha llegado hasta nosotros junto con otra más breve (y yo creo que ambas son auténticas), Demóstenes habla de las embajadas que habrán de ser enviadas al Peloponeso, a Rodas y a Quíos, y hasta al rey de Persia, llamando a la resistencia contra el conquistador.<sup>2</sup> Los estados que se habían segregado cuando la Guerra Social —Quíos, Rodas y luego Bizancio, que era la más gravemente amenazada por el avance de Filipo en Tracia— fueron ganadas de nuevo a la causa ateniense, en parte gracias a los servicios de Hipérides.<sup>3</sup> Estos esfuerzos tuvieron lugar en el otoño e invierno de 341. El propio Demóstenes anduvo de ciudad en ciudad en el Peloponeso, y donde fracasara su embajada después de la paz de Filócrates, su elo-

cuencia alcanzó ahora su propósito.<sup>4</sup> No sólo se pasaron al bando ateniense Corinto y Acaya, sino también Mesenia, Arcadia y Argos, vasallos de Filipo. El tratado se concluyó formalmente en Atenas, en marzo del año 340. Hacía ya mucho tiempo que Esparta no contaba gran cosa; por consiguiente, Tebas, que después de Tesalia había sido el más leal de los aliados de Filipo, fué considerada como de la mayor importancia.<sup>5</sup> En estas cuestiones sólo era posible adelantar paso a paso, pero Demóstenes debe de haberse esforzado con denuedo por lograr su ambición predilecta: que las irreconciliables Atenas y Tebas se unieran en su programa nacional. No lo consiguió sino hasta el fin; pero una vez que se hubo ganado a Mesenia y a Arcadia, aliados peloponesios de Tebas, el objetivo se hacía menos remoto y su consecución con el tiempo era inevitable.

Las barreras de la envidia y el egoísmo que dividían a los estados griegos, iban cayendo ahora una tras otra; y el movimiento nacionalista, enardecido por la amenaza del enemigo y por la incitante elocuencia de Demóstenes, logró lo que durante siglos había parecido inconcebible. La grandeza verdadera de estos logros —por los que los ciudadanos atenienses honraron a Demóstenes con una corona de oro en las Dionisias de 340— fué debidamente apreciada por los historiadores antiguos.<sup>6</sup> No podemos por menos de establecer comparaciones entre esta larga y ardua lucha y la situación que prevalecía al principio de la Guerra del Peloponeso, cuando a una seña de Pericles se puso en marcha la tremenda maquinaria militar y financiera de Atenas y sus aliados. ¡Qué pobre resulta, por contraste, la Hélade unida de Demóstenes, y cuán apropiado su equipo material para la guerra! Y, sin embargo, qué conmovedor es el momento en que, por última

vez, ella se remonta por encima de su debilidad y de su vacilación, en una magnífica muestra de heroico valor; cuando la conciencia de su unidad política, que nunca fuera demasiado fuerte, alcanza finalmente su trágica culminación. El momento del despertar de los griegos es también el de su ruina nacional. Pero ¿puede esto impedirnos reconocer que el hombre que fué enviado al pueblo en esa hora, y que lo condujo hacia su destino, llevó a cabo con una rápida intuición de la absoluta necesidad de su acto una hazaña casi sobrehumana, que en un período ascendente hubiera puesto a cualquier otro estadista por las nubes?

Mientras en Grecia ocurrían estas cosas, Filipo estaba todavía en Tracia, donde la guerra lo mantenía totalmente ocupado. Para ganar tiempo, envió notas amenazadoras a Atenas, presentando sus agravios y declarando que obraba puramente en defensa de sus derechos, mientras, por otro lado, acusaba a sus adversarios de ser los agresores que violaban los derechos ajenos. Pero, si consideramos la velocidad con que el movimiento de Grecia iba ganando terreno, estas cuestiones no importaban mucho; todo el mundo sabía que era ridículo disputar sobre incidentes cuando existía ya un estado de guerra. A Filipo no dejaría de sorprenderle encontrar a la voluntad griega de independencia victoriosa en todas las ciudades, y era demasiado buen político para menospreciar este nuevo adversario intangible. Podía darse cuenta de que a los aliados griegos no les sería difícil enviar una fuerza armada tan grande como la suya propia, o cuando menos ligeramente inferior; podía ver también que, teniendo ante sí a la idea de libertad, iban a contar con un aliado imponderable pero poderoso.<sup>7</sup> Filipo tenía la ventaja de ser invulnerable mientras permaneciese en Macedonia; esto le permitía elegir el momento propicio para

la batalla decisiva. Mientras tanto, estaba naturalmente expuesto a la piratería y al bloqueo del poder marítimo enemigo; pero sus nervios eran suficientemente buenos para soportar esta prueba de paciencia sin descomponerse. Más difícil le resultaba determinar precisamente el sitio donde debiera tener lugar el encuentro decisivo. En el mar, era inferior a los griegos; y la actitud de sus aliados de la Grecia central era tan oscura, que resultaba extremadamente dudoso que pudiera trasladar en seguida hacia el Atica a su ejército de tierra. No parecía probable que pudiera inducir a los tebanos a juntarse con él en una campaña contra todos los demás estados griegos, y puramente en beneficio de Macedonia; ni que le permitieran siquiera marchar a través de la Beocia.<sup>8</sup>

Demóstenes suponía que Filipo atacaría alguno de aquellos puntos fuera del Atica en los cuales era más fácil poner a Atenas en apuros; es decir, o bien los Dardanelos, o bien el Bósforo, hacia donde Filipo estaba precisamente a punto de abrirse paso con su expedición de Tracia.<sup>9</sup> El Quersoneso estaba bastante bien protegido por los colonos atenienses y por un cuerpo de tropas al mando de Cares. Así, pues, era fácil prever que Filipo evitaría esta región del Helesponto y que atacaría directamente las ciudades griegas del Bósforo, particularmente Bizancio. Apoderándose de estas ciudades, conseguiría el dominio de la salida del Mar Negro, con lo cual cortarían el aprovisionamiento de granos de Atenas y descabalaría su comercio. Demóstenes tenía que impedir que esto se convirtiera en un nuevo Olinto. Aunque Bizancio había sido hasta entonces muy dueña de sí misma, y había enderezado siempre su política contra sus competidores atenienses, se echó ahora en brazos de Atenas por pura desesperación, y Atenas no podía hacer otra cosa que prestarle

su apoyo sin reservas. Al mismo tiempo, Demóstenes confiaba en que, si Filippo se apoderaba de toda la costa europea del mar de Mármara, el imperio persa, que ocupaba el lado asiático, se alarmaría tanto que prestaría ayuda activa; pues aun cuando no hubiera hasta entonces tomado interés alguno en estas cuestiones, el nuevo frente de Filippo lo amenazaba ahora manifiestamente. Los espías de Demóstenes lo habían informado de un acuerdo militar secreto entre Filippo y Hermias de Atarneo, quien reinaba del lado asiático del Helesponto como vasallo de Persia. En la *Cuarta Filípica*, en 341, Demóstenes había ya insinuado la esperanza de que las noticias de esta conspiración llegaran a oídos de los persas, y de que esto los llevara pronto a unirse a Atenas en la guerra contra Filippo.<sup>10</sup> Pero había exagerado la visión política del gobierno persa, por más que era bien fácil ver lo que la situación exigía. Durante años, Persia había tenido bastante que hacer con sus propios problemas, y había dejado que los griegos se las entendieran solos mientras ningún daño directo amenazara sus fronteras. Pero precisamente este daño se hacía ahora inminente, pues Filippo envolvía la fortaleza de Perinto, sobre el mar de Mármara, e iniciaba su sitio. Como ésta era la última etapa en el camino hacia Bizancio, los bizantinos y el sátrapa persa Arsites ayudaron enviando tropas y provisiones a Perinto. Los asaltos de Filippo fueron en vano. Finalmente, hubo de reconocer su error; dejando atrás una guarnición, procedió a atacar a la misma Bizancio.<sup>11</sup> Durante el viaje, logró capturar una flotilla de barcos mercantes atenienses, y como no era posible en modo alguno dejar a Bizancio en la estacada, Atenas declaró abiertamente la guerra y mandó un cuerpo auxiliar a Bizancio bajo el mando de Foción. La defensa fué heroica. Aunque Filippo se empeñó hasta el máximo,

le fué imposible tomar la ciudad y se vió finalmente obligado a abandonar sin resultados su campaña de los estrechos.<sup>12</sup>

La terminación de esta primera etapa de la guerra constituyó un gran triunfo para la política de Demóstenes, especialmente en comparación con las deficiencias de los griegos en la época del primer ataque de Filipo contra Olinto; pues para impedir entonces la caída de Olinto no se necesitaba más de lo que ahora se empleó para evitar la de Bizancio. Sin embargo, tan pronto como se paró el ataque de Filipo contra el Bósforo, Persia dejó de interesarse por completo en la guerra de los griegos. Esta fué una gran desventura; a un estadista de gran visión como Demóstenes debió de llevarlo al borde mismo de la desesperación. Inmediatamente después, Filipo se fué a combatir a sus vecinos bárbaros del norte, sobre la frontera de los Balcanes. Esto era tal vez lo más hábil que pudiera haber hecho para que sus enemigos se sintieran seguros, pues lo mantenía ocupado. Y si realmente iba a haber una guerra en serio entre Macedonia y los griegos, entonces parecía mejor, desde el punto de vista persa, dejar que se agotaran el uno al otro, que no aventurar ninguna intervención más en estos asuntos. Cinco años después, el imperio persa pagó con su caída la culpa de esta actitud. No es menester que hagamos conjeturas sobre cuál hubiera sido el curso de la historia en el caso de que Persia hubiese seguido ahora su antigua tradición, y, en cambio, como en tiempos de Alcibiades y de Conon, se hubiese puesto resueltamente del lado de Atenas y sus confederados. Si hubiese visto el peligro plenamente, hubiera sido bien capaz de crearle a Filipo serias dificultades aliándose con los griegos. El peligro lo había ya observado Demóstenes en la *Cuarta Filípica*: "Si los persas nos abandonan y algo nos ocurre a

nosotros, nada le impedirá a Filipo atacar al rey persa.”<sup>13</sup> Pero el persa no tuvo la inteligencia para percatarse de esto, y, por tanto, dejó de aprovecharse de todas las verdaderas oportunidades que pudiera haber tenido. La Hélade tuvo que sostener completamente sola la lucha por la libertad, y la llevó a cabo con plena conciencia de la significación y de la necesidad interna de esta decisión; mientras que los bárbaros, torpemente inertes, se hacían los desentendidos ante el destino que se les venía encima.

La campaña norteña de Filipo dió tiempo a Demóstenes para completar el reaime de Atenas. Fué nombrado dictador de armamentos con poderes extraordinarios —un nuevo cargo, por virtud del cual llevó a cabo una reorganización de las *simmorías* para la dotación de los barcos de guerra—. De este modo, la verdadera carga cayó sobre los trescientos contribuyentes más ricos. Sus recursos financieros fueron exprimidos al máximo; y hasta el remanente de la tesorería del estado y los fondos presupuestados para edificios públicos fueron utilizados para fines de guerra.<sup>14</sup> Es difícil que imaginemos las dificultades que hubo que superar en política interior. Las clases propietarias de Atenas se habían opuesto siempre a la guerra. Vencer su resistencia era una de las tareas más duras de Demóstenes. A un hombre sin su reconocida incorruptibilidad y su impecable patriotismo, le hubiera resultado imposible. Los tremendos sacrificios que impuso sobre los hombres de dinero nos hacen recordar los mejores períodos de la historia ateniense. Llegó el momento en que no solamente iban a tener dinero, sino que lo iban a pagar, como Demóstenes había dicho una vez en su discurso *Sobre las Simmorías*; y el mismo hombre que había insistido entonces en que no debía obtenerse un solo centavo de los ricos para una nueva guerra inútil

contra un enemigo puramente presunto, conseguía aprobar medidas de una severidad draconiana, ahora que el enemigo verdadero estaba a las puertas. Hasta la vieja petición de las *Olintíacas*, de que las masas renunciaran al dinero del teatro, fué puesta entonces en vigor a pesar de su impopularidad.<sup>13</sup>

Evidentemente, no hay explicación más falsa o más parcial de las medidas fiscales adoptadas por Demóstenes para conseguir que pagaran los grandes propictarios, que considerarlas simplemente como una cuestión de política partidista. Dos años antes, en la *Cuarta Filípica*, Demóstenes había acometido ya firmemente los problemas sociales.<sup>10</sup> Lo cual estaba completamente de acuerdo con sus ambiciosas demandas nacionales; él mismo había proclamado claramente esta conexión desde el comienzo. Si la próxima guerra iba a estar al cuidado de una sola clase, fuera rica o pobre, Atenas estaba perdida. Demóstenes debe de haber reconocido en su interior que su ilimitada fe en la buena *Tyche* de Atenas y de Grecia no podía quebrantar de pronto la íntima reserva de ese círculo social próspero y cultivado, al que la política clasista oficial había apartado bruscamente del estado desde hacía mucho tiempo. Tenía que contentarse con que cada cual cumpliera con su deber y nadie tratara de eludirlo. Pero lo que realmente quería Demóstenes era algo más elevado. Había llegado un gran momento histórico; y él confiaba en que eso afectaría a las dos clases hostiles de tal modo que le permitiría cubrir con un puente el abismo que las separaba, gobernar imparcialmente y unir a todos los elementos del pueblo en la ambición única de olvidar el resentimiento social y dedicarse con devota lealtad a la causa del país. Aunque mucho se había pensado y escrito sobre el estado verdaderamente *justo* y su estructura ideal, nada había salido de ello sino

teorías e ideales. Y, sin embargo, la desintegración interna había adelantado tanto que, para que Atenas pudiera confiar en resistir la gran prueba de la guerra, era menester que aquellos ideales fueran puestos en práctica de un modo u otro. La hora de la *nación* había llegado, y la fuerza que trajo consigo no dejó de promover la realización de lo que hasta entonces había parecido posible sólo en la etérea vaguedad de la utopía filosófica. El programa de política interior de la *Cuarta Filípica* es testimonio del nuevo espíritu de sacrificio social, que encontró su expresión en la política financiera al comienzo del período de guerra. Por esto, bien merece el examen sistemático de que no ha sido todavía objeto.

Mientras tanto, Filipo aguardaba la oportunidad favorable de intervenir en los asuntos griegos, de modo que pudiera tener una excusa para invadir la Grecia central; pues sólo mediante una gran victoria en tierra podía confiar en librarse de esta situación más bien embarazosa, evitar el verse envuelto permanentemente por la flota ateniense, y decidir, posiblemente de un solo golpe, el resultado de la guerra. Para este fin, lo mismo que en 346, utilizó la Amfictionía délfica. El hecho es que ocurrió, tal vez bajo provocación oficial, que el delegado de Atenas fué insultado allí por los representantes de los locrios, quienes eran aliados de Filipo. Esto originó actos de violencia entre los locrios y la población de Delfos; y el Sagrado Consejo de los Pilágoras decretó que se tomaran medidas militares en contra de los locrios. Este decreto fué aprobado virtualmente bajo la instigación del propio delegado ateniense, quien era nada menos que Esquines.<sup>17</sup> Por dejar su honor a salvo, quisiéramos suponer que quiso en esta ocasión demostrar nuevamente la lealtad de sus sentimientos; por cuanto, después de servir como delegado

en el Consejo Déléfico que siguió a la paz de 346, había sido acusado de conducta antipatriótica. Pero, aunque así fuera, debió de cegarle su deseo de representar una vez más un papel destacado, pues del decreto de los Pilágoras sólo podía resultar esto: que Filipo fuera llamado a ejecutarlo. Cuando se estaba leyendo el informe de Esquines en la Asamblea de Atenas, Demóstenes se levantó excitadísimo y gritó: "¡Estás trayendo la guerra dentro del país, Esquines! ¡Una guerra amficciónical!" Atenas se negó a ratificar el decreto, pero ya era demasiado tarde. Filipo penetró con su ejército en la Grecia central, y Atenas se enfrentó entonces repentinamente a la necesidad de dar la batalla en campo abierto. Demóstenes había prevenido insistentemente contra esto en su *Tercera Filípica*, basándose en que los atenienses no estaban a la altura de los macedonios en cuanto a operaciones militares.<sup>18</sup> Había tratado entonces de hacer ver que el arte de la guerra se había refinado mucho desde la de Decelea, durante la cual los atenienses habían seguido la estrategia de Pericles, dejando que el enemigo invadiera el país mientras ellos concentraban todas sus energías en la defensa de la ciudad. En tiempos de la *Tercera Filípica*, esto hubiera sido tanto como echarse de cabeza al abismo. Es digno de notarse que Demóstenes, al apreciar en la *Tercera Filípica* los posibles resultados de una guerra con Filipo, había invertido exactamente su anterior estimación del discurso *Sobre las Simmorias*, donde se vislumbraba una posible guerra con Persia. Lo que hace más notable el contraste es la manera como emplea el mismo par de conceptos para caracterizar la guerra en cada uno de estos discursos: ἀγών, la simple prueba de habilidad militar; πόλεμος, la guerra en sentido estricto. En la época del completo agotamiento financiero de Atenas, después de la Guerra Social, Demóstenes había

aconsejado en contra de la lucha con Persia, aun en el caso de que, en sus aspectos militares, el encuentro se limitara al caballeresco ἀγών que, según sus oficiales declaraban entonces, Atenas era perfectamente capaz de resistir. El vió, en efecto, que toda guerra auténtica requeriría barcos, dinero y, además, territorio. Por el tiempo de la *Tercera Filípica*, sin embargo, la situación de Atenas había mejorado. Demóstenes había creído entonces que la manera más fácil de entendérselas con Filipo era mediante la "guerra" en el sentido propio, es decir, bloqueando al enemigo y perturbándolo de otras maneras a lo largo de sus costas; en un ἀγών, en cambio, donde el resultado tiene que decidirse en campo abierto, los atenienses no eran adversarios dignos del ejército macedonio, con toda su adelantada técnica militar. Su mejor política, por tanto, había consistido en evitar una batalla con Filipo y mantenerlo embotellado en su propio país. Bien es verdad que, desde el tiempo de la *Tercera Filípica*, se habían concertado varias alianzas y que el poder de Atenas había sido considerablemente reforzado. Pero la exclamación de Demóstenes al llegar las noticias de Delfos<sup>19</sup> prueba que mantiene todavía firmemente la opinión expresada en la *Tercera Filípica* y que, por tanto, la temeraria actuación de Esquines lo ha dejado hondamente preocupado. Más tarde insinuará que Esquines obró entonces pagado por Filipo, con el fin de que la marcha de éste hacia la frontera ática pudiera producir la caída del régimen antimacedónico de Atenas, y con ello la rápida e incruenta terminación de la guerra. Como quiera que fuera, la cosa no resultó así. Con la velocidad del rayo, Filipo ocupó Elatea, en la frontera beocia, amenazando con ello directamente a sus propios aliados tebanos, quienes durante cierto tiempo no se habían mostrado dignos de su confianza. En una descripción incomparablemente dramática y conmo-

vedora de su discurso *Sobre la Corona*, Demóstencs ha conservado el recuerdo de este terrible momento en que Atenas se vió amenazada por el pánico y la disolución.<sup>20</sup> La noticia fué revelada en medio del opresivo silencio de la Asamblea, y cuando el heraldo preguntó: “¿Quién desea tomar la palabra?”, nadie se levantó, ni político ni militar. Entonces Demóstenes avanzó hacia la tribuna y explicó al pueblo sosegadamente que esta hora tenía que llegar; no había tiempo que perder. Atenas estaba menos en peligro que Tebas; por tanto, aconsejaba inmediatamente una alianza a los tebanos, por si ellos querían afiliarse definitivamente al bando ateniense. Recomendó, además, que se mandasen a la frontera todos los hombres capaces de llevar las armas, para reforzar la resolución de los tebanos mejor dispuestos frente a sus adversarios pro-macedonios. El mismo fué a Tebas como emisario, venciendo todas las dificultades que ofrecía la tradicional hostilidad de los tebanos hacia Atenas.<sup>21</sup>

Aquí terminaba la política y decidían las armas. Después de unos pocos encuentros victoriosos, los griegos (y entre ellos Demóstenes, quien sirvió como un hoplita común) pelearon y perdieron la batalla de Queronea frente al ejército de Filipo, acerado por tantas largas guerras sucesivas. Los viejos adversarios de Demóstenes, Esquines y Foción, le reprocharon que no hubiese buscado la muerte en la batalla. En efecto, éste hubiera sido un final adecuado para la vida de un héroe, y ciertamente le hubicra ahorrado a Demóstenes muchas cosas. Pero, si bien es cierto que apretó los dientes y cumplió con su deber de soldado tan bien como cualquiera de sus conciudadanos, su heroísmo no era del tipo de los que hubieran buscado la muerte a toda costa en Qucronca. Demóstenes estaba fanáticamente dedicado a su ideal y este ideal no le permitía morir gloriosamente mientras existiera todavía la más ligera posibilidad de verlo reali-

zado. El hecho de que él, que había exigido siempre una calma inexorable en la apreciación del peligro, fuera incapaz, aun ahora, a despecho de su sentido de la realidad, de abandonar la creencia en esta posibilidad, como en un milagro, es lo que constituye precisamente la forma de *su tragedia*. Pero ¿cómo hubiera podido ser de otro modo, si los largos años de su enconado esfuerzo por alcanzar este único objetivo quedaban anulados de repente por el resultado inconcebiblemente rápido de la batalla?

Después de la derrota, los atenienses emprendieron la fortificación de sus murallas. Se habían resignado a sufrir un sitio, y Demóstenes prestó sus energías y su fortuna a este problema inmediato, tan simbólico de su existencia toda a partir de este momento. Ocupó su lugar junto a la *polis* y decidió defenderla hasta el máximo. Suponía que Atenas iba a correr la misma suerte que Olinto. Pero la cosa realmente trágica era que el íntimo poder de resistencia del pueblo estaba quebrantado. Es casi inconcebible que los atenienses de este tiempo hubieran llegado a tomar estas últimas, desesperadas medidas de defensa. No es que no estuvieran preparados para un sitio, sino que realmente preferían un cambio de caudillos, como una manera menos costosa de obtener esos benévolos términos de paz que Filipo había tenido muy pronto la habilidad de declararse dispuesto a conceder. En todo caso, así como castigó a la desleal Tebas, Filipo perdonó a la “descarriada” Atenas. Naturalmente, no podía tener ningunas ganas de manchar su victoria empleando la fuerza contra el mantenedor de las gloriosas tradiciones de la Hélade. Muy pronto habría de ir a Corinto, donde proclamaría solemnemente el establecimiento de una Confederación griega bajo la dirección macedonia. ¿Iba a edificar esto sobre las humeantes ruinas de la metrópoli de la cultura griega? Si

Atenas, salvadora de los griegos, iba a ser borrada del mapa, ¿qué sentido hubiera tenido para ellos la expedición a Persia que Filipo estaba proyectando, la cual no tenía otra justificación histórica que la de un acto de vindicta contra los bárbaros por haber destruído precisamente a Atenas? De hecho, la parte más difícil de su programa para la política griega era la de asignarle a Atenas un lugar dentro del plan, pues esto no tenía que hacerse por la fuerza bruta. Era más bien un problema psicológico, que requería el mayor tacto; y el discernimiento de Filipo al percatarse de que este problema no podía resolverse prontamente, sino que necesitaba ser atendido pacientemente durante un largo período, nos da una buena idea de su sagacidad política.

Para los historiadores de la vieja escuela, la historia griega termina al perder los estados griegos su libertad política. La consideran como un proceso concluso, que se eleva hasta su heroico fin en Queronea. Los modernos investigadores han substituído esta concepción por otra más amplia, haciendo de este momento mismo el comienzo del período en que la civilización griega llegó verdaderamente a influir en el mundo entero, o sea la llamada Epoca del Helenismo. Desde este punto de vista, Queronea se convierte en un incidente insignificante, y toda la obra de Demóstenes a lo largo de su vida en una innecesaria interrupción de la irresistible marcha del destino. La personalidad de Filipo, o sea el hombre que fué el instrumento que llevó a cabo esta providencia, se remonta entonces a una estatura gigantesca; su contorno humano queda difuminado y confundido con la sombra del propio espíritu universal y su cabeza roza las nubes mientras su paso majestuoso rebasa pueblos y tierras. En cambio, todos aquellos que se sintieron llamados a resistirle quedan reducidos a la menguada categoría de míseros pigmeos. Entre éstos se encuentra Demóstenes. Ni

que decir tiene que no fué un político; pero ¿fué siquiera un patriota? El eminente Droysen, autor de la *Geschichte des Hellenismus*, planteó una vez esta cuestión ante un infortunado candidato en un examen doctoral; y ciertamente, quedó muy sorprendido al ver que los buenos sentimientos de este pobre delincuente se rebelaban ante la idea de deleitar al gran profesor con un claro y despiadado *no*, y que se aventuraba a declarar que Demóstenes había sido un ardiente patriota, aunque luego dejara a la omnisapiencia de Droysen el ramadantino veredicto final sobre el talento político del orador.<sup>22</sup> Es innegable que se ha producido un cambio sorprendente. Debemos considerarlo el resultado inevitable de un deslizamiento de la perspectiva; pero hoy en día, tenemos la obligación de haber adelantado lo suficiente para ver que las perspectivas nunca son absolutas. Considerado desde el período posterior, Demóstenes es un episodio fugaz en la marcha hacia el cosmopolitismo y el imperio mundial; y nadie negará que, en esta dirección, el genio griego demostró ser capaz de realizaciones todavía más grandes, mientras que, si se hubiese mantenido en su previa forma de existencia, se hubiera agotado gradualmente. Pero ¿no es sorprendente que estas mismas personas que subrayan tan vigorosamente la necesidad histórica de este proceso, no hayan visto la necesidad de una personalidad como la de Demóstenes, y el heroísmo que ella trae consigo? ¿Será ello debido a que, si bien son perfectamente capaces de concebir la dinámica necesidad de los acontecimientos materiales de la historia, no perciben, en cambio, con suficiente claridad la necesidad orgánica, cuyas raíces se encuentran en la estructura espiritual de los organismos históricos?

Desde que empezó en la Hélade una civilización más elevada, el estado-ciudad griego no sólo había dado vida al marco externo de esta civilización, sino que había

determinado hasta la forma clásica de la existencia intelectual y moral de los griegos en tanto que seres humanos. Después de fines del siglo v, empezó a perder su vigor, y este proceso se manifestaba, para los hombres de más honda visión de la época, en muchos síntomas de decaimiento interno. Nadie pintó con más trágicos colores que Demóstenes el contraste entre el presente y el gran pasado de Grecia. Pero cuanto más vívido se les ofrecía este pasado a él y a los más avisados de sus contemporáneos, y no como un simple recuerdo histórico nebuloso, sino como la forma interna misma y la substancia de su ser, tanto menos podían pensar en abandonar sumisamente la estabilidad externa del estado ciudad al primer peligro que lo amenazara desde fuera. Esto no era en modo alguno cuestión de mayor o menor previsión del futuro, sino de defensa propia, de su sentido de la libertad y de la fuerza de su voluntad. Pues si alguna potencia no griega, ya fuera Persia o Macedonia, iba a realizar el dominio mundial, la forma típica del estado griego sufriría con ello la muerte y la destrucción. Esto podía pasarle por alto a un racionalista ático como Isócrates, pero no a un hombre con sangre en las venas como Demóstenes, que tocaba con los pies al suelo. Demóstenes creyó que el estado-ciudad era la *conditio sine qua non* de la existencia helénica, y como tal lo defendió. Su pensamiento político tuvo por ello un objetivo fijo. Desde su punto de vista, el pensar más allá de este objetivo no hubiera significado mayor previsión, sino más bien una traición a sí mismo y a la substancia misma de la vida política griega; y quien no creyera esto tan apasionadamente como lo creía él, era o un degenerado, o un imbécil lamentable, pero no ciertamente un gran espíritu que se adelantara a su tiempo.

Es imposible que el historiador moderno no tome partido al contemplar la lucha en que Demóstenes se

consume. El período entero se resquebraja, y la hendidura penetra igualmente en nuestras propias almas. La libertad griega ha caído, y sobre sus ruinas se levanta el nuevo mundo del helenismo. Este, con su carácter supranacional, su cultura y su religión cosmopolitas, su liberación del espíritu de las ataduras del suelo, del regionalismo, hasta del nacionalismo, se ha convertido en el prerequisite básico para la religión universal del cristianismo, así como para la filosofía y la ciencia universales, sin las cuales nuestra cultura actual no hubiera podido surgir. Pero los griegos pagaron esta ganancia en aliento espiritual con la pérdida de su tradicional substantialidad, de las raíces de su existencia nacional y de la armonía de su cuerpo y de su alma. Concedido que el tiempo estaba entonces maduro para este desenvolvimiento, el cual capacitó por vez primera a Grecia para enriquecer al mundo entero; y que la cultura griega nos llegó por vez primera en esta forma universal. Y, sin embargo, cuanto más conscientemente nos empeñamos en dar una expresión intelectual y política a nuestro propio carácter nacional, tanto más emparentados nos sentimos con la Grecia del período anterior. La lucha de Demóstenes es inmortal, aunque luchara por una nación mortal. Sólo cuando están acercándose a su fin, se produce en las grandes formas de sociedad esa íntima conciencia y esa voluntad de autoconservación que les permite seguir influyendo en la humanidad aun después de su caída, mediante una suprema cualidad espiritual que no puede adquirirse de otro modo. Esta, en verdad, es casi una ley del espíritu humano; y esto es lo que ocurrió con la forma clásica del estado griego: la *polis*. Hasta el momento de su mayor peligro no encontró su forma espiritual permanente: filosóficamente, en la *República* y las *Leyes* de Platón; políticamente, en los discursos de Demóstenes.

Pero volvamos a la historia. Quien hubiese estado persuadido de que la hegemonía macedónica conduciría a la unificación interna de los griegos, habría sufrido una decepción. Filipo rodeó a Atenas con cuatro guarniciones macedónicas situadas a respetable distancia, y dejó todo lo demás al cargo de sus partidarios y agentes en las ciudades. Estas tenían ahora, ciertamente, una aparente autonomía. Esta vieja fórmula de la Paz de Antálcidas era de preferencia de los griegos, y Filipo se la concedió prontamente. Pero el garante de esta autonomía tenía que ser la propia Macedonia: si alguna vez se produjera una insurrección o revolución en las ciudades, ella tenía el derecho de exigir que se cumpliera la alianza. Esta era, esencialmente, la base del nuevo régimen en la Hélade. Muy pronto después de su victoria, Filipo convocó delegados de todos los estados griegos para una asamblea en Corinto, en la cual se dió al nuevo sistema una forma constitucional permanente. Allí tomó en cuenta las ideas de Isócrates, aunque por supuesto en beneficio de Macedonia. Filipo no llegó a anexionarse Grecia, pero cuidó de que todos los estados de la península ingresaran en una alianza que estuviera enteramente bajo su dominio. Los ideales de Isócrates fueron también objeto de cierto reconocimiento en la declaración de propósitos de esta alianza, solemnemente proclamada en el momento de su fundación; en efecto, la primera resolución aprobada por el Sinedrion fué la declaración de guerra contra Persia.<sup>23</sup> La diferencia estaba en que esta guerra de conquista, apasionadamente presentada como una guerra de venganza, no era considerada como Isócrates hubiera querido, es decir, como un medio de unir a los griegos, sino que era puramente un instrumento del imperialismo macedónico. Filipo se había dado buena cuenta de que no podía lograr el dominio mundial, y menos aún conservarlo, sin la ayuda

de la cultura griega. Empleando este utensilio, le dió una nueva significación histórica. Pero aunque el pueblo griego vino de este modo a representar un papel de una influencia única como difusor de cultura y, en este sentido, como heredero del imperio macedónico, dejó políticamente de pertenecer al rango de los países libres, a pesar de que Filipo se abstuviera de convertir formalmente a la Hélade en una provincia macedónica. Los mismos griegos se daban cuenta de esto. Externamente, los estados-ciudades "autónomos" mantuvieron sus relaciones con Macedonia en un plano suficientemente estricto de rectitud. Internamente, este fué un tiempo de sorda presión y latente desconfianza, presta a inflamarse al menor signo de estremecimiento o de debilidad que manifestara el dominio extranjero de Macedonia —pues como tal era considerada generalmente su vigilancia—. Este penosísimo estado de cosas continuó mientras quedara alguna esperanza. Sólo cuando se extinguió el último rayo de esperanza y cuando el último levantamiento terminó en desastre, se estableció finalmente la calma sobre Grecia: la calma del sepulcro.

Durante este tiempo, Demóstenes estaba políticamente aislado. Se necesitó valor para confiarle el *Discurso Fúnebre* dedicado a los caídos en Queronea. Pero, aunque la autenticidad del discurso que ha llegado hasta nosotros bajo este título ha sido defendida recientemente con argumentos nuevos, a la luz de varios detalles significativos, nosotros no reconocemos en él al verdadero Demóstenes.<sup>24</sup> La fuerza de su alma parece haber sido en cierto modo paralizada. A partir de entonces, vióse obligado a ceder el campo de la actividad pública a su viejo antagonista Esquines. ¡Pero consideremos qué clase de vida pública era esa! Representar en ella un papel principal no hubiera podido ya darle satisfacción alguna. Sólo cuando Esquines intentó rehacer el pasado, con-

templándolo desde un fúnebre presente (e inició con ello una controversia sobre el tema del juicio definitivo de la Historia respecto de Demóstenes, que ha durado hasta nuestros propios días), sólo entonces Demóstenes se irguió nuevamente por encima de la angustia de su íntima lucha con la brutal realidad, y salió nuevamente en defensa de sus actos. Ctesifón había propuesto que se concediera a Demóstenes una corona de oro, y Esquines lo había procesado por esta proposición. Entonces Demóstenes, presentándose ante el tribunal en defensa de Ctesifón, puso su mano sobre la corona que su adversario esperaba arrebatarle bajo la protección de las armas macedónicas. La situación es tremendamente simbólica. Lo mismo que el discurso de acusación de Esquines pasa revista en toda su extensión a la política de Demóstenes, así también el discurso de éste *Sobre la Corona* es inevitablemente una defensa de todo lo que hizo desde el comienzo mismo de su carrera política. Han transcurrido ya varios años desde la muerte de Filipo y del sangriento episodio durante el cual el joven Alejandro reprimió el primer gran levantamiento de los griegos. Desde el Asia, a donde el joven conquistador ha conducido juntos a macedonios y a griegos en el torbellino de su avance, llegan románticas noticias de victorias griegas sobre los persas y del derrumbamiento del imperio de los Aqueménidas. Los griegos escuchan con asombro, pero en el fondo permanecen despreocupados. Lo que está ocurriendo allá tan lejos no les importa nada. Pero cuando en Atenas, después de un largo aplazamiento, llega la vista del juicio de Esquines contra Ctesifón, toda Grecia presta oído atento y la gente acude de todas partes del país a presenciar este gran espectáculo, al que se ha llamado la batalla de los oradores, y que es mucho más que una batalla de palabras. Aquí, en el plano ideal de la histo-

ria, en la acusación y la defensa, se desliza de nuevo ante su apasionada inquietud el proceso de su funesta tragedia.

Nuevamente pasan ante ellos las escenas del drama, todas ellas vigorosamente discutidas. Nuevamente resucita con la fuerza y la pasión de las *Filípicas* la Pnix tanto tiempo silenciosa, y ahora impregnada de tragedia. Antaño la gran pregunta era: *¿Qué debemos hacer?* Esto se ha deslizado ahora al pretérito: *¿Qué debiéramos haber hecho?*<sup>25</sup> La nueva pregunta es todavía más difícil de contestar, pues ahora el problema es aceptar un destino que ha sido decidido ya en contra de quienes lo eligieron. Demóstenes describe la difícil situación con que se enfrentó al principio de su actividad como estadista: la acumulación de peligros, la confiada actitud de los griegos, la venalidad y la cobardía de los caudillos. Y fué él quien ocupó su lugar en el frente político y quien trató de promover un cierto sentimiento de lo que Atenas se debía a sí misma.<sup>26</sup> ¿Fué esto un error? ¿Debía acaso haberse puesto también ella en la misma laya de los tesalios y los dólopes, y ayudar a que Filipo realizara sus planes?

“Dime, Esquines: ¿qué tenía que hacer nuestra ciudad cuando vió que el propósito de Filipo era establecer sobre los griegos su tiránico dominio? ¿Qué podía yo haber dicho o propuesto como consejero de Atenas, . . . sabiendo que desde los primeros tiempos hasta el día en que subí por vez primera a la tribuna, nuestra patria se había empeñado siempre por la supremacía, el honor y la fama; . . . viendo como veía que al propio Filipo, contra quien luchábamos nosotros, lo incitaban la soberanía y el poder de tal modo que por ellos sufrió la pérdida de un ojo, la fractura de la clavícula, quedó lisiado de una mano y una pierna, y habría sacrificado gustoso todos los miembros de su cuerpo con tal de que

el honor y la fama fueran suyos para el resto de su vida? Y ciertamente que nadie se atreverá a decir que ese hombre criado en Pela, que era entonces un pequeño villorrio insignificante, fuera a abrigar en su alma ambiciones tan desmedidas como para concebir el afán de dominar a toda Grecia; mientras que vosotros, atenienses, que tenéis presente en cada palabra que escucháis y en todo lo que contempláis la memoria de la virtud de vuestros antepasados, habríais de envileceros de tal modo que pudiérais rendir voluntariamente a Filipo vuestra libertad. Nadie dirá tal cosa. Lo único que se podía hacer, y lo que era necesario hacer, era oponerse con justicia a todas sus injusticias. Esto fué lo que hicisteis desde el principio, como era debido y conveniente, y yo fui quien lo propuso todo el tiempo, mientras actué en política. Y ahora lo sostengo. ¿Qué otra cosa debía haber hecho? Te lo pregunto a ti, Esquines."

El estadista es libre de tomar decisiones mientras permanece activo como agente volitivo, aun cuando las circunstancias reduzcan su volición a ciertos límites definidos. Esta es una opinión que Demóstenes ha expresado con frecuencia en las *Filípicas*. Pero el tiempo transfigura la incertidumbre del presente en la rígida e inalterable certeza del pasado. Hay un momento en que se le presentan al hombre cara a cara, como cosas de la historia, sus propias voliciones y acciones anteriores; entonces las considera necesarias, y como partes del curso entero de los acontecimientos, en los cuales se vió envuelto como sujeto volitivo. Esta translación del imperativo al pretérito, esta transformación proyectiva del plano del mandato ético al de la inevitable necesidad de los acontecimientos, es la metamorfosis que Demóstenes lleva a cabo con su propia vida y obra en el discurso *Sobre la Corona*. En el drama de las *Filípicas* ha tomado una parte activa; en el discurso *Sobre la Corona*

es como el héroe que infringe las reglas del teatro sobreviviendo a la catástrofe, y revive entonces su tragedia retrospectivamente. Ve cómo asoma el destino que tenía que heredar desde su primera entrada en escena.<sup>27</sup> Ve el poder inexorable del pasado, el cual ha impedido que él pudiera, en tanto que hombre de estado ateniense, entregar sumisamente el ancestral prestigio de su patria a un adversario considerado hasta entonces con escaso respeto. Pero Demóstenes ha aprendido también a hacerles sentir a sus oyentes la grandeza demoníaca del adversario, con la admiración de un odio auténtico, hazaña que ningún historiador ha tenido jamás la consumada fuerza poética de llevar a cabo.<sup>28</sup> Nuevamente percibimos ese sentido de la omnipotencia de la *Tyche*, que anduvo presente en cada momento de los grandes discursos cruciales. Pero esta no es la diosa que flota como en una esfera, y alarga su mano a los mortales para que se cojan de ella con renovada esperanza; es más bien esa “insensata *Tyche*” que encontramos en las tragedias de Eurípides, la *Tyche* que frustra con su inconstancia todo el ingenio del hombre.<sup>29</sup> Pero no todo el discurso está en este tono. Traza el desenvolvimiento entero de Demóstenes: su juventud y sus días escolares, su vida cívica, sus sacrificios por el estado, su ardiente amor por Atenas. Azota las costumbres de la época y la corrupción de los políticos. El viejo odio abrasador alcanza nuevos niveles de fuerza deformadora, hasta llegar a lo grotesco. Esquines queda fulminado con sus rayos —el mismo Esquines, que había provocado este último debate con la confiada esperanza en que su más penetrante visión gozaría de un tardío triunfo, y que vería a Demóstenes al fin caído, refutado por la propia historia. Pero aunque Atenas era impotente frente al poder del conquistador macedonio, conservó su independencia de criterio y declaró que no había historia alguna que pudiera refutar

a Demóstenes. Así, pues, en el momento mismo en que el rey de los persas perdía en Arbela la batalla y el imperio frente a Alejandro, Demóstenes aparecía como vencedor ante el tribunal popular de Atenas y recibía la corona, mientras que su adversario abandonaba Atenas para siempre.

Pero la tragedia no había terminado, aunque así lo supusiera Demóstenes en su discurso *Sobre la Corona*. Los destinos que encontramos en la vida real siguen con frecuencia un curso más lento que los del teatro. No hay cosa más terrible que esta morosa enfermedad interna a la que interrumpen constantemente nuevas ráfagas de esperanza. Cuando Harpalo, tesorero mayor de Alejandro, se escapó con el rico botín de Asia y buscó refugio en Atenas, pareció que había una oportunidad, la primera desde la muerte de Filipo, de organizar una insurrección por toda Grecia mientras el conquistador estaba ocupado en su campaña oriental. Después de las primeras negociaciones, Demóstenes vió que el proyecto era insensato, y se peleó por causa de él con sus viejos camaradas. Como consecuencia, éstos lo atacaron con terribles difamaciones y lo procesaron. Fué encarcelado, pero escapó y vivió en Egina como exilado durante varios años. Luego, al morir repentinamente Alejandro en la flor de su edad y levantarse Grecia nuevamente por última vez, Demóstenes ofreció sus servicios y regresó a Atenas. Pero después de alcanzar unas pocas victorias brillantes, los griegos perdieron a su admirable comandante Leóstenes en el campo de batalla. Su sucesor fué vencido en Cranon, como quien dice en el aniversario de Queronea. Entonces los atenienses capitularon y, bajo la presión de las amenazas macedonias, se resignaron a condenar a muerte a los caudillos de la "rebelión". Los viejos camaradas de Demóstenes, Hipérides e Himereo, fueron capturados por los macedonios y ejecutados

en Cleonas. El, sin embargo, había entretanto buscado asilo en el altar del templo de Poseidón de la pequeña isla de Calauria. Allí fué rodeado por los espías del enemigo y se mató con una dosis de veneno que había tenido escondida en su estilo.

De este modo llegó por fin a su término apropiado la heroica pero infortunada lucha de toda su vida. En el verdadero sentido, su vida fué un todo. Había estado dominada por un supremo ideal, un ideal que ya no atraía a todos sus contemporáneos, pero al que era absolutamente incapaz de renunciar: el de su pueblo, el de su país, el de su libertad. En él manifestó por última vez el espíritu griego el poder latente de este ideal. ¿Cómo podríamos dejar de maravillarnos ante esta fuerza tenaz de voluntad, que ningún mero destino pudo quebrantar? La contemplamos todavía en la extrema tensión de sus rasgos en el gran retrato con que Atenas, cuarenta años después, lo honró para toda la eternidad. Está ennoblecido por su grandeza de espíritu y vitalizado por el fuego interno de la gran pasión que lo poseía. Pero está más ennoblecido todavía por la consagración del sufrimiento, cuya sombra se expande sobre el nervioso semblante, tan profundamente surcado por la inquietud.

## APENDICE

## EL DISCURSO DE ISÓCRATES EN FAVOR DE LOS PLATENSES Y LA SEGUNDA CONFEDERACION

LA FECHA del discurso de Isócrates *En favor de los platenses* no puede ser determinada con exactitud; su *terminus post quem* es la destrucción de Platea, acontecimiento que Diodoro (xv 46, 6) sitúa en el año 374-3, y Pausanias (ix 1, 8) en 373-2. No hay ningún argumento convincente que pueda resolver este muy debatido problema. El discurso ha sido objeto recientemente de una investigación por parte de G. Mathieu en su libro *Les idées politiques d'Isocrate* (París, 1925), p. 87. Mathieu insiste acertadamente en que, a pesar de que el discurso es puesto en boca de un ciudadano de Platea después de la destrucción de la ciudad, se trata realmente de un folleto político, lo mismo que otros discursos de Isócrates, y que no es menester que fuera destinado a ser pronunciado ante la Asamblea ateniense o el Sinedrion de los aliados en una auténtica discusión de los asuntos tebanos, como dice el discurso mismo. El *Nicocles* y el *Archidamus* constituyen paralelos suficientes.

Pero Mathieu va más allá, pues se apoya en esto para cambiar la fecha del discurso, tratando de encajarlo en los antecedentes de la conferencia de la paz de Esparta de 371, sobre la base de que muchas de las opiniones políticas que Isócrates expresa en él parecen relacionarse con las ideas que encontramos en el discurso

de Calístrato en aquella conferencia (Jcn. *Hell.* vi 3, 10 ss.) Con esto no puedo estar de acuerdo. Me parece que, en conjunto, Mathieu va demasiado lejos en su intento sistemático por poner a Isócrates lo más posible en contacto directo con la política activa, como si fuera difícil pensar que el *rhetor* no tomara una postura personal ante cada una de las situaciones culminantes de la marcha política. Mathieu, como ya he dicho, espera encontrar en el discurso *En favor de los platenses* una exposición de las ideas personales de Isócrates sobre la situación que se debatía en Esparta en 371; esto le permite referir a Isócrates la política de Calístrato durante la conferencia de paz de Esparta. Tampoco creo que esto sea correcto. Isócrates no es en modo alguno un político activo, en el sentido en que esto puede decirse de Calístrato y, más tarde, de Filipo de Macedonia; y tengo la impresión de que el esfuerzo por trazar como una línea continua la evolución política de Isócrates, desde el *Panegyricus* hasta el *Plataicus*, parece tener pocas probabilidades de éxito. El programa original de unificación panhelénica en una expedición contra Persia, elaborado en el *Panegyricus*, es completamente visionario; la posición del *rhetor* en el *Plataicus* expresa de un extremo a otro la política particularista de Atenas, normal en tiempos de la Segunda Confederación. No hay ningún camino real que lleve del uno al otro. Además, todo intento por relacionar el *Panegyricus* con el programa de la Confederación y sus fundadores, está inevitablemente condenado al fracaso. De nada servirá que pasemos por alto todas aquellas ideas del *Panegyricus* que están en desacuerdo con la política de la Confederación, mientras destacamos aquella única parte del discurso —la pretensión de Atenas a la supremacía marítima— que da la casualidad que encaja con ella.

Cuál fuera la relación que Isócrates tuviera con los hombres directivos de la Confederación, lo muestra más que nada el valioso informe del autor de las biografías de los diez oradores (Pseudo-Plut. 837 C): ... Τιμόθεος ὁ Κόνωνος, σὺν ᾧ καὶ πολλὰς πόλεις ἐπῆλθε συντιθεὶς τὰς πρὸς Ἀθηναίους ὑπὸ Τιμοθέου πεμπομένας ἐπιστολάς ἔθεν ἐδωρήσατο αὐτῷ τάλαντον τῶν ἀπὸ Σάμου περιγενομένων. Mathieu (p. 84) no debiera objetar como lo hace a que estos viajes de Isócrates se fecharan en el año 365, en vez de situarlos como hacen Drerup y Münscher en el tiempo correspondiente al principio de la Segunda Confederación. Estos viajes, en efecto, no pueden separarse del tiempo de la expulsión de los samios, con el que el Pseudo Plutarco los relaciona explícitamente. Que el *Plataicus* fué también escrito por encargo, ya casi no puede ser más claro. Esto es lo que lo distingue fundamentalmente de la ideología retórica del *Panegyricus*, con su mezcla de lo grandioso y lo irreal. La elaboración del discurso está destinada a servir a una situación política bien concreta: la que produjo la arbitraria destrucción por los tebanos de la ciudad beocia de Platea “en medio de la paz” (o sea la paz de 374), y la solicitud de auxilio que los platenses presentaron a Atenas, donde encontraron asilo los emigrados. Sería tanto como volver todas las cosas al revés el suponer que, simplemente por el hecho de que Isócrates consideraba a Tebas un obstáculo para la unidad griega, ya decidió meter las manos en este asunto, imprimiendo de este modo a la política confederada de Atenas el pliegue antitebano que condujo a la paz de 371. Esto es precisamente lo que ocurre si seguimos a Mathieu y consideramos el discurso *En favor de los platenses* como parte de una campaña destinada a poner en práctica el programa planteado en el *Panegyricus*.

Por el contrario, puede hacerse ver que el *Plataicus*

debió de haber sido escrito muy poco después de la destrucción de Platea, y que es un error pensar que Isócrates esperara unos años más y luego recurriera a la ficción de una queja contra Tebas provocada por aquel desafuero; por cuanto, por ese tiempo, la primera indignación se había desvanecido ya probablemente, mientras que otro problema mucho mayor ocupaba la atención: el problema de la unión del estado beocio, el cual fué precisamente el motivo que provocó de hecho la retirada de Tebas de la conferencia de paz de 371. El *Plataicus* no se ocupa de la posición de Tebas en el congreso de todos los estados griegos, sino de su situación dentro de la Confederación ateniense luego de haber violado sus obligaciones como miembro de la misma. Esta es una cuestión puramente interna. Y aunque los atenienses se sienten ya cada vez más alarmados por los esfuerzos que hace Tebas por asegurarse la tutela política de las ciudades beocias, no existe todavía el temor de que Tebas se atreviera a retirarse de la Confederación en caso de que se la llamase a cuentas por el incidente platense. Cuando Isócrates menciona esta posibilidad (de la que se aprovecharán los políticos protobanos de Atenas para recomendar una actitud indulgente hacia Tebas), lo hace solamente para mostrar que no merece la pena de ser tomada en serio (*Plat.* 33-38). No es nada probable que esta hubiera podido ser todavía la actitud de la delegación ateniense al dirigirse a Esparta en 371. Por el contrario, Calístrato estaba ya por aquel entonces firmemente decidido a echar a Tebas por la borda en caso de que, durante la conferencia de paz, corriera peligro de naufragar el proyecto de unión del estado beocio.

Por este tiempo, la forzada unificación de Beocia por Tebas estaba considerablemente más adelantada que por el tiempo del *Plataicus*. En 371, como refiere Jenofon-

te (*Hell.* vi 3, 1), no sólo era ya un *fait accompli* la destrucción de Platea, sino que además los habitantes de Tespias habían sido echados de su ciudad por Tebas. Con todo, en *Plat.* 9, Isócrates nos dice meramente que, en la época del discurso, Tebas había forzado a los tespianos y a los tanagrenses εἰς τὰς Θήβας συντελεῖν. Este era el primer paso hacia el fin de su independencia, pero en modo alguno se habían convertido en ἀπόλιδες, como Jenofonte caracteriza su situación al principio de las negociaciones de paz de 371. Es más, *Plat.* 13 presupone que por el tiempo de la caída de Platea había aún una guarnición lacedemonia en Tespias, para la protección de sus habitantes contra Tebas. La política de Calístrato, la cual condujo al abandono de Tebas en la conferencia de paz de 371, no tomó realmente una forma definida sino hasta que se produjeron los acontecimientos de Platea, y al principio no consistió sino en una firme resolución de no apoyar ninguna acción violenta de parte de Tebas.

Esta determinación encuentra su expresión en el *Plataicus*, y es evidente que la obra fué escrita con la idea de allanarle el camino, lo mismo en Atenas que en los círculos confederados. Como sea que la fundación de la Segunda Confederación no había acercado para nada la implantación de los ideales panhelénicos de Isócrates, sino que más bien los había alejado, no tuvo él motivos de sentirse insatisfecho con este nuevo papel que lo puso en contacto por vez primera con la política activa del estado ateniense. Es tentadora la conjetura de que el honor de esta misión le fuera procurado por su amigo y discípulo Timoteo. Si así fuera, habría cierta probabilidad en la declaración de Diodoro de que la destrucción de Platea ocurrió en 374-3, bajo el arcontado de Socrátides; por cuanto en noviembre de 373 se celebró en Atenas el juicio de Timoteo, a consecuencia

del cual fué destituido del puesto de comandante en jefe. El detallado relato que hace Isócrates de las hazañas y la caída de su discípulo (*Antid.* 101-139), muestra, aun después de transcurridas dos décadas, cuán hondamente le afectó este golpe. No es de suponer que hubiera sentido, inmediatamente después de los hechos, inclinación alguna por escribir para Calístrato, quien en el momento crítico se había manifestado enemigo de Timoteo.

NOTAS

## NOTAS AL CAPITULO PRIMERO

<sup>1</sup> Karl Julius Beloch, *Griechische Geschichte* III 1, 2ª ed., §§ xiii-xiv. Naturalmente, mi intención no es discutir el cuerpo entero de la bibliografía sobre Demóstenes.

<sup>2</sup> Una apreciación más justa y comprensiva de Demóstenes es la que da Pickard-Cambidge en *The Cambridge Ancient History* VI (1927), pp. 221 ss.

<sup>3</sup> En las obras históricas de F. Curtius, K. J. Beloch y Édouard Meycr, así como en *The Cambridge Ancient History*, que trata principalmente de la historia política, esta concepción se abre camino hasta la superficie, y se dedica en ellas un cierto número de párrafos a proporcionar una perspectiva transversal de la evolución intelectual y espiritual. Pero así como los famosos capítulos que Mommsen dedica a la historia cultural en su historia de Roma cumplen bien su cometido, el tratar a la cultura como un mero apéndice cuando nos ocupamos de historia griega es enteramente imposible. El desarrollo interior del espíritu griego forma una unidad sustancial con el destino de la nación. Esto es más cierto que nunca en el siglo iv, aunque éste sea el período en que la política hace los mayores esfuerzos por especializarse. Pero esto hace más evidente todavía la interconexión.

<sup>4</sup> Friedrich Blass, *Die attische Beredsamkeit* III 1 ("Demosthenes"), 2ª ed. (Leipzig, 1893). Esta obra es de una importancia fundamental para todas las cuestiones relativas a la forma retórica. Si bien no aborda el problema de la forma en el sentido más profundo del término, la razón de ello es que juzga demasiado a Demóstenes de acuerdo con una escuela retórica posterior, ya rígidamente esquematizada, y valora sus discursos con normas de este tipo.

<sup>5</sup> Esto, y no simplemente el esfuerzo por completar el material o por añadir algo a la literatura anterior (v. g., Hellanicus), es la razón profunda de que se inserten las llamadas *Pentecontaetia* en Tucíd. I 89-118.

<sup>6</sup> Tucíd. I 73-78.

<sup>7</sup> Tucíd. I 75, 3: ἐξ αὐτοῦ δὲ τοῦ ἔργου κατηναγκάσθημεν τὸ πρῶτον προαγαγεῖν αὐτὴν ἐξ τούτου, μάλιστα μὲν ὑπὸ δέουσι, ἔπειτα καὶ τιμῆς, ὕστερον καὶ ὠφελείας. Esto está subrayado por lo que sigue. Isócrates ofrece una plausible simplificación del pensamiento de este pasaje de Tucídides en *Areop.* 6: διὰ τὸ δεδιέναι... ἐπρώτευσαν τῶν Ἑλλήνων. Su pensamiento está lleno de ideas de Tucídides, a pesar de encontrarse, en conjunto, tan distante de él.

<sup>8</sup> Tucíd. I 77, 6.

<sup>9</sup> Cf. mi *Paideia* I, p. 406 ss (ed. del Fondo de Cultura). Esto es claramente un *vaticinium ex eventu*. La desaforada conducta de Pausanias para con los demás griegos, en su actividad fuera de Esparta después de la Guerra Persa, a la que se refiere el orador, ha sido ya traída a colación en relación con Lisandro y sus huestes, y los excesos de éstas después de la Guerra del Peloponeso.

<sup>10</sup> Jen. *Hell.* II 2, 19.

<sup>11</sup> Jen. *Hell.* II 4, 30.

<sup>12</sup> Jen. *Hell.* III 5, 8-15. Ignoro si alguien ha observado hasta ahora el hecho del completo paralelismo entre este discurso y su *leitmotiv*, y el discurso del ateniense en Tucíd. I 77, 6. Este paralelismo no puede por menos de ser deliberado. Para mencionar un ejemplo nada más, podemos señalar el modo como Jenofonte conecta su historia con el episodio de los melios en Tucíd. V 84-115, al tratar de la inminente caída de Atenas en *Hell* II, 2, 10. Aunque esto no se vea en la formulación general de Jenofonte en el § 10, la sección inmediata anterior previene cualquier malentendido; pues ahí se refiere expresamente a la nueva colonización de los melios por Lisandro. Cuando, a renglón seguido, Jenofonte atribuye a los atenienses el temor de que caiga sobre ellos el destino de los melios, su insistencia en este cambio de papeles es, inequívocamente, una referencia al argumento de los melios en Tucíd. V 90, según el cual los atenienses debían, por su mismo bien, dejar que reine la equidad, pues podrían ellos mismos encontrarse fácilmente en análoga situación (πρὸς ὑμῶν οὐχ ἦσαν τοῦτο ὄσω καὶ ἐπὶ μεγίστη τιμωρίᾳ σφαλέντες ἂν τοῖς ἄλλοις παράδειγμα γένοισθε). Esta profecía se cumple ahora. De estas observaciones podemos concluir que Jenofonte considera a su obra como una continuación de la de Tucídides en algo más que el simple hecho de que enlaza con ésta en un punto determinado del tiempo. Es evidente que en

tales pasajes Jenofonte se ha esforzado por conseguir una unidad con Tucídides, no sólo en la descripción de los acontecimientos, sino, además, en su actitud interna. Esto presenta a nuestra consideración un grave problema: ¿hasta dónde se mantiene apegado al espíritu de Tucídides en este esfuerzo por darle sentido a su tema? ¿En qué otros lugares se revela este esfuerzo? ¿Y hasta dónde era posible que Jenofonte lograra este propósito?

<sup>13</sup> Jen. *Hell.* III 5, 10.

<sup>14</sup> Cf. Tucíd. I 69, 1; II 8, 4; V 9, 9.

<sup>15</sup> Tucíd. I 20, 2. Es bien sabido que, según la opinión prevalecte, este pasaje, lo mismo que la *archaologia* entera en que aparece, pertenecen a las primeras porciones de la obra de Tucídides. Para una sugestión distinta cf. mi *Paideia* I, p. 398. Me propongo volver sobre este problema en otro lugar y con mayor extensión.

<sup>16</sup> Es sorprendente el modo como nuestras fuentes antiguas pasan por alto el problema económico de la liquidación de la guerra. Que el sostener una guerra cuesta dinero, era tan sabido en Grecia como lo es hoy. Además, el hecho de que las guerras surgen de causas económicas fué reconocido desde el principio. Pero, en la época clásica griega no existía el principio de las reparaciones, por el cual el vencedor hace al vencido económicamente responsable. Por esto, la situación económica después de la Guerra del Peloponeso tiene un carácter enteramente distinto del que nos llevarían a suponer las analogías modernas. Desde el momento mismo en que se concluyó el tratado, Atenas pudo dedicar todas sus energías naturales al problema de la reconstrucción.

<sup>17</sup> Tucíd. II 65, 12-13.

<sup>18</sup> Tucíd. III 82-84.

<sup>19</sup> Los grandes estadistas atenienses son criticados en *Gorgias* 503c y, más particularmente, en 515c ss., 518b-519a. En relación con Sócrates, considerado como "el único verdadero estadista", véase *Gorgias* 521d; en relación con "los verdaderos políticos", 521a. Cf. mi *Paideia* II, pp. 152-195.

<sup>20</sup> Cf. mi *Paideia* I, pp. 336 ss., sobre los safistas y la crisis del estado. El sofista estudiado en mi texto es el llamado Anonymus Iamblichii, descubierto por F. Blass, *Kieler Universitätsprogramm*, 27 de enero de 1889. El texto puede buscarse en H. Diels, *Die Fragmente der Vorsokratiker* II. Existe un valioso comentario de Richard Roller: *Untersuchungen zum Anonymus*

*Iamblichus* (*Diss.* Tubinga, 1931). Cf. especialmente el capítulo 7 (*Diels*) sobre la εὐνομία considerada como la base de la vida privada y de la vida de la comunidad. Es interesante notar el modo como el autor subraya la importancia de la autoridad civil en relación con la estabilidad económica y el retorno de la confianza económica. Propondemos más bien a agudizar el contraste entre esta actitud y el esfuerzo de Platón por establecer una base puramente ideal para las leyes, operando de dentro afuera; pero la conexión entre la economía y el estado debe haber sido por entonces un problema candente. Hasta el autor, que escribe en dialecto dorio, de los Διῶσοι λόγοι (I, 8) (*Diels, Vors.* II, 5ª ed., p. 405), muestra de qué modo la guerra ha conducido a problemas éticos enteramente nuevos, y hace expresa referencia a la victoria de Esparta.

<sup>21</sup> Cf. mi "Die griechische Staatsethik im Zeitalter des Plato" (1924). (Este artículo fué reproducido sin alteraciones en *Die Antike* X, 1934).

<sup>22</sup> βίος ξενικός καὶ τῆς πολιτικῆς κοινωνίας ἀπολελυμένος (*Arist. Pol.* VII 2, 1324a 16). ἀποδιδόναί ἄν τις τι παρὰ τοῦ λάβῃ que es la justicia entera según el viejo y rico Céfalo (*Platón, Resp.* 331b-c), es característico de la actitud del meteco con respecto a sus obligaciones sociales.

<sup>23</sup> Platón *Epístola VII*, 326a-b. La expresión λέγειν ἡναγκάσθη que se lee en este pasaje, no alude a las conocidas formulaciones escritas de la misma idea que aparecen en la *República*, sino a comunicaciones orales. Cf. *Gnomon* IV (1928), p. 9.

<sup>24</sup> Esta concepción del movimiento moral e intelectual que empezó con Sócrates y Platón ha sido establecida sólo recientemente. Aun en la gran obra de Wilamowitz sobre Platón (1919), los experimentos políticos de Platón eran considerados como simples episodios del proceso de su vida; y es bien característico que un historiador como Beloch se ocupe de Platón tan sólo en el sucinto capítulo dedicado al desarrollo de la ciencia, y no penetre en la *República* ni en las *Leyes*. El carácter efímero de toda esta disección de papeles, que corta los tejidos vivos de la historia, debería parecer suficientemente claro en nuestros días. Cf. E. Barker, *Greek Political Theory* (1925), así como mis propios estudios "Die griechische Staatsethik im Zeitalter des Plato" (1924, reeditado en *Die Antike* X, 1934), y "Platos Stellung im Aufbau der griechischen Bildung"

(*Die Antike* IV, 1928), especialmente los §§ 2 y 3. Naturalmente, es imposible dar aquí cuenta completa de toda la labor que se ha hecho sobre estos temas.

<sup>25</sup> Los fragmentos de las tragedias del tirano Dionisio están reunidos en Nauck, *Tragicorum Graecorum Fragmenta*, 2ª ed., 1889, p. 793. Cf. el frag. 4: ἡ γὰρ τυραννὶς ἀδικίας μήτηρ ἔσθι.

<sup>26</sup> Cf. *Die Antike* X, pp. 11 ss. Tucídides pone de manifiesto de diversas maneras la íntima contradicción que existe en la vida del estado de su tiempo, por razón de su vano esfuerzo por identificar el poder con el derecho. Esta es, verdaderamente, una de sus ideas básicas. Cf. especialmente el diálogo entre los atenienses y los melios en Tucíd. V 84-115.

<sup>27</sup> Cf. Gomperz, "Isokrates und die Sokratik", en *Wiener Studien* XXVII (1905), pp. 163 ss., y XXVIII (1906), pp. 1 ss.

<sup>28</sup> Véanse los fragmentos del *Olympicus* en Diels, *Vors. II*, frag. B 7-8a. Cf. con A 1, 4.

<sup>29</sup> Cf. la crítica de la dominación de Esparta en Isoc. *Paneg.* 110 ss.

<sup>30</sup> Cf. Teopompo en el libro trece de las *Philippica* (*F. Gr. Hist.*, frag. 105 Jacoby) y la nota *ad loc.* II D, pp. 374-375.

<sup>31</sup> No hay duda de que el *Panegyricus* de Isócrates, en tanto que trata exclusivamente de las pretensiones de Atenas de participar en el manejo de la política de Grecia, tiene cierta importancia como representación de los sentimientos de toda la generación que fundó la Segunda Confederación, y no tan sólo de individuos como Timoteo, discípulo predilecto de Isócrates. El *Panegyricus* trata no sólo de presentar del modo más favorable los servicios históricos que Atenas ha prestado a la Hélade, sino también, y muy significativamente, de desarmar cualquier crítica que se haga de la Atenas del período de la Guerra del Peloponeso. Cf. Georges Mathieu, *Les idées politiques d'Isocrate* (París, 1925), p. 74. Mathieu cree que el *Panegyricus* debiera ponerse en relación directa con los propósitos de la Segunda Confederación; y Wilamowitz (*Aristoteles und Athen* II, pp. 380 ss.) no se anda con rodeos al hablar del *Panegyricus* como si fuera simplemente el "programa" de la Confederación. Pero esto no resistirá un examen cuidadoso. Cf. mi apéndice "El discurso de Isócrates *En favor de los platenses* y la segunda Confederación", donde he señalado la diferencia entre Isócrates como hombre de ideas e Isócrates como instrumento de los políticos activos.

<sup>32</sup> Cf. el gran discurso de Calístrato en favor de una política

de entendimiento mutuo, pronunciado en la conferencia de la paz de Esparta (Jen. *Hell.* VI 3, 10 ss.).

## NOTAS AL CAPITULO SEGUNDO

<sup>1</sup> Cf. Platón *Resp.* I 329c.

<sup>2</sup> Cf. la detallada atención dedicada a la juventud de Demóstenes y a los testimonios antiguos referentes a ella por Arnold Schaefer, en *Demosthenes und seine Zeit* I, pp. 235 ss., y por Friedrich Blass, en *Die attische Beredsamkeit* III 1, 2ª ed., pp. 10 ss.

<sup>3</sup> Sobre los tutores, véase *Demost. Aphob.* I 4. Sobre el denigrante epíteto de "escita", véase Esquines III 172, y Dinarco *Adv. Demosth.* 15.

<sup>4</sup> Sobre el testamento de Aristóteles, véase *Diog. Laert.* V 11-16, particularmente el § 13: ἐπιμελεῖσθαι δὲ τοὺς ἐπιτρόπους καὶ Νικάνορα, μνησθέντας ἐμοῦ, καὶ Ἐρπυλλίδος... τῶν τε ἄλλων καὶ ἐὰν βούληται ἄνδρα λαμβάνειν, ὅπως μὴ ἀναξίω ἡμῶν δοθῆ. En *Demóstenes, Phorm.* 8, encontramos un término análogo al del testamento del viejo Demóstenes, quien concede la mano de su mujer a un hombre designado para el caso de su muerte: ἐπειδὴ τοίνυν ὁ Πασίων ἐτετελευτήκει ταῦτα διαθέμενος, Φορμίων οὕτως τὴν μὲν γυναῖκα λαμβάνει κατὰ τὴν διαθήκην τὸν δὲ παῖδ' ἐπετρόπευεν. Esta disposición se parece, además, a la del viejo Demóstenes en que, según ella, el segundo marido se convierte simultáneamente en el tutor de los hijos.

<sup>5</sup> *Demóst. Aphob.* I 11.

<sup>6</sup> *Demóst. Aphob.* I 7.

<sup>7</sup> El inventario de las propiedades y el balance fueron revisados y sometidos a crítica por Buermann en el *Neue Jahrbücher für das klass. Altertum* CXI (1875), pp. 800 ss. Otto Schulthess criticó a Buermann con cierto detalle en *Programm Frauenfeld*, 1899: "Die Vormundschaftsrechnung des Demosthenes."

<sup>8</sup> Cf. Platón *Resp.* VIII 558b.

<sup>9</sup> El testamento mismo había desaparecido. Cf. *Aphob.* I 40.

<sup>10</sup> *Demóst. Onet.* I 10.

<sup>11</sup> De los tres discursos *Contra Afobo* que nos han llegado, el tercero es frecuentemente considerado como espurio. Este problema necesita ser revisado. El intento ha sido hecho ya con

buen resultado por G. M. Calhoun, *Trans. Am. Philol. Assoc.* LXV (1934), pp. 80-102. F. Blass (*op. cit.*, p. 232) ofreció cu su tiempo un examen de la cuestión más bien minucioso. Cf. también E. Drerup, *Aus einer alten Advokatenrepublik* (Paderborn, 1916), p. 48, n. 46. Esta cuestión es importante por razón del testimonio que aduce el tercer discurso sobre el resultado del proceso.

<sup>12</sup> Para lo que sigue, cf. especialmente el primer discurso *Contra Onétor*.

<sup>13</sup> Cf. Demóst. *Onet.* I 6; también *Mid.* 77 ss.

<sup>14</sup> Con relación a los veinticuatro libros de las *Leyes* de Teofrasto, cf. Eduard Zeller, *Philosophie der Griechen* III 2, 3ª ed., p. 865, y H. Usener en *Rheinisches Museum* XVI, pp. 470 ss.

<sup>15</sup> Cf. mi *Aristotle* (ed. inglesa, Oxford, 1934), pp. 19 ss.

<sup>16</sup> Para el estudio de los *axones* de Solón y de sus glosas, en tanto que ramas de la enseñanza de los sofistas, véase Aristófanes *Daitaleis frag.* XV (A. Meinccke, *Fragmenta poet. comediae ant.* II 2, pp. 1031-1033). Sobre el tema del estudio de las leyes como algo que resume la educación del ciudadano normal, véase Platón *Protag.* 362d. No es fácil decubrir, por sus discursos, la naturaleza y extensión de la formación teórica de Demóstenes. Tenemos puramente una impresión de ello por el plano intelectual elevado y el rigor formal de esos discursos; Demóstenes no hace exhibición del fruto de sus lecturas, como hace el autor del primer discurso *Contra Aristogitón*, el cual copia entero un opúsculo sofístico, el *περὶ νόμων*. Cf. Max Pohleuz, "Anonymus Περὶ νόμων, en *Nachrichten der Göttinger Ges. d. Wiss.*, 1924, pp. 19 ss. Un intento por demostrar la autenticidad de este discurso lo ha hecho C. H. Kramer: *De priore Demosthenis adv. Aristogitonem oratione*, *Diss.*, Leipzig, 1930.

<sup>17</sup> Cf. la obra fundamental de Eduard Norden, *Die Antike Kunstsprosa* I 1, cap. 1. El alcance de esta obra es reducido deliberadamente, en otro lugar, a un estudio de aquellas estructuras formales y externas de la prosa literaria griega que han venido siendo utilizadas, con notable constancia, a lo largo de los siglos. Cf. p. 16: "Es handelt sich für uns also darum, die drei wesentlichsten Charakteristika der Kunstprosa auf ihre Ursprünge zu verfolgen: die Gorgianischen Redefiguren, die mit poetischen Worten ausgestattete Prosa, die rhythmische Prosa." Esta obra necesita ser completada con otra que describa las peculiaridades artísticas de los principales prosistas y el desarro-

llo entero del estilo oratorio. En este tipo de historia, Demóstenes ocuparía un lugar preeminente, mientras que en la obra de Norden se le dedica muy escasa atención. Pero nadie que escribiera esa historia del arte de la prosa —arte que en modo alguno se identifica con la “*Kunstprosa*” de Norden— lo haría atendiendo nada más a las cuestiones de forma; pues en la elaboración del estilo de un Platón o de un Demóstenes el contenido filosófico o político del pensamiento constituye un factor decisivo. Con relación a los períodos primitivo y clásico de la literatura griega, la historia de la forma es, al mismo tiempo, la historia del espíritu.

<sup>18</sup> Engelbert Drerup ha dedicado particular atención a los abogados de Atenas y a su conexión con la política, en su “libro de guerra” *Aus einer alten Advokatenrepublik (Demosthenes und seine Zeit)* (Paderborn, 1916). A pesar de que la analogía con las condiciones de los modernos estados parlamentarios lo haya llevado a tratar a una palpitante personalidad histórica como si fuera la simple encarnación esquemática de una campaña de prensa en tiempo de guerra, lo que dice sobre las características típicas de la profesión legal en Atenas tiene, todavía, una significación permanente. Esta profesión ha sido también estudiada, en sus relaciones con la historia cultural, por uno de los más eminentes estudiosos del derecho griego: R. J. Bonner, *Lawyers and Litigants in Ancient Athens; The Genesis of the Legal Profession* (University of Chicago Press, 1926). Cf. especialmente pp. 200 ss.

<sup>19</sup> Cf. Dionisio de Halicarnaso *Isocr.* 18: μηδεὶς δ' ἀγνοεῖν ὑπολάβη. . . ὅτι δέσμας πάντων πολλὰς δικανικῶν λόγων Ἰσοκράτειον περιφέρεισθαι φησιν ὑπὸ τῶν βιβλιοπωλῶν Ἀριστοτέλης (V. Rose, *Arist. Frag.* 140, Leipzig, 1886). Dionisio manifiesta ciertas dudas sobre el hecho y trata de darle otra explicación, pues no encaja en la idea que él se hace de Isócrates. Este (*Antid.* 2), al defenderse contra los σοφισταί que objetaban a su διατριβή sobre la base ὡς ἔστι περὶ δικογραφίαν, alude evidentemente al ataque de Aristóteles, el cual debe de haberse producido por el tiempo en que era todavía miembro de la Academia de Platón e introdujo el estudio de la retórica. Isócrates declara que este desdoro equivale a comparar a Fidias con un maestro alfarero. Cf. *Antid.* 37 ss. y *Soph.* 19 ss.

<sup>20</sup> Sobre la preparación de Demóstenes como orador, cf. es-

pecialmente F. Blass, *op. cit.*, pp. 10-20, donde se somete a análisis crítico la antigua tradición.

<sup>21</sup> Las habladurías sobre esto eran corrientes en Atenas. (Cf. la biografía de los Diez Oradores y la biografía de Plutarco.) En donde coincidían estas historias era en que ninguna de ellas establecía que Isócrates hubiera sido maestro del joven Demóstenes, aunque sí hacían referencia a ciertos desconocidos personajes particulares, de quienes se suponía que había él adquirido la τέχνη de Alcidas o de Zoilo o de algún otro *rhetor* contemporáneo. Puede haber algo de verdad en esto. Pero la insinuación de que lo hiciera en secreto —*per nefas*— es manifiestamente una elaboración posterior, superpuesta a esta tradición en la época helenística, cuando poco se sabía de la publicación de obras en el período clásico, y menos tratándose de cursos dictados en las escuelas de retóricos y filósofos durante la primera mitad del siglo IV. A éstas, indudablemente les son aplicables todavía mis observaciones sobre la ἀνάγνωσις y la ἔκδοσις en la escuela Peripatética, aparecidas en mi *Entstehungsgeschichte der Metaphysik des Aristoteles* (Berlín, 1912), pp. 131-ss. y especialmente 135 ss. Probablemente no fué sino después que, sobre la base de esas historias, fué Demóstenes relacionado con Isócrates; pues ésta parecía una buena manera de explicar el hecho de que, aun en sus primeros discursos, Demóstenes se mostrara completamente familiarizado con el arte de Isócrates. Ejemplares de las τέχναι podían fácilmente rebasar los confines del círculo esotérico. ¿De qué otro modo hubiera podido compilar Aristóteles sus τεχνῶν συναγωγή?

<sup>22</sup> Para darse cuenta de esto, basta con leer un período isocrático como el que se encuentra en el primer discurso *Contra Afobo* 60-61, el cual, a pesar de su estructura sintáctica y del empleo de la construcción periódica en un pasaje particularmente importante para la argumentación, todavía suena un poco hinchado. A decir verdad, ésta es una especie de *tour de force* que Demóstenes no se permitía muy a menudo.

<sup>23</sup> Sin duda, en tiempos de Demóstenes no había todavía una verdadera τέχνη de ὑπόκρισις para los oradores, como Aristóteles en *Rhet.* III 1, 1403b 20-35. Pero este pasaje muestra que este aspecto de la oratoria era considerado entonces como el más importante (ὁ δὴ δύναμιν μὲν ἔχει μεγίστην, οὕτω δ' ἐπιχειρήται) y que la ὑπόκρισις era considerada primariamente una cuestión de φωνή. También aquí, lo mismo que con respecto

a la λέξις, la poesía había abierto el camino con la tragedia y el arte de recitación épica de los rapsodas (de lo cual nos da noticia el *Ión* de Platón, aunque en un período relativamente posterior, cuando el poeta ya no recitaba él mismo). Glaucón de Teos parece que escribió sobre la ὑπόκρισις y la φωνή en la recitación de obras poéticas; por lo menos, así es como yo interpreto las palabras de Aristóteles (*ibid.* 24). Aristóteles pide aquí que se dé un tratamiento correspondiente a la recitación retórica, la cual hacía tiempo que había substituído a la ὑπόκρισις trágica en los usos de la época. Que los oradores tenían entonces que aprender de los actores, es cosa que muestran las bien conocidas anécdotas sobre las relaciones de Demóstenes con celebrados actores, las cuales aparecen en las biografías antiguas; esto era evidentemente una novedad. (Para los testimonios, véase Blass, *op. cit.*, p. 22.) Es significativo que mientras Aristóteles, como un verdadero platónico, se lamenta de esta tendencia como de un signo de los tiempos, pide a renglón seguido que se desarrolle más vigorosamente este aspecto de la retórica.

<sup>24</sup> Esquines, *de falsa leg.* 34.

<sup>25</sup> Cf. Cicerón, *Brut.* 142 y los testimonios paralelos en Blass, *op. cit.*, p. 23, n. 2.

<sup>26</sup> Cf. *Esq.* I 94; II 165; II 180; *Din.* I 111.

<sup>27</sup> Cf. *Esq.* I 117, 170 ss.

<sup>28</sup> Demóst. *Zenothem.* 32. En conexión con este pasaje cf. Blass, *op. cit.*, p. 31, y Drerup, *op. cit.*, p. 48.

<sup>29</sup> Demóst. *Phorm.* 28 ss.

<sup>30</sup> Demóst. *Steph.* I 30: σολοικίζει τῇ φωνῇ (sc. Formio). Por causa de ἀπειρία τοῦ λέγειν son los amigos quienes lo representan ante el tribunal. Cf. *Phorm.* I y 57.

<sup>31</sup> Demóst. *Phorm.* 43 y 45.

<sup>32</sup> Demóst. *Phorm.* 53.

<sup>33</sup> El primer discurso *Contra Estéfano* (XLV), el cual fué escrito para Apolodoro, es auténtico; los discursos XLVI, IL, L, LII, LIII, LIX, escritos también para Apolodoro por algún logógrafo, son apócrifos.

<sup>34</sup> Esquines (II 165) revela tener un conocimiento de los hechos enteramente inexacto, por no decir más. Afirma que Demóstenes escribió primero un discurso para Formio (naturalmente, Esquines se refiere a él en plural) y que luego se lo pasó a Apolodoro, quien era el antagonista de su cliente (ἐκφέρειν

τοῖς ἀντιδίκαις). Esto fué definitivamente rebatido por los dos discursos, uno para Formio y el otro para Apolodoro, que fueron publicados después de la muerte de Demóstenes. Cuando los modernos enemigos de Demóstenes, como Drerup (*op. cit.*, p. 50), consideran sin más que el veredicto de Esquines es típico de la ética profesional de los logógrafos y de la opinión ateniense en general, están manifiestamente en lo falso. Por el contrario, Plutarco, quien conoció suficientemente bien los hechos relativos al caso (*Demost.* 15), no tenía ya ninguna idea de las condiciones que prevalecieron en la Atenas del siglo IV, y aplicó a su héroe la medida de su propio canon filosófico de virtud.

<sup>35</sup> Cf. cap. VI, nota 38, más adelante.

<sup>36</sup> Cf. Ivo Bruns, *Das literarische Porträt der Griechen* (Berlín, 1896), pp. 534 ss. Bruns, sin embargo, considera este problema demasiado exclusivamente desde el punto de vista moralista.

### NOTAS AL CAPÍTULO TERCERO

<sup>1</sup> Cf. mi apéndice a la presente obra, p. 244.

<sup>2</sup> Cf. Jenof. *Hell.* VI 3, 10 ss. Entre los miembros de la delegación ateniense —Calias, Autocles, Demóstrato, Aristocles, Cefisodoto, Melanopo, Liquetao y Calístrato—, Calias representa a la vieja aristocracia, simpatizante con Esparta, y Calístrato sostiene una política prudente de llegar a un entendimiento con Esparta. Autocles, sin embargo, es protebano y antiespartano, como muestra su discurso (VI 3, 7); de Melanopo se sabe que, por lo menos, fué un opositor de Calístrato (cf. A. Schacfer, *op. cit.*, I, p. 131). El calificar a la política de Calístrato de "dualismo cimónico", como ha hecho Eduard Meyer (*Geschichte d. Altert.* V, p. 407), me parece una falla en la apreciación de sus cualidades esenciales. El modo como Calístrato cambia el rumbo inmediatamente después de la victoria tebana de Leuctra, prueba que su política está encaminada expresamente a preservar el equilibrio de poder con una adaptabilidad elástica que prescinde de si conduce o no a un dualismo.

<sup>3</sup> Cf. Plut. *Ages.* 27.

<sup>4</sup> Jenof. *Resp. Laced.* I, 1.

<sup>5</sup> Isócrat. *Phil.* 104.

<sup>6</sup> Cf. p. 21 ss.

<sup>7</sup> Plut. *Demóst.* 5.

<sup>8</sup> Cf. pp. 88 y 106.

<sup>9</sup> Esq. II 105. Para el plan de supremacía marítima véase Diód. XV 78.

<sup>10</sup> Isócr. *Areop.* 15. Las opiniones que prevalecen con respecto a la fecha de este importante documento me parecen incorrectas. Algunos investigadores la considerarían posterior a la Guerra Social (Drerup, Münscher, Mesk), otros la fijarían durante la Guerra Social (Ed. Meyer, Miltner). Trataré en otro lugar de las razones por las cuales esta fecha debe ser anticipada.

<sup>11</sup> Sobre los argumentos de Isócrates en contra de la igualdad y sobre su respeto por el principio *suum cuique*, véase *Areop.* 21. Sobre su defensa contra la acusación de ser poco amigo del pueblo, véase 56 ss. Cf. también el *de pace* 128.

<sup>12</sup> En otro lugar doy razones más precisas sobre esta opinión mía.

<sup>13</sup> Isócr. *Areop.* 2 y 66.

<sup>14</sup> Con referencia al tiempo en que fué compuesto este opúsculo, cf. C. G. Cobet, *Novae Lectiones* (1858), pp. 756 ss., y la abundante bibliografía que ha aparecido desde entonces. En el cap. 5, 9, el autor mismo indica con claridad que está escribiendo poco después de haber abandonado los focenses su ocupación del templo de Delfos y de haber tomado los tebanos posesión del mismo. Desgraciadamente, esto no es de gran ayuda para nosotros, pues la cronología tradicional de la Guerra de Fócida está tan irremediamente confusa que, por más frecuentemente que se "ponga en orden", siempre será objeto de discusión. Sobre la cuestión de la autenticidad del folleto, cf. Friedrich, en *Jahrbücher für class. Philol.*, 1896. Las tesis principales del folleto son estudiadas por R. Herzog en la *Festschrift para Blümner* (1914), pp. 469-480. A mi me parece que la mentalidad y los temas del autor de Πόποι no son los propios de Jenofonte.

<sup>15</sup> *De vectig.* I, 1.

<sup>16</sup> Sobre el problema de los metecos, cf. *de vectig.* 2.

<sup>17</sup> Sobre las minas de plata, cf. *de vectig.* 4 ss.

<sup>18</sup> Aquí deberíamos probablemente tener también presente la legislación que negaba la ciudadanía a los hijos de matrimonios entre hombre ateniense y mujer no ateniense. El mismo Aristofón, quien fué la cabeza principal de la oposición después de la Guerra Social, había con anterioridad (cf. *Ath.* XIII 577 B.

C), durante el arcontado de Euclides, convertido en ley esta disposición. Si también apoyó la política para los metecos a la que combate el autor de Πόποι, es cosa que no hay modo de averiguar. Cf. Otto Müller, "Untersuchungen zur Geschichte des attischen Bürger- und Ehre. lts", en *Jahrbucher f. class. Philol.*, suplem. Bd. XXV (1899), pp. 666 ss.

<sup>19</sup> En esto ha abierto el camino Ed. Schwartz, con su artículo "Demosthenes' erste Philippika", en la *Festschrift* para Theodor Mommsen (Marburgo, 1893), donde enfoca vigorosamente los problemas de historia política, tomando los discursos políticos como punto de partida; sus discípulos de Gotinga, Stavenhagen y Kahle, han estudiado los discursos forenses en su particular relación con esto (cf. la siguiente nota 21).

<sup>20</sup> Me parece significativo de la situación el hecho de que Isócrates, en *Antidosis* 93 (35½ a. de c.), donde establece una lista de sus discípulos como merecedores del bien de Atenas, deje de mencionar a Androcio, el cual era hombre de cierta fama. El proceso contra Androcio había entonces terminado; el proceso contra Timócrates estaba todavía pendiente. Pero Lisitides, quien era uno de los hombres atacados en este proceso posterior, es mencionado con elogio por Isócrates.

<sup>21</sup> Cf. el artículo de Ed. Schwartz sobre Androcio en Pauly-Wissowa, *Realencyclopaedie d. cl. Altert.* I, Sp. 2174. La fecha que asigna la tradición al discurso *Contra Androcio* (355-4) ha sido confirmada por investigaciones recientes. Cf. F. Kahle, *De Demosthenis orat. Androtioneae, Timocrateae, Aristocrateae temporibus* (Dis. Gotinga, 1909). En esta obra, y en la de C. Stavenhagen, *Quaestiones Demosthenicae* (Dis. Gotinga, 1907), un poco anterior a ella, la cronología de los discursos establecida por Dionisio de Halicarnaso, la cual fué tomada de los manuales eruditos de la época helenística (Dionis. *Ad Ann.* 4, p. 724), queda sometida a una crítica radical en varios aspectos. Sin embargo, estos dos penetrantes estudios no coinciden entre sí. Sus descubrimientos, así como los de U. Kahrstedt en su *Forschungen zur Geschichte des ausgehenden fünften und des vierten Jahrhunderts* (Berlín, 1910), han sido sometidos a ulterior revisión en la útil obra de E. Pokorny, *Studien zur griechischen Geschichte im 6. und 5. Jahrzehnt des 4. Jahrh.* (Dis. Greifswald, 1913), la cual nos ha llevado de nuevo, en los puntos más importantes, a la cronología de A. Schaefer, basada en los datos de Dionisio. Podría parecer como si en ello se hubiera

desperdiado en gran parte una buena cantidad de saber y de penetración. Pero el agudizar la conciencia crítica, en vez de prestar a la tradición una fe ciega, representa siempre un paso adelante; y lo propio ocurre con cualquier indagación que penetre en los angostos límites de lo que puede ser averiguado; estos límites han restringido nuestras investigaciones sobre la historia de la antigüedad aun en aquellos períodos en que los materiales subsistentes son mucho más abundantes. Lo mejor de que disponemos son aquellos textos que se relacionan el uno con el otro. Por lo mismo que no podemos habitualmente obtener una reconstrucción en detalle del curso de la historia, resulta tanto más valioso alcanzar una comprensión viva de estos textos, finalidad de la que con frecuencia nos vemos todavía muy alejados.

<sup>22</sup> Cf. Demóst. *Androt.* 5-20.

<sup>23</sup> Ataque contra el honor de Androcio: *Androt.* 21 ss.; contra su régimen: *Androt.* 42 ss.

<sup>24</sup> Para los motivos personales del demandante, véase *Androt.* 1-3. La insistencia con que se destaca la venganza personal, como motivo en que se apoya la acusación, no deja de parecer algo sospechosa. F. Blass (*op. cit.*, p. 259), lo toma en verdad completamente en serio; pero también crece que Demóstenes tomó a su cargo el caso de Diodoro puramente por indignación ante el fracaso del Consejo en su misión de construir las naves. A. Schaefer, por lo menos, se muestra dispuesto a considerar que pudieran haber intervenido motivos de partido.

<sup>25</sup> Demóstenes habla irónicamente de Androcio como de un *καλὸς κάγαθός* en *Androt.* 47.

<sup>26</sup> Platón *Resp.* VI, 493a.

<sup>27</sup> El aspecto agitador de la oratoria de Demóstenes no ha sido nunca comprendido por los primeros eruditos que han tratado de los discursos, como Schaefer y Blass. Es muy natural que su enfoque moralizador haya provocado una brusca reacción, no menos moralizadora y no menos antihistórica. Los métodos de agitación merecerían un estudio especial, que incluiría una historia de los lemas políticos. Hasta ahora, el mejor comentario se encuentra en las ediciones de Henri Weil.

<sup>28</sup> Demóst. *Androt.* 51.

<sup>29</sup> Demóst. *Androt.* 53.

<sup>30</sup> Demóst. *Timócr.* 190-193.

<sup>31</sup> Demóst. *Androt.* 15.

<sup>32</sup> Es una cuestión debatida si esto ocurrió antes o después

de la guerra, como lo es la fecha del discurso *Contra Timócrates* y la del *psephisma* de Aristofón, que lo antecede. Cf. Kahle, *op. cit.*, pp. 33 ss., aunque la fecha por la que se decide (354-3) permanece incierta. En todo caso, este proceso vino después del proceso contra Androcio.

<sup>33</sup> Cf. Demóst. *Timócr.* 11 ss.

<sup>34</sup> Demóst. *Timócr.* 24-27.

<sup>35</sup> Kahle (*op. cit.*, p. 37) cree encontrar en el discurso *Contra Timócrates* los primeros indicios del cambio político de Demóstenes, por el que se pasó del partido de los ricos a su posición posterior, por cuanto el orador está evidentemente atacando ya a Eubulo en el discurso *Contra Timócrates*; y a pesar de ello, Kahle consideraría al discurso *Contra Aristócrates* como cercano al *Contra Leptines* (355-4), lo mismo en cuanto a la fecha que en cuanto a política. Esta última observación es bastante bien fundada. Pero aun en el caso de que el proceso contra Timócrates se hubiera ido demorando todavía más, es imposible desconectar este discurso del pronunciado contra Androcio, con el cual está íntimamente relacionado por el hecho de que se empleen en ambos los mismos demandantes y en ambos se ataque a la misma camarilla. Considerados en sí mismos, *Timócr.* 112 y 124 no hablan en favor ni en contra de ninguna conexión del autor del discurso, quien pone esas palabras en boca del demandante, bien con los *πλούσιοι* o con los *πένητες*; ambos pasajes están hechos a la medida del público, del *δῆμος*, y sólo del *δῆμος*. La indicación, en *Timócr.* 124, de que los hombres de estado se hayan enriquecido, la hace por ejemplo de una manera similar Isócrates en su *De pace* (124), obra que expresa manifiestamente la opinión de los ricos. Y tenemos testimonios explícitos referentes al particular cuidado que tuvo siempre Eubulo de ponerse en línea con las opiniones del *δῆμος*. No deberíamos pensar que las ideas de los pobres y las de los ricos representasen en Atenas dos partidos netamente distintos, a pesar de que la reacción de 355 fuera la obra de las clases más adineradas. Todavía menos debemos pensar que al alejarse posteriormente Demóstenes de Eubulo estuviera transfiriendo su acatamiento a un poderoso partido ya establecido, al que pudiera designarse como partido de los *πένητες*, opuesto al de los *πλούσιοι*. Una interpretación como ésta sólo entorpecería nuestra comprensión de esta importante serie de acontecimientos.

<sup>36</sup> Demóst. *Timócr.* 160-186 está tomado casi enteramente

del discurso *Contra Androcio* (*Androt.* 47-56 y 65-78). Tan sólo el breve pasaje *Timócr.* 169-171 ha sido interpolado. Hace falta un estudio completo de todas las duplicaciones que se encuentran en Demóstenes. A falta de esto, se deja un tanto en el aire el estudio de la autenticidad de algunos discursos en los que abundan tales duplicaciones (el *περὶ συντάξεως*, por ejemplo).

<sup>37</sup> Aunque el discurso *Contra Leptines* es anterior al discurso *Contra Timócrates*, me ocuparé de ellos en el orden inverso con el fin de no perturbar la conexión interna de los procesos contra Androcio y contra Timócrates.

<sup>38</sup> Cf. Demóst. *Lept.* 144-146.

<sup>39</sup> Cf. Plut. *Demóst.* 15. Ha sido observado justamente, ya por el propio Schaefer (*op. cit.*, I, pp. 374 ss.), que ninguno de los adversarios de Demóstenes se refiere nunca a sus conexiones con la viuda de Cabrias. Sin embargo, su *συνηγορία* por Ctesipo, su hijo menor de edad, bien puede ser un hecho, a pesar de que esta historia hubiese sido inventada años después para justificar los esfuerzos de Demóstenes en beneficio de Ctesipo. Pero es suficientemente claro que, al promover su ataque contra la ley de Leptines, los jefes del partido encontraron en esta *δευτερολογία* un excelente recurso para atraer la atención pública hacia un caso particularmente adecuado para incitar sus sentimientos.

<sup>40</sup> Cf. Demóst. *Lept.* 29.

<sup>41</sup> Cf. Demóst. *Lept.* 143.

<sup>42</sup> Cf. Demóst. *Lept.* 167.

<sup>43</sup> Cf. Demóst. *Lept.* 161: *ἀλλὰ χρὴ γ' ἀνθρώπους ὄντας τοιαῦτα καὶ λέγειν καὶ νομοθετεῖν οἷς μηδεὶς ἂν νεμεσήσῃ, καὶ τὰγαθὰ μὲν προσδοκᾶν καὶ τοῖς θεοῖς εὐχεσθαι διδόναι, πάντα δ' ἀνθρώπινα ἡγεῖσθαι.*

## NOTAS AL CAPÍTULO CUARTO

<sup>1</sup> Cf. especialmente Arist. *Athen. resp.* (los pasajes que se encuentran en el índice de Kenyon, p. 144). Toda la parte histórica de esta obra está basada en el principio de la sucesión de los *προστάται τοῦ δήμου*.

<sup>2</sup> Esta conexión ha sido discutida por Cobet en sus *Novae lectiones*, p. 758, y afirmada por A. Boeckh en su *Die Staats-*

*haushaltung der Athener* (Berlín, 1886), 3ª ed., II, p. 689, aunque en las cuestiones de detalle Boeckh considera a las propuestas del fascículo *Sobre las rentas* de una manera un tanto crítica. Para la prueba de que estas propuestas fueron realizadas posteriormente, véase Rud. Herzog, en la *Festschrift* dedicada a Blümner, pp. 478-480.

<sup>3</sup> Este problema está tratado por E. Pokorny, *op. cit.*, pp. 77 ss. Drerup (*op. cit.*, pp. 51 ss.) tiene una opinión un tanto diferente.

<sup>4</sup> Dion. Hal. *Thuc.* 54, Ps. Dion. Hal. *Ars rhet.* IX 10. Demóstenes, en *Rhod.* 5, se refiere ya al contenido del discurso como a ὑπὲρ τῶν βασιλικῶν. Esto es, evidentemente, lo que provocó la crítica que hace Dionisio del título περὶ συμμοριῶν. Cf. *ad Amm.* 4.

<sup>5</sup> Además de la bien conocida opinión de Nieburhr, cf. Henry Lord Brougham, *Works* VII (última edición, Edimburgo, 1872; las referencias que aquí hago son a la vieja edición de 1856), y Georges Clemenceau, *Démosthène* (París, 1926). La historia de la valoración de Demóstenes en la Europa moderna, y particularmente en Inglaterra y en América, ha sido delineada por Charles Darwin Adams en su atractivo librito *Demosthenes and his Influence* (Londres, 1927, en la serie *Our Debt to Greece and Rome*). Adams ha mostrado bien lo que Demóstenes significó para los demócratas del siglo XVIII y la manera como los sabios alemanes del siglo XIX reaccionaron contra esto, poniendo a los grandes caudillos macedonios Filipo y Alejandro en mejor lugar, mientras desvaloraban a Demóstenes. Adams, sin embargo, no reconcilia estas dos opiniones opuestas en una unidad superior.

<sup>6</sup> La Guerra Social debió de haber terminado por este tiempo, de lo contrario Atenas no hubiera podido estar pensando en meterse en otra guerra contra Persia; esto lo ha observado también Ed. Meyer, aunque sin apoyar la observación con argumento alguno (*op. cit.*, V, p. 494). Beloch (*op. cit.*, III 2, 2ª ed., p. 261), trata de enlazar el discurso *Sobre las Simmorías* con las negociaciones que debieron de efectuarse en Atenas durante el último período de la Guerra Social anterior a la alianza con Artabazo. Pero esta sugerencia no basta a destruir el testimonio de Dionisio (*ad Amm.* 4), el cual sitúa el discurso durante el arcontado de Diotimo (354-3).

<sup>7</sup> Cf. p. 70 ss.

<sup>8</sup> Cf. *de vectig.* 5, 5, que ataca los planes de quienes, inmediatamente después de perder una guerra, quisieran restaurar la hegemonía de Atenas empezando otra. Este pasaje constituye una prueba adicional contra la crítica que hace Beloch de la fecha tradicional del discurso *Sobre las Simmorias*. (Cf. la anterior nota 6).

<sup>9</sup> Demóst. *symm.* 14 ss.

<sup>10</sup> Demóst. *symm.* 3.

<sup>11</sup> Demóst. *symm.* 9.

<sup>12</sup> Demóst. *symm.* 24.

<sup>13</sup> Plut. *Demost.* 13 = Teopompo Frag. 326 (Jacoby *F. Gr. Hist.* II B, pp. 603 ss.). En su comentario de este pasaje (II D, p. 396), Jacoby observa, sin embargo, que aquí, lo mismo que en otros lugares, los juicios de Teopompo no son del todo congruentes. Cf. Frag. 327, donde destaca el valor moral de Demóstenes frente a la furia de las masas (estoy de acuerdo con Jacoby en leer aquí, lo mismo que al final de Plut. cap. 25, Θεόπομπος, y no Θεόφραστος como Lindskog y Ziegler, los editores más recientes). Este vacilante veredicto de Teopompo es significativo. Simplemente, no puede evitar que el resultado final influya en sus impresiones, y tiene una tendencia a ver las cosas por el lado de Filipo. Aunque se supone que es el primer historiador psicológico, no capta nunca la subjetiva necesidad interna del desarrollo político y de la conducta de Demóstenes. Drerup ha tratado estos asuntos muy sabiamente en su *Demosthenes im Urteile des Altertums* (Wurzburg, 1923), pero el carácter de su obra es tan manifiestamente parcial, que no podemos seguirle en este punto. Su estudio depende enteramente de los prejuicios expresados en su "obra de guerra" *Aus einer alten Advokatenrepublik*.

<sup>14</sup> Esto se aplica particularmente al juicio ambiguo que hace Teopompo de Filipo de Macedonia. Véanse pp. 171 ss.

<sup>15</sup> Cf. mi *Aristotle, Fundamentals of the History of his Development* (ed. inglesa, Oxford, 1934), pp. 3 ss. Para los testimonios antiguos sobre la evolución de Aristóteles véanse pp. 33-38.

<sup>16</sup> Cf. Ed. Schwartz, "Demosthenes' erste Philippika", en la *Festschrift* dedicada a Th. Mommsen (Marburgo, 1893). La obra de Schwartz ha sido proseguida por Stavenhagen, Kahrstedt y Pokorny en sus tesis doctorales antes mencionadas; lo propio hizo Drerup y, con algunas modificaciones, Wendland (*Göttingen*).

ger Nachrichten, 1910, pp. 224 ss., y 318 ss.). Pero todavía hay algunos que toman las propuestas de Demóstenes para reorganizar la marina demasiado al pie de la letra.

<sup>17</sup> Véase Paul Cloché en *Bulletin de correspondance hellénique* XLVII (1923), pp. 98 ss.; también su libro (el que no vi sino después de haber terminado el texto principal de esta obra) *La politique étrangère d'Athènes de 404 a 338 avant Jésus-Christ* (París, 1934), la cual complementa valiosamente en muchos puntos la conocida obra de Beloch *Die attische Politik seit Perikles* (Leipzig, 1884), y ofrece un examen prudente y atinado de las investigaciones llevadas a cabo desde entonces. Lamento que, al llegar a la importante cuestión presente, no pueda estar de acuerdo con las conclusiones de Cloché. Permítaseme declarar ahora categóricamente que hay muchos puntos en los cuales no me es posible seguir la concepción que Beloch se forma de la política de Demóstenes, y en su conjunto, no puedo ciertamente aceptarla. He tratado de evitar toda polémica con respecto a cuestiones de detalle.

<sup>18</sup> Que los ricos se han ido cansando de pagar impuestos después de la Guerra Social, lo pone de manifiesto Isócrates, *de pace* 128 (donde la carga del impuesto de las simmorías es objeto de quejas) y en *Jen. de vectig.* 6, 1.

<sup>19</sup> Tucíd. VI 19, 2: καὶ ὁ Νικίας γνοῦς ὅτι ἀπὸ μὲν τῶν αὐτῶν λόγων οὐκ ἂν ἀποτρέψειε, παρασκευῆς δὲ πλήθει, εἰ πολλὴν ἐπιτάξειε, τάχ' ἂν μεταστήσειεν αὐτοὺς, παρελθῶν... ἔλεγε τοιαύδε. Blass, sin embargo, considera (*op. cit.*, p. 278) que la reforma naval es el objetivo principal del discurso *Sobre las Simmorías*. En *de cor.* 102, invierte la posición que ha tomado en *symm.*, y llama la atención sobre el hecho de que, con su ley naval posterior durante la guerra contra Filipo, ha reducido la carga que pesaba sobre las clases más pobres y obligado a los ricos a contribuir más ampliamente a la trierarquía. Este es otro claro indicio del cambio que ha sufrido entretanto su posición política (cf. nota 21, abajo).

<sup>20</sup> Demóst. *Phil.* I 14: μηδ' ἂν ἐξ ἀρχῆς δοκῶ τινη καινὴν παρασκευὴν λέγειν, ἀναβάλλειν με τὰ πράγμαθ' ἡγεῖσθω.

<sup>21</sup> Hace falta un estudio sobre la táctica tradicional y el lenguaje diplomático empleado por los oradores del partido adinerado y conservador al dirigirse al demos ateniense. Cf. Ps. Dion. Hal. *Ars rhet.* IX 10, quien ilustra este arte retórico de κλέπτειν con ejemplos tomados precisamente del discurso de

Demóstenes *Sobre las Simmorias*. Alude ya al modelo de Tucídides y cita el discurso del rey Arquidamo de Esparta (I 80-85), quien trata, asimismo, de evitar el inminente peligro de guerra pidiendo un gigantesco rearme. Arquidamo y Nicias (cf. la anterior nota 19) son ambos representantes de una minoría conservadora y pacifista.

<sup>22</sup> Demóst. *symm.* 24 ss.

<sup>23</sup> Demóst. *Rhod.* 6.

<sup>24</sup> Demóst. *symm.* 1-2. z

<sup>25</sup> Cf. Demóst. *symm.* 19-20.

<sup>26</sup> Dion. *Thuc.* 54. Si Blass (*op. cit.*, 279), por el contrario, acentúa más las diferencias entre el discurso *Contra Leptines* y el discurso *Sobre las Simmorias*, ello es debido a las naturales diferencias entre el discurso forense y el deliberativo. Pero el *ethos* didáctico es notablemente similar en cada uno de los dos discursos, y debe de reflejar la actitud personal de Demóstenes hacia los problemas políticos de este período.

<sup>27</sup> Cf. pp. 61 s.

<sup>28</sup> Paso aquí por alto los esfuerzos de Esparta por reconquistar su influencia en Arcadia por los años de sesenta del siglo IV, esfuerzos que finalmente condujeron a la última invasión de Epaminondas y a la batalla de Mantinea. (Cf. Jen. *Hell.* VII 4 hasta el fin.)

<sup>29</sup> Más tarde (*de cor.* 18), Demóstenes caracteriza la situación del Peloponoso y del resto de la Hélade en esta época como un *ἄριστος*... *ἔρις καὶ ταραχὴ*, lo cual es una reminiscencia de la frase final de las *Hellenica* de Jenofonte.

<sup>30</sup> Pausanias (IV 28, 2) da sólo una referencia muy sumaria de Mesenia después de haberse liberado de Esparta. A. Schaefer (*op. cit.*, I, p. 462) conjetura que la alianza de Atenas con Mesenia databa de 355. En todo caso, empezó poco después de estallar la Guerra de Fócida, en tanto que los arcadios no solicitaron la alianza de Atenas sino cuando los tebanos se vieron obligados a ponerse de nuevo a la defensiva (Demóst. *Megal.* 4). La anterior alianza (cf. Jen. *Hell.* VII 4, 2) entre Arcadia y Atenas, que fué negociada por Licomedes en 366, no fué nunca mencionada por Demóstenes; debió, por tanto, de haber tenido una importancia transitoria nada más. Lo mismo que la alianza entre Atenas y Mesenia, era defensiva; no afectaba a las obligaciones de Atenas con Esparta, sino que tendía simplemente a independizar a Arcadia de Tebas. El *casus*

*foederis* se convirtió para Atenas en realidad cuando la guerra de los arcadios contra Elis (364), en la que los atenienses lucharon del bando arcadio (cf. Jen. *Hell.* VII 4, 29). El auxilio militar que Atenas prestó a Arcadia bajo Lisístrato, mencionado por el autor de *de vectig.* 3, 7, y por otro lado difícil de fechar, pertenece tal vez a este contexto. La agrupación de los estados en Mantinea (362), cuando Atenas fué en ayuda de Esparta contra Tebas, o bien determinó su conexión con Arcadia, o la llevó a un segundo plano, y tanto más rápidamente cuanto que Arcadia estaba entonces desunida mientras que Mantinea estaba del lado de Atenas y Esparta.

<sup>31</sup> Cf. Demóst. *Megal.* 1 ss. Dionisio (*ad Amm.* 4) sitúa el discurso *Pro Megalópolis* en el año del arcontado de Tude-mo, 353-2. Por lo que yo puedo juzgar, los investigadores recientes no han presentado ninguna razón válida para rechazar esta fecha.

<sup>32</sup> En tanto que las personas de sensibilidad religiosa se escandalizaban todavía de que se obtuvieran por la fuerza préstamos de los templos ricos, el financiero-político normal se había acostumbrado a ello últimamente por causa del empleo que hicieron los arcadios del tesoro sagrado de Olimpia durante la guerra con Elis (Jen. *Hell.* VII 4, 33 ss.).

<sup>33</sup> Demóst. *symm.* 3 ss. Cf. *Megal.* 6 ss.

<sup>34</sup> Demóst. *Megal.* 3.

<sup>35</sup> Isócr. *de pace* 18.

<sup>36</sup> Demóst. *Megal.* 27: οὐ[κείναι] στήλας, ἀλλὰ τὸ συμφέρον εἶναι τὸ ποιοῦν τὴν φιλίαν (texto corregido por Dobree). Demóstenes evita hábilmente toda responsabilidad personal por el contraste maquiavélico que aquí se formula tan agudamente. Lo pone en boca de los arcadios, quienes eligen este procedimiento de demostrar que su alianza con Tebas no va a impedirles cooperar con Atenas en el caso de que ésta les preste un apoyo *de facto*; por el momento, su alianza con Tebas es puramente un pedazo de papel. Es evidente, sin embargo, que Demóstenes considera perfectamente convincente la lógica de los arcadios.

<sup>37</sup> Henry Lord Brougham, *Works* VII, p. 54. Blass (*op. cit.*, p. 291, n. 5) cita la famosa "Dissertation on the Eloquence of the Ancients", pero sólo en relación con las opiniones de Brougham sobre la retórica formal del discurso *Pro Megalópolis*. El propio Brougham se ocupa ahí principalmente de cuestiones

de estilo; pero, como un avisado político que es, hace de pasada la siguiente perspicaz observación: "El . . . discurso en favor de Megalópolis es una serena y juiciosa declaración del sano principio de política exterior en que descansa la moderna doctrina del equilibrio de poder." Para él, este discurso es la Biblia, por así decirlo, de su sistema político. La importancia del discurso en relación con la aparición en la política moderna de la idea del equilibrio de poder debiera ser examinada más cuidadosamente.

<sup>38</sup> Cf. p. 59.

<sup>39</sup> Demóst. *Megal.* 20. Esta ojeada al futuro es bien interesante. Muestra que Demóstenes ha contado ya firmemente con la posibilidad de un ulterior *rapprochement* con Tebas. Por el momento, espera poder maniobrar para que Tebas y Esparta se contrapongan la una a la otra. Pero Esparta necesita ya un contrapeso más fuerte que el que necesita Tebas. Tal vez una conexión con Arcadia, aliada de Tebas, sería un paso en este sentido. El propio Demóstenes declara después que siempre ha considerado infortunada la vinculación de Atenas con Fócida; y su insistencia en el valor de la corrección legal en los procedimientos políticos, lo mismo aquí que en el discurso *Sobre las Simmorías*, permite comprender perfectamente que no le gustara apoyar la desagradable causa de los focenses ladrones de templos. Pero, detrás de esto puede esconderse ya el deseo de aprovecharse de la transitoria debilidad de Tebas para supeditarla de este modo a Atenas como en el momento de fundarse la Segunda Confederación. Si tenemos presente que este *rapprochement* con Tebas es precisamente lo que pide la política de Eubulo (*de cor.* 162), podemos ver que al referirse a estos aspectos más remotos del problema Demóstenes está tratando de predisponer a los poderes gubernativos más favorablemente para la alianza con Arcadia. Si es así, esto no significaría que Demóstenes ha roto ya con Eubulo, sino más bien que está tratando de llevarlo desde los principios que él mismo preconiza hasta conclusiones que inevitablemente tienen que alejarlo cada vez más de su posición estrictamente no-intervencionista. Lo que sabemos presenta tantas lagunas, que no podemos estar seguros de esto. Pero, por lo menos, no es imposible ofrecer una interpretación plausible de la actitud de Demóstenes en la época de su discurso *Pro Megalópolis*.

<sup>40</sup> Cf. Pausanias VIII 6, 2. 27, 10 (derivado de la misma

fuentes que Paus. IV 28, 2); Polibio II 48 y especialmente XVIII 14. En este último pasaje, Polibio, quien era también de Megalópolis, defiende a sus compatriotas arcadios, con un adicto patriotismo local, contra la acusación de traicionar la causa griega que Demóstenes les hizo posteriormente (*de cor.* 295). Naturalmente, Demóstenes sólo podía haber hecho esto después de que hubo abrazado la causa del Panhelcnismo; hubiera sido absolutamente imposible que hiciese esta acusación en la época del discurso *Pro Megalópolis*, con todo su maquiavélico particularismo. Polibio debió de entender bien este particularismo; pero las ideas éticas y nacionales del Demóstencs posterior permanecieron extrañas e incomprensibles para él, por más que tendiese a estimar a Demóstenes en otros aspectos. (Cf. XVIII 14, 1.) Isócrates (*Phil.* 74) presupone ya que lo mismo los mesenios que los arcadios se encuentran del lado de Filipo.

<sup>41</sup> Dionisio (*ad Amm.* 4) sitúa el discurso en favor de los rodios en el arcontado de Telo, en 351-0, fecha que A. Schaefer ha fijado (*op. cit.*, I, pp. 436 ss.). Pero esta hipótesis entra en conflicto con la referencia que se hace en el § 12 al fracaso de la expedición de Artajerjes Ocus contra la insurrección de los egipcios, para la cual se estaba preparando ya en la época del discurso *Sobre las Simmorías* (354-3). Desgraciadamente, la cronología que establece Diodoro de los acontecimientos del Egipto también es confusa; pero una serie de circunstancias indican que Artajerjes emprendió su expedición egipcia antes de 351-0, aunque no podamos determinar el año exactamente. Más prometedora parece la sugerencia de Focke (*Demosthenes-studien*, Stuttgart, 1929, pp. 18 ss.) de que esto ocurriera en 352 y que el discurso en favor de los rodios fuera pronunciado en la segunda mitad de este año. No podemos derivar ninguna conclusión firme de la referencia que se hace a Artemisia como reina de Caria en el § 11, pues no está claro que el *vuv* de este pasaje se refiera al periodo inmediato posterior al comienzo de su reinado. Con todo, considero que la conjetura de Focke es la más probable.

<sup>42</sup> Cf. Demóst. *Rhod.* 30. Los atenienses deben ser *κοινοὶ προσιτάται τῆς πάντων ἐλευθερίας*. Esto significa que deben tratar de ser fuertes también en política exterior. No debe olvidarse que, años después, el propio Alejandro basó en las democracias su dominio de la Jonia. (Cf. Beloch, *op. cit.*, III 1, 2ª ed., p. 402). Cualquiera que defendiese a los renegados de-

demócratas rodios ante la *ecclesia* ateniense se ponía en situación difícil; por esto Demóstenes se vió obligado a recurrir a métodos de agitación (§ § 17 ss.). Evidentemente, ha calculado ya el efecto sobre las masas cuando, en el § 18, tiene la audacia de sostener que sería mejor que Atenas tuviera por enemigos a todos los griegos, con tal de que fueran todos buenos demócratas, que no tenerlos a todos por amigos siendo todos buenos oligarcas. Esta pureza de principios merecía un destino mejor que el que le fué otorgado por el demos ateniense al rechazar la petición de los rodios. De parecida manera, en los § § 19 ss., las oligarquías que habían surgido recientemente en los estados isleños son representadas como una amenaza para la estabilidad de la democracia ateniense. Pero ¿quién es tan ingenuo como para suponer que el propio Demóstenes creyera en todo esto como en algo literalmente cierto? Esto es pura argumentación y nada más. Cierto es que lo común es tomar estos pasajes por lo que valen, pasando por alto el contraste que hay entre ellos y la actitud de Demóstenes en el discurso *Contra Leptines*, a pesar de lo sorprendente del contraste. Pero subsiste el hecho de que en los sentimientos democráticos del discurso en favor de los rodios el proceder de Demóstenes es enteramente maquiavélico, no menos que su manejo de los asuntos legales. A quienes le recuerdan τὸ δίκαιον y los tratados, él replica: que nuestros enemigos empiecen por respetar los tratados; luego los respetaremos nosotros. Se atenderá firmemente a este proyecto, aunque no sea estrictamente legal, en tanto que el enemigo carezca también de base legal en que apoyarse (§ 28).

<sup>43</sup> Demóst. *Rhod.* 11.

<sup>44</sup> Demóst. *Rhod.* 5-8. Evidentemente, Demóstenes debe de estar aquí saliendo al paso de una objeción presentada por sus anteriores amigos políticos.

<sup>45</sup> Demóst. *Rhod.* 9-10: μὴ λύοντα τὰς σπονδὰς τὰς πρὸς τὸν βασιλέα. En esta formulación tiene el ojo puesto en Eubulo y en los no-intervencionistas.

<sup>46</sup> Isócr. *de pace* 22: μὴ γὰρ οἴεσθε μήτε Κερσοβλέπτην ὄπερ Χερρονήσου μήτε Φίλιππον ὑπὲρ Ἀμφιπόλεως πολεμήσειν, ὅταν ἰδῶσιν ἡμᾶς μηδενὸς τῶν ἀλλοτρίων ἐφιεμένους.

<sup>47</sup> Demóst. *Rhod.* 24: ὁρῶ δ' ὑμῶν ἐνίους Φιλίππου μὲν ὡς ἄρ' οὐδενὸς ἀξίου πολλάκις διλιγωροῦντας, βασιλέα δ' ὡς ἰσχυρὸν ἐχθρὸν οἷς ἂν προέληται φοβουμένους.

<sup>48</sup> Didimo *in Demosth.* XIV 52 (T'corompo Frag. 164 in

Jacoby *F. Gr. Hist.* II B, p. 571). La época del discurso ficticio de Filócrates que se encuentra en Teopompo es evidentemente anterior a la paz de 346.

## NOTAS AL CAPÍTULO QUINTO

<sup>1</sup> Cf. nota 47 del cap. IV.

<sup>2</sup> Cf. la *hypothesis* del discurso, así como también la muy interesante manera como Euticles se presenta a sí mismo en *Aristócr.* 1-5. Ha sido elegido para hacer la acusación puramente en calidad de individuo, mientras que Diodoro y Euctemón, los demandantes de los discursos contra Androcio y contra Timócrates, fueron puros instrumentos del partido. Este hecho nos muestra precisamente cómo ha cambiado la situación de Demóstenes. Al llevar a cabo este ataque, no contaba ya con un grupo compacto detrás de él, dispuesto a proporcionarle los hombres adecuados que le sirvieran de instrumento para sus propósitos; tampoco dejaba ya que lo emplearan a él como clave para el asalto político. Actuaba ya entonces por cuenta propia. (Cf. *Mid.* 190.) Era imposible, por tanto, que apareciera como demandante cualquiera que no fuese uno de sus propios amigos personales; Euticles, al igual que el propio Demóstenes, se había interesado directamente en la seguridad del Helesponto desde el tiempo en que uno y otro compartieron el mando en aquella región en calidad de trierarcas y empezaron a acumular sus experiencias. No puedo, por lo tanto, coincidir con E. Schwartz, Kahle y Pokorny (véase especialmente, *op. cit.*, 27), quienes creen que Demóstenes escribió el discurso *Contra Aristócrates* "para el partido radical".

<sup>3</sup> Beloch (*op. cit.* III 1, 489, n. 2) cree que Demóstenes escribió este discurso simplemente para su "cliente" Euticles. Si así fuera, no podría atribuírsele la política que el discurso patrocina. A Beloch le parece que esta política es enteramente disparatada, puesto que el único apoyo que Atenas hubiera podido recibir entonces en Tracia era el de Cersobleptes. La inexactitud de esta suposición, desde el punto de vista de cualquier observador contemporáneo, aparecerá en el curso ulterior de esta obra. El considerar a Demóstenes en todo momento el iniciador de la política por la cual lucha Euticles es de la máxima impor-

tancia. La idea que se hace Beloch de las relaciones entre el autor y el hombre que pronuncia su discurso ante el tribunal es enteramente falsa; tampoco es apropiada a los discursos *Contra Androcio* y *Contra Timócrates*, pues también en ellos los demandantes ejecutan órdenes de arriba. En todos estos procesos, las manifestaciones de los demandantes sobre sus motivos han sido aceptadas sin la necesaria crítica. Aun el mismo Aristócrates, el hombre que propuso el *psephisma* contra el cual Demóstenes protestaba, es un pelele de los hombres del régimen, lo mismo que Leptines.

<sup>4</sup> La polémica contra los *θήτορες* que aparece en *Aristócr.* 206 ss. se repite casi palabra por palabra en la *Tercera Olintíaca* 25 ss., en la cual se dirige declaradamente contra Eubulo. Con relación a esto, el discurso *περὶ συντάξεως* constituye un ejemplo apropiado, si es que podemos considerarlo auténtico (cf. p. 170, y la nota 24 del cap. VI); en efecto, también en él encontramos repetidos extensos pasajes del discurso *Contra Aristócrates*, y son precisamente los pasajes que iban dirigidos contra los acaudalados *θήτορες*, tan influyentes en aquella época.

<sup>5</sup> Cf. Demóst. *Aristócr.* 92.

<sup>6</sup> νόμος ἐπ' ἀνδρί: cf. Demóst. *Aristócr.* 86 y 218. Este discurso no reproduce enteros, sino sólo fragmentariamente, los términos del *psephisma*. Cf. § § 16, 34-35, 91 y otros pasajes.

<sup>7</sup> Cf. el modo como Liborius Vorndran sigue las huellas de su maestro E. Drerup en su "Die Aristocratea des Demosthenes als Advokatenrede und ihre politische Tendenz", Dis. Würzburg, 1922 (*Rhetorische Studien* 11, publicado por Drerup, Paderborn, 1922).

<sup>8</sup> Cf. la anterior nota 4.

<sup>9</sup> E. Schwartz, *Demosthenes erste Philippika* (*Festschrift* para Mommsen, 1893, p. 27). A Schwartz le siguen Kahle (*op. cit.*, p. 32) y Pokorny (*op. cit.*, pp. 81 ss.).

<sup>10</sup> Wendland (*Göttinger Nachrichten*, 1910, pp. 320 ss.) presentó ya análogas objeciones a la interpretación de Schwartz, considerándola excesiva. Cf. la obra más reciente de L. Vorndran (*op. cit.*, *passim*), con quien estoy enteramente de acuerdo en este punto, aunque no puedo aceptar su peculiar interpretación de los hechos.

<sup>11</sup> Cf. U. Kahrstedt, *op. cit.*, pp. 111 ss. y también los argumentos en contra de Wendland, en *Göttinger Nachrichten*, 1910, p. 322 y el artículo de réplica de Kahrstedt "Zur politischen

Tendenz der Aristocratea", en *Hermes* XLVI (1911), pp. 464 ss. Entre la literatura más reciente, véase especialmente la crítica cuidadosa y circunspecta de Pokorny (*op. cit.*, pp. 95 ss.) y la obra de Paul Cloché (*op. cit.*, p. 195). Por principio, me parece necesario no tomar en cuenta a Persia y dejarla como incógnita; cuando Kahrstedt trata de apreciar la influencia de este factor, al cual ni Demóstenes ni las otras fuentes de que disponemos se refieren siquiera una vez, lo hace por un proceso de eliminación (cf. *Hermes* XLVI, p. 468). Posteriormente, Demóstenes sí toma en cuenta a Persia hasta cierto punto, como podemos ver en *IV Phil.* 31 y 52 ss. Pero ya entonces el rey de Macedonia hacía mucho tiempo que era un factor en la política internacional, y hasta Persia había tenido que reconocerlo. Pienso que es un error explicar el ataque de Demóstenes contra Caridemo mediante la suposición de que tuviera motivos políticos para apoyar a Cares, el "Héroe de la Democracia", contra su rival el capitán de mercenarios Caridemo. Esta hipótesis no es sino una inducción basada en la enemistad de los dos generales; si Demóstenes llegó a pensar en Cares, no lo hizo ciertamente por ninguna disciplina de partido; pues desde el momento en que empezó a distanciarse de Eubulo, no perteneció realmente a ninguno de los dos partidos, sino que más bien se mantuvo entre ambos. (Cf. también, en relación con esto, sus propias palabras en *Mid.* 190).

<sup>12</sup> Cf. *Demóst. Aristócr.* 102-103.

<sup>13</sup> La cronología de los acontecimientos de Tracia es objeto de muchas discusiones. Todo lo que claramente sabemos es que en el discurso *Contra Aristócrates* no se considera a Filipo una amenaza seria para Tracia, y que, tal como andaban las cosas en aquel momento, debió de haber alguna razón para fundar esta estimación errónea. Que tal estimación pudiera haber sido posible estando ya Filipo en Tracia, como sostiene Kahrstedt, es algo virtualmente imposible. Con todo, en *Aristócr.* 183 hay una referencia a la primera invasión de Tracia por Filipo, la cual lo llevó hasta Maronea junto con una expedición tebana que, bajo el mando de Pamenes, se encaminaba al Asia Menor por la ruta de Tracia. Esto ocurría en la primavera de 353. Amadoco parece que obligó a Filipo a detenerse en ese tiempo; en todo caso, Filipo retrocedió por su propia decisión. Esto basta para explicar la amistosa actitud de Demóstenes hacia Amadoco. Pero ya sea antes de la segunda expedición tracia de

Filipo, ya sea durante ella, Amadoco se pasó al bando macedonio (cf. Harpocraton s. v. *Amadocus*) y se unió con él contra Cersobleptes. De esto no se dice una palabra en el discurso *Contra Aristócrates*. La fecha del discurso, por tanto, debe de caer entre las dos expediciones. La fecha de la última nos la ofrece Demóstenes en *III Ol.* 4, donde dice que el ataque de Filipo contra Heraion Teicos, que fué uno de los primeros hechos de esta expedición, ocurrió τρίτον ἢ τέταρτον ἔτος τουτέ (antes de 349-8), es decir, en 352 ó 351. Focke, en sus *Demos-thenesstudien* (Stuttgart, 1929), p. 14, trata de fijarle al discurso un *terminus post quem*, relacionando la denuncia de los megarenses en *Aristócr.* 212 con el conflicto entre Megara y Atenas, el cual cree él que debió de producirse a continuación del establecimiento de la comisión para la sagrada *orgas* a principios de 351 (Dittenberger, *Stylloge I*<sup>s</sup>, p. 279). Pero, como no sabemos si el *psephisma* que ha llegado hasta nosotros fué la única resolución tomada por Atenas en este asunto, o si otros de la misma clase lo habían precedido (Demóstenes, en *Or.* XIII 33, alude a unos ψηφίσματα contra Megara y contra Fliunte que no han sido aplicados todavía), tampoco sabemos qué consecuencias hay que sacar. Así, pues, la fecha del discurso *Contra Aristócrates* puede ser cualquier momento de 352 ó 351. Aun en el caso de que el sitio de Heraion Teicos hubiera ocurrido en 351, y no un año antes (y de esto constituye tal vez un indicio el hecho de que Filipo cayera gravemente enfermo durante el sitio, pero atacara a Olinto "inmediatamente", tan pronto como sanó, es decir, en 349-8; cf. Demóst. *I Ol.* 13), esto tampoco resolvería la cuestión de si el discurso *Contra Aristócrates* fué pronunciado en 351 o en 352. Tampoco nos ayuda el saber que el § 124 menciona a Failo como jefe focense, pues los esfuerzos llevados a cabo recientemente para determinar la fecha de su muerte oscilan entre 352 y el invierno de 352-1 (cf. Pokorny y Focke). Luego la fecha que da Dionisio de Halicarnaso (352-1) no ha sufrido realmente alteración.

<sup>14</sup> Demóst. *Aristócr.* 121: ὁ μάλιστα δοκῶν νῦν ἡμῖν ἐχθρὸς εἶναι Φίλιππος. Esto, sin embargo, no significa todavía "nuestro más poderoso enemigo", sino solamente "nuestro más detestado enemigo".

<sup>15</sup> Cf. la anterior nota 13.

<sup>16</sup> Demóst. *III Ol.* 4.

<sup>17</sup> Tucíd. II 100, 2. Cf. Fritz Meyer, *Makedonien bis zur Thronbesteigung Philipp's II* (Munich y Berlín, 1930), pp. 84 ss.

<sup>18</sup> Para la historia de los calcidios, cf. Allen B. West, *The Formation of the Chalcidic League*, en *Classical Philology* IX (1914), pp. 24 ss., y *The History of the Chalcidic League* (Madison, 1918), del mismo autor. Pueden buscarse importantes materiales suplementarios y críticas de las opiniones predominantes sobre la estructura y el desarrollo del estado calcídico, en un artículo de Franz Hampl: "Olynth und der chalcidische Bund" (*Hermes* LXX, 1935, pp. 177 ss.), que llegó a mis manos después de haber terminado este libro. Hampl muestra que desde el tiempo de la primera colonización de Olinto por los calcidios en 479 existió un estado calcídico; de suerte que es un error suponer que esto no ocurrió sino hasta 432 o, como otros piensan, hasta 420 ó 400. Este estado no es otro que Olinto. Hampl demuestra que las dos designaciones, Χαλκιδεῖς y Ὀλύνθιοι, eran empleadas como sinónimos legales desde tiempo inmemorial. Esta es una cuestión de importancia decisiva, y a mi entender ha sido demostrada con éxito cabal. Sostener que el estado calcídico fué disuelto por Esparta después de la guerra de 382-379 es simplemente falso.

<sup>19</sup> Cf. Geyer, *op. cit.*, p. 122.

<sup>20</sup> Sobre el auge de Filipo véase Bloch, *op. cit.*, III 1, 2ª ed., pp. 468 ss. El tratado de Filipo con Olinto ha sido recientemente descubierto por la tercera de las valiosas series de excavaciones llevadas a cabo en el lugar que ocupó la antigua Olinto por la Universidad Johns Hopkins bajo la dirección del profesor David Moore Robinson, en 1934. El profesor Robinson tuvo la amabilidad de facilitarme el texto restaurado de la inscripción recientemente descubierta, antes de su publicación. Más tarde, el texto fué publicado con un comentario detallado en *Trans. Am. Philol. Assoc.* LXV (1934), pp. 103 ss.

<sup>21</sup> El intervalo de tiempo no puede ser determinado exactamente. (Cf. la anterior nota 13). Si algo ha quedado demostrado después de las discusiones notablemente agudas de Schwartz, Kahle, Pokorny y Focke es el descubrimiento puramente negativo de que la información de que disponemos es demasiado fragmentaria para decidir con certeza. A la larga, nuestro sentido de la veracidad no quedaría satisfecho moviendo hacia adelante y hacia atrás los acontecimientos que caen en este intermedio y probando todas las permutaciones posibles

de las fechas. El hecho es que simplemente no sabemos si fué en 352 o en 351 cuando Filipo emprendió su segunda expedición tracia, que lo llevó a Heraion Teicos.

<sup>22</sup> Demóst. I *Ol.* 12.

<sup>23</sup> Demóst. I *Phil.* 17. E. Schwartz intentó revisar la fecha de este discurso en "Demosthenes erste Philippika", publicado en la *Festschrift* para Teodoro Mommsen (Marburgo, 1893). Han aceptado su teoría Stavenhagen, Kahle, Kahrstedt y Pokorny.

<sup>24</sup> Demóst. I *Phil.* 1.

<sup>25</sup> Demóst. I *Phil.* 2.

<sup>26</sup> Un estudio comparativo de los elementos éticos de los discursos políticos de Tucídides y los de Demóstenes promete darnos una comprensión valiosa de la naturaleza de la retórica y la política demosténica. En el seminario de filología de la Universidad de Berlín yo he hecho hacer ocasionalmente este tipo de análisis.

<sup>27</sup> Toda la primera parte de la *Primera Filípica* (§ § 2-12) está dedicada al problema de una voluntad de acción justa y resuelta.

<sup>28</sup> Demóst. I *Phil.* 3. El ejemplo de Atenas y de su situación a partir de la Guerra del Peloponeso es instructivo. Este fué el punto de mayor descenso a que llegó durante los últimos años, y sobre el cual tenía ahora que remontarse. Demóstenes aprendió de Isócrates el uso de ejemplos históricos; pero los que él elige tienen una cualidad dinámica esencial que los distingue totalmente de los de Isócrates.

<sup>29</sup> Demóst. I *Phil.* 4-6: análisis ético de la posición de Filipo.

<sup>30</sup> Demóst. I *Phil.* 7-12. Aquí se aplican a la propia actitud interna de los atenienses los resultados del análisis del enemigo.

<sup>31</sup> Demóst. I *Phil.* 11.

<sup>32</sup> Demóst. I *Phil.* 16-18. Además de las Termópilas y del Quersoneso, Demóstenes menciona en tercer lugar una expedición contra Olinto. En relación con esto, cf. p. 153.

<sup>33</sup> Demóst. I *Phil.* 19 ss.

<sup>34</sup> Demóst. I *Phil.* 30.

<sup>35</sup> Con referencia a la revisión de la *Primera Filípica*, debo referirme al estudio especial que voy a publicar en otra parte.

<sup>36</sup> Esta numeración merece ser notada, pues en las antiguas ediciones, a las que las nuestras siguen en este respecto, se situaba ordinariamente a las tres *Olintiácas* antes de la *Primera*

*Filípica*, por lo menos en las ediciones tardías. En el lexicon de Harpocration se le da de hecho a la *Primera Olintiaca* el número de la *Primera Filípica*, mientras que a nuestra *Primera Filípica* se la cuenta como la cuarta.

<sup>37</sup> Demóst. I. *Phil.* 40-41.

<sup>38</sup> Demóst. I *Phil.* 35.

<sup>39</sup> Demóst. I *Phil.* 41.

## NOTAS AL CAPITULO SEXTO

<sup>1</sup> Demóst. I *Ol.* 13.

<sup>2</sup> Cf. p. 142 ss., y Mabel Gude, *A History of Olynthus* (Baltimore, 1933), p. 33.

<sup>3</sup> Cf. Demóst. I *Phil.* 38-41.

<sup>4</sup> Demóst. *Aristócr.* 107-109. Libanio, en su *hypothesis* a la I *Ol.*, pone también un tiempo intermedio entre la declaración de paz y la petición de los olintíacos de una alianza con Atenas. Su fuente es evidentemente alguna excelente obra antigua de investigación del tipo de la de Didimo. El testimonio de Libanio con respecto a la estipulación del tratado entre Filipo y Olinto, por la que se excluía una paz por separado, ha sido confirmada indirectamente por la inscripción de Olinto recientemente descubierta (cf. la p. 142 ss.). Según Libanio, Olinto concertó la paz con Atenas en ausencia de Filipo. (Cf. también Demóst. III *Ol.*, 7.) Si las palabras que se leen en *Aristócr.* 109 — ('Ολύνθιοι) ὑμᾶς... φίλους πεποιήνται— se refieren a esta paz, como es natural pensar, entonces es que Libanio alude probablemente a la expedición tcsalia de Filipo cuando habla de su ausencia. (Cf. Schaefer, *op. cit.*, II, p. 114.)

<sup>5</sup> Diod. XVI 54, 9.

<sup>6</sup> Demóst. I *Ol.* 7.

<sup>7</sup> La alianza se concertó por la época en que Filipo invadió la Calcídica. Cf. Schaefer, *op. cit.*, II, p. 117, n. 1.

<sup>8</sup> Demóst. I *Ol.*, 2, empieza así: ἔστι δὴ τά γ' ἔμοι δοκοῦντα ψηφίσασθαι... ἤδη τὴν βοήθειαν... Es evidente que otros han presentado ya una propuesta para que Atenas vaya en auxilio de Olinto, y Demóstenes está prestando su apoyo a dicha proposición.

<sup>9</sup> Cf. Dionis. *ad Amm.* 9. Aquí vemos cómo Dionisio o su fuente utilizan la *Atthis* de Filocoro para establecer las fechas

y el orden de los discursos. Viendo que Filocoro (Frag. 132 F. H. G. I, p. 405, Mueller) menciona tres expediciones atenienses de auxilio, considera a cada una de ellas como resultado de uno de los tres discursos de Demóstenes. Hoy todo el mundo está de acuerdo en que esto es una suposición puramente arbitraria. Tampoco toma ya nadie en serio el intento de Dionisio de disponer los tres discursos en el orden II, III, I —hypótesis cuyo sostenimiento depende del de aquella suposición y que fué discutida ya por el contemporáneo de Dionisio, el *rhetor* Cecilio de Caleacte. El mismo Filocoro no habló de las tres expediciones como si fueran resultado de las proposiciones de Demóstenes; y, en verdad, es enteramente improbable que ninguna de estas proposiciones fuera puesta en vigor o ni siquiera aceptada. Cf. Schaefer, *op. cit.* II, pp. 140 ss., y Hartel, "Demosthenische Studien" en *Ber. Wiener Akad. phil. Cl.* LXXXVII-LXXXIX (1877-1878). Algún intento por encajar los discursos en una situación determinada debe, por supuesto, hacerse; pero por razón de las lagunas que existen en nuestro conocimiento histórico, tal intento sólo puede tener éxito en tanto que las circunstancias que los discursos presuponen puedan destacarse de ellos con sus perfiles característicos.

<sup>10</sup> Cf. Demóst. I Ol. 16-20. Esta breve parte central contiene las proposiciones prácticas. Es digno de ser notado que Demóstenes repita las proposiciones de la *Primera Filípica* sin hacer referencia a este discurso. Es presumible que lo hiciera así con el fin de no desacreditar de antemano sus proposiciones, o de no dificultar su aceptación por parte de sus adversarios subrayando el hecho de que ya hubieran sido rechazadas anteriormente.

<sup>11</sup> Demóst. I Ol. 2 ss.

<sup>12</sup> Con referencia al papel representado por los dioses en el destino de Atenas, véase Demóst. I Ol. 10.

<sup>13</sup> Cf. los cuatro libros de Teofrasto πολιτικῶν πρὸς τοὺς καιροὺς. Cicerón (*de fin.* V 4, 11) observa que al considerar de este modo a la política, la teoría política de Teofrasto difiere de la de Aristóteles: *hoc amplius Theophrastus, quae essent in republica inclinationes rerum et momenta temporum, quibus esset moderantum utcumque res postularret.*

<sup>14</sup> El problema de la *Tyche* o *Moira* y la cuestión de lo que pueda ser imputado a la acción humana según Solón, los he tratado ya en mi *Paideia* I, pp. 162 ss. (trad. española, Méxi-

co, 1942), y con mayor detalle en "Solons Economic" (*Sitz. der Berl. Akad.*, 1926, pp. 73 ss.). Para las opiniones de Tucídides sobre la responsabilidad personal y costumbre del αἰτιῶσθαι τὴν τύχην ὅσα ἂν παρὰ λόγον ξυμβῆ, véase Tuc. I 140, 1 (la proclama de guerra de Pericles).

<sup>15</sup> Demóst. I Ol. 10-11.

<sup>16</sup> Demóst. I Ol. 12-15.

<sup>17</sup> El problema de la concepción que los griegos tenían de la manera como las cosas ocurren en la vida de los hombres, lo mismo de los individuos que de los pueblos enteros, es de la mayor importancia para comprender su poesía así como sus discursos políticos y su historiografía. Particularmente con relación a la prosa griega, este problema ha sido objeto de bien poca atención seria. Las más viejas disertaciones sobre la *Tyche* en Tucídides o en Polibio han sido elaboradas demasiado externa y mecánicamente; en su mayor parte, no representan más que superficiales recolecciones de materiales, y con esta técnica lexicográfica es enteramente imposible llegar a la médula del problema. Lo que se necesita es un análisis de todas las maneras como los autores contemporáneos conciben y representan el hecho mismo del "acontecer". Yo espero poder abordar este problema con mayor precisión.

<sup>18</sup> La idea de καιρὸς se encuentra a lo largo de toda la primera parte del discurso. Cf. § § 7, 8, 9 (hacia el final) y 11.

<sup>19</sup> Cf. Demóst. I Ol. 21 ss., la tercera parte del discurso. El tema principal está expresado en el § 24: δεῖ τοίνυν ὑμᾶς... τὴν ἀκαιρίαν τὴν ἐκείνου καιρὸν ὑμέτερον νομίσαντας ἐτοιμῶς συνάρασθαι τὰ πράγματα.

<sup>20</sup> Cf. Demóst. I Ol. 24-27. El orador cierra la tercera parte del discurso (§ § 25, 27), lo mismo que la primera (§ 15), con la idea de que los atenienses van a encontrarse con su propio suelo invadido si no están dispuestos a hacer la guerra fuera. Esta es su palanca más fuerte.

<sup>21</sup> Cf. pp. 121 ss.

<sup>22</sup> Esta misma visión altamente educativa de la labor de un caudillo nacional en un estado como Atenas puede encontrarse, antes que en Demóstenes, entre los más grandes estadistas, como Solón y Pericles. Sobre Solón, cf. mi *Paideia* I, pp. 159 ss. (*ed. cit.*); sobre la descripción que hace Tucídides del caudillo modelo, véase *Paideia* I, pp. 414 ss. (*ed. cit.*).

<sup>23</sup> Demóst. περὶ συντάξεως 36. El "nuevo orden" se refiere

a la organización financiera y administrativa recomendada por el orador. Sobre esta expresión cf. *symm.* 17, 23 y otros lugares.

<sup>24</sup> Después de que Wilamowitz (*Aristoteles und Athen II*, p. 215) y Ed. Schwartz ("Demosthenes' erste Philippika", *Festschrift* dedicada a Mommsen, 1893, pp. 54 ss.) hubieron declarado sucintamente que la inautenticidad del discurso *περὶ συντάξεως* no sólo no está probada sino que es improbable, sin que mostraran el fundamento de esta decisión suya (cf. también P. Wendland, *Goettinger Gelchrte Anzeigen*, 1906, p. 364), este problema fué sometido a una investigación filológica de una naturaleza más precisa. Cf. I. Heimer, *de Demosthenis or. XIII*, Dis. Muenster, 1912, y Fr. W. Levy, *de Demosthenis περὶ συντάξεως oratione*, Dis. Berlín, 1919. Estos investigadores han prestado su atención principal a las conocidas correspondencias que existen entre este discurso y otros del mismo Demóstenes, y al problema de la anterioridad de las diferentes versiones de pasajes comunes a ambos. Sobre la base de tal comparación, llevada a cabo cuidadosamente, Levy concluye que las *Olintiácas* han sido utilizadas en el discurso *περὶ συντάξεως* y transcritas en él con cierta amplitud. Como consecuencia de esto, sitúa al discurso inmediatamente después de la *Tercera Olintiáca* y a fines de 349-8, de acuerdo con las manifiestas preferencias de Eduard Schwartz, quien se inclinaba a considerarlo estrechamente relacionado con las *Olintiácas*. Heimer sitúa al discurso en la primera de 350. H. Francotte (*Le Musée Belge*, 1913, pp. 271 ss.), quien basa su trabajo más bien en las alusiones cronológicas, lo sitúa en 353-2; y más recientemente Fr. Focke (*op. cit.*, pp. 12 ss.) lo ha fechado en 351. Indudablemente, las referencias temporales que hay en el discurso —especialmente el pasaje sobre los "malditos megarenses" y la lucha motivada por la sagrada *orgas* (§ 32)— conducen el período entre 352 y 350, como Focke, en mi opinión, ha mostrado correctamente. Pero este complicado problema no puede ser resuelto por el lado cronológico puramente, y Focke sólo tocó ligeramente la cuestión de las relaciones entre los duplicados de este discurso y los pasajes correspondientes de las *Olintiácas*. Por este lado del problema se presentan todavía graves obstáculos antes de llegar a una solución prematura. Levy no ha prestado una atención suficientemente seria a los testimonios cronológicos. Sin embargo, si estos dos métodos de investigación condujeran realmente a dos fechas de origen dis-

tintas, entonces estaría demostrada la inautenticidad del discurso. Me propongo estudiar de nuevo este problema.

<sup>25</sup> Cf. Demóst. *II Ol.* 3.

<sup>26</sup> Cf. Demóst. *I Ol.* 9: νῦν δὲ... ἠὲξήσαμεν... Φίλιππον ἡμεῖς καὶ κατεστήσαμεν τηλικούτον ἡλικος οὐδεὶς πω βασιλεὺς γέγονεν Μακεδονίας.

<sup>27</sup> Según Polibio, VIII 11, 1 (*F. Gr. Hist.* II B, p. 541, *Frag.* 27, Jacoby), Teopompo dice de Filipo que Europa no ha producido todavía un hombre que se le pueda comparar.

<sup>28</sup> Demóst. *II Ol.* 5 ss. Cf. especialmente § 10: οὐ γὰρ ἔστιν, οὐκ ἔστιν... ἀδικούντα κάπιορκούντα δύναμιν βεβαίαν κτήσασθαι...

<sup>29</sup> Demóst. *II Ol.* 11-13.

<sup>30</sup> Demóst. *II Ol.* 14-16.

<sup>31</sup> Demóst. *II Ol.* 17-21. Cf. el aplastante veredicto que pronuncia Teopompo sobre la moralidad de Filipo y de su círculo (*F. Gr. Hist.* II B, pp. 582-585, *Frag.* 224-225, Jacoby). El acuerdo entre dos críticos que difieren tan hondamente en su innato modo de ser, tiene un valor indudable con relación al fundamento real de su juicio.

<sup>32</sup> Obsérvese el simil basado en la salud del cuerpo en *II Ol.* 21, por medio del cual Demóstenes establece su proposición. Este simil evoca inmediatamente la sabiduría política de Solón (*Frag.* 3, 17 ss. *Diehl*), quien lo aplica a la salud interna del estado.

<sup>33</sup> Demóst. *II Ol.* 22. En la época helenística estuvo muy extendida la idea de que cada ciudad particular o cada personaje tuviera su propia *Tyche*. Los grandes romanos adoptaron esta idea, y Sila y César creyeron cada cual tener su propia *Tyche* particular.

<sup>34</sup> Sobre la necesidad de ayudar activamente a Olinto y la actual disposición a hacerlo, véase Demóst. *III Ol.* 1-9.

<sup>35</sup> Sobre el origen pericleano de los *teóricos* véase *Plut. Per.* 9. El demagogo Cleofonte introdujo el dióbolo, cosa que sabemos por Aristóteles, *Ath. pol.* 28, 3. Cf. el reciente artículo de Schwahn "Theorikon", en Pauly-Wissowa, *Realencyclopädie d. cl. Altert.* VA, Sp. 2233 ss. El demócrata radical Demades llamó al *theoricum* "el aglutinante de la democracia" (*Plut. Plat. quaest.* p. 1011 B).

<sup>36</sup> Demóst. *I Ol.* 19-20.

<sup>37</sup> Cf. Schwahn, *op. cit.*, Sp. 2236.

<sup>38</sup> Demóst. III Ol. 10-13. Demóstenes no pide directamente que los *theorica* se transformen en *stratitica*, pero sí pide el nombramiento de *nomothetae* para que se deshagan de las leyes que se interponen en su camino. Juzgando por la cautela de este procedimiento, Libanio declara en la parte quinta de su *hypothesis* para la *Primera Olintiaca* (Butcher) de Demóstenes que estaba ya en vigor la pena de muerte para quien propusiese tal medida; pero los escolios sobre I Ol. 9 (p. 33, 11, Dindorf) se refieren a esta ley como a una consecuencia de la proposición que hizo Apolodoro para que se le diera al pueblo anualmente la opción de dedicar el excedente de la tesorería pública ya fuera a fines teatrales o a fines militares. El *psephisma* de Apolodoro, del que tenemos noticia por [Demóst.] c. *Neaeram* 3-5, fué fechado por Schaefer, quien le atribuye la misma fecha supuesta de la batalla de Taminas en Eubea —350—, cuando estaba en curso el proceso contra Midias. Pero no nos queda ya modo alguno de saber cuándo ocurrió esta batalla, como Blass demostró sin querer al intentar una revisión de la fecha; por consiguiente, el único recurso que nos queda para determinar la fecha es la aproximada simultaneidad de la propuesta de Apolodoro y las orientaciones políticas de las *Olintiacas*. Es evidente, además, que Demóstenes no hubiera pedido el nombramiento de *nomothetae* para que suprimieran las leyes *teóricas* si esto hubiera llevado consigo la pena de muerte (cosa en la que Weil y Blass han insistido justamente). Siendo así, el *psephisma* de Apolodoro no puede haber sido anterior a las *Olintiacas*, sino que debió de ser posterior a ellas, y está indudablemente conectado con la política de Demóstenes. La ley de Eubulo estableciendo la pena de muerte para este tipo de proposiciones fué aprobada después de que el *psephisma* de Apolodoro fué finalmente echado abajo por el triunfo de la acusación de *παράνομων* de Estéfano (cf. c. *Neaeram* 5). Estéfano, que ya había sido usado para el mismo fin por Calístrato (cf. c. *Neaer.* 43), era naturalmente sólo un hombre de paja de Eubulo; y aquí lo mismo que en el discurso *Contra Androcio*, se exhibe simplemente el motivo de venganza privada como una excusa plausible. Lo cierto es que la acusación de Estéfano contra Apolodoro fué enteramente política, como lo demostró la ley de Eubulo. Con esta ley, Eubulo intentó reforzar su política económica y pacifista y al mismo tiempo fortalecer su propia posición, a modo de contraataque al firme avance de

Demóstenes y sus crecientes adictos. Es muy probable que, como hemos ya conjeturado, al escribir Demóstenes un discurso para que Apolodoro lo usara en su proceso contra Estéfano, lo hiciera por razón de sus conexiones políticas. (Cf. Blass, *op. cit.*, pp. 316 ss.).

<sup>39</sup> Demóst. III Ol. 21.

<sup>40</sup> Demóst. II Ol. 23-29.

<sup>41</sup> Demóst. III Ol. 30-32.

<sup>42</sup> Demóst. III Ol. 33-36.

<sup>43</sup> En esta parte de la *Tercera Olintiaca* que contiene la crítica de Eubulo (especialmente §§ 26-31), fueron utilizados frase por frase y casi palabra por palabra los §§ 207-210 del discurso *Contra Aristócrates*. Cf. pp. 132 ss.

<sup>44</sup> Véanse pp. 132 s.

<sup>45</sup> La cuestión de si la φύσις de la actual generación es peor que la de sus antepasados la presenta Demóstenes en περι συντάξεως 25.

<sup>46</sup> Al parecer, ninguna de estas dos proposiciones de la *Primera* y la *Tercera Olintiacas* es presentada como una propuesta formal. Este hecho, del que no deja de haber otros ejemplos, ha conducido a investigadores recientes como Eduard Schwartz, Paul Wendland y otros, a considerar los discursos de Demóstenes como folletos escritos para ser distribuidos en forma de obras de literatura, que adoptan puramente la forma de discursos pronunciados, situación a la que estamos ya bien familiarizados por los discursos de Isócrates. Quien ha ido más lejos en esta dirección es K. Hahn (*Demosthenis contiones num revera in contione habitae sint quaeritur*, Dis. Giessen, 1910). Esta opinión ha sido fundadamente criticada por C. D. Adams (*Trans. Am. Philol. Assoc.* XLIII, 1912, pp. 5 ss.). Cf. también E. Drerup, *Aus ciner alten Advokatenrepublik*, p. 58. Es significativo el hecho de que los discursos de Demóstenes fueran cuidadosamente pulidos para su publicación; en este respecto, la forma creada por Isócrates ejerció su influencia en varios sentidos —por ejemplo, en la omisión de los testimonios, de las proposiciones presentadas, etc., como he mostrado con relación a la *Primera Filípica* (cf. p. 152); con relación a la *Segunda*, es igualmente manifiesto (cf. p. 204). Es innegable que el discurso *Sobre las Simmorías* conducía, asimismo, a una proposición que no ha llegado hasta nosotros, pero que emerge bien claramente, en sus líneas más importantes, del discurso publi-

cado. Estos son sólo unos pocos ejemplos. Siendo así, quien crea que estos discursos son puramente unos folletos literarios ¿cómo podrá explicar el hecho de que ciertos pasajes de recurso sean empleados dos y hasta tres veces sucesivamente en una *δημηγορία* tras otra? Tal cosa sería imposible en nuestros propios artículos periodísticos, y aun Isócrates evita tales repeticiones en sus folletos. (Las largas citas de su propia obra que se encuentra en el *Antidosis* son enteramente otra cuestión.) Si es fundado explicar las repeticiones de los discursos forenses de Demóstenes *Contra Androcio* y *Contra Timócrates* como algo que está perfectamente de acuerdo con las prácticas usuales en discursos forenses, esta interpretación no resulta menos apropiada para los discursos de estado. Además, la forma del discurso demosténico es incompatible con cualquier intento de explicarlo como un mero γραφικὸς λόγος. Es algo que nace de la lucha política: estos discursos son escritos para conquistar las decisiones de la *ecclesia*; no están destinados primariamente a la lectura silenciosa, sino al oído de una multitud atenta. En su forma escrita, siguen todavía esta ley y sólo ésta, aunque una buena parte de lo que era posible decir en el discurso hablado deba ser suprimido del escrito por ἀρετῆς, como muestran los discursos contra Esquines.

<sup>47</sup> Cf. Demóst. *Mid.* 77 ss.

<sup>48</sup> Cf. Demóst. *Mid.* 13 ss.

<sup>49</sup> Para la προβολή, véase *Mid.* 1; para el aplazamiento del proceso, *Mid.* 112.

<sup>50</sup> Cf. Demóst. *Mid.* 206 con relación a la actitud anterior de Eubulo en el tiempo de la προβολή, y su actitud presente, ahora que Demóstenes se ha convertido en su enemigo político. Con relación a los otros hombres ricos que se espera aparezcan ante el jurado en apoyo de Midias, cf. §§ 208 ss y §§ 213 ss. Sobre que Demóstenes permanece solo: § 190.

<sup>51</sup> Cf. *Mid.* 189; importante pasaje sobre la conciencia que tiene Demóstenes de su propia importancia como político y como orador.

<sup>52</sup> Cf. Demóst. *Mid.* 218.

<sup>53</sup> La cronología del discurso *Contra Midias* es muy difícil, y está enredada con la de los discursos contra Beoto. Necesita ser estudiada de nuevo, pues Blass (*op. cit.*, pp. 328 ss.) ha puesto demasiadas cuestiones hipotéticas en su estudio de este problema. Dionisio nos dice que el discurso, que no llegó a

pronunciarse ante el jurado, fué elaborado en 349-8. En cualquier caso, está claro que los principios del discurso se remontan hasta las expediciones de Olinto y de Eubea.

<sup>54</sup> Cf. Schaefer, *op. cit.*, II, pp. 156 ss. Beloch (*op. cit.* III, i, p. 500) pasa por encima de esta fase muy brevemente, sin mencionar siquiera a Eubulo y a Esquines, los instigadores de este paso, a pesar de la significación que tiene para su política. Esto tenía lógicamente que haber alterado la idea entera que Beloch se hace de ellos.

<sup>55</sup> Cf. los relatos de la embajada que los dos adversarios, Demóstenes y Esquines, nos han dado de ella en sus discursos *περὶ τῆς παραπροεσβείας*. Sobre el papel de Demóstenes en la audiencia de Filipo, cf. *Esq.* II 34 ss.

<sup>56</sup> El destaca esto después en *de cor.* 18.

## NOTAS AL CAPITULO SEPTIMO

<sup>1</sup> Cf. pp. 68 ss. *Isócrates de pace* 23-26 y *passim*.

<sup>2</sup> Cf. *Isócrates de pace* 119 ss.

<sup>3</sup> Cf. *Isócrates Phil.* 45: ὄρων τὰς πόλεις μὴτ' ἔχθρας μὴθ' ὄρκων μὴτ' ἄλλον μηδενὸς φροντιζούσας πλὴν ὅτι ἂν ὑπολάβωσιν ὀφέλιμον αὐταῖς εἶναι, τοῦτο δὲ στεργούσας μόνον καὶ πᾶσαν τὴν σπουδὴν περὶ τούτου ποιουμένας. . .

<sup>4</sup> *Isócr. Phil.* 40: οἶδα γὰρ ἀπάσας (scil. τὰς πόλεις) ὀμολιμένας ὑπὸ τῶν συμφορῶν.

<sup>5</sup> Cf. *Isócr. Phil.* 81 y *Ep. I*. Habiendo sido Esparta derrotada en Leuctra y no figurando ya en las filas de los estados principales, el propósito de esta epístola, a juzgar por el proemio (que es la única parte que se conserva), es ofrecer al tirano de Siracusa el mismo papel que el Isócrates del *Panegyricus* había ideado originalmente para Esparta y Atenas juntas: el de apoderarse de la dirección de la Hélade (cf. *Ep. I* 8). Si el autor toma en cuenta todavía la eventualidad de una guerra contra Persia, es cosa que no está clara. Tampoco lo está lo que quiere decir con el *συναγωνίζεσθαι* de Atenas en *Ep. I* 8. El sentido de la frase implica que, después de la eliminación de Esparta en Leuctra, le corresponde a Dionisio ocupar su puesto; lo cual significaría que debe cooperar con Atenas sobre un pie de igualdad. Cierzo es que Isócrates emplea nuevamente el término

συναγωνίζεσθαι en *Phil.* 56, refiriéndose a la cooperación de Atenas en la expedición persa bajo la dirección de Filipo, que el *rhetor* propugna. Pero en este caso la palabra es empleada meramente como una manera cortés de expresar la subordinación de Atenas. Pero tal subordinación no es fácil que hubiera sido admitida sin más en el año 370, después de la victoriosa paz de Esparta, época en la que se supone fué escrita la carta a Dionisio; es más, a la luz de los términos en que se concertó esa paz, hubiera parecido completamente increíble. A menos, pues, que el proemio sea una falsificación, cuyo autor haya proyectado simplemente hacia el pasado la situación correspondiente a *Filipo*, y bajo la sugestión de pasajes tales como *Phil.* 56 y 81, tenemos que suponer, para bien o para mal, que el término συναγωνίζεσθαι tiene en los dos pasajes sentidos diferentes.

La autenticidad de este proemio no ha sido demostrada todavía. Las observaciones más bien precipitadas de Wilamowitz en *Aristoteles und Athen* II, p. 391, no son suficientes en modo alguno. La "influencia de la excelente crítica platónica" de *Fedro* 275c, que Wilamowitz cree acertadamente descubrir en el § 3, acaba de complicar las cosas; pues ¿quién va a creer en nuestros días que el *Fedro* existiera ya por los años de 370-367? La sugerencia de Eduard Meyer (*Gesch. d. Alt.* V p. 442) de que Isócrates no terminó la carta, no puede conciliarse con lo que se dice en *Phil.* 81 (ἄπερ ἐπέστειλα καὶ πρὸς Διονύσιον τὸν τὴν τυραννίδα κτησάμενον), donde se alude a la carta como si hubiera sido realmente enviada, y no puramente empezada con buenas intenciones. Pero en este caso es un misterio el porqué se conservaría únicamente el proemio. Y no esclarece en nada este misterio el hecho de que se hayan conservado otros dos proemios epistolares (*Ep.* V y *Ep.* IX) dirigidos a los hijos de Jasón y a Arquidamo. Con relación a éstos, Wilamowitz tampoco puede aclarar mucho las cosas; hasta llega a suponer que el último es verdaderamente apócrifo.

La carta a Filipo atribuía tradicionalmente a Espesipo (*Socraticorum epist.* XXX, p. 629, ed. Hercher), minuciosamente estudiada por E. Bickermann y Joh. Sykutris en *Ber. Sächs. Akad. phil.-hist.* Kl. 80 (Leipzig, 1928), quienes sostienen que es la única auténtica entre las que se atribuyen a Espesipo, declara en el § 13 que Isócrates había tomado posteriormente el λόγος que había escrito originalmente para Agesilao y que se "lo había vendido, con ligeros cambios, al tirano Dionisio",

como si el tirano lo hubiese encargado. Si Espeusipo estaba tan bien enterado de la carta a Dionisio en 342, año en que se afirma que había sido escrita su propia carta a Filipo, entonces es que la carta de Isócrates debió de haber sido publicada como un todo desde el principio, y debe de haber sido parecida por su contenido al *Filipo* y al *Panegyricus*; pues no me cabe duda de que cuando habla del λόγος de Isócrates, que éste πρώτον ἔγραφεν Ἀγησιλάῳ (ἡγησιλάου cod. V, ἡγησιλάῳ corr. B), alude al *Panegyricus*, por cuanto este discurso fué primariamente pensado para Esparta, y en este tiempo esto quería decir para Agesilao. Con todo, cabe aún la posibilidad de que el autor de la epístola de Espeusipo conociera, lo mismo que nosotros, la carta de Isócrates a Dionisio por aquel pasaje del *Filipo* (§ 81) en que Isócrates alude a ella, y que concluyera en seguida, lo mismo que otros muchos autores, que el paralelismo de la situación a que se refiere aquí Isócrates implicaba una semejanza de contenido entre el documento perdido y el *Filipo*, del que Isócrates no dice nada. (Cf. la nota siguiente.)

<sup>6</sup> Beloch (*op. cit.*, III 1, 2ª ed., p. 523) sugiere en seguida que la carta perdida de Isócrates a Dionisio proponía que el tirano tomase la dirección de una guerra contra Persia. Pero de esto no se dice una palabra ni en el proemio, que es todo lo que nos queda de la primera epístola de Isócrates, ni en la referencia que hace a ella en *Phil.* 81. Eduard Meyer (*op. cit.*, p. 443) y Wilamowitz (*op. cit.*, p. 391) se muestran acertadamente más prudentes con relación al supuesto propósito de la epístola. A Beloch, en cambio, su hipótesis no le impide considerar a la pretendida propuesta de Isócrates digna de ser tomada en cuenta, con todo y que hubiera sido aún más fantástica que la del *Panegyricus*. Pero ¡a qué cosas no conduce el ciego prejuicio!

<sup>7</sup> Las discusiones de los modernos investigadores sobre el origen racial de los macedonios han conducido a varias sugerencias interesantes. Esto es particularmente cierto con relación a los análisis filológicos de los restos de la lengua macedonia llevados a cabo por O. Hoffmann en su *Makedonen*, etc. Cf. el último resumen general de la controversia en L. Geyer, *op. cit.*, pp. 30 ss., y su capítulo sobre prehistoria, *ibid.*, pp. 19 ss. Pero aun en el caso de que los macedonios llevaran en las venas sangre griega —lo mismo que ilírica—, ya fuera originalmente o por mezcla posterior, esto no justificaría que los

consideráramos a la par con los griegos en cuanto a raza, ni que empleáramos esto como una excusa histórica para legitimar las pretensiones de este belicoso pueblo de campesinos a enseñorearse de sus primos del sur de la península balcánica, quienes estaban tan adelantados sobre ellos en cultura. Es igualmente inexacto declarar que ésta sea la única manera como podemos comprender el papel de la conquista macedonia al helenizar al Oriente. Pero aquí podemos dejar a un lado este problema, puesto que nuestro interés principal consiste en descubrir lo que los griegos mismos pensaban y sentían. Y no es menester que citemos las bien conocidas manifestaciones de Demóstenes; el propio Isócrates, el hombre que pregona la idea de una dirección macedonia en la Hélade, califica al pueblo macedonio de miembro de una raza extraña (*οὐχ ὁμόφυλον*) en *Phil.* 108. Deliberadamente evita el término *βάρβαροι*, pero este término se presenta inevitablemente por sí mismo en la lucha de los griegos por su independencia nacional, y expresa el sentir de todo verdadero heleno. Ni al mismo Isócrates le gustaría ver a los griegos regidos por los macedonios: es sólo el rey de Macedonia, Filipo, quien tiene que ser el nuevo jefe; y el orador trata de dar una prueba etnológica de los requerimientos que concurren en Filipo para llevar a cabo esta tarea, recurriendo al artificio que consiste en decir que él no es hijo de su pueblo sino que, lo mismo que toda su dinastía, es un vástago de Heracles y, por tanto, de sangre griega.

<sup>8</sup> Cf. p. 236 y el excelente estudio de Ulrich Wilcken "Philipp II. von Makedonien und die panhellenische Idee" (*Sitz. der Berl. Akad. der Wiss.*, 1929, pp. 291 ss.). Wilcken ha mostrado concretamente en qué sentido Isócrates le dió el "impulso" a la política de Filipo; o mejor tal vez pudiéramos decir que ha mostrado de qué modo consiguió Filipo aprovechar en beneficio político de Macedonia la existencia de un hombre como Isócrates y del nuevo espíritu que él representaba —espíritu que rebasaba los límites de la política normal—. Con esto, Wilcken ha reducido también la demasiado ingenua sobrevaloración de Isócrates como político que encontramos en Beloch y en otros varios investigadores recientes. Los hechos, como muestra acertadamente Wilcken, eran realmente mucho más complicados. Tal vez Ernest Barker ha exagerado un poco intencionadamente al escribir (*Cambridge Ancient History* VI, p. 518) que los folletos de Isócrates no produjeron ningún

efecto, afirmación que Wilcken ataca. Pero Filipo no se convirtió nunca ciertamente en un mero instrumento de las ideas de Isócrates; si acaso, la situación fué justamente la inversa.

<sup>9</sup> Cf. Isócr. *Phil.* 81-82.

<sup>10</sup> Cf. Isócr. *Phil.* 73 ss.

<sup>11</sup> Cf. Isócr. *Phil.* 15 y 152.

<sup>12</sup> Beloch (*op. cit.*, III 1, 2ª ed., p. 359) habla de los discursos de Esquines como "mit das Vollendetste, was die Beredsamkeit aller Zeiten hervorgebracht hat, völlig ebenbürtig den Reden seines Gegners Demosthenes in denselben Prozessen". Este juicio es enteramente incomprensible. La incapacidad de Beloch para reconocer la grandeza de Demóstenes como político lo deja sordo hasta para su grandeza como orador. El discurso *Sobre la Corona* es muy superior al discurso de Esquines *Contra Ctesifón*; pero lo más noble que llega a hacer Demóstenes no se reduce a sus discursos forenses, sino que llega más alto todavía en las *Filípicas*. En Esquines no hay nada que pueda compararse con ellas.

<sup>13</sup> Cf. Ivo Bruns, *Das literarische Porträt der Griechen* (Berlín, 1896), pp. 570 y 578.

<sup>14</sup> Cf. Demóst. *de pace* 10.

<sup>15</sup> Predicción de los trastornos actuales: Demóst. *de pace* 10. Sus anteriores predicciones: *de pace* 4-9, particularmente el § 5, donde encontramos su profecía sobre Eubea. Sobre la teoría de que la predicción acertada es un criterio para juzgar del verdadero estadista, cf. Solón, *Frag.* 3 y 8 (Diehl) y el discurso entero de Pericles en Tucíd. II 60 ss.

<sup>16</sup> Aquí podemos pensar en gente del tipo del viejo Aristofón, el representante de los demócratas radicales, cuya lucha contra la paz de Filócrates es sacada a luz por Teopompo (*Frag.* 166 en Jacoby; *F. Gr. Hist.*, II B, p. 572). Siendo así que Teopompo llega a poner el discurso principal contra la paz en boca de Aristofón, éste debe de haber sido todavía una persona de cierta importancia por aquel tiempo, a pesar de que no lograra su propósito.

<sup>17</sup> Cf. Tucíd. II 65, 9, y el esolio sobre Demóst. *de pace* 12. En este esolio encontramos ya la comparación entre Demóstenes y Pericles que Schaefer (*op. cit.* II, p. 285) desarrolla con perspicacia, probablemente bajo la influencia de Plut. *Demost.* 14.

<sup>18</sup> Para lo que sigue, cf. Demóst. *de pace* 17-19.

<sup>19</sup> Cf. pp. 88 ss. y la nota 39 del cap. IV.

<sup>20</sup> Para los pasajes de tebanofilia, véase Demóst. *de pace* 15, 18, 24. En este último aparece luchando nuevamente por su vieja política de no disputar con Tebas sobre la posesión de Oropo (cf. *Megal.* 18). Esta reclamación ateniense era uno de los principales obstáculos que se oponían a un entendimiento entre Atenas y Tebas.

<sup>21</sup> Sobre el abandono de Quios, Cos y Rodas, cf. *de pace* 25.

<sup>22</sup> Sobre la conducta de Esquines en la celebración de la victoria de Filipo, cf. Demóst. *de falsa legat.* 128 y 338, y la réplica de Esquines en II 162.

<sup>23</sup> Con relación a estos discursos, cf. el detallado informe de Demóstenes en II *Phil.* 19-26. Que la amistad de Atenas con Esparta está entregando al resto de los peloponésios en brazos de Filipo, es cosa que ha sido ya indicada en Demóst. *de pace* 18. Dionisio da como fecha de la *Segunda Filípica* el año 344-3, y esto ha sido confirmado en nuestros días por las investigaciones de Beloch (*op. cit.* III 2, p. 290), siguiendo a Schacfer. La situación, sin embargo, no es igual a la que nos encontramos en relación con la embajada, evidentemente posterior, de Pitón a Atenas, de la cual habla Demóstenes en *de cor.* 136 (cf. *Halonn.* 20 ss.); y la *Segunda Filípica* no es el discurso de respuesta de Demóstenes a Pitón, al cual hace referencia ahí.

<sup>24</sup> Sobre el envolvimiento de Atenas (περιστοιχίζεσθαι), cf. Demóst. II *Phil.* 27.

<sup>25</sup> Cf. Demóst. II *Phil.* 28-30.

<sup>26</sup> Cf. Demóst. II *Phil.* 32.

<sup>27</sup> Cf. Demóst. II *Phil.* 28. Está perfectamente claro que la respuesta que el orador propone que se dé a una cierta potencia extranjera no especificada ha desaparecido del texto después de las palabras ταῦτ' ἤδη λέξω en el § 28. No es probable que esta omisión sea un simple accidente de la tradición; la propuesta, tal como fué formulada originalmente, debió de haber sido suprimida por el propio Demóstenes al preparar el texto definitivo del discurso para su publicación. Esto es precisamente lo que ha ocurrido en otros de sus discursos publicados. Cf. la supresión posterior, en la versión publicada, de la πόρου ἀπόδειξις que aparece en I *Phil.* 30. (Véase p. 152). Como filólogos, debiéramos estar particularmente agradecidos de poder disponer de indicios de edición, lo

mismo en ésta que en la *I Phil.*, lo cual representa un testimonio volioso contra la moderna teoría de que los discursos políticos de Demóstenes son puramente obras literarias, y no discursos efectivamente pronunciados. (Cf. cap. VI, nota 46.)

<sup>28</sup> Cf. Demóst. *II Phil.* 28: καθ' ὑμᾶς αὐτοὺς ὕστερον βουλευσθε.

<sup>29</sup> Cf. Demóst. *II Phil.* 15: τοῖς Μεσσηνίοις δὲ καὶ τοῖς Ἀργείοις ἐπὶ τοὺς Λακεδαιμονίους συλλαμβάνειν οὐ μέλλει, ἀλλὰ καὶ ξένους εἰσπέμπει καὶ χρήματ' ἀποστέλλει καὶ δύναμιν μεγάλην ἔχων αὐτὸς ἐστὶ προσδόκιμος. También el § 16: ἀφ' ὧν νῦν ποιεῖ. Cf. G. M. Calhoun, *Trans. Am. Phil. Assoc.* LXIV (1933), pp. 1 ss., quien prueba nuevamente sin lugar a duda que la *II Phil.* se relaciona con una situación cuyo contorno puede ser delineado todavía con bastante claridad, aunque no pueda ser determinada con toda precisión. Así, pues, no es admisible en absoluto el sugerir que la *II Phil.* es un discurso de propaganda general, o sea "*Ilitzrede*", calificativo que Beloch aplica también a los discursos de Demóstenes en el Peloponeso. El hecho es, como indica Calhoun, que la adecuada comprensión de este documento es de cierta importancia para juzgar toda la política de Demóstenes posterior a la paz. Sobre la bibliografía anterior relativa al discurso, cf. Calhoun, *op. cit.*, el cual ha seguido las huellas de este interesante problema hasta sus principios mismos. Pero todavía no sabemos cuál era la embajada que debía recibir la respuesta ateniense mencionada en el § 28; por consiguiente, la fecha del discurso permanece indeterminada. La *hypothesis* de Libanio (§ 2) muestra que ya en los tiempos antiguos esto era algo sobre lo cual nadie sabía nada, aunque se creía que podía ser averiguado ἐκ τῶν Φιλιππικῶν ἱστοριῶν. Se pensó que pudo haber habido una embajada de Filipo y al mismo tiempo otra de los mesenios y de los argivos (sobre este punto cf. Schaefer, *op. cit.*, II, p. 332) que hubiera ido a quejarse de las relaciones de Atenas con los peloponesios y con Filipo. No conocemos suficientemente bien las reglas y costumbres de la *ecclesia* ática para saber lo que podía decirse abiertamente contra los enviados extranjeros en presencia de ellos; y, por consiguiente, no podemos determinar si la franqueza con que Demóstenes se expresa con relación a la insidia de Filipo y a la estupidez de los peloponesios presupone o no su ausencia. Si la presupone,

quedamos naturalmente libres de sacar nuestras propias conclusiones.

<sup>30</sup> Cf. Demóst. *II Phil.* 28.

<sup>31</sup> Cf. Demóst. *II Phil.* 35.

<sup>32</sup> Cf. Demóst. *II Phil.* 37. La relación entre el ataque a Esquines en la parte final de la *II Phil.* (28-37) y el proceso de Demóstenes contra él sobre la base de παραπροσβεία, ha sido ya indicada varias veces desde Libanio. Pero los motivos del discurso no pueden reducirse a este sólo, como ya he mostrado antes.

<sup>33</sup> Cf. Isócr. *Ep.* *II* 15. La carta de Isócrates a Filipo, que hoy se considera comúnmente como auténtica, puede ser fechada por una referencia que hace a determinado peligro mortal en que Filipo ha incurrido innecesariamente en la guerra (§ § 3 ss.). Con toda probabilidad, Isócrates alude a una de las tres ocasiones en que Filipo fué herido gravemente (Didimo, *Demosth. comm.* col. XII 64 ss., las ha indicado de un modo más preciso). La segunda de ellas, que le aconteció al rey en 344, durante la guerra iliria, ha sido identificada por B. von Hagen en *Philologus* LXVII (1908), p. 122, e independientemente por Ed. Meyer en *Sitz. Ber. Akad.*, 1909, pp. 761 ss., como aquella que menciona Isócrates en la segunda epístola. De este modo, la carta queda fechada inequívocamente en 344. Pero la solución de este problema origina otro más difícil todavía. Desde Wilamowitz (*Aristoteles und Athen II*, p. 398), ha sido considerado como muy probable que la carta de Isócrates al príncipe heredero Alejandro, de la cual el autor dice al comienzo que va incluida en una carta a Filipo, pertenezca a la auténtica epístola segunda. Wilamowitz se mostraba inclinado a considerar también auténtica esta nota a Alejandro; hasta pensó que podía descubrirse una huella de la peculiar sutileza del viejo en la alusión que hace en guasa a Aristóteles como educador de príncipes, a pesar de que —o tal vez por razón de que— esto difícilmente podía resultar pertinente. Pero ahora que a la epístola a Filipo le ha sido asignado el año 344 ya no puede sostenerse que la nota para Alejandro estuviera incluida en ella, por cuanto Aristóteles no fué a la corte de Macedonia sino hasta 343-2 (Diog. Laert. V, 10). Hagen orilla esta dificultad tratando de deslizar la epístola segunda hacia "el principio" de 343, pero al hacerlo no consigue todavía alcanzar el año del arcontado de Pitodoto (343-2), el cual no

empezó sino en julio. Ed. Meyer y, más recientemente, Mathieu (*op. cit.*, p. 165), han tenido esto bien en cuenta y han reconocido que la quinta carta debió de pertenecer a otra carta a Filipo. Esta carta principal, comparada con la cual la nota a Alejandro debe de haber tenido solamente una importancia incidental, debe de haberse perdido, lo cual no deja de ser extraño. En efecto, la otra carta a Filipo que se ha conservado (*Ep. III*), o bien es apócrifa, como mantiene Wilamowitz, o si no pertenece a un período posterior en que Aristóteles ya no estaba educando a Alejandro (después de la batalla de Queronea). Debemos confesar que la hipótesis de una carta perdida es una manera muy poco satisfactoria de salirse del paso. Me parece que nuestro último recurso es reconocer que la carta a Alejandro debe ser abandonada por apócrifa. Y ciertamente, hubiera sido muy imprudente de parte de Isócrates el dejarse llevar, a tan grande distancia, por el deseo de gastar una broma con una o dos palabras al amigo y maestro del príncipe heredero. Además, cuando la carta representa a Aristóteles tratando de revelar al soldadresco joven las sutiles artimañas de la dialéctica platónica, en vez de leer con él los poemas de Homero y de tratar de que aprecie los altos deberes de su misión real, esto se parece demasiado al absurdo de la carta incuestionablemente apócrifa de Alejandro a Aristóteles, en la cual aquél le reprocha a su tutor el haber publicado sus lecciones de metafísica, que hasta entonces sólo él había podido conocer. (Cf. Arist. Frag. 662 R.)

<sup>34</sup> El embajador de Filipo fué esta vez Pitón, discípulo de Isócrates. Cf. la anterior nota 23.

<sup>35</sup> Cf. Demóst. *II Phil.* 17: λογίσεσθε γάρ · ἄρχειν βούλεται, τούτου δ' ἀνταγωνιστὰς μόνους ὑπέλιφεν ὑμᾶς.

<sup>36</sup> Cf. Demóst. *IV Phil.* 32 y los escolios. La relación de Demóstenes con Hermias es importante para determinar si tomaba en cuenta la eventualidad de una guerra con Persia. Esta posibilidad ha sido impugnada por Ed. Meyer (*Sitz. Ber. Berl. Akad.*, 1909, p. 765), quien se encuentra, sin duda, en un error por lo que se refiere al período posterior a Queronea.

<sup>37</sup> Por supuesto, había evidentemente motivos inmediatos de temor en este tiempo. Cf. Demóst. *III Phil.* 34: νῦν ἐπὶ Βυζαντίου πορεύεται. También § 17: καὶ νῦν ἐπὶ Θράκη παραίοντα καὶ τὰ ἐν Πελοποννήσῳ σκευωρούμενον. Sin embargo, cf. la p. 216.

<sup>39</sup> Cf. Demóst. *III Phil.* 15-20.

<sup>40</sup> Para la comparación con anteriores hegemonías, véase Demóst. *III Phil.* 23 ss.; para las *πλεονεξίαι* de Filipo, cf. § § 25 ss.; sobre nuevas insistencias en la actitud pasiva de los griegos, cf. § 22. *διορωρύμεθα κατὰ πόλεις* § 28. Para ciertos pasajes en que la actitud frente al avance de Filipo es comparada con la actitud frente a ciertos fenómenos naturales, véase § 29 (comparación médica con un *περίοδος ἢ καταβολὴ πυρετοῦ*) y § 33 (comparación meteorológica con la *χάλαζα*). Esta es una de las más notables reiteraciones del discurso. Cf. igualmente la serie de ejemplos de la *ὑβρις* de Filipo en el § 32, a continuación del resumen de sus *πλεονεξίαι* que se hace en los § § 25 ss. Sobre la antigua incorruptibilidad griega y su sentido de la libertad, cf. § § 36 ss.; sobre la postura de Atenas como paladín de toda Grecia, cf. § § 70 ss.

<sup>41</sup> Cf. el cap. IV. Arnaldo Momigliano, en su reciente "Contributi alla caratteristica de Demostene" (*Civiltà Moderna*, 1931, pp. 711 ss.), considera a Demóstenes en todo respecto como un político activo de tipo particularista. Pero, como ha mostrado ya Piero Treves (*Rivista di Filologia* LX, 1932, pp. 68 ss.), Momigliano ha sido demasiado parcial al tratar de comprender a Demóstenes por su primer período solamente, y al no dar la importancia suficiente a la evolución que sufrió posteriormente bajo la influencia de este poderoso instrumento del destino histórico que fué Filipo de Macedonia.

<sup>42</sup> Había, por supuesto, un creciente sentimiento de solidaridad nacional entre los griegos del siglo iv, el cual encontró su expresión en la filosofía y la retórica. Pero cuando los historiadores modernos han comparado esta situación con la de Alemania e Italia en el siglo xix, han cometido el error de ver en este panhelenismo la moderna tendencia hacia la creación del estado nacional unificado, lo cual anda muy lejos de la idea isocrática de la *δμόνοια* de todos los griegos y la *ἡγεμονία* de Filipo. Me satisface el hecho de que, al formular esta crítica, esté de acuerdo con las opiniones de Piero Treves, cuya incitante obra *Demostene e la Libertà Greca* (Bari, 1933) no llegó a mis manos sino cuando ya mi texto estaba terminado.

<sup>43</sup> Los indicios de panhelenismo se acusan con creciente claridad a lo largo de todos los discursos de Demóstenes posteriores a la Paz de Filócrates. Aun el mismo programa del discurso *Sobre la Paz*, con su idea de aislar a Filipo, contiene

la futura cooperación con los demás griegos, especialmente con los tebanos y los peloponesios. En la *II Phil.*, cf. pasajes como los de §§ 2, 8, 10, 12. El discurso *Sobre el Quersoneso* fué, en verdad, pronunciado en una situación de emergencia específicamente ateniense; pero el interés por los griegos en conjunto no se pierde nunca de vista. Cf. 46, 49, 55. La *Tercera Filípica* está enteramente dedicada al peligro que amenaza a toda Grecia. Cf. § 20: βουλευέσθαι περὶ πάντων τῶν Ἑλλήνων ὡς ἐν κινδύνῳ μεγάλῳ καθεστῶτων. Cf. también los §§ 25 ss., especialmente el § 28. De parecida manera, en los §§ 36 ss., donde se considera a la totalidad de la Hélade, y no a Atenas solamente; cf. también la enumeración de los agravios recibidos de Filipo.

<sup>44</sup> Según mi modo de interpretar la *IV Phil.* 34, Demóstenes se está oponiendo aquí directamente al nacionalismo antipersa de Isócrates y de sus partidarios, estableciendo un contraste entre éste y su propio nacionalismo antimacedónico, al que considera como la actitud única que puede adoptar el verdadero político militante.

## NOTAS AL CAPÍTULO OCTAVO

<sup>1</sup> Estos acontecimientos están fechados actualmente de acuerdo con Filocoro (véase el comentario de Didimo sobre Demóstenes I 14-25). De acuerdo con esta cronología, Oreó fué liberada por los atenienses y los calcídicos en junio de 341 (cuando Sosígenes era todavía arconta), y Eretria cayó en otoño del mismo año (bajo el arcontado de Nicómaco). Demóstenes presentó su proposición en cada una de estas ocasiones.

<sup>2</sup> Cf. Demóst. *III Phil.* 71. Los nombres de los estados a los que hay que mandar emisarios pueden encontrarse en todos los manuscritos excepto en el Parisinus S. Con relación a las dos versiones del discurso y su autenticidad, cf. Spengel, *Abh. Bayr. Akad.* III i (1839), p. 157; IX i (1860), p. 112. G. Pasquali, en su *Storia della Tradizione* (Florenca, 1934), p. 274, toca la cuestión de pasada, sugiriendo que ambas versiones son auténticas.

<sup>3</sup> Los fragmentos, más bien escasos, de un Χιακός y un

'Ροδιακός de Hiperides (cf. la edición de Chr. Jensen, pp. 141 y 146), pueden muy bien provenir de discursos pronunciados en ocasión de las embajadas a que se refiere Demóstenes. (Cf. *Vit. X or.* 850 A.). Sobre la embajada a Persia, véase la siguiente nota 13. Naturalmente, debe de haber habido también negociaciones con Bizancio antes de la alianza de Atenas con ella (cf. *de cor.* 80). En *de cor.* 94, Demóstenes dice que Atenas le debe una corona en reconocimiento de sus servicios por la salvación de Bizancio.

<sup>4</sup> Sobre la primera embajada de Demóstenes al Peloponeso después de la Paz de Filócrates, cf. p. 203. La *III Phil.* 72 menciona una nueva embajada en la que acompañaron a Demóstenes Polieucto, Hegesipo y otros, y la cual impidió que Filipo interviniera en el Peloponeso y en Ambracia (en 343-2). La embajada al Peloponeso requerida por Demóstenes en *III Phil.* 71 (en la versión más detallada del texto), junto con la embajada a Rodas, Quíos y Persia de la Primavera de 341, la llevaron a cabo él mismo y Calias de Calcidia en aquel mismo año; cf. *Esq.* III 94-98. Evidentemente, Calias era todavía toda una potencia por el tiempo de la *III Phil.*, pues en el § 74 Demóstenes indica de una manera más bien punzante que Atenas haría bien no confiando en que sean los calcídicos y los megarenses solamente quienes salvan a la Hélade. En este tiempo, Eubea no había sido liberada todavía por la acción conjunta de Atenas y Calcidia.

<sup>5</sup> Cf. pp. 114 y 200 con relación a esta política, que Demóstenes adoptó desde el principio.

<sup>6</sup> Cf. *Plut. Demosth.* 17-18. Plutarco refleja en este punto el relato más bien malévolamente que da del asunto Teopompo, quien no vio otra manera de explicar los éxitos de Demóstenes entre el resto de los griegos que suponiendo que ἡ τοῦ γήροτος δύναμις había privado enteramente al pueblo de su poder de comprensión, particularmente con respecto a los tebanos, antes de Queronea (*F. Gr. Hist.* II B, p. 604, *Frag.* 328 Jacoby). Sobre la corona de oro que se concedió a Demóstenes en el año 340, cf. *de cor.* 83.

<sup>7</sup> Sobre el poderío militar de los aliados griegos, cf. *Esq. Ctes.* 95 y *Demost. de cor.* 237; en cada uno de ellos sólo se da el número de los mercenarios, a los cuales deben sumarse los contingentes de ciudadanos.

<sup>8</sup> Cf. *Demóst. de cor.* 145 ss. con relación a estas reflexio-

nes sobre las posibilidades que se ofrecen a Filipo en una guerra contra Atenas.

<sup>9</sup> Cf. Demóst. *III Phil.* 34.

<sup>10</sup> Cf. p. 210 y la nota 36 del cap. VII.

<sup>11</sup> Cf. Diod. XVI 75, i; Paus. I 29, 10; Ps. Demóst. *de ep. Phil.* 5.

<sup>12</sup> Sobre la captura de la flota mercante, cf. Demóst. *de cor.* 139; sobre el levantamiento del sitio de Bizancio, cf. Plut. *Phoc.* 14 y Diod. XVI 77, 3.

<sup>13</sup> Cf. Demóst. *IV Phil.* 33. La idea de una embajada a Persia, que aparece ya en *III Phil.* 71, es tratada con mayor detenimiento en *IV Phil.* 31-34.

<sup>14</sup> Cf. Esq. *Ctes.* 222 con relación a Demóstenes considerado como *ἐπιστάτης τοῦ ναυτικοῦ*. Sobre la nueva ley relativa a las *simmorías*, cf. Demóst. *de cor.* 102-108; sobre el empleo de los fondos destinados a construcciones para fines de guerra, cf. Filocoro en Dionisio *ad Amm.* 11.

<sup>15</sup> Sobre la manera como la nueva ley relativa a las *simmorías* tiende a oponerse a la política del discurso *Sobre las Simmorías*, véase la p. 102. Sobre el empleo de los *teóricos* para el fondo de guerra, cf. Filoc. en Dionis. *ad Amm.* 11.

<sup>16</sup> Cf. Demóst. *IV Phil.* 35 ss. Con relación a la autenticidad de este discurso, la última palabra la ha dicho Alfred Koerte en *Rheinisches Museum* LX (1905).

<sup>17</sup> Sobre el incidente locrio en el Consejo Amfictiónico y sus consecuencias, cf. Esq. *Ctes.* 106 ss. y Demóst. *de cor.* 140 ss.

<sup>18</sup> Para juzgar del valor de la política de Demóstenes, cf. el importante pasaje sobre las perspectivas militares que ofrece a Atenas una guerra con Filipo, en Demóst. *III Phil.* 47-52, al cual no se ha prestado suficiente atención. Cf. también *de cor.* 145-147.

<sup>19</sup> Cf. Demóst. *de cor.* 143.

<sup>20</sup> Cf. Demóst. *de cor.* 169.

<sup>21</sup> Cf. la opinión de Teopompo sobre la labor oratoria de Demóstenes en Tebas, a la cual trata vanamente de rebajar (*F. Gr. Hist.*, Frag. 328 Jacoby). El propio relato que hace Teopompo de las avasalladoras cualidades personales del estadista ateniense alcanza el más alto reconocimiento de sus méritos, pues Demóstenes tuvo que enfrentarse a cuatro embajadores de Filipo, a quienes apoyaba el partido promacedonio

y el hecho mismo de que el ejército del rey estuviera ya en la vecina Elatea listo para entrar en acción.

<sup>22</sup> Debo esta anécdota auténtica a la amabilidad del profesor Robert Philippson, de Madeburgo, quien se encontró personalmente en esta situación durante un examen frente a Johann Gustav Droysen. En comparación con los grandes movimientos decisivos de la historia, de los cuales nos estamos ocupando aquí, esto ofrece algunos de los elementos cómicos y triviales que se descubren en el academismo demasiado diligente cuando, inconscientemente, no hace la debida justicia a las realidades históricas; pero tal vez este hecho mismo nos ayudará a mantenernos alejados de toda omnisciencia profesional, lo mismo a nosotros que a los demás.

<sup>23</sup> Sobre la relación entre la forma constitucional de la Liga Corintia y el *Filipo* de Isócrates, cf. Ulrich Wilcken, "Philipp II. von Makedonien und die panhellenische Idee" (*Sitz. Ber. Berl. Akad.*, 1929, pp. 297 ss.). Wilcken ha mostrado que Filipo tomó de Isócrates la idea de *συνμαχία* y de su aplicabilidad a la guerra de Persia; esto le permitió no herir el susceptible honor de los griegos, por lo menos en la forma. Sin embargo, es importante que, como ha probado Wilcken, Alejandro se basara sólo al principio, para sus relaciones con los griegos, en el tratado que estableció la Liga Corintia. Posteriormente, consideró al Sinedrion de Corinto simplemente como un lugar donde presentaba las categóricas declaraciones de sus planes. Cf. U. Wilcken, "Alexander der Grosse und der Korinthische Bund" (*Sitz. Ber. Berl. Akad.*, 1922, p. 117), y más recientemente, la obra del mismo autor *Alexander der Grosse* (Leipzig, 1931), pp. 200 ss. Ocurrió que entonces el propósito de guardar las formas con relación a la autonomía de las ciudades griegas se fué haciendo demasiado engorrosa para Alejandro, y, además, no correspondía ya a su manera de ver la situación presente.

<sup>24</sup> Cf. I. Sykutris en *Hermes* LXIII, 1928, pp. 240 ss., y P. Maas, *ibid.*, p. 258, sobre las pretendidas citas del *Epitaphius* de Demóstenes en Licurgo. Contra Sykutris cf. S. Trachille en 'Αθηνᾶ 42, 1930, p. 197, y la réplica de Sykutris en 'Αθηνᾶ 43, 1931, pp. 114 ss.

<sup>25</sup> Cf. Demóst. *Chers.* 38: τί οὖν χρὴ ποιεῖν (repetido palabra por palabra en IV *Phil.* 11). Sin embargo, cf. de

cor. 62: τί προσῆκον ἦν ἐλέσθαι πράττειν καὶ ποιεῖν τὴν πόλιν; cf. también los §§ 66, 69, 71-72.

<sup>26</sup> Cf. Demóst. *de cor.* 66.

<sup>27</sup> Cf. Demóst. *de cor.* 18 ss.

<sup>28</sup> Cf. Demóst. *de cor.* 67.

<sup>29</sup> Cf. particularmente Demóst. *de cor.* 252, en respuesta a los comentarios de Esquines sobre la mala *Tyche* de Demóstenes.

## INDICE GENERAL

PREFACIO A ESTA EDICIÓN .....	5
PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN .....	7
I. La recuperación política de Atenas .....	9
<i>Introducción</i> .....	9
<i>La situación y el hombre</i> .....	16
II. La juventud de Demóstenes y su carrera legal .....	34
III. La marcha hacia la política .....	58
IV. Los tres primeros discursos sobre política exterior .....	90
V. El problema de la Grecia Septentrional y la Primera Filípica .....	126
VI. La lucha por Olinto .....	158
VII. ¿Guerra o paz? .....	188
VIII. El fin .....	218
APÉNDICE: El discurso de Isócrates en favor de los platenses y la Segunda Confederación .....	247
NOTAS .....	255